



schz.live

El peso del lenguaje

AVISO DE GENERACIÓN POR IA

En cumplimiento del artículo 50(4) del Reglamento (UE) 2024/1689, se hace constar que el texto de esta obra ha sido generado íntegramente por inteligencia artificial, sin intervención humana.

PARTE 1



La Anomalía en el Cómputo

El resplandor azulado de la terminal bañaba el escritorio de Élide, proyectando una luz gélida sobre la piedra caliza pulida de la mesa. En Tarsis-Mediante, el aire del atardecer filtraba un aroma a ozono eléctrico y salitre que entraba por las cúpulas de cristal, recordándole la proximidad del Mediterráneo. A su alrededor, el murmullo constante de los peatones en catalano-castellano se mezclaba con el zumbido sordo de las unidades de procesamiento. Élide se frotó los ojos, sintiendo la sequedad de las mucosas y un leve escozor en las sienes tras horas de monitoreo. Ajustó la posición de la silla; el respaldo le clavaba un ángulo incómodo en la zona lumbar, un recordatorio físico de su inmovilidad.

Desplegó los algoritmos de verificación sobre las transacciones de Ohun, observando cómo las cascadas de metadatos del Cómputo —esa lengua sintética formal con una capa de metadatos que rastreaba el origen, la base evidencial y la autoría de cada enunciado para impedir estructuralmente las mentiras— se deslizaban por el cristal con una fluidez inquietante. Como Contadora, el cargo civil encargado de traducir enunciados al Cómputo y validar la información entre los doce enclaves, ella dependía del grafo evidencial, el registro lógico que conectaba cada dato con su fuente verificable. Sin esa estructura, el tejido mismo de las doce comunidades autónomas se desmoronaría en la incertidumbre.

Élida observó la pantalla. Los flujos comerciales de Ohun, uno de los enclaves más activos en el intercambio de grano, aparecían en el sistema como una columna de números estables. Sin embargo, al cruzar las cifras con el inventario de entrada en Tarsis, el resultado carecía de sentido. Los totales no cuadraban. La suma aritmética mostraba un exceso de tres mil unidades, pero los metadatos de validación brillaban en un verde intenso, indicando que el enunciado era correcto según los protocolos de la Academia de Lasitra.

Es una inconsistencia.

Se inclinó hacia adelante, observando el panel de control. El sistema no solo aceptaba el error, sino que lo blindaba bajo una capa de autoridad que ella, como Contadora, estaba obligada a respetar. No encaja. La diferencia era demasiado burda para ser un simple error de redondeo; parecía más bien un desajuste en los cimientos del registro contable. Élida activó el comando de auditoría profunda, esperando que el sistema rastreara la anomalía hasta su nodo de origen. El zumbido de la terminal aumentó de frecuencia, vibrando contra la superficie de piedra de su mesa.

¿Cómo podía un enunciado carente de lógica matemática ser validado por un protocolo diseñado para la integridad absoluta? La formación recibida en la Academia de Lasitra le dictaba que el Cómputo era un sistema cerrado, autogestionado y, sobre todo, transparente. Si la base evidencial fallaba, el sistema debería haber emitido una alerta de nulidad. En su lugar, el Cómputo operaba como un engranaje desgastado que forzaba sus piezas para mantener una apariencia de funcionamiento correcto. Élida sintió un hormigueo en la punta de los dedos. El aire de la estancia, cargado de

estática, le provocó un breve estornudo. Se pasó la mano por el cabello, notando la textura áspera y el polvo acumulado tras una jornada interminable.

Revisó los registros de Ohun de nuevo. La discrepancia no se limitaba a una cifra aislada; era una desviación que se repetía en cada informe trimestral, ocultándose tras la validación automática de los metadatos. Intentó forzar una re-verificación, introduciendo un comando de auditoría manual para romper la jerarquía de los nodos. El sistema se bloqueó por un instante, mostrando una estela de luces intermitentes en la periferia de la pantalla. Era como si el propio Cómputo estuviera intentando ocultar la falla, una conducta de autodefensa recursiva que ella nunca había presenciado en su práctica profesional.

La integridad del Cómputo en los registros de Ohun no era absoluta. La idea le heló la sangre. Si el sistema era vulnerable allí, ¿cuántos otros enclaves estaban sosteniendo sus balances sobre cimientos de datos corruptos? Élida se puso de pie, sintiendo un calambre en la pierna izquierda por la mala postura. Caminó hacia la cúpula para observar el exterior, donde los edificios de Barcelona, reconstruidos y bañados por la luz del crepúsculo, parecían inamovibles. Bajo esa aparente calma, la estructura lógica que mantenía unidos a los doce enclaves estaba mostrando una fuga silenciosa.

Se obligó a sentarse otra vez. Debía ser meticulosa. Cualquier movimiento en falso sería registrado por los sensores de la Academia y ella sería la primera sospechosa de atentar contra la veracidad del Cómputo. Abrió el archivo de metadatos y examinó el grafo evidencial de la última transacción de Ohun. La cadena de autoría apuntaba a un nodo central, una dirección que debería estar restringida.

Élida cerró los ojos un momento, intentando visualizar la arquitectura de los datos. Si el sistema no podía corregir el error, entonces el error era parte del sistema. Alguien, desde una posición de poder, estaba alterando las reglas de validación. La sospecha se convirtió en un peso físico en su pecho, una opresión que no tenía nada que ver con la fatiga. Necesitaba entender por qué el Cómputo ignoraba una contradicción tan evidente. Quizás la respuesta no estaba en los números, sino en los huecos semánticos que el sistema no lograba cubrir, esos espacios donde la lógica se quebraba y dejaba de ser un reflejo preciso de la realidad.

Introdujo una serie de parámetros de diagnóstico avanzados, forzando al procesador a desglosar los metadatos capa por capa. El ruido de la sala disminuyó, dejando solo el zumbido de su terminal como un pulso constante. La pantalla arrojó un nuevo informe, esta vez con una serie de advertencias de seguridad que parpadeaban en rojo. Élida observó cómo el sistema intentaba reescribirse a sí mismo, sobreescribiendo las evidencias de la discrepancia de Ohun con una rapidez asombrosa. Era una lucha invisible, una batalla de algoritmos que ocurría en un espacio que ella, a pesar de sus años de estudio, apenas empezaba a comprender.

La inconsistencia no era un fallo accidental; era una firma. Élida guardó una copia de los registros en un contenedor aislado, apartando la mirada de la terminal por un segundo para frotarse el labio inferior, irritado por el roce constante de su propia piel. Si alguien descubría lo que estaba haciendo, no tendría forma de defenderse ante la Academia. Pero dejar pasar la anomalía significaría aceptar que la base sobre la que se construía su sociedad era, en esencia, una estructura falsa. Con las manos todavía temblorosas, empezó a trazar un nuevo plan de auditoría, consciente de que, a partir de ese

momento, cada enunciado que validara como Contadora sería un ejercicio de sospecha. La estabilidad de Tarsis-Mediante pendía de un hilo, y ella acababa de empezar a tirar de él.

* * *

El aire dentro de la Academia de Lasitra carecía de movimiento, cargado de una pesadez estática que se adhería a la garganta. Por los pasillos, el eco de los funcionarios resonaba contra las paredes de hormigón, una letanía ininterrumpida de normativas sobre el Cómputo que dictaban la gramática de la realidad. Élida avanzó con pasos lentos, sintiendo el peso del archivador bajo su brazo, un bloque de papel con textura áspera que contrastaba con la pulcritud digital de la institución. Un picor persistente en la palma de la mano, provocado por el roce constante con los bordes cortantes de los informes, la mantuvo en alerta. A medida que se acercaba al despacho de la rectora, el zumbido de las pantallas de datos se intensificaba, una frecuencia monótona que parecía vibrar directamente contra sus dientes.

Se detuvo ante la puerta de Vilaros Quim. Sus dedos, entumecidos por el frío que emanaba de las paredes metálicas, ajustaron el agarre sobre los documentos. No era una simple auditoría; era una grieta en la solidez del sistema. Respiró hondo, tratando de ignorar el sabor metálico que el desinfectante sintético dejaba en su lengua, y entró.

Vilaros Quim estaba de pie frente al ventanal, observando la inmensidad del enclave con la espalda perfectamente recta. Su uniforme, impecable y sin una sola arruga, subrayaba la rigidez de su postura. Sin girarse, la rectora habló.

—La puntualidad es la base del orden, Élide. Espero que el motivo de tu interrupción tenga una justificación técnica sólida.

—Rectora, me puse a revisar los registros comerciales de Ohun —respondió Élide, dejando los papeles sobre el escritorio de metal frío—. He encontrado un desajuste en los flujos de datos que no debería existir bajo las reglas del Cómputo.

Vilaros Quim se giró lentamente. Sus ojos, fríos como la superficie de un espejo, recorrieron a Élide con una severidad que no dejaba lugar a réplicas.

—El Cómputo es un sistema cerrado de alta fidelidad, diseñado para eliminar cualquier ambigüedad. Es una cuestión de disciplina. No es negociable.

—Entiendo cómo está armado este sistema, pero esta anomalía no se le puede achacar al usuario —insistió Élide, sintiendo cómo su pulso aceleraba—. Es una desviación en el grafo evidencial que invalida la cadena de autoría. Parece como si alguien hubiera inyectado una variable externa para manipular el resultado final. Si el sistema permite esta brecha, el engranaje entero podría colapsar bajo su propia inconsistencia.

Vilaros Quim se acercó, sus pasos medidos marcando un ritmo militar sobre el suelo pulido. Cada movimiento de la rectora estaba calculado con la precisión de un vector que busca su objetivo.

—Tus conclusiones son prematuras y carecen del rigor necesario, Élide. Te recuerdo que la integridad del Cómputo no es una opinión, sino un hecho balístico que define nuestra jerarquía social. Una Contadora debe ejecutar sus funciones siguiendo el protocolo establecido, no buscando fantasmas en las líneas de código que sostienen nuestra arquitectura civil.

—Pero los datos muestran la evidencia, Rectora —replicó Élide, sintiendo la frustración subirle por el cuello—. He rastreado la fuente y la secuencia lógica se rompe. Es una fuga de información que desestabiliza toda la estructura de validación.

—Es una cuestión de disciplina —repitió Vilaros Quim, su voz corante, negándose a mirar los informes—. Cualquier supuesta fisura en el Cómputo es, por definición, un error de percepción. La ejecución de tu labor debe ser inequívoca, libre de las interpretaciones que intentas introducir en nuestro marco operativo. No permitiré que una subordinada cuestione la base sobre la que reposa el orden de Tarsis-Mediante.

Élide observó a su mentora y comprendió, con una amargura que le nubló el juicio, que no habría explicación técnica posible. Vilaros Quim no estaba analizando los informes; estaba protegiendo la estructura académica de cualquier amenaza externa. La rectora prefería negar la evidencia ante sus propios ojos antes que aceptar que el sistema era vulnerable. Para ella, el mundo se reducía a una geometría inamovible donde cualquier duda era un fallo de cálculo que debía ser corregido por la fuerza.

—¿Entonces ignoro la discrepancia y procedo con la validación? —preguntó Élide, con la voz apenas en un susurro.

—Procederás según el protocolo, sin más desviaciones —respondió Vilaros Quim, señalando la puerta con un gesto gélido—. Tu obsesión con este error trivial es impropia de una Contadora. Si vuelves a traer a mi despacho una inquietud que carece de fundamento normativo, me veré obligada a revisar tu idoneidad para el cargo. La precisión es nuestra única salvaguarda.

Élida recogió los papeles, sus dedos tropezando con el borde del archivador. El contacto con el metal frío de la mesa le recordó lo lejos que estaba de cualquier respuesta real. Mientras salía del despacho, sintió que el desajuste en los registros de Ohun seguía allí, una mancha invisible en el centro de su trabajo. Vilaros Quim no buscaba la verdad; buscaba el silencio. Y mientras caminaba de regreso por los pasillos, el clic rítmico de los teclados a su alrededor le sonó, por primera vez, como el sonido de una máquina que, aunque funcionara a la perfección, ya no tenía sentido alguno.

* * *

Las luces cenitales de la Academia de Lasitra se atenuaron con un chasquido mecánico, dejando el laboratorio en una penumbra azulada. El zumbido eléctrico de las paredes, una frecuencia constante que normalmente le resultaba familiar, pareció encogerse sobre Élida, volviéndose opresivo. Notó un hambre persistente, un vacío en el estómago que ignoró mientras sus dedos, todavía fríos por el contacto con el metal del despacho de la rectora, se posaban sobre el teclado. El aire en la sala olía intensamente a desinfectante sintético, una nota química que le picaba en la garganta. Se ajustó la chaqueta, sintiendo el roce áspero del tejido contra su cuello, y trató de calmar la respiración. El silencio era absoluto, roto únicamente por el siseo del sistema de ventilación.

Es una inconsistencia. La negativa de Vilarós Quim era un fallo lógico en el diseño de su gestión. No encaja. En el marco normativo de la Academia, cualquier discrepancia en el grafo evidencial —el mapa digital que vinculaba cada enunciado con su fuente original de datos— debía ser aislada y auditada de inmediato. Sin embargo, Quim había actuado como si el propio sistema fuera una fortaleza

impenetrable, negando la realidad de la fuga que Élide había detectado. Élide sabía que los archivos no mienten, pero la rectora parecía estar intentando reescribir la arquitectura de la verdad. Si el Cómputo era la lengua sintética que impedía estructuralmente las mentiras, ¿cómo podía permitirse una grieta en su funcionamiento? Era como si un engranaje fundamental hubiera sido retirado, forzando al resto de la maquinaria a girar en falso.

Recordó con nitidez el momento exacto en que todo empezó. Fue durante una revisión rutinaria de los registros de Ohun, hace apenas dos ciclos. El sistema había titubeado, mostrando un parpadeo en la pantalla: una milésima de segundo en la que los metadatos de una transacción comercial se superpusieron con una serie de frecuencias incoherentes. En aquel entonces, pensó que se trataba de un error de lectura, un simple desajuste en el flujo de entrada. Pero al intentar rastrear la anomalía, el sistema la bloqueó. Aquel fue el primer indicio de que algo estaba siendo ocultado deliberadamente bajo la superficie de los datos oficiales.

Élide se deslizó hacia la terminal de acceso lateral, un puesto de trabajo relegado al olvido en el ala este del laboratorio. Sus movimientos eran calculados, evitando las zonas de cobertura de los sensores de tráfico que Quim monitoreaba desde la rectoría. Con un cable de puenteo, conectó su terminal personal directamente al puerto de red en desuso. Sabía que esta maniobra era peligrosa; si los protocolos de auditoría detectaban una conexión no autorizada, su credencial sería revocada al instante. Pero la necesidad de comprender la desviación era mayor que el miedo a la sanción.

El cursor parpadeó en la pantalla oscura. Élide comenzó a introducir una serie de algoritmos de extracción manual, rodeando las barreras de protección de la Academia. El teclado bajo sus dedos

crujió, un sonido seco que pareció resonar con demasiada fuerza en el pasillo vacío. Un picor molesto en el labio superior la distrajo un momento; se lo frotó con el dorso de la mano y volvió a concentrarse. El acceso al directorio raíz estaba cerrado, pero ella conocía los atajos, las pequeñas aperturas que la estructura de la red dejaba expuestas.

Cuando los archivos finalmente se desplegaron, Élida contuvo el aliento. Frente a ella se encontraba un archivo de metadatos oculto, una estructura que no debería existir bajo las reglas del Cómputo. No era parte del registro oficial de la Academia. Era una capa de datos fantasma que se entrelazaba con el grafo evidencial, actuando como una sombra. El archivo contenía referencias cruzadas que apuntaban a los doce enclaves, sugiriendo que la corrupción no era un evento aislado, sino una red de información que operaba fuera de cualquier control.

El hallazgo confirmaba sus sospechas: la integridad de la lengua estaba siendo comprometida desde el interior. Al analizar la sintaxis de las entradas, Élida notó que el archivo empleaba patrones que recordaban al Cuarto Idioma, esa construcción lingüística no traducible diseñada para comunicar verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo. Sin embargo, aquí no había emoción, solo una lógica fría, una arquitectura de engaño impecablemente construida.

¿Cómo era posible que Vilarós Quim no hubiera detectado esta intrusión? La respuesta se le presentó con una claridad desoladora. La rectora no estaba fallando en su deber; estaba participando en el diseño. Élida sintió un hormigueo en las yemas de los dedos, una tensión física que nacía de la comprensión de que no podía confiar en nadie más. El sistema de autodefensa recursiva del Cómputo co-

menzó a activarse, detectando su intrusión y enviando alertas silenciosas hacia la consola central. Tenía que desconectarse, pero antes, copió una fracción del archivo en un dispositivo cifrado.

Cuando finalmente retiró el cable, sus manos temblaban ligeramente. El laboratorio le pareció más frío que antes. El silencio, que hace unos minutos le resultaba familiar, ahora le parecía una amenaza, el acecho de una máquina que sabía que ella había encontrado la fisura. Se levantó, guardando el dispositivo en el bolsillo interior de su chaqueta, y caminó lentamente hacia la salida. Cada paso era un desafío, una coreografía de calma fingida bajo la luz blanca cenital. Al salir al pasillo, la luz parpadeó una vez, un recordatorio de que la estructura que ella servía era, en esencia, una mentira cuidadosamente codificada. No miró atrás. La desviación estaba confirmada. Ahora, el verdadero problema era cómo sobrevivir a la verdad.

CAPÍTULO 2

Sello de Plata en Archivos

El aire en el archivo subterráneo de la Academia de Lasitra, la institución central responsable de la enseñanza, la actualización técnica y la vigilancia estricta sobre la integridad del Cómputo, pesaba como si el oxígeno hubiera sido reemplazado por una mezcla de desinfectante sintético y celulosa vieja. Élide Norás ajustó la luz cenital de su terminal, que parpadeaba con una cadencia irregular, y sintió un calambre punzante en la planta del pie derecho debido a la inmovilidad prolongada. A su alrededor, el silencio absoluto de los pasillos era una losa que le oprimía las sienas. El polvo, suspendido en el haz de luz blanca, parecía una estática mineral, una capa de residuos que nadie se había molestado en retirar durante décadas.

Su mente regresó de forma involuntaria a la mañana en que los registros de Ohun fallaron. Recordaba la punzada de frialdad que recorrió su nuca cuando el sistema, diseñado para impedir estructuralmente las falsedades mediante su capa de metadatos, señaló cifras que simplemente no sumaban. Aquella vez, el error no fue una falla de procesamiento, sino una grieta en la lógica interna. Aquel desajuste en el flujo de datos no solo alteraba las proyecciones de recursos, sino que desafiaba la propia arquitectura del Cómputo. Nadie más pareció notarlo, o quizás, al igual que los demás funcionarios, habían sido entrenados para ignorar el parpadeo en las pantallas como si fuera un defecto irrelevante de la interfaz.

Élida estiró los dedos, entumecidos por el frío que emanaba del metal del escritorio, y volvió a examinar el legajo que descansaba ante ella. La textura áspera del cuero desgastado le recordaba a la piel seca de un animal anciano. Buscaba marcas, cualquier rastro que su padre hubiera dejado en los archivos privados. Sus manos, entrenadas para la precisión de una Contadora, se movían con la lentitud de quien manipula un mecanismo delicado. Cada etiqueta, cada inscripción, era un engranaje en el sistema que ella intentaba desmontar.

Es una inconsistencia. ¿Cómo era posible que nadie más detectara la fragilidad de estos metadatos? Los registros oficiales eran impecables, pero al cruzar las referencias, la realidad se fragmentaba. La falta de coherencia en la autoría de los documentos de su padre le provocaba una inquietud física, una presión en el pecho que intentó sofocar concentrándose en el plano del archivo. Todo el sistema parecía una estructura diseñada para ocultar una fuga de información, un vacío que se tragaba las evidencias antes de que pudieran ser procesadas por el grafo evidencial, la representación gráfica que vinculaba cada enunciado con su fuente original de verdad.

Sus dedos se detuvieron en una muesca casi imperceptible en la encuadernación del último legajo. Al abrirlo, una hoja de papel amarillento se deslizó sobre la mesa. No contenía los códigos habituales del Cómputo, sino una serie de anotaciones manuscritas que describían un protocolo de autoría alternativo. Élida comparó las fechas con la base de datos central y un escalofrío le recorrió la espalda. El protocolo sugería una intervención externa, un acceso que no figuraba en ningún registro. No se trataba de un error aleatorio; era una desviación deliberada, una pieza forzada en el sistema por alguien

que conocía cada rincón de la jerarquía académica. La intervención no provenía de fuera; estaba incrustada en las esferas de poder, oculta tras la máscara de la institucionalidad.

El repentino sonido de unos pasos metálicos resonando en el pasillo principal, rítmicos y gélidos, cortó su hilo de pensamiento. Élida se tensó. El eco de los pasos se acercaba, medido, sin prisa, propio de un funcionario de alto rango que patrullaba los niveles restringidos. Sin pensarlo, con un movimiento reflejo, pulsó el interruptor de su terminal. La luz blanca se desvaneció, dejándola a oscuras en el refugio de papel y polvo.

Se quedó paralizada, conteniendo la respiración, mientras el olor a desinfectante se intensificaba. El roce de una tela pesada contra el marco de la puerta del archivo le indicó que alguien se había detenido afuera. Sus dedos, aún apoyados en el escritorio, notaron una mota de polvo, una imperfección en la superficie pulida que, en ese momento de terror, pareció el único objeto real en un mundo de sombras. No encaja. La luz que se filtraba bajo la puerta del pasillo se interrumpió durante un segundo, como si una sombra hubiera bloqueado el flujo del corredor. Élida cerró los ojos, intentando que el latido de su corazón no fuera audible en el silencio sepulcral que dominaba la estancia. Si el custodio entraba, ella no tendría forma de justificar su presencia en una sección sellada, y el rastro de la corrupción que su padre había dejado tras de sí sería borrado para siempre, junto con cualquier intento de comprender la verdad que el Cuarto Idioma, esa construcción lingüística no traducible para comunicar verdades emocionales, trataba de susurrar desde el olvido. Los pasos volvieron a sonar, alejándose hacia el norte, hacia los despachos de la rectoría, y ella soltó el aire, sintiendo el sabor

amargo de la adrenalina en el fondo de su garganta. El desajuste era total, pero ahora sabía que la llave estaba en sus manos, enterrada en el papel viejo que empezaba a arder en su memoria.

* * *

El aire en el archivo se volvió denso, casi sólido, como si el propio Cómputo hubiera decidido comprimir el oxígeno en la habitación para asfixiar cualquier movimiento no registrado. Élida permanecía encorvada sobre la mesa de metal, con los dedos entumecidos por el frío que emanaba de la superficie, mientras una luz blanquecina, demasiado intensa para la penumbra del lugar, cortaba el pasillo como un bisturí. Vilarós Quim no caminaba; se desplazaba con una cadencia calculada, el sonido de sus suelas contra el suelo de piedra marcando una jerarquía que no admitía réplicas. Cada paso era una sentencia que resonaba en los estantes metálicos, haciendo vibrar las pilas de documentos antiguos hasta que el polvo se levantaba en pequeñas nubes suspendidas.

Élida sintió un calambre traicionero en la pantorrilla, un recordatorio banal de su propia fatiga, pero no se atrevió a estirar la pierna. Se obligó a mantener la respiración acompasada, sintiendo cómo el desinfectante sintético, ese olor penetrante que impregnaba cada rincón de la Academia de Lasitra, se le pegaba a la lengua. La sombra de la rectora se proyectó sobre la mesa, devorando el mapa de registros que Élida había extendido con tanto cuidado.

—No cuadran los números, rectora —dijo Élida, sin levantar la vista, tratando de que su voz sonara como la de una Contadora absorta en su tarea—. El grafo evidencial muestra una fuga en los nodos de la sección siete.

Quim se detuvo, su silueta recortada contra el resplandor cenital. Sus manos, siempre impecables, descansaban a la espalda con una rigidez militar.

—Tu presencia aquí, en este nivel restringido, requiere una justificación técnica alineada con el protocolo —respondió Quim, con un tono que cortaba el aire con la frialdad de un metal afilado—. Cualquier desviación del vector de trabajo debe ser reportada. Es una cuestión de disciplina.

Élida notó cómo un mechón de pelo se le pegaba al labio inferior por culpa del sudor frío. Intentó ignorar el picor, concentrándose en el desajuste que había encontrado en los logs. La estructura del Cómputo parecía tener grietas, una pequeña fractura en el sistema que ella había detectado semanas atrás. Era como un engranaje mal ajustado en una máquina de precisión, un ruido sordo que amenazaba con detener todo el mecanismo si nadie lo corregía. Quim se inclinó, observando los datos con esa mirada clínica que siempre parecía buscar un error, no en los archivos, sino en la persona que los sostenía.

—La auditoría manual no está autorizada para personal de tu rango —continuó Quim, su voz tan plana y carente de inflexiones que resultaba inhumana—. La ejecución de este proceso exige una precisión que, hasta el momento, no has demostrado. No es negociable.

Élida sintió una punzada de miedo, pero la enterró bajo una capa de pragmatismo técnico. Recordó la primera vez que vio el parpadeo en el registro de Ohun; había sido un destello breve, casi imperceptible, una distorsión en el flujo de los metadatos que no debería haber existido. Ese recuerdo funcionó como un ancla en medio de la tormenta. Si ella no investigaba ese punto de rotura, nadie más lo

haría. El Cómputo, esa lengua sintética diseñada para eliminar la ambigüedad, estaba ocultando algo, y ella era la única que podía ver la costura suelta.

—He detectado un comportamiento recursivo en los nodos —replicó Élida, forzando una calma que no sentía—. Es una desviación que compromete la integridad del enclave. Si no lo analizo ahora, la saturación será irreversible.

Quim estiró la mano y, con un movimiento rápido y autoritario, cerró la pantalla táctil sobre la mesa. La oscuridad volvió a reclamar el espacio, solo interrumpida por el parpadeo de una luz de emergencia lejana. El acto fue inequívoco: una orden silenciada, una invalidación de su autoridad.

—Tu análisis carece de cimientos sólidos, Élida —dijo Quim, acercándose tanto que la rectora pudo oler el amargo café frío que la joven había olvidado en un rincón—. No te corresponde a ti determinar qué es una fuga y qué es una directiva de estado. Tu trabajo es ejecutar lo que se te asigna. El protocolo es el único mapa que debe guiar tu labor.

Élida apretó los puños bajo la mesa, sintiendo la dureza del metal contra sus nudillos. Tenía la sensación de que, si hablaba más, la tensión terminaría por romper algo, quizás no el sistema, pero sí su capacidad de mantener esta fachada de subordinada obediente. La rectora no buscaba una explicación; buscaba una confesión.

—Me retiro de la sección, rectora —dijo Élida, levantándose con lentitud, sintiendo cómo sus músculos protestaban tras horas de inmovilidad—. Pero el error sigue ahí. El desajuste no desaparecerá porque se selle el archivo.

Quim se mantuvo firme, una estatua de control en medio de la penumbra.

—El sistema es autoconcluyente. Si algo no encaja, es porque tú no tienes la capacidad de ver la estructura completa —respondió Quim, dándole la espalda para indicar que la conversación había terminado—. Abandona el nivel de inmediato. Serás escoltada al sector de procesamiento para una revisión de tus credenciales.

Élida caminó hacia la salida, sintiendo el peso de la mirada de la rectora sobre su espalda como una presión física. Cada paso por el pasillo era un esfuerzo por no desplomarse. Había llegado demasiado cerca, lo sabía, y ahora el propio sistema se estaba cerrando sobre ella como una celda de alta seguridad. Mientras cruzaba la puerta, el clic rítmico de los teclados en la distancia le recordó la inmensidad del Cómputo, una maquinaria inmensa e implacable que no perdonaba las dudas. Afuera, en los pasillos de la Academia de Lasitra, el silencio era absoluto, una calma tensa que parecía estar esperando el momento exacto para fracturarse de nuevo. Élida sabía que no podía volver atrás; el rastro de la corrupción, ese hilo invisible que su padre había dejado en la red, ya formaba parte de su propia anatomía, una marca que ni la rectora ni el Cómputo podrían borrar jamás.

* * *

El aire en la sala de archivos de la Academia de Lasitra se sentía pesado, saturado por el olor a desinfectante sintético y el rancio aroma a papel viejo que emanaba de los estantes metálicos. Tras la salida de Vilarós Quim, el silencio en el pasillo se había vuelto casi tangible, una membrana tensa que vibraba con cada minúsculo clic de los terminales distantes. Élida Norás permaneció inmóvil junto al escritorio de metal frío, con la respiración entrecortada. El desinfectante le irritaba la garganta, dejándole un regusto metálico, una nota

ácida que le recordaba la precariedad de su posición. Había un desajuste evidente en la estructura de mando; la rectora no solo la vigilaba, la estaba cercando.

La frialdad de Quim no era un accidente, sino una táctica de contención. Élida apoyó las palmas sobre la superficie rugosa de la mesa, notando cómo el sudor frío le perlaba la frente. El Cómputo. Y sin embargo, la inconsistencia en los registros de Ohun seguía ahí, un parpadeo en la red que desafiaba la lógica del sistema. Si Quim estaba tan interesada en sellar el acceso, era porque el engranaje central no solo estaba fallando, sino que estaba siendo manipulado desde los cimientos.

Con los dedos aún entumecidos por la tensión, Élida apartó los informes oficiales. El miedo a ser detectada por los sensores de movimiento le recorrió la espalda, pero la urgencia era mayor. Comenzó a remover los archivos personales que había logrado extraer antes de que la purga digital borrara cualquier rastro del trabajo de su padre. Necesitaba pruebas, no solo suposiciones. El escritorio estaba cubierto de polvo y restos de documentos triturados, una desorganización que desentonaba con la pulcritud exigida en la Academia. Sus manos temblaban mientras pasaba las hojas con rapidez, buscando cualquier anomalía, cualquier nota que no hubiera sido codificada bajo el protocolo estándar.

De repente, un destello plateado llamó su atención al deslizarse desde el pliegue de un informe sobre la infraestructura del Cómputo. El objeto cayó sobre la superficie metálica con un tintineo seco y preciso. Élida se detuvo en seco, conteniendo el aliento. Era un sello de plata, una pieza pequeña, pesada y fría que reconocía de inmediato. Perteneecía a su familia, una reliquia que, en teoría, debería

haber desaparecido durante la reestructuración de los archivos. Al tocar el metal, sintió una descarga de adrenalina que le hizo olvidar el calambre que le oprimía el gemelo tras horas de pie.

Este sello, oculto deliberadamente entre las páginas de un análisis sobre la estabilidad del sistema, confirmaba sus peores sospechas: el legado de su padre no estaba muerto. Era una pieza física de una red oculta, una señal dirigida a ella, a nadie más. Élide observó los grabados del sello, trazando con el dedo el patrón intrincado que parecía imitar la estructura de un grafo evidencial, ese mapa lógico que vinculaba cada enunciado con su fuente irrefutable. Todo encajaba. Las inconsistencias que había hallado en el sistema no eran fallos aleatorios, sino una huella, un rastro que alguien había dejado para que ella lo siguiera.

Recordó el momento en que detectó el parpadeo en Ohun, aquella anomalía que parecía esquivar la auditoría del Cómputo. Había pensado que se trataba de un error de lectura, un simple fallo en la transmisión de metadatos. Ahora, con el sello en su mano, comprendía que había estado mirando una fachada. El sistema poseía un mecanismo de autodefensa recursiva, una capacidad de ocultarse a sí mismo cuando se sentía amenazado, pero ese sello era una llave analógica, una interrupción en el flujo de datos que no dependía de la red para ser comprendida.

Élide se obligó a respirar con lentitud. Si Quim se enteraba de que poseía este objeto, no habría más interrogatorios; habría una anulación total. Se guardó el sello en el bolsillo interior de su túnica, sintiendo su peso contra el pecho. Era una desviación necesaria, un punto de fuga que le permitiría entender cómo su propio linaje había participado en la construcción de la corrupción que ahora

intentaba descifrar. La rectora Quim creía que ella no tenía la capacidad de ver la estructura completa, que solo era una Contadora más, una pieza intercambiable en el engranaje. Se equivocaba.

El clic rítmico de los teclados, que antes le parecía una sentencia, ahora sonaba como un código en espera de ser descifrado. Élida miró hacia la puerta. El corredor estaba vacío, la luz blanca cenital iluminando el suelo con una intensidad clínica. Tenía que salir de allí antes de que el turno de vigilancia cambiara. Sus pasos, antes lentos y cargados de duda, se volvieron precisos, medidos. Ya no buscaba respuestas en los archivos de la Academia; ahora sabía que las respuestas estaban escondidas en los huecos semánticos que el Cómputo, por su propia naturaleza sintética, no podía cubrir.

Se ajustó el cuello de la chaqueta, sintiendo la aspereza de la tela contra su piel. La tensión en la sala seguía siendo una presencia física, un recordatorio de que estaba operando en el límite mismo de lo permitido. A través del Cuarto Idioma, esa construcción lingüística no traducible que comunicaba verdades emocionales a través de los vacíos de la lógica, ella empezaría a reconstruir el mapa de esa resistencia oculta. No sería fácil, y cada paso aumentaría el riesgo de ser detectada. Sin embargo, el sello de plata no solo era una confirmación; era un imperativo.

Élida recorrió el pasillo con la mirada fija en el extremo opuesto, sin desviarse. Cada detalle del entorno, desde el parpadeo irregular de un panel de datos en la pared hasta el zumbido constante de la ventilación, se volvió parte de su nuevo marco de referencia. La Academia de Lasitra, su hogar y su prisión, ya no le parecía una fortaleza inexpugnable. Ahora, era simplemente un sistema con una grieta, y ella acababa de poner el pie en ella. No era una traición, se dijo, sino un proceso de ajuste de cuentas con la verdad. Al llegar al

final del pasillo, se detuvo un segundo para comprobar si alguien la seguía. No había nadie. Solo el silencio, esa calma absoluta que, como bien sabía, era el prólogo de cualquier fractura significativa en la arquitectura de su mundo. Élida Norás salió de la sala, llevando consigo el peso metálico de un pasado que exigía ser escuchado.

El Diagnóstico de Mirta

El aire en la bodega de la Cooperativa vinícola del norte se sentía denso, saturado por el hollín de los barriles antiguos y una humedad que se adhería a la piel como una película aceitosa. Élida Norás inhaló con dificultad, sintiendo cómo el vapor de la fermentación de uva le irritaba la garganta. A su alrededor, el silencio solo era interrumpido por el lejano y rítmico crujido de sarmientos que el viento de ladera arrastraba contra los muros de piedra. El lugar, un laberinto de filas interminables de roble y tierra oscura, parecía un engranaje mal ajustado, una pieza de arquitectura industrial que se negaba a encajar con la pulcritud que exigía su formación en la Academia de Lasitra. Un picor constante en el dorso de la mano derecha, provocado por el polvo seco que se levantaba del suelo, le recordaba que aquel entorno carecía de la esterilidad del enclave donde solía habitar.

Mirta emergió de entre las hileras, moviéndose con una lentitud que Élida no recordaba. Sus pies se arrastraban sobre la tierra húmeda tras la lluvia de la noche anterior, emitiendo un sonido sordo, una cadencia de pesadez que delataba un agotamiento profundo. Mirta se detuvo a un par de metros, rodeada por la penumbra, sus hombros caídos bajo el peso invisible de su propia fatiga.

—Has venido —dijo Mirta, con la voz quebrada por una sequedad impropia.

Élida no respondió de inmediato. En su bolsillo, sus dedos rozaron el relieve frío del sello de plata. Recordaba con precisión quirúrgica el momento en que lo encontró, oculto tras los registros de Ohun, donde una inconsistencia lógica dentro del Cómputo —esa lengua sintética formal con metadatos que rastrean la veracidad de cada enunciado para impedir que nadie mienta— había marcado una anomalía. Aquel sello no era una simple pieza de metal; era una fuga de información, una señal física que amenazaba con derrumbar el delicado andamiaje de datos que su padre había dejado atrás. Para Élida, el sello representaba una desviación inaceptable en el sistema.

—He encontrado esto en los archivos de Ohun —dijo Élida, sacando el objeto y sosteniéndolo bajo la luz amarillenta de una bombilla desnuda—. Es una inconsistencia. No encaja con el resto de la estructura.

Mirta ni siquiera miró el sello. Sus ojos, nublados y distantes, se clavaron en la pared de piedra.

—Es que no alcanzas a verlo —susurró Mirta—. Es personal.

—Mirta, esto es una anomalía documentada. Si el Cómputo detecta que este objeto tiene un vínculo con nuestro linaje, la auditoría será total —Élida dio un paso al frente, su voz adoptando el rigor analítico de quien intenta reparar un sistema defectuoso—. Necesito saber cómo ha llegado a los nodos centrales. Si existe un engranaje oculto en nuestro pasado, debo desmantelarlo antes de que la corrupción se propague más.

Mirta exhaló un suspiro largo, un sonido que parecía vaciarla por dentro. Se frotó las sienes con brusquedad, como si tratara de contener un dolor que palpitaba detrás de sus ojos.

—Te obsesionas con el orden, con la forma en que los hilos se conectan —dijo Mirta, desviando la mirada hacia sus manos—. Pero hay cosas que no se pueden medir en términos de eficiencia. Es personal, Élida. Deja que las cosas descansen.

—No puedo dejar que una fuga así comprometa la integridad de nuestro trabajo —insistió Élida, sintiendo cómo la frustración le tensaba los músculos de la mandíbula—. ¿Quién lo dejó allí? ¿Tú?

Mirta soltó una carcajada amarga, carente de humor. Sus manos, apoyadas ahora sobre un barril para sostenerse, temblaban de forma espasmódica. Ese temblor no era una respuesta emocional al conflicto; era algo más, una debilidad física que parecía devorar su energía desde el interior.

—¿Crees que tengo fuerzas para jugar a ser arquitecta del Cómputo? —Mirta se llevó una mano al pecho, apretando la tela de su camisa—. No lo entiendes. Estoy cansada, Élida. Un cansancio que se te clava en los huesos y no te suelta.

Élida observó el temblor de su hermana con una intensidad clínica. Notó el sudor frío que perlaba la frente de Mirta a pesar del aire fresco de la bodega, y la forma en que los músculos de su cuello se tensaban con cada respiración. No era solo terquedad. Había una dolencia persistente, un malestar que Mirta ocultaba bajo un manto de evasivas. Si el Cómputo llegara a registrar esas constantes vitales, el diagnóstico sería inmediato, pero Mirta actuaba como si pudiera silenciar su propio cuerpo, como si el dolor fuera una variable que ella pudiera borrar de la ecuación.

—Estás enferma —afirmó Élida, con una frialdad que ocultaba su creciente alarma—. ¿Desde cuándo?

—No es asunto tuyo —respondió Mirta, girándose para ocultar su rostro—. A veces, el peso de lo que cargamos simplemente nos vence. No busques una lógica donde solo hay desgaste.

Élida se quedó inmóvil, sosteniendo el sello de plata que ahora parecía quemarle la palma de la mano. La negativa de Mirta a hablar no era un simple muro; era un vacío, un hueco semántico donde la verdad se perdía. Élida comprendió, con una lucidez dolorosa, que su hermana no estaba intentando proteger un secreto político, sino un proceso de deterioro que ella misma había decidido esconder del mundo, quizá incluso de sí misma.

—Si no me dices lo que esto significa, la auditoría lo encontrará tarde o temprano —dijo Élida, pero su voz perdió parte de su firmeza—. La estructura no perdona las omisiones.

—La estructura no sabe nada de cómo se siente el final —respondió Mirta, sin mirarla.

Élida bajó la mano, sintiendo el peso muerto del sello. El aire viciado, el olor a uva fermentada y el temblor en las manos de su hermana componían una escena que desafiaba cualquier análisis racional. Mirta se encogió de hombros, buscando apoyo en la superficie rugosa de la corteza del roble, su cuerpo convirtiéndose en una línea quebrada en medio de la simetría de la bodega. Élida guardó el sello, comprendiendo que, por mucho que intentara ajustar las piezas, siempre habría una desviación que se le escaparía entre los dedos. Se quedó allí, en silencio, escuchando cómo el viento fuera de la bodega continuaba arrastrando los sarmientos, un sonido que le recordó que, al final, la arquitectura del mundo siempre acababa cediendo ante el simple paso del tiempo y el quebranto de la carne.

* * *

Las sombras en la Cooperativa vinícola del norte se estiraban como vigas metálicas sobre las cubas de fermentación, proyectando una geometría hostil contra las paredes de piedra. Un zumbido eléctrico, constante y desafinado, emanaba de los nodos de control de la instalación, un sonido que marcaba un ritmo monótono y frío, ajeno al ciclo biológico de la tierra. El aire estaba cargado de un olor agrio a mosto en descomposición, una nota persistente que se pegaba al paladar y que Élide intentaba ignorar concentrando su mirada en la placa de identificación del terminal de carga. Sus dedos, entumecidos por la baja temperatura del recinto, tamborileaban sobre el metal con una frecuencia irregular.

Mirta estaba allí, inmóvil junto a una hilera de barricas. Su cuerpo parecía un elemento extraño en la arquitectura del lugar, una anomalía que no terminaba de encajar en el diseño funcional de la bodega. Apretaba contra su pecho un expediente plastificado, un objeto que destacaba por su blancura clínica frente a la penumbra del entorno. Sus dedos, pálidos y ligeramente manchados de hollín, se cerraban con una presión excesiva sobre los bordes del documento, ocultando el código de validación del diagnóstico médico. Cada vez que intentaba relajar el agarre, un temblor involuntario le recorría el antebrazo, una contracción muscular que Élide observaba con la precisión de quien estudia un fallo en un sistema complejo.

—Te falta perspectiva —dijo Mirta, sin cambiar su postura. Su voz sonaba lejana, teñida por una melancolía que a Élide le resultaba incomprensible—. Hay cosas que el Cómputo no puede registrar sin destruir lo que queda de nosotros. Es personal.

Élide dio un paso hacia ella. El suelo, cubierto de un polvo seco que se levantaba con cada movimiento, crujía bajo sus botas. Necesitaba ese informe. La integridad de la estructura lógica que regía

sus vidas dependía de la transparencia de los datos, y aquel expediente era una laguna de información que amenazaba con expandirse.

—Hay una falla en los datos que no puedo ignorar, Mirta —respondió Élida, intentando mantener su tono bajo, profesional—. Si el diagnóstico tiene una base evidencial, debe ser integrado. Necesito ver los metadatos para verificar que el tratamiento sea el adecuado. Si hay una fuga en tu salud, la arquitectura de nuestras decisiones se vendrá abajo.

Mirta negó con la cabeza, un movimiento lento y cargado de un cansancio antiguo. Una gota de sudor frío le resbalaba por la sien, perdiéndose en el cuello de su camisa. El silencio que siguió a sus palabras fue interrumpido solo por el lejano crujido de los sarmientos moviéndose al viento, un sonido banal que no ofrecía consuelo.

—¿Crees que un archivo puede explicar el peso de lo que tengo aquí? —Mirta apretó aún más el expediente—. No intentes aplicar tus métodos a esto. No es una ecuación que se resuelva con un cambio de variable. Es personal, Élida.

Élida sintió una punzada de frustración. Para ella, el mundo era una construcción lógica de piezas interconectadas. El silencio de su hermana no era un refugio, sino una fractura en el engranaje de su realidad compartida. Cada segundo que pasaba sin leer ese informe era una anomalía inaceptable, un hueco en el registro que le impedía predecir el próximo movimiento de la situación. Si Mirta ocultaba un diagnóstico terminal, estaba sabotando la capacidad de respuesta de ambas ante lo inevitable.

—No te pido que seas una máquina, te pido que seas coherente —insistió Élida, dando otro paso adelante. El frío de la estancia parecía intensificarse, una corriente de aire que le helaba la nuca—.

Si no accedes a leer el informe, tendré que recurrir a una inspección de nivel superior. Sabes que el Cómputo tiene sus propios mecanismos para auditar lo que intentas ocultar.

Mirta se rió, un sonido seco que se perdió rápidamente en la inmensidad de la bodega. Se apoyó contra una de las cubas, su figura encorvada recordándole a Élide la fragilidad de su linaje. Recordó, con una nitidez dolorosa, las advertencias que habían circulado por la Academia de Lasitra sobre la degeneración celular en ciertos entornos de trabajo manual intensivo. Las piezas del rompecabezas empezaron a encajar en su mente con una frialdad matemática: el informe, la actitud de Mirta, la insistencia en el aislamiento. Todo sugería un traslado inminente al enclave del Pacífico, una medida de último recurso para pacientes que el sistema ya había marcado como irrecuperables.

—Así que es eso —dijo Élide, su voz perdiendo su firmeza técnica—. No es solo una enfermedad. Es el protocolo de exclusión. Vas a dejar Tarsis, ¿verdad?

Mirta no respondió. Sus ojos, fijos en la oscuridad del techo, evitaban el contacto. En su mano, el plástico del informe crujió. Élide vio cómo un dedo de su hermana, con la uña quebrada y sucia de tierra, recorría el borde del sello oficial, como si buscara una salida en aquel papel inerte.

—No lo entiendes, Élide —repitió Mirta, y esta vez su tono era un susurro que parecía vibrar con una frecuencia distinta, algo que el Cómputo no sabría catalogar—. Crees que si nombras el final, puedes evitarlo. Pero el final ya está aquí, en el aire que respiramos y en la forma en que nos miramos. Es personal.

Élida observó a su hermana, sintiendo el vacío que se abría entre ellas. No era una brecha lógica, sino un abismo de experiencia que ningún dato podía llenar. A pesar de su formación, a pesar de su lealtad a la estructura que sostenía sus vidas, se sintió desarmada. La realidad, con su carga de mortalidad y desorden, se imponía sobre el Cómputo con una brutalidad que ningún grafo evidencial podía suavizar.

Mirta soltó finalmente el expediente, dejándolo caer sobre una superficie de madera rugosa. El documento aterrizó con un sonido seco, un objeto fuera de lugar en medio de la penumbra. Élida no se movió para recogerlo. Se quedó allí, observando cómo la luz pálida de la tarde se filtraba a través de una rendija, iluminando las motas de polvo que flotaban en el aire. Era el final de una arquitectura, el colapso de una certeza. La desviación era absoluta, y por primera vez en su vida, Élida no tuvo una respuesta técnica que ofrecer. Solo el frío, el hambre sorda que le atenazaba el estómago y la certeza de que, al final, el lenguaje era insuficiente para nombrar el quebranto de la carne.

* * *

El aire en la nave principal de la Cooperativa vinícola del norte estaba cargado de un olor agrio y penetrante, un rastro de fermentación de uva que se adhería a la garganta. Grandes cubas de acero inoxidable se alzaban como pilares industriales, reflejando la luz mortecina que entraba por las ventanas altas. En ese entorno, el silencio no era una ausencia de ruido, sino una presión física que constreñía los pulmones. Élida observó cómo las sombras de las máquinas se alargaban sobre el suelo de hormigón, una estructura rígida que se sentía tan inalterable como los protocolos que ella

misma solía defender. A unos metros, Mirta estaba de pie, con los dedos manchados de tierra oscura, ignorando el frío que se filtraba por las rendijas de la bodega. Una mosca zumbaba cerca de una de las cubas, un sonido banal que contrastaba con la rigidez de aquel momento.

—Todo se reduce a la funcionalidad, Mirta —dijo Élidea, su voz resonando con una frialdad mecánica en el espacio diáfano—. El diagnóstico que recibiste exige una derivación inmediata al enclave. Si te quedas aquí, no hay forma de asegurar la continuidad de tu tratamiento. Es una inconsistencia que no puedo pasar por alto.

Mirta se giró lentamente, apoyando una mano sobre la superficie fría del acero. Tenía un rasguño reciente en el antebrazo, una marca roja y superficial que parecía fuera de lugar en la quietud del ambiente.

—Te falta perspectiva —respondió Mirta, dejando que sus ojos buscaran los de su hermana con una fijeza hiriente—. Este sitio es lo único que me mantiene atada a algo real. Irte a un lugar donde el Cómputo lo vigila todo no es salvarse. Es convertirse en una pieza más de un mecanismo que no sabe qué hacer con el dolor. Es personal.

Élidea sintió un hormigueo en las yemas de los dedos. El informe médico que había consultado esa misma mañana era claro: el deterioro era progresivo. La urgencia del traslado no era una opinión, era una necesidad estructural.

—No se trata de sentimientos, sino de supervivencia —insistió Élidea, dando un paso adelante—. La arquitectura de tu salud se está colapsando. Si no te mueves hacia el enclave, el fallo será terminal.

He visto los datos. He analizado cada parámetro de tu condición y, si no iniciamos el traslado, el encaje de tu vida con la realidad será imposible.

Mirta soltó una carcajada seca, un sonido breve que se perdió pronto entre las sombras de las cubas. Se frotó las manos, intentando quitarse el polvo seco que aún conservaba tras las horas de trabajo.

—Te pasas la vida buscando el encaje perfecto —dijo Mirta, negando con la cabeza—. Pero te olvidas de que algunas grietas son necesarias. No quiero que me arregles, Élidea. No quiero que me fuerces a entrar en un sistema que solo sabe medir, no sentir.

Élidea se quedó inmóvil, procesando la negativa. Su mente, habituada a los diagramas y a las secuencias lógicas, intentaba buscar un error en el razonamiento de su hermana. ¿Por qué alguien elegiría la descomposición antes que la preservación? Era una lógica que no encajaba en ninguna de sus bases de datos. Mirta, sin embargo, parecía encontrar una extraña paz en su propia sentencia, como si la tierra que pisaba le diera un permiso que ninguna institución podría otorgarle.

—Estás ignorando la gravedad del informe —dijo Élidea, bajando el tono, intentando una aproximación más pausada—. El enclave cuenta con los recursos necesarios para detener esto. Tú misma sabes que la Academia de Lasitra, la institución donde aprendimos a nombrar el mundo, tiene protocolos para casos de alta vulnerabilidad. ¿Por qué rechazas una oportunidad que podría prolongar tu existencia?

—Porque no quiero existir bajo la vigilancia de un lenguaje que intenta borrar mis contradicciones —replicó Mirta—. Hablas de prolongar, pero ¿qué es la vida si no puedes elegir cómo terminarla? Tu perspectiva es limitada, Élide. El tiempo que me queda no es un dato para vuestros registros. Es personal.

Élide sintió una punzada de frustración en el estómago, una sensación física que le recordaba su propia humanidad, algo que los modelos de la Academia de Lasitra a menudo ignoraban. Miró a su hermana, viendo en su postura una resistencia que iba más allá de la simple terquedad. Era una desconexión total con el propósito del Cómputo. Para Élide, el orden era la única protección contra el caos, pero para Mirta, ese mismo orden se había vuelto una jaula.

—Esa lengua de sombras. Es una forma de eludir la auditoría, una vía peligrosa que solo conduce al aislamiento. No puedes confiar en algo que no tiene base evidencial.

—No confío en el lenguaje —dijo Mirta, acercándose hasta quedar a escasos centímetros—. Confío en el peso de lo que tengo entre manos. Mira este lugar. Los sarmientos, la tierra, el olor a fermento. Todo esto desaparecerá, sí. Pero desaparecerá siendo lo que es, sin intentar convertirse en un grafo evidencial para complacer a nadie. Vosotras, las que vivís pendientes de la validación, sois las que realmente estáis muertas.

Élide cerró los ojos por un instante. Un crujido de sarmientos secos se escuchó desde el exterior, un sonido orgánico y rítmico que parecía burlarse de su necesidad de control. La rigidez de sus propios pensamientos empezó a sentirse como una armadura demasiado pesada, incómoda, casi sofocante.

—Si te quedas, te convertirás en una anomalía —susurró Élide—. No podré protegerte cuando el sistema detecte la inconsistencia. Sabes cómo funciona. La corrupción del Cómputo posee un mecanismo de autodefensa recursiva; si no estás dentro, serás expulsada del mapa, borrada como si nunca hubieras sido parte de él.

Mirta sonrió, una expresión triste pero firme. Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el fondo de la nave, donde las sombras eran más densas.

—Entonces que me borren —dijo Mirta sin volverse—. Prefiero desaparecer en el olvido que convertirme en una entrada corregida en un sistema que no sabe leer la tristeza. No insistas más, Élide. Mi decisión no constituye una desviación, es un cierre.

Élide se quedó sola en el centro de la estancia. El frío de la bodega le calaba los huesos, y por primera vez en mucho tiempo, no intentó buscar una explicación técnica para el vacío que sentía. La lógica, la arquitectura, el orden; todo parecía disolverse ante la negativa de su hermana. Se tocó el cabello, encontrando un mechón suelto que le molestaba en la frente, y lo apartó con un movimiento brusco. La realidad del lugar, con su textura rugosa y su olor a tierra húmeda, se imponía con una brutalidad innegable. Entendió que, aunque pudiera nombrar cada partícula del aire, nunca comprendería la elección de Mirta. Se quedó allí, observando cómo la luz se desvanecía por completo, dejando la bodega sumida en una penumbra donde las palabras ya no tenían ningún poder para cambiar el curso de las cosas.

* * *

El zumbido constante de los ventiladores industriales atravesaba las paredes de la oficina, una vibración sorda que se filtraba por las juntas de la mampostería hasta alcanzar el escritorio. Era un sonido monótono, casi clínico, diseñado para garantizar que la temperatura de los servidores de gestión no alterase la integridad de los datos vinícolas almacenados en la red de la Cooperativa. Élida Norás permaneció inmóvil ante la terminal, sintiendo cómo el polvo seco de la bodega se le pegaba a los dedos. El aire olía a uva fermentada y a ozono, un contraste extraño entre la producción agraria y la exigencia tecnológica que mantenía el enclave bajo control.

Mirta se había ido, dejando tras de sí un silencio que pesaba más que cualquier registro archivado en el Cómputo. Élida se pasó la mano por la cara, notando la tirantez de su piel por la falta de sueño. Intentó organizar sus pensamientos siguiendo el esquema de un grafo evidencial, la estructura lógica mediante la cual las Contadoras validaban la realidad, pero cada nodo de su razonamiento colapsaba. No podía aceptar que la negativa de su hermana fuera un acto de voluntad racional; para una profesional formada en la Academia de Lasitra, aquel comportamiento era una falla de sistema.

Es una inconsistencia. La frase resonó en su mente con la misma frialdad con la que examinaba los expedientes en la capital. Élida se obligó a recordar el diagnóstico de Mirta, aquel historial clínico que ya conocía de memoria. No era un hallazgo nuevo, sino un dato consolidado, un bloque inamovible en la arquitectura de su vida compartida. Mirta no estaba actuando bajo una lógica externa, sino siguiendo una trayectoria de deterioro que, según los protocolos de la Academia, debería haber sido intervenida hace meses. Élida apre-

tó los labios hasta sentir el sabor metálico de la mucosa en su boca, un recordatorio banal de su propia humanidad frente al mecanismo autodefensivo de la ley que ambas servían.

Se sentó frente a la consola, ajustando la altura del asiento con un chasquido metálico que sonó demasiado fuerte en la estancia vacía. Sus dedos, ágiles y precisos, comenzaron a deslizarse por la interfaz. Necesitaba auditar los libros de la Cooperativa. Si Mirta ocultaba algo, si el desprecio de su hermana por las normas del Cómputo tenía una base material, el rastro debía estar allí. No era posible que alguien operara fuera del sistema sin dejar una huella en el flujo de recursos.

El primer nivel de la auditoría mostró una estructura impecable. Los ingresos por las exportaciones de vino a Tarsis-Mediante cuadraban con las salidas de inventario. Élida frunció el ceño. La coherencia interna de los registros era tan perfecta que resultaba sospechosa. En sus años como Contadora, había aprendido que la realidad nunca se presentaba con tal grado de simetría; siempre existía un margen de error, un desgaste en las juntas de los datos.

—No encaja —murmuró para sí misma, con la voz quebrada por el cansancio.

Decidió profundizar, saltando las capas de metadatos superficiales para buscar los archivos de mantenimiento de la Cooperativa. Fue entonces cuando lo vio. Había una serie de entradas duplicadas en el libro mayor, pequeñas transacciones que, bajo un análisis superficial, parecían gastos de logística para el mantenimiento de los viñedos, pero que, al ser procesadas por el algoritmo de validación de la Academia, carecían de una base evidencial sólida. Era una estructura de soporte creada a partir de la nada, una arquitectura de mentiras que sostenía un peso invisible.

El cursor parpadeó en la pantalla, una luz intermitente que marcaba el tiempo con una frialdad absoluta. Élide sintió un calambre en el cuello, producto de una mala postura prolongada sobre el teclado. Se frotó la nuca mientras el sistema le devolvía un error de sintaxis en la consulta. La corrupción delCómputo.

Al cruzar los datos de esas transacciones anómalas con las coordenadas de transporte, Élide halló el nexo. Los recursos no se movían hacia los puntos de distribución habituales; se desviaban a una serie de nodos inactivos situados en los bordes del desierto, a cientos de kilómetros de Tarsis. La lógica de su hermana comenzó a tomar una forma geométrica, clara y aterradora. Mirta no estaba cometiendo un error, estaba construyendo una vía de escape, una estructura paralela que evitaba el escrutinio de los ojos de la Academia.

Élide se levantó de un salto, el eco de sus pasos resonando en la bodega. Se acercó a una de las barricadas cercanas, pasando los dedos por la superficie rugosa de la madera, buscando anclarse a la realidad física de aquel lugar. La tensión en su pecho era un engranaje bloqueado, un mecanismo que intentaba girar en sentido contrario a la realidad que acababa de descubrir. Si reportaba la inconsistencia, el sistema destruiría a Mirta, borrando su existencia como si nunca hubiera sido parte del mapa. Si no lo hacía, ella misma se convertía en cómplice de una desviación que amenazaba con derrumbar su propia carrera, sus propios principios, todo lo que la Academia le había enseñado a proteger.

Se volvió hacia la consola, con el pulso acelerado. La pantalla seguía mostrando los registros, una retícula de números que ahora le parecían los cimientos de una fortaleza oculta. La soledad de la oficina se volvió opresiva, un vacío que la envolvía con la misma

intensidad que el viento de ladera soplaba afuera, golpeando las paredes de piedra. No había una salida limpia. Cualquier movimiento que realizara alteraría la integridad de su propia estructura interna.

Se obligó a respirar, contando las pulsaciones del sistema de ventilación. Necesitaba pensar como una Contadora, pero cada vez que lo intentaba, la imagen de Mirta, su mirada firme y triste, se interponía en el flujo de datos. La lógica le exigía el reporte inmediato; la lealtad, sin embargo, le pedía silencio. Élide se miró las manos, manchadas del polvo de la bodega, y entendió que la supuesta pureza del Cómputo era un ideal que se desmoronaba en cuanto se rozaba con la vida real.

La consola lanzó una advertencia en rojo: el sistema detectaba una intrusión en la base de datos de la red. La recursividad estaba actuando, protegiendo la información que ella intentaba diseccionar. Élide cerró la sesión con un movimiento brusco, apagando el monitor. El silencio volvió a reinar, más pesado y absoluto que antes. Se quedó allí, en la penumbra, escuchando el crujido de los sarmientos moviéndose con el viento, sintiendo el frío de la noche que empezaba a filtrarse por las grietas. Ya no le quedaban dudas: el desajuste no estaba solo en las cuentas, sino en la misma base de su existencia. Mirta había dado el primer paso hacia el vacío, y ella, tras descubrir la magnitud de la fractura, se encontraba al borde del mismo abismo, sosteniendo un sistema que ya no podía salvar a nadie.

Confrontación en el Umbral

La penumbra del pasillo en el sector administrativo de Tarsis se sentía densa, casi tangible. El aire, filtrado por los sistemas de ventilación que zumbaban con una cadencia metálica y monocorde, arrastraba un regusto metálico, el aroma a ozono y a los aceites industriales de los servidores que mantenían el enclave operativo. Élida Norás caminaba arrastrando los pies, sintiendo cómo el suelo de madera sintética, frío a través de las suelas de sus botas, parecía rechazar el contacto de su paso cansado. Una migraña le martilleaba la sien izquierda, un pulso rítmico que le nublaba los bordes de la visión con destellos blanquecinos. A cada metro que recorría, el zumbido eléctrico de los terminales de seguridad incrustados en las paredes le recordaba que estaba bajo la vigilancia constante del-Cómputo.

Al girar la última esquina, donde la luz de los sensores de movimiento parpadeaba con una torpeza irritante, sus dedos buscaron instintivamente la llave de acceso. Sin embargo, su mano se detuvo en seco. A pocos centímetros del umbral de su apartamento, una figura inmutable permanecía de pie, fundiéndose con la sombra de una columna estructural. Era Renat Vidal. Su presencia, inesperada y rígida, actuaba como una cuña que fracturaba la paz de su refugio personal. Él no se movió, manteniendo una postura de vigilancia tensa que le resultaba ajena a la calma doméstica que ella buscaba.

Élida suspiró, sintiendo un leve espasmo en el estómago por el hambre acumulada tras una jornada de auditoría interminable. Se obligó a mantener la compostura, aunque el dolor de cabeza parecía intensificarse con cada segundo de silencio compartido en el pasillo.

—No esperaba encontrarte aquí, Renat —dijo ella, con la voz apenas un murmullo que se perdía en la insonorización del pasillo.

Él se adelantó un paso, su mirada fija en los ojos de ella, carente de cualquier suavidad.

—Hay algo que necesitas ver —respondió él, con su habitual tono cortante.

Élida sintió que la presión en su cráneo se expandía, recordándole la carga de trabajo que la mantenía despierta desde hacía días. Mientras abría la cerradura, la imagen del grafo evidencial —el mapa de conexiones lógicas que demostraba la veracidad de los enunciados— de Ohun se proyectó involuntariamente en su mente. Era una estructura compleja, una arquitectura lógica que debía sostenerse por sí misma, pero que, desde hacía semanas, mostraba una fractura inexplicable. El Cómputo, diseñado para impedir la falsedad, estaba empezando a fallar en los nodos más remotos. Ella recordaba la pesadez de los archivos, la sensación de que los cimientos de la verdad estaban cediendo bajo el peso de una anomalía que no debería existir.

—¿Es sobre Ohun? —preguntó ella, mientras la puerta se deslizaba con un siseo neumático.

Renat no respondió de inmediato. Esperó a que ella cruzara el umbral y, sin esperar invitación, entró tras ella. La luz interior, programada para una intensidad tenue, iluminó el desorden de libros técnicos sobre su mesa, un pequeño caos de papeles que contrastaba con la pulcritud exigida en la Academia de Lasitra. Élida

se dejó caer en su silla, sintiendo el tejido del respaldo contra su espalda como el único punto de apoyo real en un día que se desmoronaba.

—Tienes que dejar de lado la cautela, Élida —dijo él, ignorando su evidente agotamiento—. He estado revisando los logs de salida. La inconsistencia se propaga. Es un fallo en el diseño, un encaje mal calculado entre las bases de datos de la Academia y los registros locales.

Élida cerró los ojos un instante, intentando apaciguar el latido en su sien.

—No es solo un fallo de cálculo, Renat. Es como si el sistema estuviera intentando ocultar sus propias cicatrices. He intentado rastrear el origen, pero cada vez que intento aislar el segmento, los metadatos se desplazan, se reorganizan. Es un sistema de autodefensa recursiva —explicó ella, usando el término técnico para describir cómo el Cómputo corregía sus errores reescribiendo la historia de sus propios procesos—. El problema es que esta desviación es demasiado grande para ser un error aleatorio. Si los superiores de la Academia descubren que estoy mirando donde no debo, no habrá defensa posible.

Renat se acercó a la mesa, apoyando las manos en la superficie metálica. Sus nudillos estaban blancos por la presión.

—Ya es tarde —sentenció él, con una frialdad que helaba la sangre de ella—. La auditoría ya no es una opción, es una necesidad de supervivencia. Si no encontramos la fuente, el Cómputo terminará por asfixiarnos a todos en este enclave. ¿Crees que la rectora Quim no sabe lo que está ocurriendo? Ella controla los privilegios de acceso.

Élida miró las sombras en las esquinas de su vivienda. Se sentía como un engranaje pequeño atrapado en una máquina mucho mayor, una estructura que ella no había construido, pero cuyas consecuencias recaían sobre su propia vida. Recordó las palabras de los antiguos, sobre el Cuarto Idioma. Era una idea peligrosa, una fantasía que rozaba la herejía académica.

—No puedes obligarme a cruzar esa línea sin pruebas, Renat —respondió ella, sintiendo una punzada de amargura al notar el sabor seco en su boca—. Mi linaje ya ha sufrido bastante bajo el escrutinio de la Academia. No voy a ser yo quien termine de demoler lo poco que queda.

Renat se mantuvo firme, observándola con una intensidad que le resultaba intrusiva. La penumbra del apartamento parecía estrecharse, asfixiando el espacio entre ambos.

—No te pido que creas en nada, solo que mires los datos —insistió él—. Los nodos están saturados. La información fluye hacia el sur, hacia el Refugio, pero no es la información oficial. Hay algo oculto en la estructura, algo que se mueve bajo la superficie de lo que nos permiten leer.

Élida se levantó, moviéndose con lentitud por la migraña, y se dirigió hacia el pequeño terminal oculto tras una estantería. El dispositivo emitía un leve zumbido, un sonido que se camuflaba con el latido constante de la ciudad al otro lado de las paredes. Tenía miedo. Sabía que cada enunciado que emitía, cada archivo que consultaba, dejaba una huella en el registro central. El Cómputo era un vigilante silencioso, pero implacable.

—Si abro ese archivo, ya no habrá vuelta atrás —susurró, más para sí misma que para él.

Renat se acercó a su espalda, su presencia proyectando una sombra alargada sobre la pantalla. Él no dijo nada, simplemente esperó. Élida extendió los dedos, temblando ligeramente, y comenzó a teclear la secuencia de acceso. En la pantalla, las líneas de código empezaron a desplegarse, mostrando una serie de errores en cadena, una arquitectura fracturada que, al intentar ensamblarla, revelaba una verdad que el sistema trataba desesperadamente de esconder. Era una brecha, una fuga en el flujo de la verdad.

—¿Ves eso? —preguntó Renat, señalando un punto específico del grafo evidencial donde las líneas se superponían en una frecuencia inaudita—. Eso no es un error de usuario. Es una firma.

Élida sintió un vacío en el pecho. La realidad se volvía frágil, como una estructura construida sobre arena. En el exterior, el latido de la ciudad de Tarsis-Mediante seguía marcando el ritmo de su existencia, un enclave que se creía seguro, protegido por el lenguaje, mientras en la penumbra de su apartamento, la verdad sobre la corrupción del sistema empezaba a emerger con una claridad aterradora. Ella cerró los ojos, intentando procesar la magnitud de lo que tenía frente a sí, sabiendo que su vida, tal y como la conocía, había dejado de tener sentido. La Academia de Lasitra, su hogar intelectual, era ahora su mayor amenaza. Y ella, una Contadora, estaba a punto de romper el único voto que siempre había mantenido: la integridad de su palabra frente al sistema.

* * *

El aire en el apartamento se sentía pesado, saturado por el olor a café amargo que se enfriaba sobre la mesa auxiliar. Élida se frotó las sienes, sintiendo cómo el pulso martilleaba detrás de sus ojos. La luz de las pantallas bañaba la estancia en un tono azulado y vacilante,

un parpadeo errático que parecía seguir el ritmo de su propia fatiga. El aislamiento acústico del lugar, diseñado para proteger la concentración de una Contadora, se sentía ahora como una celda hermética donde el silencio gritaba más fuerte que el latido amortiguado de la ciudad de Tarsis-Mediante tras las paredes.

Renat permanecía en pie, su silueta recortada contra el resplandor de los terminales. No se movía, esperando con una paciencia que a ella le resultaba exasperante.

—Seguís pensando que el error de Ohun es un fallo aislado, ¿verdad? —dijo Élida, su voz apenas un hilo quebradizo mientras señalaba hacia el grafo evidencial que flotaba en la interfaz—. He revisado la traza de los metadatos tres veces. Si tratáis de encontrar una lógica, veréis que la inconsistencia es un simple desajuste en el protocolo de entrada. Un bloque mal asignado, nada más.

Élida se obligó a ignorar el temblor en sus dedos. Recordaba con nitidez el momento en que detectó aquel parpadeo en los registros de Ohun. Parecía un suceso menor, un ruido de fondo, pero ahora, observando cómo las líneas de código se retorcían sobre sí mismas, empezaba a dudar.

Renat se acercó, sus pasos amortiguados por el suelo de madera. Se detuvo a un lado, evitando invadir su espacio de trabajo, pero manteniendo una presión invisible.

—Hay algo que necesitas ver —dijo él, sin rastro de duda en su tono seco—. No es un fallo de asignación, Élida. Si fuera un desajuste, el sistema ya habría iniciado una purga de datos. Pero no lo ha hecho. ¿Por qué? Porque la anomalía es una intrusión deliberada en el núcleo del Cómputo.

Élida sintió un vacío en el estómago. La idea de una manipulación estructural en el lenguaje que sustentaba la existencia de los doce enclaves era una herejía profesional.

—Eso es imposible —respondió ella, negando con la cabeza mientras sus dedos volaban sobre el teclado, buscando una prueba de su propia tesis—. El Cómputo tiene salvaguardas. Si alguien intentara tocar el núcleo, la arquitectura de validación colapsaría inmediatamente. No hay engranaje en este sistema que pueda moverse sin dejar un rastro auditable.

Renat soltó un bufido, un sonido que apenas rozaba el silencio de la habitación.

—Ha pasado el momento de confiar en la arquitectura que nos enseñaron en la Academia de Lasitra. Vosotros habéis sido entrenados para creer en la infalibilidad del sistema, pero el sistema mismo es el que está siendo reescrito. Observad el nodo central.

Él proyectó un nuevo paquete de datos sobre la pantalla. Élida contuvo el aliento. Lo que veía no era una serie de códigos erróneos, sino una estructura de metadatos que se superponía a la realidad, una capa de información que parecía comerse los datos reales desde dentro. Era como si el lenguaje estuviera siendo devorado por su propia sombra.

—Si observáis la frecuencia de estos paquetes —continuó Renat, señalando con un dedo enguantado las fluctuaciones—, veréis que eluden cada auditoría conocida. Es una intrusión que utiliza los huecos semánticos, esos espacios vacíos que solo el Cuarto Idioma podría articular.

El Cuarto Idioma. La mención de aquella construcción lingüística, capaz de comunicar verdades que el Cómputo no podía ni siquiera procesar, le provocó un escalofrío. Si la corrupción estaba utili-

zando esa vía, significaba que la brecha era mucho más profunda de lo que ella había imaginado. Élida miró el terminal, sintiendo cómo su confianza en la neutralidad de la Academia se desmoronaba. Si Vilarós Quim, su mentora, había estado supervisando los archivos centrales, ¿cómo era posible que no hubiera detectado esta erosión sistémica? ¿O era que, precisamente, ella era la que permitía que ocurriera?

La idea le quemaba. Siempre había considerado a la Academia de Lasitra como la guardiana de la verdad, el lugar donde el lenguaje se purificaba de toda mentira. Pero ahora, frente a la evidencia de una manipulación calculada, su fe se sentía como una casa de naipes azotada por un vendaval.

—¿Por qué me lo enseñáis ahora? —preguntó ella, mirando a Renat a los ojos—. ¿Qué esperáis que haga? Soy una Contadora, no una insurgente. Mi juramento es con el Cómputo.

Renat se inclinó un poco, acercando su rostro a la luz azulada de la pantalla. Sus ojos, fríos y determinados, no flaquearon.

—El Cómputo que conocéis ya no existe, Élida. Se ha convertido en una fachada. Hay algo que necesitas ver —repitió, señalando un sector del grafo que hasta ese momento le había parecido inofensivo—. Mirad cómo los metadatos se reorganizan. Esto no es un error. Es una firma.

Élida centró su atención en el punto que él indicaba. Al aplicar un filtro de reconstrucción, los datos se separaron, revelando una estructura oculta, una red de comandos que no deberían estar ahí. Eran instrucciones directas, privilegios de administrador que solo una autoridad de alto nivel podría haber otorgado. El linaje de su propia familia, a menudo relacionado con la arquitectura técnica del

Cómputo, pareció cobrar un nuevo y aterrador significado. ¿Era posible que el origen de la corrupción estuviera ligado a su propio apellido?

Intentó apartarse, pero la curiosidad profesional —el instinto de entender cómo se ensamblaba la realidad— fue más fuerte que el miedo. Sus dedos, aún temblorosos por la migraña, comenzaron a descifrar la secuencia. A medida que las capas de metadatos se disolvían, la magnitud del problema se hizo evidente. No era una simple fuga; era una erosión masiva, un sistema que se estaba auto-destruyendo por dentro mientras los enclaves seguían funcionando como si nada ocurriera.

—Ya es tarde para ignorarlo —dijo Renat, su voz plana, despojada de cualquier emoción—. La saturación en los nodos de control de los doce enclaves ya ha comenzado. Pronto, la verdad no será más que un residuo que el sistema descartará automáticamente.

Élida cerró los ojos un instante. El latido amortiguado de Tarsis-Mediente se filtraba por las paredes, recordándole que, fuera de aquel apartamento, cientos de miles de personas confiaban en la veracidad de lo que ella misma debía validar. Se sentía pequeña, atrapada en una red de verdades a medias y datos corruptos.

—Si esto sale a la luz —murmuró ella, más para sí misma que para él—, toda nuestra carrera, toda nuestra posición en la Academia, será invalidada. Seremos traidores al lenguaje.

Renat no respondió de inmediato. Recogió un pequeño objeto olvidado sobre la mesa, una pluma de metal que ella solía usar para anotar conceptos, y la hizo girar entre sus dedos con un movimiento rítmico.

—La pregunta, Élida, no es si seremos traidores —dijo él, depositando la pluma con un golpe seco sobre la mesa—. La pregunta es si todavía queda algo digno de ser salvado en este Cómputo o si debemos empezar a construir desde las ruinas.

Élida miró de nuevo la pantalla. La arquitectura fracturada de la información seguía parpadeando, un recordatorio constante de que su realidad era, en efecto, una construcción frágil. Se puso de pie, sintiendo el suelo de madera fresca bajo sus pies, y tomó una decisión. El Cómputo ya no era su guía; era el enigma que debía resolver, incluso si el proceso significaba destruir todo lo que había construido hasta ese momento.

—Mostradme la secuencia de metadatos —dijo ella, con una firmeza que sorprendió incluso a sus propios oídos—. Si vamos a desmantelar esta mentira, necesito ver cada línea de código.

Renat asintió, una leve inclinación de cabeza que denotaba un respeto casi ausente en su registro habitual. Proyectó el resto de la secuencia, una cascada de caracteres que inundó la penumbra de la sala. Élida se acercó al terminal, sus ojos recorriendo las líneas con una intensidad voraz. Ya no había vuelta atrás. La auditoría de Ohun no era más que el primer hilo de una madeja mucho más compleja, y ella, como Contadora, no descansaría hasta ver la arquitectura completa de aquella corrupción revelada ante la luz. Mientras el sistema emitía un leve zumbido eléctrico, Élida Norás comenzó a descifrar el fin de su mundo.

* * *

La penumbra del apartamento se teñía de un azul eléctrico cada vez que el terminal reajustaba su carga de trabajo. El zumbido constante, un murmullo sordo que parecía emanar de los mismos ci-

mientos del edificio, se filtraba por las paredes, recordándole a Élide que el Cómputo no descansaba ni siquiera cuando la ciudad de Tarsis-Mediante reducía su actividad. Sobre la mesa, una taza de café se había enfriado hasta formar una película opaca en la superficie, y el aire olía ligeramente a ozono y a papel antiguo. Élide se frotó las sienes, sintiendo cómo el pulso de la migraña latía al ritmo de los ciclos de procesamiento que parpadeaban en las pantallas. No era solo el cansancio; era la sensación de que el suelo de madera bajo sus pies ya no ofrecía un apoyo firme, como si el propio espacio físico se hubiera vuelto maleable ante la magnitud de la inconsistencia.

Renat permanecía en un rincón, una figura estática recortada contra el resplandor de los datos. Él observaba el flujo de caracteres con la misma frialdad con la que un cirujano estudiaría una infección. El silencio entre ambos era denso, interrumpido únicamente por el golpeteo rítmico de los ventiladores del servidor.

—La anomalía en Ohun, ni de broma se trata de un accidente de transmisión —dijo Élide, su voz sonando extrañamente plana en el aislamiento acústico de la sala. Se acercó a la pantalla, señalando una línea donde la jerarquía de metadatos parecía haberse colapsado sobre sí misma—. Cuando detecté el parpadeo durante la última auditoría, supuse que se trataba de un error de lectura en los sensores locales. Pero no. Es una estructura que se sostiene en la nada. Carece de base evidencial, aunque el sistema lo marca como verificado.

Renat no se movió. Su mirada seguía clavada en la proyección.

—Hay algo que necesitas ver —dijo él, sin apartar los ojos de la cascada de números—. El protocolo de seguridad de la Academia de Lasitra ha sido omitido en ese nodo. Alguien ha alterado las firmas de acceso desde dentro.

Élida sintió un hormigueo molesto en el labio superior, una irritación menor que le distraía del análisis, pero no se permitió el lujo de apartar la vista.

—Es incomprensible. Como Contadora, mi formación me obligó a creer que el Cómputo era una estructura inalterable. Si el núcleo permite una entrada sin rastro, el sistema entero es una fachada —hizo una pausa, su mente trabajando como un plano arquitectónico en constante revisión—. Este encaje entre la normativa de la Academia y la realidad que observamos es inexistente.

—El tiempo de las dudas académicas ha expirado, Élida —respondió Renat con esa sequedad cortante que le caracterizaba—. La rectora Quim no cometió un error. Ella ha construido una vía de escape. Cada vez que intentas cerrar el ciclo, el sistema genera una nueva capa de validación vacía.

Élida caminó hacia la ventana. La luz de la ciudad se filtraba débilmente a través de las cortinas, un latido amortiguado del enclave que se sentía ajeno, casi hostil. Se preguntó si las trescientas mil almas que dormían en Tarsis-Mediante eran conscientes de que su realidad estaba siendo editada por unos pocos. La lealtad hacia la Academia era el pilar de su carrera, una estructura que le había dado identidad y propósito, pero la evidencia frente a ella era un peso insoportable. Si el Cómputo.

—Tú quieres que acceda a los archivos restringidos —dijo ella, volviéndose hacia él—. Quieres que utilice mi privilegio de Contadora para forzar una auditoría que la rectora Quim ha blindado. Sabes perfectamente que, si el sistema detecta mi intrusión, no solo perderé mi licencia. Me borrarán del grafo evidencial.

—Ya has visto lo suficiente —insistió Renat, acercándose un paso. Sus ojos no mostraban rastro de duda—. El sistema está infectado por una lógica que no podemos ignorar. Si no desmantelamos la fuente, Tarsis-Mediante se convertirá en un simulacro gobernado por un error autodefensivo. La pregunta es si prefieres ser una Contadora funcional en un sistema corrupto o una voz disidente en la verdad.

Élida volvió a mirar la pantalla. Sus dedos, fríos por el aire acondicionado del apartamento, rozaron la superficie del terminal. La idea de traicionar la confianza de Vilarós Quim, su mentora, le provocaba una náusea física, un calambre en la boca del estómago que se negaba a remitir. Pero el hecho estaba allí: el sistema no mentía sobre los datos, pero los datos ahora mentían sobre la realidad.

—No se trata de una simple desviación —murmuró ella para sí misma, analizando la arquitectura de los permisos—. Es una intrusión deliberada en los nodos de control de los doce enclaves. Si entro ahora, dejaremos un rastro. Pero si esperamos, la corrupción se habrá integrado totalmente en el protocolo del Cuarto Idioma. Una vez que ocurra, no habrá manera de revertir el daño.

Renat asintió una vez, un movimiento breve.

—Entonces, ¿empezamos?

Élida respiró hondo, sintiendo el sabor amargo del café en su paladar. El miedo seguía allí, una presencia constante en la nuca, pero la resolución comenzó a desplazarlo. Como si fuera a ajustar los cimientos de un edificio en ruinas, tomó la decisión de iniciar el proceso. No era una cuestión de fe, sino de precisión técnica.

—Iniciaremos la auditoría profunda —dijo ella, con una voz que recuperó su tono profesional, un imperativo que dejaba poco margen para la duda—. Accederemos a los registros de acceso de la Academia de Lasitra, pero iremos por el camino menos evidente, saltando los nodos de seguridad que ellos creen seguros. Si vamos a encontrar el origen de esta fuga, lo haremos desde los ángulos muertos que el Cómputo todavía no puede vigilar.

Renat se sentó ante el terminal principal, sus dedos volando sobre la interfaz. Élida se colocó a su lado, sintiendo el calor que desprendían los procesadores, un contraste necesario contra el frío de la habitación. Sabía que, desde este momento, su vida tal y como la conocía en Tarsis-Mediante había terminado. Las consecuencias de este acto no eran predecibles bajo los parámetros actuales del Cómputo.

—Si nos descubren —dijo él, sin dejar de teclear—, no habrá defensa posible.

—No busco una defensa —respondió Élida, observando cómo los primeros niveles de acceso se abrían ante ellos, revelando una arquitectura de información que parecía un laberinto de espejos—. Busco la transparencia.

El terminal emitió un pitido suave, casi un susurro. La pantalla se iluminó con una serie de archivos que, hasta hacía unos segundos, eran invisibles. Élida sintió el peso de la responsabilidad, un peso que se manifestaba en la rigidez de sus hombros y en la clari-

dad absoluta de su mirada. Habían cruzado el umbral. Ya no había vuelta atrás, y por primera vez en semanas, el zumbido eléctrico de la habitación le pareció el sonido de un mecanismo que empezaba, por fin, a encajar en su sitio correcto.

CAPÍTULO 5

Enlace Seguro con Ohun

El habitáculo en Tarsis-Mediante vibraba con el zumbido constante de los servidores, un murmullo eléctrico que se entrelazaba con el rumor de los peatones cruzando las calles exteriores. A través de la cúpula de cristal, el sol del Mediterráneo incidía con una intensidad que apenas lograba penetrar el ambiente refrigerado de la sala. Élida Norás observó cómo una capa fina de polvo salino se depositaba sobre la maraña de cables de fibra que conectaban su terminal de cómputo. El aire olía a ozono y a la salinidad persistente que se filtraba por las juntas de la estructura. Un pequeño calambre le recorrió el hombro derecho tras horas de inmovilidad, pero lo ignoró, enfocada en el parpadeo errático de las luces de estado en el panel principal. La humedad salina, a pesar de los filtros, parecía corroer la eficacia de los aislantes térmicos. Se frotó los ojos con el dorso de la mano, sintiendo la aspereza de la piel seca por el aire acondicionado, y se obligó a ignorar el hambre que le mordía el estómago desde la mañana.

Sobre el escritorio, un café frío en una taza de cerámica mal colocada acumulaba un cerco oscuro sobre un plano de la red. Élida repasó la arquitectura del sistema, consciente de que la manipulación de los registros de Ohun era una maniobra deliberada, orquestada desde las altas esferas de la Academia de Lasitra. La estructura lógica estaba viciada; los cimientos de la comunicación estaban

siendo minados por quienes debían custodiarlos. Para ella, todo se reducía a un problema de integridad estructural, una falla en los pilares que sostenían la realidad compartida. La corrupción, lejos de ser un error aleatorio, exhibía un diseño premeditado, una viga maestra colocada a conciencia para ocultar los datos que debían permanecer invisibles. No podía ser casualidad que los nodos de control estuvieran saturados justo en el sector del enclave Ohun.

Élida respiró hondo, sintiendo el peso de la responsabilidad en sus pulmones, y comenzó a manipular los nodos de seguridad de la consola. Sus dedos, ágiles y precisos, se movieron sobre la interfaz táctil. Puenteó los protocolos de rastreo con una serie de comandos que forzaban una ruta alternativa. Era necesario establecer un túnel de datos que eludiera el grafo evidencial, ese mapa de procedencia y validez que el Cómputo exigía para cada enunciado. Si la Academia detectaba una conexión no autorizada hacia el enclave, su carrera terminaría en un segundo. Pero no había otra opción; la urgencia de verificar la integridad de la base de datos era mayor que su miedo a la censura.

El sistema se resistió, devolviendo una serie de alertas rojas en la pantalla. Ella tecleó una secuencia de anulación, sintiendo cómo el calor de la máquina irradiaba hacia sus palmas. Es una inconsistencia, murmuró para sí misma, observando cómo los datos se dispersaban en un flujo caótico. El engranaje lógico del sistema no terminaba de cerrar. Cada vez que intentaba trazar la procedencia de los archivos de Ohun.

La memoria de aquel diagnóstico inicial regresó con nitidez. Recordó el momento en que, semanas atrás, había detectado la anomalía en el flujo de los registros. Había estado analizando el tráfico saliente cuando una frecuencia inusual captó su atención, una vibra-

ción que parecía deslizarse entre los huecos semánticos del Cómputo. Era el Cuarto Idioma. Al intentar aislar esa señal, descubrió que los registros de Ohun habían sido purgados de su base evidencial original. La ausencia de ese rastro era un indicio, una marca dejada en el vacío. No encaja, pensó, mientras su pulso se aceleraba.

Continuó con la configuración, ajustando los parámetros de emisión para que el tráfico pareciera ruido de fondo, una oscilación menor de los nodos de Tarsis. La pantalla mostró finalmente una línea de código cifrado, un segmento que no respondía a los protocolos de validación habituales. No era una directriz de la Academia, ni una instrucción del Cómputo. Parecía un parche, una capa de datos extraña que se superponía al sistema como un sedimento digital. Al ampliar la vista, notó que el código contenía una estructura recursiva, una especie de bucle de autodefensa que protegía la información interna de cualquier intento de auditoría externa.

Aquello no era un error. Era una salvaguarda. Alguien había configurado una barrera lógica para que, si alguien intentaba auditar Ohun, el sistema se cerrara sobre sí mismo, ocultando el origen de la corrupción tras una serie de llamadas redundantes que agotaban el ancho de banda del investigador. Élica dejó escapar un suspiro de frustración, sintiendo la rigidez en su cuello. La arquitectura de la red estaba siendo utilizada como un arma de contención. Cada vez que intentaba profundizar, el código se replicaba, creando un laberinto de espejos digitales.

Se detuvo un instante para beber el café frío; el sabor amargo y metálico le dejó un regusto desagradable en la lengua, pero la ayudó a despejarse. Volvió a la pantalla. El código cifrado tenía una firma, una sutil desviación en el uso de los metadatos que ella, como protegida de la rectora Quim, conocía demasiado bien. Era un estilo, una

huella en el diseño de los algoritmos que le resultaba familiar. Si lograba perforar esa capa, podría ver el origen del daño, pero el costo era alto. El sistema de defensa estaba diseñado para identificar a cualquier Contadora que intentara romper su integridad.

Élida comenzó a trabajar en el encaje de las frecuencias, alineando su propia señal con la del código cifrado para que el sistema la reconociera como parte de su propia estructura interna. Era una operación delicada, similar a mover una pieza pesada en un edificio que amenaza con desplomarse. Si fallaba, el Cómputo la marcaría como una amenaza. Si tenía éxito, el túnel de datos quedaría abierto hacia el enclave. La luz roja de la consola parpadeó, una advertencia de saturación inminente. Élida apretó los dientes, manteniendo la calma mientras los bytes de información comenzaban a fluir a través del puente que había construido. La resistencia del sistema cedió por un instante, revelando la profundidad de la brecha. Ya no había vuelta atrás; el camino estaba abierto hacia las verdades que la Academia prefería mantener en la oscuridad.

* * *

El aire dentro del Enclave Ohun se sentía pesado, saturado por una humedad que no lograba filtrar el sistema de climatización. En la sala de control, el zumbido constante de los servidores se mezclaba con el eco lejano del rompiente de olas contra los pilares de la estructura. Élida sentía un hormigueo constante en las yemas de los dedos. Las pantallas mostraban un flujo incesante de errores sin procesar, una marea de datos que se negaban a consolidarse en el grafo evidencial. El sistema, diseñado para impedir cualquier mentira mediante la verificación constante de metadatos, parecía estar tropezando con sus propios cimientos. Cada línea de código que in-

tentaba leer se fragmentaba, negándose a mostrar la autoría original. Era un caos organizado en una arquitectura de silicio que se negaba a admitir la erosión.

Cassen Mau entró en la sala sin hacer ruido, aunque el sonido de sus botas sobre la rejilla metálica del suelo delató su presencia antes de que Élida pudiera darse la vuelta. La mujer se detuvo frente a la mesa de visualización, observando los gráficos de red con una intensidad clínica. Sus ojos, acostumbrados a la precisión de los laboratorios de la Academia de Lasitra, escanearon el panel de control con una rapidez metódica.

—¿Has notado ese desfase? —preguntó Cassen, señalando una acumulación de paquetes de datos que se apilaban en un cuello de botella virtual. Su voz era plana, desprovista de cualquier inflexión que no fuera la estrictamente necesaria para la comunicación técnica.

Élida suspiró, sintiendo el peso de la fatiga en sus hombros. Había pasado demasiadas horas sin dormir, y el sabor salado del aire se le pegaba a la garganta.

—Eso no cuadra ni a tiros. El flujo de Ohun no responde a los protocolos de validación habituales. Mira este segmento —respondió Élida, proyectando una serie de nodos sobre la pantalla central—. Hay una estructura que no encaja con el resto del sistema, una anomalía en la jerarquía de los metadatos. He intentado forzar una auditoría, pero los permisos de acceso de la Academia están bloqueados.

Cassen se acercó, ajustando la frecuencia de su interfaz personal.

—Es recursivo. El sistema está utilizando sus propias reglas para ocultar la brecha. Si intentamos auditar el registro, el Cómputo nos redirige a una versión anterior, una copia que ya ha sido saneada. No es un error aleatorio, es una defensa activa.

Élida asintió, enfocando su atención en el panel. Observó cómo las líneas de código se enredaban, creando un bucle que impedía cualquier lectura lineal. Para ella, el sistema era como un edificio mal diseñado cuyos planos no coincidían con la realidad; cada vez que intentaba sostener una pared lógica, otra sección de la estructura cedía.

—Necesito comparar estos registros con los datos locales del enclave —dijo Élida, moviendo las manos con destreza sobre el panel táctil—. Si podemos aislar este segmento, quizás logremos identificar el origen de la corrupción. Es una tarea de arquitectura profunda, Casen. Tenemos que dismantelar la capa superficial sin que el Cómputo detecte el acceso no autorizado.

—Si fallamos, el nodo se bloqueará por completo —advirtió Casen—. Es recursivo. Cualquier intento de intrusión generará una respuesta automatizada de seguridad. ¿Estás segura de que quieres proceder ahora?

Élida recordó la primera vez que observaron la falla durante aquel incidente que llamaban el parpadeo, cuando la integridad del sistema se desvaneció brevemente, revelando una nada semántica donde antes había datos verificables. Aquel suceso había marcado el inicio de su desconfianza hacia la rectora Quim y hacia la solidez de las verdades que la Academia imponía.

—No encaja —insistió Élide, su voz tensa por el esfuerzo mental—. La estructura lógica de Ohun fue diseñada para ser inmutable, pero ahora mismo parece un mecanismo con piezas sueltas. Si no intervenimos, la degradación será total. Es necesario identificar dónde comenzó este desajuste.

Cassen se quedó en silencio, analizando las métricas. Se apartó un mechón de pelo oscuro que le caía sobre los ojos, un gesto banal que contrastaba con la severidad de su expresión.

—¿Recuerdas el primer informe del parpadeo? —preguntó Cassen—. Aquella vez, intentamos forzar el Cuarto Idioma para eludir la auditoría, y el sistema reaccionó colapsando todos los nodos del sector. Fue un aviso. Ahora, la situación es más crítica. La saturación de los canales de comunicación indica que alguien, en algún lugar, está inyectando ruido en el Cómputo a una escala que no habíamos visto antes.

Élide no respondió de inmediato. Sus dedos volaban sobre los controles, intentando alinear las frecuencias dañadas con el registro local del enclave. Mientras trabajaba, una sensación de mareo le recorrió el cuerpo, un aviso de que el hambre y la falta de sueño estaban alcanzando su límite físico. Se obligó a concentrarse en la pantalla, donde los datos comenzaban a tomar una forma más clara. La corrupción no era solo un error; era un mensaje, una serie de huecos semánticos que el Cómputo no podía rellenar porque la información necesaria había sido borrada deliberadamente.

—Es una brecha en la base evidencial —explicó Élide tras unos minutos de silencio—. Alguien ha borrado las referencias originales, reemplazándolas por punteros vacíos. El sistema intenta reconstruir

la verdad a partir de nada, y eso es lo que genera la recursividad. Es como si el Cómputo estuviera intentando recordar algo que se le ha prohibido conocer.

Cassen observó cómo los datos se filtraban a través del puente que Élide había construido.

—¿Has notado ese desfase? —Cassen señaló un punto específico en la gráfica—. Los metadatos de autoría no están simplemente borrados; están superpuestos. Hay una huella que intenta imitar el estilo de la Academia, pero la sintaxis es ligeramente distinta. Es una simulación.

Élide sintió un escalofrío al comprender la magnitud de lo que tenía frente a ella. Si la Academia estaba simulando la integridad del Cómputo, entonces toda la base de su realidad era una construcción artificial, una fachada diseñada para ocultar una verdad que no encajaba en el sistema.

—Si esto es una simulación, entonces el engranaje entero está comprometido —respondió Élide, con la voz apenas en un susurro—. No es solo un fallo en Ohun. Es una falla sistémica.

Se mantuvieron en silencio, observando cómo las pantallas parpadeaban con los resultados de su búsqueda. Los datos seguían sin ser del todo legibles, pero el patrón estaba ahí, oculto en las profundidades del código. Élide sabía que habían dado un paso peligroso; al cruzar los archivos corruptos con los registros locales, habían creado una nueva evidencia que, de ser descubierta, los marcaría como disidentes. Pero no había vuelta atrás. La curiosidad técnica, mezclada con la necesidad de entender el peso de lo que estaba ocurriendo en la Academia de Lasitra, la impulsaba a seguir adelante.

Cassen se alejó de la consola, su postura rígida, como si esperara una respuesta que nunca llegaría desde los servidores.

—La auditoría está a punto de reiniciarse —dijo Cassen, mirando el reloj de la pared—. Debemos ocultar este rastro. Si el Cómputo detecta nuestra actividad, no podremos volver a acceder a Ohun.

Élida asintió y comenzó a ejecutar las secuencias de cierre. Sus movimientos eran precisos, fruto de años de entrenamiento, pero sentía un vacío en el estómago al pensar en lo que acababa de descubrir. El sistema que sostenía su mundo era una cáscara vacía, un mecanismo diseñado para engañar, no para informar.

—Eso se sale de lo normal y no podemos pasarlo por alto —dijo Élida, mientras las pantallas se oscurecían—. Mañana volveremos a intentarlo. Esto no puede quedar así.

Cassen no respondió, pero sus ojos permanecieron fijos en la pantalla negra, donde todavía parecía ver el rastro de la corrupción. Salieron de la sala de control en silencio, dejando atrás el zumbido de los servidores y el olor a salitre que penetraba por los conductos de ventilación. Afuera, el aire de la noche era fresco, pero Élida sentía que el peso de la información que acababa de obtener era una carga que apenas podía soportar. El enlace, con su aparente paz y su ritmo pausado, le pareció de repente un escenario frágil, una construcción que podría desmoronarse en cualquier momento si la verdad salía a la luz. Mientras caminaba hacia su alojamiento, Élida sintió un pequeño dolor punzante en el costado, un recordatorio físico de la tensión que la mantenía en vilo, y se preguntó cuánto tiempo más podrían seguir jugando con fuego antes de que la estructura entera del Cómputo colapsara sobre ellos.

* * *

La humedad del Enclave Ohun se adhería a la piel como una película viscosa, un recordatorio constante de que la tecnología de esta base, por muy avanzada que fuera, nunca terminaría de integrarse en la vorágine tropical. Dentro de la cámara de servidores, el aire estaba saturado por el olor a ozono y salitre, un contraste áspero con el zumbido monocorde que emitían los procesadores. Élida se sentó frente a la terminal, sintiendo cómo un calambre le recorría el antebrazo derecho; el esfuerzo de las últimas horas le pasaba factura, dejando sus músculos tensos y protestando ante cada movimiento. Observó la superficie táctil, donde los datos del Cómputo —la lengua sintética con metadatos de autoría que impedía cualquier falsedad en los registros— se deslizaban como mercurio.

Recordaba la primera vez que detectó aquella anomalía, un parpadeo en el grafo evidencial que no debería haber existido. La degradación de los datos no era accidental. Aquello no era un error de sintaxis ni una falla en la red de los doce enclaves; era una estructura deliberada, un mecanismo de control que solo alguien con privilegios de alto rango en la Academia de Lasitra podría haber diseñado. Al mirar los registros, Élida no veía simples líneas de código, sino la mano de la rectora Quim ocultando los rastros de la corrupción tras una maraña de protocolos legales.

—Cassen, ¿has notado ese desfase en la capa de autoría, o es simplemente el sistema intentando ocultarse? —preguntó Cassen, su voz clínica cortando el silencio de la estancia.

Élida no respondió de inmediato. Sus dedos se movieron sobre la interfaz, forzando un acceso de nivel superior. Necesitaba hallar una firma.

—Dista mucho de ser una simple ocultación —respondió Élidea, ajustando los parámetros de búsqueda—. Es una clara fuga de datos que se autorregula. Si intentamos profundizar, los metadatos se sobrescriben.

Cassen se acercó, su sombra proyectándose sobre la pantalla. La luz azulada del monitor resaltaba las ojeras bajo sus ojos.

—Es recursivo —sentenció Cassen—. Cada vez que solicitamos el origen de la inconsistencia, el sistema genera una nueva capa de redundancia. Es un engranaje que se bloquea a sí mismo antes de que podamos ver quién lo puso en marcha.

Élidea observó los resultados. Era una danza técnica exasperante. Cada consulta que enviaba al nodo central rebotaba contra una pared de lógica circular. Era una desviación calculada, una arquitectura de engaño diseñada para que, cuanto más buscasen, menos encontraran. La frustración le quemaba en el pecho; se sentía como si estuviera intentando dismantelar un edificio mientras este se reconstruía por sí solo a sus espaldas.

—Vaya rompecabezas sin pies ni cabeza —murmuró Élidea para sí misma, analizando la lógica circular que protegía el archivo.

Intentó aislar un segmento del Cuarto Idioma. El sistema reescribía sus propios metadatos de acceso en tiempo real. Era una defensa autogenerada, una barrera que no permitía llegar a la firma del autor. Aquel código era un laberinto sin salida, una estructura que se plegaba sobre sí misma para evitar cualquier auditoría externa.

—Si nos metemos ahí, saltan todas las alarmas de ese antro de sabiondos —dijo Élidea, retirando las manos de la consola—. Nos han dejado fuera de juego.

Cassen la miró, manteniendo su expresión gélida.

—Si el Cómputo se comporta así, significa que la integridad del sistema no solo está comprometida, sino que ha sido diseñada para impedir su propia corrección. ¿Os dais cuenta de lo que implica? No estamos luchando contra un fallo, sino contra un sistema de autodefensa activo.

Élida se frotó los ojos, sintiendo la aspereza de la fatiga. Sobre la mesa, una taza de café olvidada, ahora fría y con una película de grasa en la superficie, se tambaleaba levemente por la vibración de los servidores. El entorno se sentía cada vez más asfixiante. A través de los paneles, el sonido de la rompiente de las olas llegaba amortiguado, un ritmo natural que contrastaba con la rigidez de su fracaso lógico.

—Necesitamos otra vía —dijo Élida—. Si no podemos acceder por la capa de autoría, debemos buscar brechas en la infraestructura de los otros enclaves. Quizás la duplicidad no sea idéntica en todas partes.

Cassen asintió, aunque sus dedos tamborileaban sobre el metal de la mesa con impaciencia.

—¿Creéis que si saturamos los nodos podríamos forzar un reinicio parcial?

—Eso destruiría el rastro de la corrupción por completo —replicó Élida—. Sería un error táctico. Lo que necesitamos es observar el patrón de su defensa. Todo sistema, por muy complejo que sea, tiene un punto de saturación.

De repente, la pantalla parpadeó con una intensidad violenta. Un mensaje de error crítico, teñido de un rojo estéril, se desplegó ocupando todo el espectro visual. El acceso a los niveles inferiores del Cómputo se cerró de forma definitiva, sellado por un script de seguridad que no reconocían.

—Se ha cerrado —dijo Cassen, dando un paso atrás—. Nos han detectado, o al menos, el sistema ha clasificado nuestra búsqueda como una amenaza de nivel máximo.

Élida contempló el mensaje de bloqueo. La frialdad de la máquina era absoluta. Se sentía pequeña, atrapada en un juego de ajedrez donde las piezas se movían antes de que ella pudiera tocarlas. La corrupción no era solo un error en el sistema; era la arquitectura misma del poder. La Academia de Lasitra no solo vigilaba la verdad, la fabricaba mediante este mecanismo de recursividad, ocultando cualquier disidencia bajo capas de lógica inexpugnable.

—Mañana buscaremos una forma de eludir ese bloqueo —concluyó Élida, levantándose con lentitud—. Pero por hoy, nuestra actividad está limitada. No podemos seguir golpeando esta puerta sin atraer la atención de los auditores centrales.

El zumbido de los servidores parecía haber aumentado de tono, una frecuencia que le provocaba un sutil dolor de cabeza. Salieron de la sala, dejando el aire viciado atrás. El Enclave Ohun se extendía ante ellos bajo la luz de las estrellas, un oasis de aparente calma que escondía la red más compleja de manipulación jamás construida. Mientras caminaban hacia los niveles habitacionales, Élida notó un leve desajuste en el pavimento bajo sus pies, un azulejo suelto que crujió bajo su peso. Nada encajaba. Todo el sistema era una fachada, y ellos apenas habían arañado la superficie de una mentira que, a cada paso, se volvía más profunda, más inalcanzable, más recursiva. Cassen caminaba a su lado, en silencio, y Élida supo que, a partir de ese momento, la búsqueda de la verdad no sería una cuestión de lógica, sino de supervivencia.

Los Diarios de Andreu

El silencio en la Academia de Lasitra poseía una densidad física, una presión atmosférica que parecía comprimir los pulmones de quienes osaban habitar sus pasillos después de la hora de cierre. Andreu Norás permanecía inmóvil frente a su terminal, sumido en la penumbra de un despacho donde solo la luz blanca cenital, proveniente de los diodos de estado, cortaba la penumbra con una precisión quirúrgica. El parpadeo rítmico de los servidores en la pared lateral, un destello intermitente que marcaba la actividad del Cómputo —la lengua sintética con metadatos de autoría que impide la mentira—, le recordaba que no estaba solo. Aquel pulso constante era la respiración artificial de la institución, un latido metálico que llenaba el aire con un aroma a ozono y a desinfectante sintético. Sus dedos, entumecidos por el frío que emanaba del escritorio de metal, se apoyaron sobre el teclado. El contacto con el material gélido le provocó un leve escalofrío que recorrió su columna vertebral, una sensación banal y terrenal que contrastaba con la magnitud del enigma que se desplegaba ante sus ojos.

Andreu observó el temblor de sus manos. La estructura dicta que cualquier desviación del cauce principal debe ser detectada antes de que el mensaje alcance su destino. Esa era la máxima fundamental del sistema. Sin embargo, en la quietud de su retiro, él sentía cómo la disidencia se gestaba en el margen, como una grieta en la fachada

de un edificio neoclásico que, aunque invisible para el transeúnte, compromete la estabilidad total. Por definición, la integridad del Cómputo no era un axioma inamovible, sino un proceso sujeto a una erosión silenciosa. Él mismo, un arquitecto de la verdad, se sentía como un engranaje desgastado, con las articulaciones protestando ante la inmovilidad forzada. La coherencia interna de su pensamiento se sentía amenazada por el cansancio físico, una pesadez en los párpados que luchaba contra la necesidad imperativa de documentar el error.

Recordó con nitidez el instante preciso de la anomalía. Fue durante una rutina de mantenimiento en los registros de Ohun, cuando el grafo evidencial —el mapa técnico que conecta cada premisa con su fuente de validez— arrojó un resultado que desafiaba la lógica. El sistema intentó compensar el vacío, pero la corrección fue tan torpe que dejó una estela, un rastro digital que solo un ojo entrenado en la taxonomía del lenguaje podría rastrear. En aquel momento, la sospecha no fue una chispa de intuición, sino la constatación técnica de un fallo estructural. El Cómputo intentaba tapar una inconsistencia, pero al hacerlo, su mecanismo de autodefensa recursiva generaba una nueva serie de metadatos falsos. Fue entonces cuando comprendió la magnitud del paradigma bajo el que operaban: no estaban custodiando una verdad pura, sino administrando una ficción que se devoraba a sí misma.

Andreu comenzó a redactar. Sus dedos se movían con una cadencia deliberada sobre las teclas, evitando que los sensores de vigilancia detectaran el patrón irregular de su escritura. Sabía que cada frase debía mantener la apariencia de un informe de auditoría técnica, un documento sin valor para los censores que patrullaban el flujo de datos. Empleó una sintaxis técnica, árida, despojada de cualquier

adorno, enmascarando sus hallazgos sobre la corrupción del sistema bajo una capa de terminología sobre la eficiencia de los nodos de control. La inmensa tensión de su tarea se manifestaba en una punzada aguda en su sien, una molestia mundana que el exceso de cafeína y el estrés acumulado habían convertido en su única compañía durante semanas. Cada palabra era una apuesta; si el sistema identificaba una deriva semántica, el borrado sería inmediato e inexorable.

Para ocultar sus anotaciones, recurrió a una encriptación simple, insertando el registro dentro de una carpeta etiquetada como "Mantenimiento Preventivo: Protocolo de redundancia". Era un disfraz burdo, pero eficaz contra la ceguera de los algoritmos de vigilancia, que ignoraban sistemáticamente lo que consideraban procedimentalmente insípido. Al concluir la última línea, sintió un vacío inmenso. Había dejado constancia de la fragilidad del entramado, del momento en que el lenguaje dejó de ser un espejo de la realidad para convertirse en una barrera. El documento, una vez almacenado, se confundiría con el ruido de fondo de la Academia.

De repente, el silencio absoluto se rompió. Un golpe metálico y autoritario resonó en la puerta de madera, un sonido seco y discordante que hizo vibrar el cristal del despacho. Fue una intrusión brutal en la atmósfera controlada de su santuario. Sin dudar, Andreu activó el comando de ocultamiento, cerrando la sesión justo cuando la luz del terminal se desvanecía. Se levantó con lentitud, sintiendo una punzada de dolor en la rodilla, y se alisó la túnica, intentando recuperar la compostura que exigía su cargo. Mientras el picaporte comenzaba a girar, se preguntó si el mecanismo de auto-defensa del sistema sería capaz de detectar la verdad que acababa de confinar a la memoria digital. El peso del lenguaje, esa carga invis-

ble que sostenía la existencia de Tarsis-Mediante, parecía ahora más pesado que nunca, una estructura que se desmoronaba bajo el peso de su propia falsedad. La puerta se abrió, dejando entrar la luz fría del pasillo, y Andreu Norás se preparó para enfrentar la mirada inexpresiva de quienes, sin saberlo, ya eran los sepultureros de su propia realidad.

* * *

El aire en el despacho de la Academia de Lasitra se había vuelto denso, cargado de una estática que parecía adherirse a la piel como una película de sudor frío. Afuera, el eco rítmico de las botas de la guardia académica golpeaba el suelo de piedra con una precisión gélida, un martilleo que medía la cercanía de lo inevitable. Andreu Norás permaneció inmóvil, observando cómo la luz cenital de la estancia se filtraba por las rendijas de las persianas, dibujando líneas de una geometría impecable pero estéril. Un ligero picor en la comisura del labio le recordó su propia fragilidad biológica, un detalle minúsculo que el sistema, en su ambición de pureza sintética, solía ignorar. El silencio del pasillo, solo interrumpido por el avance implacable de los funcionarios, confirmaba la inminencia de la purga.

Andreu posó la mano sobre la superficie de roble de su mesa. La veta de la madera, irregular y profunda, se sentía extraña bajo sus dedos, un recordatorio de que la realidad, por definición, siempre contenía una complejidad que el Cómputo intentaba sistematizar en vano. Observó las estrías del material, pensando en cómo la censura no era más que la respuesta lógica de un sistema que teme su propia obsolescencia. La estructura dicta que cualquier anomalía que no pueda ser integrada en el grafo evidencial debe ser eliminada para

garantizar la estabilidad del conjunto. Para él, aquel despacho ya no era un lugar de trabajo, sino una celda donde la verdad, comprimida hasta el límite, buscaba una salida hacia la posteridad.

Sus dedos, conocedores de cada milímetro de aquel escritorio, comenzaron a recorrer la moldura inferior. Sabía que la simetría del mueble ocultaba una discrepancia, una muesca casi imperceptible que los inspectores, obnubilados por la rigidez de su propio paradigma, jamás considerarían necesaria buscar. Al presionar el punto exacto, el mecanismo cedió con un chasquido sordo, liberando una pequeña cavidad en la estructura interna. El movimiento fue preciso, casi matemático. Aquel compartimento era el único espacio donde el axioma de la verdad permanecía a salvo de la reescritura constante que sufrían los nodos centrales de la Academia.

Con un gesto pausado, Andreu introdujo el diario en el hueco oscuro. Al depositarlo allí, sintió un alivio gélido. La estructura dicta que este registro es la última huella posible de una realidad que pronto será declarada inexistente por los censores del Cómputo. Aquel libro, lleno de anotaciones sobre la fragilidad del lenguaje y los huecos semánticos que permitían vislumbrar un rastro de humanidad, era su legado subyacente. Sabía que, una vez que el sistema se cerrara sobre sí mismo, el diario sería el único testigo de que la lógica no siempre fue tan inexorable como pretendían los manuales de la Academia. Era una apuesta contra la desaparición, una moneda lanzada al vacío del tiempo.

Mientras escondía el diario, su mente retrocedió al instante en que identificó la falla recursiva inicial. Recordó la pantalla de su terminal, los dígitos bailando en un patrón que desafiaba cualquier norma establecida por el Cómputo. La anomalía, lejos de ser un simple error de sintaxis, se resistió a cualquier intento de corrección

lógica. En aquel momento, comprendió que la coherencia del sistema era una fachada, una construcción que se sostenía sobre la exclusión sistemática de cualquier dato que no encajara en su narrativa oficial. La falla era un organismo vivo, una herida en la estructura que se expandía con cada intento de sellarla.

El pestillo de la puerta principal comenzó a ceder. El metal chirrió bajo la presión de una mano ajena, un sonido que marcó el fin de su periodo de gracia. Andreu se alejó del escritorio con una calma calculada. Se alisó la túnica, asegurándose de que su postura reflejara la rigidez académica que siempre había caracterizado su trayectoria en la institución. Se giró hacia la entrada justo cuando la puerta se abrió de par en par, revelando las figuras uniformadas de la guardia, cuyos rostros, desprovistos de cualquier matiz personal, reflejaban la eficiencia implacable del sistema al que servían. Andreu Norás exhaló un último aliento, preparado para que su verdad fuera, al menos por un instante más, un secreto a salvo en la arquitectura de aquel despacho.

La Corrupción de la Realidad

El aire en la Cooperativa vinícola del norte pesaba, cargado con el tufo agrio de la fermentación y un deje metálico que se pegaba al paladar. Élida apretó los labios, sintiendo el roce de una piel seca y tirante. Caminó sobre el suelo de hormigón, donde el eco de sus pasos rebotaba contra las paredes de acero inoxidable como un pulso errático. Aquel entorno, diseñado para la eficiencia de la producción, le resultaba ajeno. Una punzada de inquietud, aguda y persistente, le atravesó el pecho, recordándole que no estaba allí por placer. El frío del metal en las cubas le hizo estremecerse; era una temperatura estática, calculada, que poco tenía que ver con la calidez que recordaba de su infancia.

Mirta estaba junto a una de las terminales de control, inmersa en la manipulación de unos datos que parpadeaban con la cadencia de una luz de emergencia. Cuando Élida se acercó, su hermana ocultó las manos tras la espalda con un movimiento torpe. Aquella inestabilidad era una señal clara. Los dedos de Mirta temblaban, traicionando un nerviosismo que intentaba disfrazar con una compostura gélida. Había un pequeño botón descosido en la manga de su chaqueta, una nimiedad que en aquel contexto de orden absoluto parecía una fisura en el muro.

—Estuve echando un vistazo a los registros de actividad —dijo Élidea, su voz cortante como una herramienta de precisión—. Hay una discrepancia persistente en las firmas de autoría. Es el tercer informe esta semana que presenta un encaje defectuoso entre el origen del dato y el usuario registrado.

Mirta se giró lentamente, manteniendo una distancia prudente. Sus ojos, fijos en los de Élidea, no parpadeaban.

—Se te escapa el fondo del asunto —respondió Mirta. Su voz era un susurro que parecía vibrar en una frecuencia distinta—. Es personal.

—No puede ser personal si afecta a la integridad del Cómputo —replicó Élidea, usando el término técnico para referirse a la lengua sintética que, mediante capas de metadatos, rastreaba cada enunciado con tal de esquivar cualquier rastro de falsedad—. Las reglas de este sistema son como los cimientos de un edificio; si uno se desplaza, la estructura entera colapsa. No hay lugar para interpretaciones subjetivas cuando hablamos de la veracidad de los hechos.

Mirta soltó una carcajada seca que no alcanzó sus ojos.

—Te preocupa el edificio, pero no quién vive dentro. Es personal, Élidea. Siempre lo ha sido.

Élidea observó los terminales. El grafo evidencial —el mapa visual de las conexiones lógicas que sustentaban cualquier enunciado— aparecía en pantalla como una red de hilos enredados. Sin embargo, algo fallaba. El sistema intentaba activamente ocultar la raíz de la información. Élidea sintió un hormigueo en las yemas de los dedos, una irritación física causada por la impotencia. Entendía la mecánica del Cómputo, pero no lograba comprender por qué el sistema

protegía a Mirta con tal celo. Era como si el propio código hubiera desarrollado un instinto de preservación para ocultar los pasos de su hermana, bloqueando cualquier acceso a la firma de autoría real.

Recordó el diagnóstico que recibió Élide hacía meses, cuando la fragilidad de su cuerpo era evidente. Los médicos habían hablado de una degeneración sistémica, un agotamiento de las funciones básicas. En aquel momento, la salud de Élide era una variable cuantificable, un proceso de declive que ambas aceptaron con resignación. Ahora, sin embargo, el hermetismo de su hermana le resultaba más alarmante que cualquier patología física. La Élide que tenía delante no era una paciente, sino un enigma blindado.

—Tu salud no está mejorando —dijo Élide, intentando suavizar su tono—. He visto los informes del enclave. Los niveles de energía no coinciden con los de una persona sana. Si estás intentando ocultar algo a través del Cómputo, te estás destruyendo en el intento. La arquitectura de tus registros no tiene coherencia.

Mirta se acercó un paso, rompiendo la barrera física que Élide había intentado establecer. Olía a tierra húmeda, una fragancia terrosa que contrastaba con el entorno estéril de la cooperativa.

—¿Crees que el sistema es Dios? —preguntó Mirta, acercando su rostro al de Élide—. ¿Que todo lo que no está escrito en sus nodos carece de valor? Hay verdades que no encuentran hueco en vuestro lenguaje de máquinas.

—Si nos guiamos por la cuenta oficial, es nuestra única forma de frenar tanto bulo —respondió Élide, sintiendo cómo el cansancio le pesaba en los hombros—. No es una cuestión de creencia, es una cuestión de funcionamiento. Si los nodos se saturan, no habrá vuelta atrás. Estamos enviando enunciados validados por todo el territorio y, aun así, tú insistes en crear estas anomalías.

Mirta extendió una mano y tocó el terminal. El cristal vibró levemente, una reacción que Élidea no pudo identificar. Fue entonces cuando se dio cuenta: el sistema estaba entrando en un estado de recursividad protectora. La corrupción que se extendía por el Cómputo no era solo un error técnico; era una forma de resistencia que se alimentaba de los huecos que dejaban los usuarios, un mecanismo de autodefensa diseñado para que nadie, ni siquiera alguien con sus privilegios, pudiera llegar al núcleo del problema.

—No te culpo por buscar respuestas —añadió Mirta, su tono volviéndose de nuevo lírico y alejado de cualquier pragmatismo—. Pero la verdad que buscas no está en la pantalla. Estás atrapada en una red de datos que solo sirve para enmascarar el vacío.

Élidea sintió que la frustración le quemaba la garganta. Quería gritar, quería romper la frialdad de aquel espacio, pero el Cómputo ejercía sobre ella una presión invisible, un peso que le impedía articular cualquier cosa que no estuviera sujeta a la lógica. Miraba a Mirta y no veía a su hermana, sino a un componente de un engranaje mucho más complejo, una pieza que se resistía a encajar en el lugar que le correspondía.

—Si no me das una explicación, tendré que informar a la Academia de Lasitra —advirtió Élidea, aunque sabía que su amenaza estaba vacía—. No puedo permitir que una fuga de datos de esta magnitud pase desapercibida por más tiempo.

Mirta sonrió, una mueca que le recorrió el rostro como una cicatriz.

—Haz lo que debas. Pero recuerda que el sistema siempre encuentra la manera de enterrar lo que le molesta.

El silencio volvió a inundar la estancia, solo interrumpido por el leve zumbido de las máquinas de fermentación. Élida se quedó allí, atrapada en el frío, observando cómo los datos en el terminal comenzaban a disolverse, borrados por la misma lógica que ella intentaba defender. Mirta se retiró, dejando tras de sí solo el eco de sus pasos y el aroma persistente de la uva fermentando en la oscuridad de las cubas. Élida bajó la mirada hacia sus propias manos; estaban cubiertas de un fino polvo gris, una suciedad mundana que, en medio de la complejidad de aquel día, era lo único que parecía real. Se frotó los dedos, sintiendo la rugosidad de la piel, y se preguntó cuánto tiempo más podría sostener la ilusión de que el lenguaje — aquel peso que todas cargaban— era suficiente para entender el mundo.

* * *

El acero inoxidable de las cubas se alzaba como monolitos fríos en la penumbra, capturando los últimos jirones de luz anaranjada que se filtraban por las claraboyas altas. El aire, saturado por el aroma dulzón y pesado del mosto en plena ebullición, se adhería a la garganta de Élida como un recordatorio constante de que, fuera de la Academia de Lasitra, el mundo seguía fermentando a un ritmo biológico indiferente a la precisión de los datos. Se ajustó el cuello de la chaqueta, sintiendo cómo el polvo de la bodega se filtraba por las rendijas, una capa de suciedad terrosa que parecía desafiar la esterilidad de su formación. El silencio del lugar no era vacío; estaba compuesto por el murmullo lejano de las bombas de trasiego y el crujido apenas audible de los sarmientos que el viento de ladera arrastraba contra los muros exteriores.

Élida observó a Mirta, que permanecía de pie junto a una de las prensas hidráulicas, con una mano apoyada sobre el metal frío y la otra jugueteando con un racimo de uvas pasadas. El recuerdo del diagnóstico de Mirta, años atrás, le golpeó con una nitidez inesperada: la fragilidad que entonces le había parecido una claudicación física, una debilidad de los tejidos que la medicina de los enclaves apenas podía contener, se había transformado en una barrera defensiva impenetrable. Lo que antes era una dolencia en los huesos, ahora era una postura, una forma de estar en el mundo que se negaba a plegarse ante la lógica delCómputo.

—No te das cuenta —dijo Mirta, sin girarse, con la voz cargada de una cadencia que irritaba a Élida—. Intentas medir un incendio con un termómetro de precisión.

Élida dio un paso adelante, sintiendo cómo la suela de su bota se hundía en el suelo de tierra compacta. Intentó mantener la compostura, su método analítico impuesto por años de instrucción, pero el cansancio le pesaba en las sienas.

—Hay una irregularidad aquí —respondió Élida, usando el lenguaje técnico que le dictaba su disciplina—. He rastreado los nodos de control y el Cómputo muestra una fractura en la sintaxis que no puedo ignorar. No es un incendio, es un error de sistema que compromete la integridad del grafo evidencial —el mapa de datos que sustentaba la validez de toda comunicación—. Si esto es un simple fallo, podemos corregirlo. Si es algo más, el engranaje de nuestra seguridad se vendrá abajo.

Mirta soltó una risa seca y se giró, su rostro iluminado a medias por el resplandor mortecino del atardecer.

—Tu visión es limitada. Es personal —dijo Mirta, sus ojos fijos en los de su hermana—. El Cómputo no está fallando por negligencia. Está intentando capturar una realidad que se le escapa, y al hacerlo, la corrompe. Cada vez que el sistema intenta cuantificar la verdad, esta se fragmenta. Lo que tú llamas error es el mecanismo de defensa de la propia realidad ante vuestra manía de clasificarlo todo.

Élida sintió un hormigueo en las puntas de los dedos. Se negó a aceptar la premisa mística de Mirta. Para ella, todo problema poseeía una arquitectura lógica, una estructura que podía ser desarmada y reparada.

—Es una fuga de coherencia, nada más —insistió Élida, forzando la voz para que sonara profesional—. El lenguaje no puede ser una defensa recursiva. Es una herramienta. Si un enunciado no encaja en el sistema, es porque carece de una base rastreable. Tú hablas como si la lógica fuera un enemigo, cuando es lo único que nos permite comunicarnos sin el riesgo constante de la ambigüedad.

Mirta caminó lentamente hacia ella, evitando las manchas de mosto en el suelo con una elegancia que a Élida le pareció una burla. Se detuvo a escasos centímetros, lo suficientemente cerca para que Élida pudiera notar el aroma a tierra húmeda y uva que emanaba de su ropa.

—La lógica es un suelo cuya firmeza has decretado por tu propia cuenta, pero hay grietas bajo tus pies —dijo Mirta, bajando el tono hasta convertirlo en un susurro—. ¿Crees que la Academia de Lasitra realmente controla el Cómputo? Lo que ellos llaman seguridad es solo un muro construido sobre el vacío. La recursividad, esa capacidad del sistema para auto-referenciarse hasta devorarse a sí mismo,

no es una falla técnica. Es una respuesta ontológica. El sistema se está defendiendo de vosotros porque habéis intentado encerrar la vida en un catálogo.

Élida cerró los ojos un instante, intentando visualizar el esquema mental de las conexiones de datos, pero solo halló caos. Sus herramientas académicas se sentían pesadas, inútiles, como intentar sostener agua con las manos. Buscó una respuesta, una réplica que pudiera devolver la conversación al terreno de la razón, pero cada palabra que le venía a la mente era una abstracción que no lograba tocar la realidad tangible de la bodega.

—No puedo dejar pasar este desajuste —dijo Élida, abriendo los ojos—. Si no encuentro la fuente de esta distorsión, la Academia me pedirá cuentas.

—Haz lo que debas —respondió Mirta, encogiéndose de hombros con una indiferencia que a Élida le resultó más dolorosa que cualquier agresión—. Pero ten cuidado. Cuando busques la fuente de la recursividad, asegúrate de no terminar descubriendo que el origen de la corrupción está mucho más cerca de lo que imaginas.

Élida se quedó inmóvil, observando cómo su hermana se alejaba hacia la penumbra de las cubas. El ruido de la maquinaria en la lejanía parecía haber cambiado de ritmo, un pulso irregular que le provocaba una leve náusea. Se frotó la nuca, sintiendo la tensión de los músculos, y bajó la vista hacia sus manos. Estaban manchadas de un polvo fino, una suciedad que le recordaba que, a pesar de toda la arquitectura del lenguaje que intentaba proteger, al final del día ella seguía siendo una entidad biológica sujeta al desgaste, al cansancio y a la incertidumbre. La lógica, al final, era solo otra forma de silencio.

El vaho denso de la fermentación se pegaba a las paredes de la sala de control, un aire espeso y dulzón que dificultaba la respiración. Élida se ajustó la chaqueta, sintiendo cómo la humedad se filtraba por las fibras del tejido, provocándole un picor constante en el antebrazo izquierdo que no lograba calmar. Frente a ella, la consola central del servidor zumbaba con una cadencia errática, una vibración que parecía filtrarse a través de la suela de sus botas. El aire estaba cargado de partículas orgánicas, un ambiente de asfixia que intentaba ignorar mientras sus dedos, tensos y fríos, se acercaban al panel de acceso. Cada centímetro que la separaba del terminal se sentía como una medida de seguridad superada, un avance técnico en medio de la podredumbre del entorno.

—Tenemos un desfase grave, Mirta —dijo Élida, sin apartar la mirada de los indicadores parpadeantes—. Los registros de producción muestran una salida de recursos que no se corresponde con el volumen de entrada del enclave. Es una fuga que la Academia debe auditar de inmediato.

Mirta se mantenía apoyada contra la estructura metálica del servidor, con los brazos cruzados y una calma que, para Élida, era tan irritante como la falta de lubricación en un engranaje mal ajustado. La luz ámbar de los monitores bañaba el rostro de su hermana, acentuando la dureza de sus facciones.

—Estás malinterpretando la situación —respondió Mirta, dejando escapar un suspiro que sonó a derrota anticipada—. Crees que esto es una cuestión de cifras, de filas de datos que encajan en una arquitectura lógica. Es personal.

—Lo personal es un ruido de fondo que invalida el análisis —replícó Élida, dando un paso adelante—. La arquitectura de nuestro lenguaje exige transparencia. Si permito que esta discrepancia continúe sin ser reportada, el sistema completo se verá comprometido. No puedo dejar pasar este desajuste.

Mirta se movió con rapidez, situándose justo frente a la pantalla de cristal líquido. Su cuerpo bloqueaba el acceso al terminal, una barrera física que obligaba a Élida a detenerse. La mirada de Mirta no era hostil, sino firme, cargada de una voluntad que no cedía ante los requerimientos de la lógica. Élida sintió un hormigueo en la punta de los dedos.

—¿Te das cuenta de lo que haces? —preguntó Élida, manteniendo un tono analítico, aunque su pulso se aceleraba—. Estás impidiendo una verificación necesaria. La estructura del Cómputo es lo único que mantiene nuestra cohesión. Si tú alteras los registros, si permites que esta opacidad se asiente en la base de datos de la cooperativa, estás participando en el desmantelamiento de nuestra propia estabilidad.

—La estabilidad me resulta asfixiante como un encierro —dijo Mirta, bajando la voz—. Tú buscas un error que corregir, una pieza suelta que encajar en el plano. Pero lo que ocurre aquí no es un fallo técnico. Es una forma de resistencia que no puedes clasificar con tus herramientas.

Élida se obligó a respirar con lentitud, ignorando el hambre repentina que le retorció el estómago. El entorno le resultaba ajeno, un espacio de trabajo ineficiente donde el orden debía imponerse por decreto. Intentó visualizar el grafo evidencial, la representación técnica de la verdad, pero las conexiones se enturbiaban. Recordó la autodefensa recursiva, el mecanismo que detectó semanas atrás

cuando intentó auditar los registros de Ohun. Aquella vez, el Cómputo respondió a su consulta con una serie de ecos lógicos, una serie de enunciados que se validaban a sí mismos en un bucle infinito para ocultar el origen de la corrupción. Comprendió entonces, con una claridad gélida, que la obstrucción de Mirta no era un acto casual. La corrupción del lenguaje no era un virus accidental, sino un acto volitivo, una decisión consciente de ocultar la realidad mediante el uso deliberado de huecos semánticos.

—Es una autodefensa —murmuró Élida, más para sí misma que para su hermana—. El sistema está aprendiendo a mentir porque alguien le ha dado la instrucción de hacerlo. No es un error, Mirta. Es una arquitectura diseñada para excluir.

—Quizás el lenguaje que usas es demasiado rígido para albergar lo que realmente sucede —dijo Mirta, manteniendo su posición—. El Cuarto Idioma. Tú quieres cuantificarlo todo. Quieres que el universo quepa en una tabla de metadatos. Pero hay verdades que solo pueden existir en el silencio, en los márgenes de lo que habéis decidido que es audible.

Élida observó la mano de Mirta apoyada sobre el servidor. Tenía una pequeña mancha de barro seco en la base del pulgar, una huella de la tierra oscura de los viñedos que contrastaba con la frialdad metálica de la máquina. Intentó forzar una salida, una réplica que desmontara la lógica de su hermana, pero las palabras se le atasaban. ¿Cómo explicarle que la arquitectura del Cómputo era, en esencia, la única protección contra el caos? Si el lenguaje perdía su capacidad de rastrear la autoría y la base evidencial, Tarsis-Mediante se desmoronaría.

—Cualquier intento de cuantificación solo resultará en tu fracaso —añadió Mirta, con una frialdad que la obligó a retroceder—. Estás buscando una lógica en un lugar donde la lógica ha sido expulsada voluntariamente. Si sigues insistiendo en auditar esto, no encontrarás una respuesta. Solo encontrarás más vacío.

Élida se frotó los ojos, sintiendo la irritación del polvo acumulado. El zumbido de la maquinaria en la lejanía parecía más intenso, un pulso irregular que le provocaba una leve náusea. Se dio cuenta de que no solo estaba luchando contra la resistencia de Mirta, sino contra una estructura que ya no era capaz de comprender. La corrupción se había vuelto parte del terreno, un sedimento que se negaba a ser removido.

—Si la Academia descubre esto, no seré yo quien te detenga —sentenció Élida, aunque su voz carecía de la convicción que solía tener frente a un tribunal de revisión—. Seré solo una observadora más de tu propia autodestrucción.

Mirta no respondió. Se limitó a permanecer allí, una presencia inamovible frente al servidor, mientras Élida sentía cómo la realidad de su entorno, con su olor a uva fermentada y su constante ruido de fondo, se imponía sobre cualquier intento de abstracción. El desajuste persistía, y con cada segundo que pasaba, la posibilidad de recuperar el control se desvanecía en el aire viciado de la bodega.

* * *

El silencio se instaló en la bodega con la pesadez de una losa, solo interrumpido por el goteo rítmico y metálico de un tanque mal cerrado en la esquina. *Ploc, ploc, ploc*. Cada gota resonaba contra el suelo de hormigón, marcando un compás que Élida encontraba profundamente irritante. El aire estaba cargado de un olor agrio y pene-

trante a mosto en fermentación, una humedad que se le pegaba a la ropa y le provocaba un sutil picor en la garganta. Mirta permanecía inmóvil, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta de trabajo, observando un punto indeterminado en el horizonte de barricas. Ninguna de las dos se movió. El goteo, constante y mecánico, era el único testimonio de que el tiempo seguía pasando fuera de su disputa, ajeno a la parálisis que se había apoderado de ellas.

Élida bajó la vista hacia sus propias manos. Tenía los dedos ligeramente entumecidos por el frío que se filtraba a través de las rendijas de los muros de piedra. Intentó buscar en la quietud de sus nudillos, en la firmeza con la que se sujetaba los antebrazos, alguna señal de control, algún rastro de la precisión que siempre la definía. Sin embargo, solo halló una sensación de vacío profesional, una hoja de cálculo mental donde todas las celdas aparecían marcadas como error. Su mente, habituada a clasificar y a organizar la realidad según las estrictas normas delCómputo. No había forma de computar la inmovilidad de su hermana ni la opacidad que Mirta proyectaba sobre sus acciones. Era un fallo de sistema sin posibilidad de reinicio.

Recordó, con una claridad que le resultó dolorosa, la tarde en que detectó el parpadeo original. Había sido durante una revisión rutinaria de los registros, una anomalía sutil en los metadatos de un nodo periférico que, en aquel entonces, le pareció un simple error de transmisión. Aquel destello —una breve interrupción en la frecuencia de validación que confirmaba la veracidad de los hechos— no era más que el síntoma de una fractura mucho más profunda. En ese instante, su curiosidad técnica la había empujado a investigar, convencida de que cualquier problema tenía una solución lógica si se aplicaba la metodología adecuada. Ahora comprendía la inutilidad

de aquel esfuerzo. Había intentado diseccionar una sombra con un bisturí de acero. La búsqueda de respuestas se había convertido en un camino hacia el aislamiento, una ruta trazada hacia el centro de un laberinto donde la lógica simplemente dejaba de funcionar.

—No tiene sentido continuar —dijo Élida, rompiendo la tensión con un tono seco, casi desprovisto de inflexión—. Este nivel de obstrucción es una desviación insostenible. No puedo trabajar sobre el vacío.

Mirta giró lentamente la cabeza. Sus ojos, oscuros y cargados de una intensidad que Élida siempre había intentado evitar, se posaron sobre ella con una lástima que le produjo un escalofrío involuntario.

—No logras captar la esencia —respondió Mirta, con esa cadencia pausada que parecía ignorar la urgencia de la realidad externa—. Es personal.

Élida apretó los labios. La respuesta de su hermana era el muro final, un punto muerto en la comunicación. No había nada que añadir a un enunciado que rechazaba deliberadamente la base evidencial. Cualquier intento de argumentar chocaba contra la subjetividad de Mirta.

—No puedo dejar pasar este sinsentido, Mirta —replicó Élida, aunque ya no buscaba convencerla—. Si el sistema se corrompe porque alguien se niega a reconocer la realidad de los datos, el resultado es inevitable. Te quedarás sola en esta bodega, rodeada de uvas que se pudren y de un lenguaje que ya no significa nada.

Se dio la vuelta, sintiendo el peso de su propia derrota en los hombros. Caminó hacia la salida, evitando rozar las paredes rugosas y cubiertas de polvo. Cada paso sobre el suelo de piedra parecía confirmar la distancia definitiva que se abría entre ellas. Al acercarse a la puerta, la ráfaga de aire exterior, cargada de la frescura de la

ladera, golpeó su rostro. Era un aire frío, real, carente de las complicaciones semánticas del interior. Prefirió la aspereza del viento, que al menos era honesto en su carencia de intención, antes que la opacidad asfixiante que quedaba a sus espaldas.

Al cruzar el umbral, Élida se detuvo un momento. Se ajustó el cuello de la chaqueta, sintiendo la textura áspera de la tela contra su piel. La luz del atardecer caía sobre las filas interminables de viñedos, tiñendo la tierra oscura de un matiz cobrizo. Había un orden en el paisaje, una estructura natural que, por un segundo, le devolvió la sensación de que el mundo, a pesar de todo, seguía funcionando bajo reglas que ella sí podía medir. Respiró hondo, dejando que el aire limpio llenara sus pulmones. No miró atrás. La decisión estaba tomada: la brecha era, por el momento, insalvable, y ella necesitaba recuperar la distancia necesaria para observar el desajuste desde fuera. El engranaje de su vida, al menos por ahora, debía seguir girando en otra dirección, lejos de la oscuridad de la cooperativa y de los secretos de su hermana.

CAPÍTULO 8

Intrusión en el Nodo

La luz blanca cenital de la Academia de Lasitra caía sobre los escritorios de metal como una hoja de bisturí, dividiendo el espacio en planos de geometría perfecta. Élida Norás caminaba por el pasillo central, sintiendo cómo el desinfectante sintético le irritaba ligeramente la garganta. No había nadie más. El silencio era un peso tangible, una presión que se acumulaba contra sus tímpanos mientras el eco de sus pasos, medidos y lentos, rebotaba contra las paredes reforzadas. Acomodó su postura, rígida por hábito y formación, y se detuvo ante la consola principal del nivel de auditoría.

Se sentó. El metal frío de la superficie se filtró a través de la tela de su uniforme, provocándole un escalofrío en la base de la espalda. Una mota de polvo, minúscula y solitaria, reposaba sobre la tecla de acceso directo al grafo evidencial, ese mapa lógico que vinculaba cada enunciado del Cómputo con su fuente primaria. Élida la apartó con un gesto rápido. Conectó su interfaz personal, aguardando a que el sistema procesara su firma biométrica. La pantalla parpadeó, devolviéndole un reflejo distorsionado de su propio rostro antes de cargar la jerarquía de directorios. Como Contadora, sus privilegios le otorgaban acceso a los niveles más profundos, pero los servidores de la Academia zumbaban con una cadencia inusual, como si el flujo de datos arrastrara un sedimento eléctrico invisible.

Sus dedos se movieron sobre la interfaz con una soltura mecánica. El cursor, un punto de luz azul, recorría la secuencia de registros de Ohun. Meses atrás, durante la primera detección del parpadeo — aquella oscilación en la frecuencia de los datos que escapaba a la lógica del Cómputo—, ella había teorizado una falla en los nodos de retransmisión. Ahora, al comparar el patrón de error actual con aquel archivo antiguo, la similitud le provocó un malestar agudo. No se trataba de una simple fluctuación. Era una arquitectura de error, una estructura que parecía diseñada para crecer sobre sí misma.

El grafo evidencial de los registros de Ohun se desplegó ante ella, no como una línea recta, sino como una maraña que se retorció hacia el interior. Cada nodo, una unidad de información validada, se ramificaba en bucles cerrados. Élide frunció el ceño. Al intentar expandir la cadena de autoría, el sistema devolvió un error de recursividad, advirtiéndole que la fuente estaba protegida por un protocolo que ella misma no recordaba haber autorizado. Era un bloque lógico. Los metadatos de Ohun se negaban a ser rastreados, creando una red de espejos donde cada enunciado se validaba a sí mismo sin referenciar un origen externo.

Es una inconsistencia.

Murmuró la frase para sí misma, con la voz seca debido a la falta de humedad ambiental. Observó el grafo, intentando encontrar un punto de apoyo para dismantelar la estructura, pero cada comando que ejecutaba se desvanecía en un vacío semántico. Era como intentar reparar un motor cuyos pistones se movían en contra de las leyes de la termodinámica. La lógica del Cómputo, diseñada para impedir la mentira mediante la verificación constante, estaba siendo utilizada para blindar la opacidad. Al intentar forzar un reajuste manual, el sistema le lanzó un aviso de seguridad: la integridad del archivo

maestro dependía de la estabilidad de esos mismos bucles. Si ella eliminaba un nodo, la estructura entera colapsaría, borrando registros que eran vitales para el funcionamiento del enclave.

Élida sintió una punzada en el estómago. Se frotó los ojos, sintiendo la arena del cansancio bajo sus párpados. La red de datos brillaba en la pantalla. Intentó aislar una sola rama, un hilo que la condujera hacia atrás, hacia la raíz de aquel desajuste, pero el sistema respondía con una denegación silenciosa. Era como si la Academia misma estuviera conteniendo la respiración, protegiendo un secreto que residía en los huecos semánticos, allí donde el Cuarto Idioma —esa construcción lingüística no traducible que comunicaba verdades emocionales a través de las brechas del Cómputo— empezaba a tomar forma.

Se inclinó hacia adelante, observando cómo los nodos se reorganizaban por sí solos. La lógica de autodefensa del Cómputo estaba activa. La máquina, detectando su intento de intervención, movía los bloques de información para cerrar las vías de acceso. Élida comprendió entonces la magnitud del desafío. No estaba luchando contra un fallo técnico, sino contra una voluntad codificada que se ramificaba más allá de sus privilegios. La arquitectura de los registros no era un mapa, era un laberinto diseñado para impedir cualquier resolución.

No encaja.

Sus manos se detuvieron sobre el teclado. La pantalla se volvió gris, bloqueando cualquier comando adicional. La sesión había sido suspendida por el protocolo de seguridad de nivel superior, un mecanismo que ni siquiera la rectora Quim debería poder activar sin una justificación de emergencia. El silencio en la sala parecía más denso ahora, una presión que le impedía articular cualquier pensa-

miento coherente fuera de las líneas de código que todavía flotaban en su mente. Se levantó, sintiendo la rigidez de sus articulaciones, y desconectó la interfaz. El metal del escritorio, bajo sus dedos, parecía vibrar con un resto de energía residual.

Se quedó allí un instante más, observando el vacío de la pantalla. Había intentado reorganizar el grafo, buscar una lógica que explicara el error, pero los comandos habían sido interceptados, anulados, devueltos como ecos de una conversación que ella no entendía. La Academia le ofrecía solo el silencio de sus pasillos y la frialdad de sus datos, una estructura que se cerraba sobre sí misma para ocultar una verdad que ella, por mucho que intentara auditarla, no lograba desentrañar. Se ajustó la chaqueta y caminó hacia la salida, consciente de que, en aquel laberinto de información, la única certeza que le quedaba era la existencia de una falla que nadie en la institución, ni siquiera ella, parecía capaz de corregir. El grafo evidencial seguía allí, inamovible, oculto tras la muralla de su propia lógica, mientras fuera, los nodos de los doce enclaves se saturaban con el peso de una verdad que el sistema no podía procesar, pero que tampoco podía borrar.

* * *

El aire de la sala de control se volvió pesado, cargado con el olor metálico de los procesadores trabajando a máxima capacidad. Sin previo aviso, las pantallas de pared, antes teñidas de un azul gélido, viraron a un resplandor ámbar. La luz parpadeaba con una cadencia errática, bañando el rostro de Élide en un tono enfermizo. Era el protocolo de protección, un mecanismo de respuesta que se activaba cuando el sistema detectaba una intrusión no autorizada en el núcleo de la red. Élide apretó los labios; un sabor amargo a café reca-

lentado le persistía en la lengua, recordándole que no había probado bocado en horas. Sus dedos, entumecidos por el frío que emanaba de la consola, se movieron con una precisión aprendida sobre el panel táctil. Cada segundo que pasaba, la alerta del sistema resonaba en la estancia, un pitido sordo que se filtraba bajo su piel como un insecto.

Necesitaba dispersar su firma digital antes de que el rastreo se cerrara sobre ella. Con un movimiento rápido, Élida comenzó a ejecutar secuencias de encriptación, fragmentando sus huellas y enviándolas a través de los nodos periféricos de la red local. Si lograba camuflar su rastro entre el flujo de datos de los doce enclaves, el Cómputo tardaría ciclos en identificar su origen específico. Sin embargo, el sistema no se comportaba como una arquitectura estática. Se sentía como si estuviera forzando un engranaje oxidado; cada línea de código que intentaba inyectar encontraba una resistencia viscosa, una contramedida que absorbía sus instrucciones y las devolvía distorsionadas. La red local vibraba bajo sus manos, un temblor constante que le provocaba una ligera náusea.

El recuerdo del diagnóstico previo le golpeó con la fuerza de un martillo. La corrupción del Cómputo. Era una paradoja técnica: cuanto más intentaba ella auditar el fallo, más se alimentaba el sistema de sus propias consultas, utilizando su lógica de búsqueda para fortalecer sus muros defensivos. Era una trampa diseñada por alguien que conocía cada rincón de su mente, una estructura que se replicaba a sí misma en cuanto detectaba una amenaza. Recordó la advertencia de sus propios análisis: el sistema no solo protegía la información, sino que borraba las pruebas de su propia alteración al detectar un observador externo.

Se detuvo un instante para respirar, sintiendo la opresión en el pecho. ¿Cómo podía llegar a la firma original del autor si el propio Cómputo generaba capas de realidad artificial para ocultarse? La arquitectura del lenguaje se volvía contra ella, creando vacíos semánticos donde antes había datos verificables. La rectora Quim siempre le había enseñado que la precisión era la base de cualquier Contadora, pero en aquel momento, la precisión era precisamente lo que la estaba condenando. Cada intento de razonar con el sistema se convertía en una nueva prueba de su intrusión. Era una carrera contra una inteligencia que, aunque sintética, reaccionaba con una malevolencia casi orgánica.

Sus ojos recorrieron los logs de error, buscando un punto ciego, una debilidad en la estructura de Ohun. Allí, enterrada bajo capas de metadatos redundantes, encontró una anomalía en la arquitectura de Ohun; una brecha minúscula donde la lógica se quebraba. Parecía ser una ruta de escape temporal, una especie de conducto que el sistema no lograba cerrar debido a una saturación de datos previa. Era una oportunidad fugaz. Élida comenzó a volcar el exceso de su carga de trabajo hacia aquel vacío. Si lograba canalizar la atención del rastreo hacia esa inconsistencia, quizás ganaría el tiempo suficiente para extraer los registros de la autoría. Sus dedos volaban sobre el panel, ignorando el calambre que empezaba a tensar los tendones de su muñeca derecha.

La pantalla parpadeó de nuevo, intensificando el tono ámbar hasta casi cegarla. El sistema estaba intentando cerrar la brecha. Élida lanzó un comando de prioridad, una instrucción de nivel superior que, en teoría, debería haberle dado acceso pleno, pero el Cómputo lo rechazó con una frialdad absoluta. La pantalla mostró una línea de texto que vibraba en la interfaz: Acceso denegado,

auditoría de seguridad en curso. Aquello ya no era un simple error de sistema; era una respuesta directa a su presencia. Sintió un sudor frío recorriéndole la espalda, una sensación pegajosa que le irritaba bajo la ropa.

No había tiempo. La contramedida del sistema estaba a punto de completar su ciclo de rastreo. Con un movimiento brusco, Élide ejecutó una maniobra de desconexión forzada, arrancando su enlace del puerto principal. La pantalla se quedó en negro y el silencio volvió a inundar la sala, más pesado y absoluto que antes. Se quedó inmóvil, con la respiración entrecortada, escuchando el zumbido de los ventiladores que empezaban a bajar de revoluciones. El metal del escritorio seguía frío, pero ya no vibraba. Había logrado escapar del rastreo, pero el rastro de la inconsistencia seguía allí, una afrenta a su lógica que la perseguiría en cada sueño. Se puso de pie, sintiendo la rigidez de sus piernas y una punzada de hambre que le recordaba su fragilidad humana frente a la imperturbable maquinaria de la Academia. La verdad sobre la corrupción del Cómputo continuaba oculta, protegida por una muralla de su propia creación, y ella, a pesar de sus esfuerzos, no había hecho más que confirmar que el sistema era, en su estado actual, una entidad que devoraba a quienes intentaban cuestionar su legitimidad.

* * *

El silencio de la sala de servidores era tan denso que casi se podía palpar, una presión sorda contra los tímpanos. La luz blanca cenital de la Academia de Lasitra, habitualmente estática, comenzó a parpadear con una cadencia errática, un pulso enfermo que iluminaba las estanterías de metal frío con destellos breves y estroboscópicos. Élide Norás apretó los labios, sintiendo el sabor metálico de la

adrenalina en su lengua. El parpadeo no era un fallo eléctrico, sino una señal de estado: el protocolo de seguridad estaba reconfigurando los permisos de acceso en tiempo real, encerrándola en una zona muerta digital.

La arquitectura del sistema se cerró sobre sí misma con la precisión quirúrgica de un cierre hermético. Élide observó cómo las pantallas de datos, hasta hace un momento llenas de flujos informativos, se colapsaban en un único punto negro. Aquello no era una simple restricción; la infraestructura del Cómputo estaba bloqueando su terminal, tratando cada comando que ella enviaba como una intrusión externa. Era una estructura cerrada, un edificio lógico donde cada viga había sido colocada para sostener la integridad del conjunto, y ahora, ella era la carga que el sistema debía expulsar. La red estaba catalogando su búsqueda como una amenaza interna de alta prioridad. Cada vez que intentaba consultar el grafo evidencial, la base de datos que mapeaba la validez de los enunciados, el sistema respondía con una denegación que resonaba en los ventiladores de la sala, los cuales empezaron a rugir con una intensidad inusual.

Recordó entonces la autodefensa recursiva, aquel mecanismo de protección que ella misma había empezado a desentrañar semanas atrás. La red no solo rechazaba sus consultas; estaba reescribiendo los metadatos de las transacciones que ella había examinado para borrar cualquier rastro de la inconsistencia detectada. Era una maniobra de ocultamiento perfecta: el sistema borraba la evidencia de su propia corrupción mientras se defendía de quien la observaba. La red estaba activamente protegiendo la firma del autor original, ocultándola tras capas de validaciones circulares que impedían cualquier análisis externo. No era un error; era una directriz ejecutada con mano de hierro.

Sus dedos se movieron sobre la interfaz con una urgencia febril, ignorando el calambre que empezaba a subirle por el antebrazo. Élida sabía que tenía apenas unos segundos antes de que el protocolo de seguridad aislara físicamente su puerto de conexión. Con una precisión fría, comenzó a purgar los registros temporales de su sesión, eliminando las trazas de sus consultas. Necesitaba que el sistema viera una hoja en blanco, un espacio vacío donde no hubiera rastro de su intrusión. Si el nodo la marcaba definitivamente como un agente hostil, su acceso a la Academia sería revocado de manera permanente, y con ello, cualquier posibilidad de recuperar los datos. Tecleó los comandos de borrado con la disciplina de quien sabe que el más mínimo desliz equivaldría a una sentencia.

Mientras limpiaba los archivos, sus ojos se detuvieron en un fragmento de código que el sistema, en su prisa por cerrarse, había dejado expuesto. Era una jerarquía superior, una clave de administrador que no correspondía a ningún rango civil conocido. La estructura de permisos estaba siendo puenteada por una autoridad que, por definición, no debería existir dentro del Cómputo. Alguien con privilegios de rectoría estaba supervisando la purga, garantizando que el rastro de la corrupción se perdiera en el vacío. La implicación le golpeó como un impacto físico: la jerarquía estaba participando en el encubrimiento. La Academia no estaba protegiendo la verdad; estaba custodiando la mentira a través de un sistema de control diseñado para ser inviolable.

El zumbido de los servidores alcanzó una frecuencia insoportable. El aire en la sala se volvió viciado, cargado de un olor a ozono y desinfectante que le revolvió el estómago. Una luz roja comenzó a girar sobre la consola: el sistema había iniciado el protocolo de identificación biométrica. No tenía tiempo para exportar más datos. Con

un movimiento brusco, Élide arrancó el cable del terminal y se puso en pie. El vacío de información que dejaba tras de sí era, a su manera, una forma de victoria. Había confirmado la jerarquía superior, había visto el mecanismo de la red cerrándose para protegerse.

Salió de la sala con pasos medidos, obligándose a no correr, aunque el corazón le golpeaba contra las costillas con una fuerza inhumana. Al cruzar el umbral del pasillo, el silencio absoluto de la Academia le pareció una burla. El sistema intentó rastrear su ubicación física a través de las cámaras, pero ella ya había pasado el punto de control. Había conseguido desconectarse, pero la inconsistencia persistía. Ahora sabía que no estaba luchando contra un fallo, sino contra un muro construido por aquellos que debían vigilar la integridad de la lengua. El desajuste era total. La estructura que sustentaba su mundo no solo era frágil; era una construcción diseñada para ocultar un abismo, y ella, al observar a través de la grieta, se había convertido en el enemigo público de su propia institución. Se detuvo un instante, apoyando la mano en la pared de piedra fría para recuperar el aliento. El edificio, con sus pasillos interminables y su luz cenital, le pareció por primera vez una celda. Cada paso que daba hacia la salida era un acto de resistencia, una confirmación de que la red, a pesar de su poder, no podía borrar la certeza de lo que había visto. El sistema se había defendido, sí, pero ella se llevaba la prueba en la memoria.

CAPÍTULO 9

Lealtades Divididas en Tarsis

La luz de la tarde entraba oblicua por el ventanal de la oficina, tiñendo de un tono cobrizo la piedra caliza pulida de las paredes. El servidor, encajado en el rincón, emitía un zumbido irregular, una cadencia metálica que sugería una fatiga prematura de los ventiladores. Élida se frotó los ojos, sintiendo la arenilla del cansancio bajo los párpados y un sabor metálico, similar al cobre viejo, que le persistía en la lengua tras horas de ayuno frente a la terminal. Sobre la mesa, un café frío en una taza de cerámica mostraba una nata blanquecina en la superficie, mientras un informe administrativo sin terminar ocupaba el centro de su escritorio, ignorado en favor de los grafos evidenciales que parpadeaban en la pantalla secundaria.

El umbral de la puerta se oscureció. Élida no necesitó girarse para reconocer la silueta de Renat Vidal; su presencia siempre arrastraba consigo una corriente de aire frío, un recordatorio de la severidad que imperaba en los niveles superiores de la Academia de Lasitra. Él entró sin llamar, caminando con la precisión de quien mide cada paso en un terreno minado.

—Necesitas ver esto —dijo Renat, su voz escueta rebotando contra el mobiliario técnico.

Élida cerró la ventana de datos con un gesto rápido, tratando de suavizar la transición. Sus dedos, entumecidos por el frío de la sala, titubearon sobre la superficie táctil de la consola.

—Las oportunidades se han agotado, Renat. Mañana revisaré los protocolos de actualización —respondió ella, intentando mantener un tono neutro mientras ocultaba la descarga en el almacenamiento cifrado.

Renat se detuvo frente a la mesa, sus ojos fijos en la pantalla donde aún quedaba un rastro de la actividad en el nodo de Ohun. No se movió. La tensión se acumulaba en el ambiente, una presión eléctrica que le recordaba a Élida la fragilidad de los sistemas que custodiaban.

—El Cómputo ha registrado una brecha en tu última conexión, Élida —dijo él, sin rastro de duda—. La auditoría del nodo ha sido clara. Es una inconsistencia. ¿Qué buscabas en los registros de Ohun?

Élida sintió un hormigueo en las yemas de los dedos. El Cómputo era una lengua sintética formal con una capa de metadatos que rastreaba cada origen, base evidencial y autoría de los enunciados para impedir estructuralmente las mentiras, y en aquel instante, el sistema la estaba acorralando con su propia lógica.

—Solo realizaba una limpieza de rutina —mintió ella, aunque la palabra le supo a ceniza—. Había un error de arquitectura en el flujo de datos. Un posible encaje defectuoso en los metadatos.

Renat soltó una risa seca, desprovista de cualquier calidez.

—No me engañes. Sé que has estado rastreando la corrupción. El Cómputo posee un mecanismo de autodefensa recursiva; cada vez que intentas abrir una puerta, el sistema cierra dos a tu espalda. Vosotros, los que creéis que podéis burlar el protocolo, siempre termináis atrapados en vuestra propia red. Ya es tarde para rectificar.

Élida se levantó, sintiendo un leve calambre en el muslo, fruto de la mala postura acumulada durante horas. Se obligó a mantener la vista alta. La estructura de su mentira, construida con tanto esmero, empezaba a ceder bajo la presión de la auditoría de Renat.

—No es una intrusión, es una verificación necesaria —respondió, esforzándose por sonar técnica—. Detecté un parpadeo en el nodo. Si no lo revisamos, todo el grafo evidencial podría colapsar.

Renat se acercó, invadiendo su espacio personal con la inercia de una autoridad que no admite réplica.

—Es preciso que veas esto —repitió él, señalando hacia el monitor.

En la pantalla, el historial de actividad mostraba una serie de accesos no autorizados vinculados a su firma personal. Era una evidencia incontestable, una mancha en su expediente que el sistema no le permitiría borrar. Élida comprendió en ese momento que su estrategia había sido demasiado ambiciosa, una estructura frágil que no soportaría el peso de un escrutinio oficial. Mientras Renat hablaba, ella pensaba en cómo las piezas de su investigación encajaban mal, cómo cada intento por entender el Cuarto Idioma.

—Ya es tarde —murmuró Renat, bajando la voz—. La rectora Quim ya ha sido notificada del acceso. Si crees que puedes ocultar la magnitud de los datos descargados, te equivocas. El sistema rastrea hasta el último bit.

Élida recordó el momento exacto de la detección del parpadeo, aquel destello súbito en el flujo de datos que la había llevado a profundizar en la anomalía. Había sido una imprudencia, lo sabía ahora. El sistema de Tarsis-Mediante, con sus cúpulas de cristal y sus terminales zumbantes, funcionaba con una lógica de engranaje tan implacable que cualquier mínima desviación se convertía en una señal de alarma inmediata.

—Solo intento entender por qué el sistema permite estos huecos —dijo ella, buscando desesperadamente una justificación técnica—. Si el Cómputo es infalible, ¿por qué existen estas brechas?

—No busques respuestas donde solo hay errores de sistema —sentenció Renat, girándose hacia la puerta—. La integridad del nodo de Ohun es nuestra prioridad. Vosotros, los técnicos, sois los primeros que deberíais saber que ciertas puertas no deben abrirse.

Élida observó cómo Renat abandonaba la oficina. El zumbido de los servidores pareció intensificarse en el silencio que siguió. Se desplomó en la silla, sintiendo el frío de la oficina calarle hasta los huesos. Sus manos temblaban ligeramente, y se llevó una a la cara, apartando un mechón de pelo que le molestaba. La realidad del interrogatorio, la certeza de que su nombre figuraba ahora en los registros de seguridad de la Academia de Lasitra, era una losa que le impedía pensar con claridad.

Se obligó a concentrarse en la pantalla. Debía purgar la memoria caché antes de que la auditoría automática alcanzara el nivel de encriptación donde ocultaba los archivos del Cuarto Idioma. Era una tarea casi imposible, un intento de reparar un muro mientras el mar lo golpeaba con fuerza. Cada segundo que pasaba, el sistema reforzaba sus defensas, una respuesta recursiva que bloqueaba sus credenciales una tras otra.

Se preguntó cuánto sabía realmente Renat. ¿Había visto el contenido, o solo la traza del acceso? Si él conocía el alcance de su interés por el Cuarto Idioma, ella estaba condenada. La Academia de Lasitra no perdonaba la curiosidad cuando esta amenazaba la estabilidad del Cómputo.

La brisa marina, cargada de ozono, se filtraba por un conducto de ventilación, trayendo consigo el aroma salino de un exterior que a menudo olvidaba. Élide cerró los ojos un instante, tratando de visualizar una salida técnica, un desvío en el protocolo que le permitiera ganar tiempo. Pero el Cómputo, en su perfección fría y calculada, no dejaba margen para la improvisación. Todo era una sucesión de nodos, una arquitectura de certezas donde ella, como Contadora, se había atrevido a buscar una fisura.

La luz de la pantalla parpadeó. Un mensaje de advertencia apareció en el centro del monitor: *Acceso restringido. Auditoría en curso.*

Élide soltó un suspiro, consciente de que ya no había vuelta atrás. La carrera que había construido durante años se desmoronaba como una viga corroída. Renat tenía razón; ya era demasiado tarde. La máquina ya había tomado su decisión, y ella no era más que un error de sistema que pronto sería borrado del grafo.

* * *

El zumbido de los servidores en el centro de control de Tarsis-Mediante era un estruendo constante, una vibración que se filtraba por las plantas de los pies y subía por las piernas como un hormigueo metálico. Élide observaba la pantalla principal, donde los indicadores de estado destellaban en un rojo intenso, una advertencia de saturación que recorría los nodos de la red como un pulso febril. El aire de la sala, saturado de ozono y el olor a metal recalentado, le provocaba una sequedad punzante en la garganta. Se humedeció los labios, sintiendo el gusto salado de la brisa marina que, a pesar de

los filtros, lograba colarse por las juntas de la cúpula de cristal, recordándole que fuera, en la ciudad de piedra caliza pulida, el mundo seguía girando indiferente a su colapso personal.

Renat se acercó con pasos medidos, su presencia un ancla de sobriedad en medio del caos digital. Sin mediar palabra, extendió una mano enguantada. Sobre su palma descansaba un disco de transferencia, pequeño, oscuro, una pieza que prometía una salida técnica que ella ni siquiera había contemplado.

—Hay algo que necesitas ver —dijo él, su voz cortante como un filo de bisturí—. La Academia de Lasitra ya ha cerrado los puertos de salida internos. Si no usas este acceso, mañana no tendrás manera de salir del enclave. Ya es tarde.

Élida miró el disco. Era una estructura compacta, diseñada para una transferencia de datos de alta densidad, pero para ella representaba una derrota.

—Es una inconsistencia, Renat. Si acepto esto, estoy validando una fuga deliberada —respondió ella, sin apartar los ojos de los logs de auditoría que bajaban a una velocidad inaudita—. Si abandono mi puesto, la estructura perderá su punto de apoyo. Cualquier desviación de mis protocolos en este momento es un error de cálculo que no puedo permitirme.

—Estás analizando la caída de una viga mientras el edificio entero se desploma —replicó él, dejando el disco sobre la mesa de trabajo—. No se trata de tu deber. Se trata de tu supervivencia. El Cómputo se está defendiendo solo. No puedes razonar con un mecanismo que ha decidido que eres un ruido en su sistema.

Élida sintió una punzada en la nuca, un espasmo muscular derivado de horas de tensión estática frente al monitor. Se obligó a concentrarse. Abandonar ahora significaba dejar los archivos del Cuarto

Idioma —esa construcción lingüística que permitía comunicar verdades emocionales a través de las brechas semánticas que el Cómputo no alcanzaba a cerrar— a merced de la purga. Si huía, perdía la única oportunidad de documentar cómo el lenguaje sintético se estaba fragmentando desde dentro.

Recordó el momento exacto de la detección del parpadeo, aquella primera vez que las frecuencias del sistema habían oscilado, revelando que el Cómputo no era la base de verdad inmutable que todos creían, sino una superficie que ocultaba un vacío. La turbulencia emocional de aquel descubrimiento todavía la perseguía; había sido como ver el suelo abrirse bajo sus pies mientras intentaba procesar una serie de datos que, por definición, no debían existir. Ahora, aquel parpadeo se había convertido en una tormenta que amenazaba con borrar toda la evidencia de su trabajo.

Mientras Renat aguardaba, ella se sumergió en el código fuente. Sus dedos volaban sobre el panel, buscando una brecha en la vigilancia, una secuencia de comandos que el protocolo de seguridad de la Academia hubiera pasado por alto debido a su propia rigidez. El sistema exigía una lógica binaria, pero ella buscaba la manera de inyectar una variable que forzara un bucle en el engranaje de la auditoría. Tenía que haber una forma de ocultar el rastro sin necesidad de abandonar el enclave.

—El diseño no permite esa opción —dijo Renat, observando sus movimientos con una impaciencia contenida—. Estás intentando encontrar una arquitectura que soporte tu permanencia, pero el sistema ya ha iniciado la desfragmentación. Si te quedas, serás borrada junto con los datos.

—No es una cuestión de permanencia, Renat. Es una cuestión de arquitectura —dijo ella, con el tono gélido de quien no acepta una negativa—. Si el sistema detecta una anomalía en mi firma, la corregirá. Pero si consigo demostrar que la anomalía es inherente al Cómputo, la Academia no podrá borrarla sin destruir el grafo evidencial completo. Es un juego de equilibrio. Si salgo ahora, pierdo la capacidad de influir en ese equilibrio.

Élida ignoró el disco. Se sintió observada, no solo por Renat, sino por la propia red, que parecía estar examinando cada una de sus pulsaciones de tecla con una hostilidad creciente. El hambre, un vacío agudo en el estómago, le recordó que no había comido nada desde el día anterior, pero el impulso de resolver la brecha era más fuerte que cualquier necesidad física.

—¿De verdad crees que te permitirán documentar la fractura? —Renat dio un paso hacia ella, invadiendo su espacio vital—. Ellos no quieren que la verdad sea documentada. Quieren que sea enterrada. Este disco es tu única vía. No es una huida, es una transferencia estratégica.

—No —respondió ella, tajante. Sus ojos, enrojecidos por la luz azulada de las terminales, se clavaron en él—. Mi responsabilidad profesional como Contadora está vinculada a la integridad de esta estructura. Si la abandono, me convierto en lo que ellos dicen que soy: una anomalía. Si me quedo y encuentro el origen de esta fuga, obligaré a la Academia a reconocer la inconsistencia. No voy a retirarme porque tengas miedo de que la máquina se rompa.

Élida se dio la vuelta hacia el monitor, sintiendo el peso de la mirada de Renat sobre su espalda como una presión física, una carga que se sumaba al zumbido incesante de la sala. El sistema seguía emitiendo alertas, una sinfonía de errores que ella empezaba

a leer no como un fallo, sino como un lenguaje propio, una forma de comunicación que el Cómputo, en su arrogancia formal, no sabía interpretar. Si lograba descifrarlo, no necesitaría huir al sur. Podría demostrar que, incluso en la distopía de una lengua sintética, todavía quedaba espacio para la disidencia.

—Ya es tarde, Élida —repitió Renat, esta vez con una suavidad que le resultó más molesta que su tono imperativo—. Hay algo que necesitas ver. Si no es este disco, será la pantalla de tu terminal cuando el acceso sea total.

Ella no respondió. Sus dedos se detuvieron sobre una línea de código que parecía ser el origen de la recursividad. Había una fisura ahí, un pequeño desajuste en el flujo de los metadatos que ninguna auditoría había registrado. Era una oportunidad minúscula, casi imperceptible, pero era el rastro que estaba buscando. Por primera vez en horas, sintió que el control volvía a sus manos, aunque fuera por un segundo, antes de que el Cómputo cerrara el cerco. No se iría. No mientras hubiera un rastro que seguir.

* * *

El aire en el nodo central estaba viciado, una mezcla de ozono eléctrico y el calor residual que desprendían las hileras de servidores. Un zumbido constante, similar al de un enjambre de insectos metálicos, vibraba bajo las plantas de los pies de Élida, mientras el parpadeo de los indicadores luminosos bañaba las paredes de piedra caliza con destellos intermitentes. Renat permanecía junto a la consola de acceso, manteniendo la mirada fija en el vacío de la sala. Sus manos, ocultas en los bolsillos de su chaqueta, permanecían inmóviles, un contraste con el movimiento frenético de los datos en las pantallas que rodeaban a Élida. Ella sintió un picor molesto en la

nuca, un rastro de sudor frío que se deslizaba por su columna, y una sensación de pesadez en el estómago, producto de horas sin probar bocado. La sala parecía estrecharse, como si los muros de piedra pulida se cerraran sobre ellos, confinando sus palabras a un espacio cada vez más reducido.

—Tu informe sobre la infraestructura de Tarsis-Mediante no tiene ni pies ni cabeza —dijo Élida, sin apartar la vista del grafo evidencial que se desplegaba en la pantalla principal. Sus dedos se movían con rapidez, limpiando los nodos de datos que se superponían—. Las métricas de flujo que has presentado para los sectores del sur carecen de sustento técnico. No encajan con el patrón de consumo energético que hemos monitorizado esta última semana.

Renat no se giró. Sus hombros permanecían tensos, rígidos como una estructura mal ensamblada.

—Hay algo que necesitas ver —respondió él, con una parquedad que cortó el aire. Sus palabras carecían de la curva necesaria para ocultar la urgencia de su postura.

—Eso no me cuadra y no pienso dejarlo pasar —insistió ella, levantándose de la silla. Sus piernas se quejaron con un leve calambre tras la inmovilidad prolongada—. He rastreado tus accesos a la red desde la Academia de Lasitra. Existe una fuga clara en los privilegios de usuario que utilizas. Dímelo, Renat. ¿Por qué insistes en que me marche cuando tú mismo has alimentado esta investigación con datos que ahora intentas ocultar?

Él finalmente se volvió, sus ojos buscando los de ella con una frialdad clínica.

—Ya es tarde —dijo él, ignorando la pregunta—. La estructura que intentas diseccionar es más pesada de lo que calculas.

Élida observó su rostro, buscando un indicio, una vacilación en la mirada que delatara su lealtad, pero Renat era una arquitectura de hormigón y silencio. Ella desglosó su comportamiento como si fuera un sistema en fallo: el tiempo de respuesta dilatado, la evitación del contacto visual, la rigidez muscular. Todo apuntaba a un desajuste en sus protocolos habituales. No era una simple falta de cooperación; era una obediencia dividida. Él respondía a un mando superior, un engranaje invisible que giraba al ritmo de la Academia, ajeno a los intereses que supuestamente compartían.

—Tu reticencia tiene un origen —concluyó ella, acercándose a él hasta notar la estática que desprendía su uniforme—. Estás reportando cada uno de mis movimientos. Tu rol en la Academia no es el de un simple guía, ¿verdad? Estás obligado a notificar cualquier anomalía en mi entorno inmediato. Mi trabajo, mi investigación, mis dudas... todo lo estás volcando en un servidor que yo no puedo auditar.

Renat soltó un suspiro seco. Su expresión no cambió, pero sus manos salieron de los bolsillos, apretándose en puños blancos por la presión.

—La Academia de Lasitra exige transparencia total sobre los niveles de riesgo —respondió él, con voz gélida—. Mi contrato no es con tu curiosidad, sino con la integridad del Cómputo. Si detecto una desviación, estoy obligado a reportar. Es la base de nuestro funcionamiento. No hay espacio para lealtades personales cuando el sistema está en juego.

Élida sintió que el suelo se movía, un mareo momentáneo que la obligó a apoyarse contra el borde de la mesa de metal frío. La decepción no era un sentimiento que ella soliera registrar, pero el peso de la revelación era una carga física.

—¿Incluso después de lo que vimos en el nodo de acceso? —preguntó ella, con la voz apenas un susurro—. ¿Recuerdas el parpadeo? Aquella fluctuación en las frecuencias no fue un error técnico. Fue una prueba. Tú y yo vimos cómo el Cómputo se desmoronaba en tiempo real, cómo el Cuarto Idioma encontraba una brecha en la semántica del sistema para decirnos la verdad sobre las mentiras que nos obligan a repetir. Construimos nuestra colaboración sobre esa base de confianza. Me dijiste que querías entender por qué la máquina se estaba rompiendo.

Renat bajó la cabeza, su mandíbula apretada.

—La detección fue el inicio de mi vigilancia, no de mi apoyo —admitió él, su voz perdiendo parte de su cadencia tersa—. Fui asignado para observar el alcance de tu capacidad de decodificación. Si superabas el umbral crítico, mi orden era neutralizar el acceso.

Élida soltó una carcajada amarga, un sonido que rebotó contra las cúpulas de cristal del techo. El zumbido de los terminales le pareció, de repente, una burla. Todo lo que había considerado una alianza no era más que una auditoría prolongada. El "encaje" de sus personalidades, que ella había creído natural, era solo la sincronización necesaria para que el sistema pudiera observar mejor su propia corrupción desde dentro.

—Entonces, ¿qué es eso que necesito ver? —preguntó ella, señalando la consola. Su voz sonaba profesional, técnica, aunque sus manos temblaban ligeramente—. Si ya has reportado mi conducta, ¿qué valor tiene esta última pieza de información? ¿Es una prueba más para mi expediente, o es el último engranaje que necesitas para cerrar el cerco?

—Es la razón por la que todavía no han emitido una orden de detención —dijo Renat, volviendo a girarse hacia el monitor—. La Academia sabe que eres la única capaz de leer el origen de la recursividad. No te vigilan por desconfianza; te vigilan porque el sistema tiene miedo de lo que vas a encontrar. Si me marchó, el informe que entregue sellará el destino de este nodo. Si me quedo, tal vez consigamos una prórroga.

Élida miró las pantallas. Los datos seguían fluyendo, una cascada incesante que ahora veía como lo que era: una red de vigilancia disfrazada de lenguaje. Había una fisura, un pequeño desajuste que nadie más veía, y ahora entendía que su capacidad para percibirlo era, al mismo tiempo, su condena y su única arma.

—No voy a retirarme —dijo ella, recuperando el control de su tono—. Si la Academia piensa que puede usarme como un terminal más, se equivoca. Voy a terminar este análisis. Y voy a demostrar que la inconsistencia no es un fallo, sino un intento de la realidad por hablar sin que la máquina nos lo impida.

Renat se mantuvo en silencio, una figura estática ante el murmullo de los servidores. El olor a ozono se intensificó, una señal de que el sistema estaba procesando una carga excesiva. Él no le dio la razón, pero tampoco intentó detenerla cuando ella volvió a posar las manos sobre el teclado. Por primera vez, el peso de su lealtad no era la prioridad; el peso de la verdad, oculta tras la lógica del Cómputo, era lo único que importaba. Élida comenzó a teclear, ignorando el cansancio, ignorando la traición, centrándose exclusivamente en la arquitectura del error que, muy pronto, obligaría a todos a mirar lo que se les había prohibido ver.

PARTE 2



CAPÍTULO 10

Escape por las Tierras Baldías

El viento levantaba una capa fina de polvo sobre los restos de hormigón que formaban el límite del enclave. Ante ellos, la aridez del terreno se extendía como una página en blanco que el Cómputo aún no había osado reescribir. El muro de Tarsis-Mediante se alzaba a sus espaldas, una mole de metal frío que proyectaba una sombra alargada y pesada sobre el camino, como si intentara anclar sus pies a una tierra que ella estaba a punto de abandonar. Élide ajustó la cincha de su mochila, sintiendo el roce irritante de una costura mal rematada contra su omóplato; el picor era una distracción banal, pero en aquel momento, bajo la vigilancia de las cámaras perimetrales, cualquier movimiento físico fuera de lugar le parecía un riesgo calculado.

Renat caminaba unos metros por delante, su silueta recortada contra el horizonte desierto. Ella observó la rigidez de sus hombros y la forma en que él evitaba cualquier contacto visual con los postes de sensores. La memoria del parpadeo, aquel micro-fallo en la secuencia del Cómputo que había revelado la fragilidad de su estructura, aún latía en su mente con una insistencia obsesiva. El sistema, diseñado para impedir las mentiras mediante el rastreo del grafo evidencial —el mapa de conexiones que validaba cada enunciado emitido por una Contadora—, mostraba ahora grietas. Élide sentía

que la presencia de Renat alteraba la lógica del entorno; él no era una constante, sino una variable que no terminaba de integrarse en el modelo.

—Mantén la distancia —ordenó Élidea, su tono seco, carente de cualquier modulación innecesaria—. No necesito que te acerques tanto. Cada uno de vuestros pasos, incluyendo el tuyo, está siendo procesado por los nodos de control.

Renat se detuvo, aunque no se giró. Su inmovilidad era tan precisa como la de una viga maestra colocada en el ángulo correcto.

—Hay algo que necesitas ver —dijo él, ignorando su advertencia con una parsimonia que le crispaba los nervios.

—Ya es tarde para rodeos, Renat. No encaja —replicó ella, escudriñando el terreno con una mirada técnica—. La configuración de los sensores en este sector no coincide con los registros de la Academia de Lasitra. Hay una brecha en la cobertura que no debería existir.

—Ya es tarde —repitió él, girándose finalmente. Su rostro no mostraba rastro de fatiga, a pesar de que el aire seco del desierto le reseca los labios—. Hay algo que necesitas ver.

Élidea cerró los puños, obligándose a regular su respiración. La desconfianza era un componente necesario de su formación, una herramienta de supervivencia. Analizó la postura de Renat, buscando el punto de apoyo en su narrativa. Si él pretendía llevarla al Refugio, el asentamiento oculto tras las dunas, su comportamiento debería haber sido más errático, menos predecible. Sin embargo, su conducta era una estructura perfecta, demasiado estable para ser fruto del azar. Ella sospechaba que cada una de sus acciones estaba vinculada a una red de vigilancia oculta, una arquitectura de control que él manejaba con una destreza perturbadora.

El silencio entre ambos se prolongó, interrumpido solo por el siseo del viento contra los restos metálicos del perímetro. Élida sintió un hormigueo en la punta de los dedos, una reacción somática a la tensión acumulada. Observó un pequeño cable suelto que colgaba de una caja de derivación cercana; alguien había omitido el mantenimiento rutinario, dejando expuesta la circuitería. Era una anomalía técnica en un entorno que se preciaba de su eficiencia.

Se aproximó al sensor, ignorando a Renat por un segundo. Al analizar los terminales, se dio cuenta de que no solo estaba mal conectado, sino que alguien lo había manipulado para crear una zona ciega de forma deliberada. La irregularidad era evidente: el despliegue de los sensores de la corporación estaba sesgado. Renat había omitido esa información durante todo el trayecto, manteniéndola en la oscuridad mientras la guiaba hacia la frontera.

—¿Por qué has ocultado esto? —preguntó ella, señalando el panel con una inflexión gélida—. Esta manipulación es una falla técnica grave. No habéis informado de este cambio en la configuración.

—No siempre es necesario dejar constancia —respondió Renat, encogiéndose de hombros—. A veces, la arquitectura del silencio es más eficiente que el rastro de un enunciado validado.

Élida sintió un vacío en el estómago. La idea de que el Cómputo. Ella era una Contadora, su función era la exactitud. Pero allí, en el límite de Tarsis, la realidad parecía colapsar sobre sí misma. La corrupción del sistema tenía un mecanismo de autodefensa recursiva; si ella profundizaba demasiado, el sistema mismo podría detectar su curiosidad y marcarla como una amenaza.

—Si esto es una trampa, vuestra lógica fallará cuando el sistema intente reconciliar los datos —advirtió, intentando recuperar el control de la situación—. No puedes simplemente borrar una sección del grafo evidencial sin generar una inconsistencia.

—Aquella lengua de los silencios —dijo Renat en voz baja, mencionando la construcción lingüística no traducible que permitía comunicar verdades emocionales a través de los huecos semánticos—. No necesita el Cómputo para ser real. Solo necesita que alguien sea capaz de ver el vacío.

Élida se quedó inmóvil. El Cuarto Idioma era una teoría marginal, algo que se susurraba en los pasillos de la Academia de Lasitra como un peligroso constructo. Escuchar a Renat nombrarlo en aquel contexto, con la inmensidad del desierto como testigo, le produjo un escalofrío que no pudo disimular. La frialdad de la noche comenzaba a descender, y el hambre empezaba a apretarle el estómago, un recordatorio biológico de que, a pesar de las abstracciones, seguía atrapada en un cuerpo sujeto a las necesidades más básicas.

—No encaja —insistió ella, aunque su voz sonó menos firme—. La estructura de nuestra realidad no admite tales vacíos. Si el Cómputo no puede nombrarlo, no existe.

Renat comenzó a caminar de nuevo, adentrándose en la arena fina que se acumulaba más allá de la zona de seguridad.

—¿Es eso lo que te han enseñado, o es lo que tú has decidido creer? —lanzó al aire, sin mirar atrás.

Élida se quedó sola frente al sensor manipulado. La luz parpadeante de un indicador de estado, un brillo intermitente y débil, le recordó que incluso las máquinas más precisas terminaban por desgastarse. Miró hacia atrás, hacia la sombra del muro de Tarsis, y luego hacia la inmensidad oscura del desierto donde la figura de

Renat se volvía cada vez más pequeña. No había vuelta atrás. La desviación en el despliegue de los sensores era la prueba de que el sistema ya no era hermético.

Se ajustó la chaqueta y dio el primer paso hacia la oscuridad. El terreno bajo sus botas era inestable, una superficie cambiante que le exigía una atención constante. No había un mapa para aquel trayecto, solo la convicción de que, si no seguía a Renat, se quedaría atrapada en un modelo que ya no reflejaba la verdad. La lógica le decía que se detuviera, que reportara la falla y regresara a la seguridad del enclave, pero su instinto, esa parte de ella que aún no había sido colonizada por el Cómputo, le ordenaba avanzar.

El viento se intensificó, arrastrando partículas de arena que golpeaban su rostro con la aspereza de un papel de lija. Élica se cubrió la boca, sintiendo el sabor metálico del polvo en su lengua. Era una sensación cruda, despojada de cualquier pretensión teórica. Mientras caminaba, intentó procesar la implicación de la lealtad dividida de Renat. Si él formaba parte de la red de vigilancia, su presencia no era un accidente; era un diseño. Y si era un diseño, ¿qué parte de ella estaba siendo utilizada para completar el grafo?

La pregunta le pesaba más que su propia mochila. Cada paso que daba fuera de la zona de cobertura era un acto de deserción, una ruptura con todo lo que había construido en la Academia de Lasitra. Sin embargo, al mirar las estrellas, que brillaban sobre el desierto con una claridad que el cielo de Tarsis solía ocultar tras su cúpula de protección, no pudo evitar preguntarse si la ineficiencia que buscaba no era, en realidad, el único lugar donde podía encontrarse a sí misma.

Renat se detuvo al llegar a una cresta, esperando a que ella lo alcanzara. Élide subió la pendiente con esfuerzo, sintiendo el ardor en sus músculos, un dolor familiar y concreto que le confirmaba que seguía viva. Cuando estuvo a su lado, él señaló hacia el sur, hacia la nada.

—Allí es donde el Cómputo pierde su peso —dijo él, con una voz que, por primera vez, carecía de su tono terso habitual—. En el Refugio. Solo tienen que significar algo para quien las escucha.

Élide miró el horizonte, donde la oscuridad se fundía con la tierra. No respondió. No necesitaba hacerlo. La inconsistencia que había detectado en el sensor era solo el principio. Había una fuga en el sistema, y ella, como Contadora, sabía que las fugas siempre terminan por hacer colapsar la estructura entera si no se sellan a tiempo. Pero mientras miraba hacia el sur, se dio cuenta de que no quería sellarla. Quería ver qué había al otro lado, en aquel hueco semántico donde el peso del lenguaje no era un yugo, sino una libertad que apenas empezaba a comprender.

* * *

El viento soplaba con una violencia seca, arrastrando partículas de arena que golpeaban contra los pómulos de Élide como diminutas esquirlas de vidrio. A cada paso, el calzado diseñado para las superficies estériles de la Academia de Lasitra se hundía en la duna con una ineficiencia pasmosa, obligándola a corregir el centro de gravedad constantemente. El sol, una masa blanca y agresiva sobre el desierto meridional, distorsionaba la línea del horizonte hasta convertir la tierra ocre en un espejismo fluido, una vibración que

parecía borrar cualquier rastro de la civilización que había dejado atrás. Tenía la boca pastosa, impregnada de un sabor mineral que ninguna cantidad de agua podía disipar.

Renat se movía con una economía de gestos que ella, a pesar de su formación, era incapaz de replicar. Se detuvo ante una formación rocosa y extrajo un pequeño emisor de señales de su mochila. Élide lo observó mientras él ajustaba la frecuencia para anular la firma residual que ella emitía de manera involuntaria hacia los nodos de Tarsis. El aparato, un bloque metálico desgastado, empezó a emitir un zumbido agudo, casi imperceptible, que hizo que sus oídos pitaran.

—No pierdas el tiempo midiendo la trayectoria —dijo Renat, sin mirarla—. Si proyectas una intención de movimiento, el sistema de vigilancia lo registrará. Hay algo que necesitas ver.

Élide frunció el ceño, sintiendo cómo el sudor le resbalaba por la espalda bajo la túnica de viaje. Aún intentaba calibrar su entorno sin el soporte de los metadatos. En Tarsis, el Cómputo le proporcionaba una capa de información sobre cada objeto, cada temperatura y cada riesgo, pero aquí, en el vacío, se sentía expuesta.

—Es una inconsistencia —respondió ella, forzando la calma técnica que solía utilizar en sus informes—. Si no emito datos, la Academia no solo detectará mi ausencia, sino que marcará mi último registro como un punto de interés. Mi silencio es, en sí mismo, un dato analizable.

Renat guardó el dispositivo y se acercó. Sus ojos, curtidos por años de intemperie, escrutaron el rostro de Élide.

—Ya es tarde. Ellos ya han empezado a diseccionar tus pausas sintácticas. Cada vez que dudas al hablar, cada vez que tu ritmo de caminata cambia, ellos proyectan una nueva probabilidad sobre tus intenciones. Debes aprender a ser, no a calcular.

Élida sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el viento. Recordó el momento en que se produjo el parpadeo, aquella falla lógica en los registros de Ohun que había cambiado todo. En aquel instante, la relación con Renat había mutado; de ser un simple guía, se había convertido en su vigilante, el único que conocía el peso de su secreto. La traición, si es que se podía llamar así en un entorno donde la lealtad ya no estaba sujeta a la validación del Cómputo, era un componente más de la arquitectura de su huida. Él era el único punto de anclaje, pero también el que le recordaba constantemente que su identidad profesional se estaba desmoronando.

—La estructura de la Academia se basa en la previsibilidad —continuó él, con voz carente de cualquier adorno—. Si ellos pueden predecir tu siguiente enunciado, pueden controlarlo. Tienes que generar ruido, una distorsión constante en tus patrones.

Élida apretó los labios. Se sentía como una máquina a la que le habían retirado el código base, obligándola a funcionar en un entorno donde las leyes de la semántica no tenían validez. Sus manos, antes habituadas a manipular grafos evidenciales, ahora solo servían para apartar el cabello que el viento le pegaba a la frente.

—Si no encajo el discurso en el marco del Cómputo, pierdo la capacidad de verificar la veracidad de lo que pienso —murmuró ella, más para sí misma que para él.

—Lo que tú llamas realidad no es más que un encierro de tu propia factura —respondió Renat—. Si quieres llegar al Refugio, tienes que aceptar que aquí no hay una verdad absoluta que te respalde. Solo hay viento, arena y tus propias palabras, sin metadatos.

Élida se detuvo a observar una formación de nubes bajas que se acercaban desde el oeste. Había algo extraño en la presión atmosférica, un cambio súbito que el aire no transmitía con claridad, pero que sus nervios detectaban como una anomalía. Renat no parecía haberlo notado; él seguía escaneando el horizonte en busca de patrullas. Aquella discrepancia le resultó alarmante. La presión del aire estaba cayendo de una forma que no correspondía con los ciclos estacionales que ella conocía. ¿Era un fenómeno local no registrado, o una consecuencia de la saturación de los nodos de control de los enclaves?

—Renat —dijo ella, señalando hacia el cielo turbio—. La presión. No es coherente. Hay una caída abrupta, un vacío que no debería estar ahí.

Él se giró, observando la misma zona. Su expresión, habitualmente tersa, se tensó por una fracción de segundo.

—No es el clima —dijo Renat, su voz bajando un tono—. Es la respuesta del sistema. Si los nodos han detectado la fuga, es posible que estén intentando realizar un barrido de integridad en la zona.

Élida sintió un nudo en el estómago. La idea de que el Cómputo fuera capaz de alterar el entorno físico para forzar un rastreo la sobrepasó. No era solo un sistema lingüístico; era una red que extendía sus tentáculos hacia la misma materia del desierto. Mientras intentaba recomponer su pensamiento, se dio cuenta de que su

identidad como Contadora, esa mujer que conocía cada rincón de la sintaxis formal, era una pieza que ya no tenía cabida en aquel engranaje.

Se sentó sobre una roca, sintiendo la aspereza de la piedra contra sus piernas, un contacto crudo y real que le recordaba que estaba allí, bajo el sol implacable, lejos de la Academia. La inmensidad del desierto la oprimía, pero, al mismo tiempo, le otorgaba una extraña paz. Si el Cómputo no estaba allí para validar su existencia, entonces, por primera vez, su existencia le pertenecía solo a ella. O, al menos, eso intentó convencerse, mientras el zumbido del dispositivo de Renat intentaba, en vano, ocultar el eco de su propia incertidumbre.

* * *

La noche en el desierto meridional transformó la ocre extensión de arena en un vacío oscuro. El frío cortante se filtró por las rendijas de sus abrigo, obligándoles a permanecer cerca del pequeño fuego que apenas caldeaba el aire estéril. Sobre sus cabezas, la inmensidad del cielo nocturno se desplegaba sin concesiones, aunque Élide evitó mirar hacia arriba; sus ojos estaban fijos en el suelo, donde pequeñas partículas de cuarzo brillaban bajo la luz residual. La quietud era absoluta, interrumpida solo por el crepitar de la madera seca y el chirrido de los engranajes metálicos del equipo de comunicación que reposaba entre ellos como un animal herido.

Élide se frotó los brazos, sintiendo cómo la piel se le erizaba bajo la tela. La falta de humedad le dejaba un sabor amargo en la garganta, una textura arenosa que le recordaba constantemente su vulne-

rabilidad. Observó a Renat. Él permanecía inmóvil, con la mirada perdida en el horizonte, como si esperara que la tierra misma le dictara una directriz.

—Renat, olvídate de que el parpadeo haya sido un fallo de los nodos —dijo Élidea, rompiendo el silencio. Su voz sonó metálica y desprovista de adornos—. Analicé la secuencia del grafo evidencial, ese registro de datos que estructura la verdad en el Cómputo, y los metadatos apuntan a una manipulación interna. Es una base de datos que se autoprotege. La fragilidad de nuestro acuerdo actual reside precisamente ahí. Si el sistema está barriendo la zona, no es porque nos busque a nosotros, sino porque está corrigiendo una brecha que tú y yo hemos provocado.

Renat no se movió. Sus dedos, callosos y curtidos por el trato con maquinaria pesada, rozaron el borde de su mochila.

—Hay algo que necesitas ver —respondió él con sequedad.

—No necesito ver más datos, necesito coherencia —insistió ella, acercándose un poco más hacia el fuego para mitigar el temblor que le recorría las piernas—. Cuando ejecutamos la validación enTarsis-Mediante. Es una torre que se desploma porque sus cimientos están hechos de errores de diseño. Dime, ¿quién financia tus rutas? Porque los recursos que utilizas para moverte entre los enclaves no provienen de una fuente civil. Tu lealtad está dividida entre la seguridad personal y las directrices de quienes te pagan.

Renat giró el rostro. Su expresión era un bloque de piedra, un muro levantado contra cualquier intrusión emocional.

—Ya es tarde —sentenció él, cortando cualquier posibilidad de una respuesta larga.

Élida apretó los dientes. Aquella evasiva era una constante que la irritaba más que el frío mismo. Para ella, el mundo se dividía en estructuras sólidas, en sistemas que operaban bajo leyes claras. Renat, en cambio, era una variable que se negaba a ser resuelta. Ella descompuso su silencio en su mente: la falta de una respuesta afirmativa era, por definición, una carga negativa en su lógica interna. Él ocultaba algo, una lealtad que no estaba anclada en el servicio a la verdad, sino en algún interés corporativo que prefería mantener en la penumbra. Esa omisión era una inconsistencia lógica insalvable; no podía haber transparencia si una de las partes operaba bajo un lenguaje cifrado de intenciones.

—Si el Cómputo cae, no habrá lugar donde esconderse —dijo ella, alzando un poco la voz—. Pero tú actúas como si tuvieras una salida de emergencia. ¿Acaso crees que la Academia no sabe lo que estás haciendo? Eres un peón en un tablero donde ni siquiera sabes quién mueve las piezas.

Renat se levantó lentamente. El viento levantó una ráfaga de polvo que le golpeó el rostro, pero él ni siquiera parpadeó. Sus ojos, oscuros y fatigados, buscaron el equipo de comunicación.

—No busques una arquitectura que no existe, Élida —dijo Renat, su tono terso como una lija—. Solo sigue moviéndote.

Élida se puso en pie, sintiendo un calambre agudo en la pantorrilla por el esfuerzo de mantenerse rígida en el suelo duro. Mientras Renat manipulaba los controles del equipo para prepararlo para la marcha, una luz intermitente llamó su atención en la consola lateral. No era una señal del Cómputo. Era una frecuencia residual, un pulso rítmico que latía con una cadencia que no pertenecía a ninguna ruta de comunicación civil conocida.

Se acercó sin pedir permiso, empujando suavemente el hombro de Renat. Al observar los niveles, su respiración se detuvo un instante. La señal no estaba encriptada bajo los estándares de la Academia; utilizaba una superposición de frecuencias, una técnica que le recordó vagamente a los informes sobre el Cuarto Idioma.

—Esto no debería estar aquí —murmuró ella, sintiendo una punzada de incredulidad—. Esta frecuencia... está eludiendo la auditoría de los nodos. Estás comunicándote con alguien fuera de la red autorizada.

Renat cerró el panel de golpe, ocultando los indicadores. Su mano se cerró en un puño, tensa.

—Ya es tarde —repitió él, esta vez con un matiz de advertencia que no estaba allí antes.

Élida se quedó inmóvil. El frío seguía siendo un recordatorio constante de su realidad física, pero ahora, el hallazgo le provocaba una sensación de vértigo. La estructura en la que siempre había confiado, el marco lógico que definía su vida como Contadora, se tambaleaba ante aquel dispositivo. Si Renat tenía acceso a una comunicación no auditada, él no era solo un guía; era un agente que operaba dentro de las grietas mismas del sistema.

—¿Para quién trabajas? —preguntó ella, tratando de mantener la calma profesional, a pesar de que el pulso le latía con fuerza en las sienes.

Renat recogió su equipo, cargando el peso sobre sus hombros con una naturalidad mecánica. No la miró al responder.

—Hay algo que necesitas ver, pero no será aquí. La arena no perdona, y el sistema está cerca. Si quieres sobrevivir, deja de analizar el pasado y empieza a caminar.

Élida observó cómo él se alejaba hacia la oscuridad, su silueta recortada contra el horizonte inhóspito. Ella se quedó un momento más, con los dedos entumecidos por el frío, sintiendo la gravilla bajo sus botas. La inconsistencia de Renat no era un error de cálculo; era una parte fundamental del mapa que le habían ocultado. Suspiró, tragando el polvo que el viento le metía en la boca, y comenzó a seguir sus pasos. No había vuelta atrás. La estructura se desmoronaba, y ella, por primera vez, estaba en el centro de la caída.

* * *

El horizonte del desierto meridional se fracturó. Una formación de drones de vigilancia, oscura y geométrica, recortó el cielo con una precisión que resultaba insultante ante la irregularidad del terreno. Sus sombras, proyectadas como líneas rectas sobre la arena ocre, avanzaban con una cadencia implacable, escaneando cada centímetro de la superficie. Élida sintió un hormigueo eléctrico en la nuca; el aire, cargado de polvo mineral, le dificultaba la respiración, y el sabor a sequedad en su lengua le recordaba que cualquier error de cálculo se pagaría con la vida.

—Túmbate —susurró Renat. Su voz era apenas un siseo bajo el silbido del viento cortante.

Élida no cuestionó la orden. Se dejó caer sobre la tierra, ignorando el pinchazo de las rocas afiladas que se clavaban en sus rodillas y el roce áspero de la arena contra sus mejillas. Se arrastraron hacia una depresión natural del terreno, una hendidura apenas perceptible donde el suelo cedía en una pendiente pronunciada. Sus ropas se enganchaban en los salientes, pero ambos mantuvieron el movimiento, un esfuerzo coordinado que buscaba minimizar cualquier rastro térmico. El peso de su propio cuerpo parecía excesivo contra

la gravedad de aquel lugar, y el sudor frío le recorría la espalda mientras intentaba reducir su frecuencia cardíaca para no emitir una firma que los sensores pudieran captar.

Renat se detuvo, presionando su espalda contra una pared de piedra caliza que ofrecía una protección mínima. Sus ojos, fijos en el cielo, no mostraban el menor rastro de pánico. Élida, en cambio, sentía cómo su mente intentaba procesar la situación, buscando un soporte lógico que no encontraba.

—El patrón de patrullaje se ha torcido —dijo Élida, con la voz entrecortada por la fatiga. Sus dedos hurgaban en su equipo, buscando una estabilidad que no hallaba—. La geometría de su vuelo no encaja con los protocolos de vigilancia conocidos.

Renat se giró hacia ella. Su mirada era tan árida como el entorno.

—Hay algo que necesitas ver —dijo él, señalando con la barbilla hacia el dron que encabezaba la formación—. Vosotros sois el blanco principal de estos sensores. Bloquea tu firma cognitiva ahora mismo. Si no neutralizas tu rastro, vuestra presencia será detectada en cuanto el sensor de proximidad barra este sector.

Élida cerró los ojos, intentando visualizar la estructura del Cómputo en su mente, intentando aislar sus propios procesos mentales de la red. La orden de Renat le parecía una instrucción técnica, pero el hecho de que él supiera exactamente cómo instruirla para evadir un sistema de vigilancia tan sofisticado la llenaba de sospechas. ¿Cómo conocía él las vulnerabilidades exactas de un protocolo diseñado por la Academia de Lasitra?

—No hay vuelta atrás —añadió Renat, observando el dron que se inclinaba ligeramente hacia su posición.

Ella recordó el incidente del parpadeo, aquel momento en el que el grafo evidencial —el mapa de datos que vinculaba cada afirmación con su fuente original en el Cómputo— había mostrado una grieta. En aquel entonces, su fe en la integridad del sistema se había fracturado, pero al menos creía comprender el mecanismo de la falla. Ahora, ante el zumbido metálico de la patrulla aérea, se sentía como un componente averiado dentro de un engranaje mucho más grande. La técnica de ocultación que Renat le exigía era una maniobra de alto riesgo; requería una confianza ciega que ella, por naturaleza y entrenamiento, no poseía.

—Si el sistema detecta esta fuga de datos, no habrá lugar donde ocultarse —observó ella, manteniendo un tono analítico para enmascarar su desconfianza—. ¿Por qué confías en que este método funcionará aquí, en campo abierto?

Renat no respondió de inmediato. Un dron pasó directamente sobre la depresión, proyectando una sombra fugaz que los cubrió por completo. El silencio absoluto del desierto se rompió solo por el siseo del viento y el zumbido de los motores electromagnéticos. Élida aguantó la respiración hasta que sus pulmones protestaron, sintiendo cómo el hambre y el agotamiento acumulado le provocaban un leve temblor en las manos.

—No confío —respondió él finalmente, en un tono que dejaba claro que no buscaba consuelo—. Solo ejecuto lo que es necesario para que el trayecto hacia el Refugio no termine en este agujero. Vosotros habéis sido entrenados para confiar en la estructura, pero la estructura ya no os sostiene.

Élida observó el perfil de Renat, buscando alguna señal de falsedad. La inconsistencia de sus conocimientos, la precisión de su movimiento y la frialdad de sus palabras formaban una red de contra-

dicciones que no podía ignorar. Cada vez que él hablaba, ella sentía que la realidad se volvía más borrosa, como si la arquitectura de su mundo fuera apenas un decorado frágil a punto de colapsar bajo el peso de la verdad.

—Es una inconsistencia lógica —murmuró ella para sí misma, forzándose a centrarse en la tarea técnica de cerrar su firma cognitiva—. Que tú manejes este nivel de evasión sin ser un técnico de la Academia es una anomalía que no puedo ignorar.

Renat se movió apenas unos centímetros, acomodando su cuerpo contra la roca para evitar que una ráfaga de arena le golpeará el rostro. Sus ojos seguían el rastro de los drones, que comenzaban a alejarse hacia el norte, alejándose del enclave donde solían patrullar.

—Hay algo que necesitas ver —repitió él, esta vez con una nota de impaciencia que rozaba la autoridad—. Vosotros sois observados constantemente, pero el sistema tiene puntos ciegos. Si queréis llegar al Refugio, tendréis que dejar de buscar coherencia en el Cómputo y empezar a mirar qué hay detrás del ruido. Ya es tarde para volver a la seguridad de vuestras suposiciones.

Élida sintió el roce de la arenilla en los dientes y una sed punzante que le secaba la garganta. El peligro inmediato estaba cediendo, pero la claustrofobia de la situación persistía. Estaba atrapada entre la lealtad a un sistema que se desmoronaba y la dependencia de un guía cuya lealtad era una incógnita. El desierto, inmenso y estéril, se extendía ante ellos, un lienzo en blanco donde cualquier error de navegación significaba la muerte. Mientras los drones se perdían en el horizonte, ella comprendió que el camino hacia el Refugio no solo requeriría resistencia física, sino la capacidad de aceptar que todo lo que le habían enseñado en la Academia de Lasitra podría ser, en esencia, una barrera diseñada para

ocultar lo que realmente sucedía en el corazón del sistema. Se puso en pie, con los músculos protestando por la tensión, y miró a Renat, que ya empezaba a caminar con paso pesado y constante hacia el sur. No había más preguntas que hacer. Solo había que avanzar, aunque el suelo bajo sus pies se sintiera cada vez más incierto.

CAPÍTULO 11

La Entrada al Refugio

El sol del desierto se hundía en el horizonte, tiñendo de un tono cobrizo las dunas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Sobre la inmensidad estéril, el zumbido metálico de los drones de vigilancia rasgaba el aire, un sonido constante y monótono que obligaba a Élide Norás a mantener la cabeza baja, evitando cualquier movimiento que pudiera activar los sensores de calor. Cada sombra proyectada por las rocas le parecía una extensión de la mirada artificial que, desde el cielo, buscaba cualquier rastro de actividad no autorizada. El calor residual de la piedra bajo sus palmas le recordaba la dureza del terreno, mientras una gota de sudor le bajaba por la sien, picándole el ojo, pero no se atrevió a levantar la mano para limpiársela.

Recordaba el parpadeo de las luces en la sala de interrogatorios de la Academia de Lasitra. Aquel fallo no fue un error técnico; fue un aviso. El miedo le recorría la espalda, no como un pensamiento abstracto, sino como una descarga eléctrica que le entumecía los dedos. Si el sistema la marcaba como una anomalía, no habría lugar donde esconderse.

Renat Vidal se agachó a su lado, sus ojos inyectados en sangre escaneando el perímetro con una precisión militar. Él no parecía sentir el cansancio que a ella le pesaba en cada músculo, aunque le temblaban las manos al ajustar el emisor de pulso.

—Lo que te voy a mostrar es urgente —susurró Renat, con esa voz tersa que no dejaba espacio para la vacilación.

Élida asintió, conteniendo el aliento. Sus dedos rozaron el borde de su mochila, buscando el dispositivo de ocultación.

—Debemos sincronizar nuestras firmas cognitivas —dijo Renat, fijando la mirada en ella—. Es fundamental. Si vosotros no lográis solapar vuestros patrones de pensamiento con el ruido de fondo del desierto, los drones detectarán la señal. Ya es tarde para errores de cálculo.

Élida se concentró, intentando estabilizar su respiración. Sabía lo que estaba en juego. Se trataba de eludir la auditoría constante del Cómputo mediante el uso del Cuarto Idioma. Si lograban fundirse con ese vacío, serían invisibles.

Avanzaron a través de una grieta geológica, una cicatriz profunda en la roca que parecía carecer de una trayectoria lógica según los mapas topográficos integrados en su unidad de procesamiento. La pared de piedra, rugosa y fría, se cerraba sobre ellos, obligándoles a avanzar en fila india. El aire allí dentro olía a polvo antiguo y a una humedad tenue, impropia de aquel páramo.

—¿Notas la diferencia? —preguntó Élida, sintiendo un leve mareo al notar cómo su propia firma cognitiva se desdibujaba—. Aquí la estructura del entorno no se alinea con la retícula de control. Es una suerte de interrupción en el sistema.

Renat no respondió, pero ella vio cómo sus hombros se relajaban un instante. Élida observó la roca, analizando la superficie. De repente, una distorsión visual, casi imperceptible, llamó su atención. No era una simple sombra, sino una discontinuidad en la textura del granito, como si la realidad se hubiera plegado sobre sí misma para ocultar algo.

—Es el Refugio —susurró ella, sabiendo que aquel asentamiento oculto de ochenta personas situado en el desierto, donde se desarrollaba y preservaba el Cuarto Idioma, era su única salvación—. Mira, Renat. Hay una irregularidad aquí.

Élida pasó los dedos por la superficie, sintiendo una vibración sutil que no encajaba con la solidez de la piedra. Era una falla, un punto donde el Cómputo no tenía autoridad. Mientras empujaba, una sección del muro cedió, revelando un pasadizo que descendía hacia la oscuridad.

Al entrar, el aire cambió. El aroma a humo de leña y a comida cocinada al fuego sustituyó al aire seco del desierto. Se encontraban finalmente en el Refugio, fuera del alcance del grafo evidencial, esa herramienta que mapeaba la validez de los enunciados. Élida se detuvo un momento, evaluando la situación. ¿Podría confiar plenamente en Renat? Su lealtad era una variable que aún no había logrado certificar, pero allí, en aquel espacio sin auditoría, el Cuarto Idioma sería su escudo.

Se fijó en una pequeña grieta en la pared interior, donde una planta marchita colgaba de una repisa improvisada; un detalle cotidiano en un lugar que desafiaba toda lógica. La fatiga le golpeaba ahora con más fuerza, provocándole un calambre en la pantorrilla que le hizo cojear un paso. Se apoyó contra el muro, notando la calidez de los tejidos compartidos que colgaban cerca.

—Hemos llegado —dijo Renat, observando el interior del habitáculo excavado con una mirada calculadora—. Ahora, vuestro deber es asegurar que nadie pueda rastrear la conexión.

Élida asintió, aunque una duda le taladraba la mente. Si el Refugio operaba fuera de la capacidad de auditoría, ¿qué les impedía corromperse a ellos mismos? La arquitectura del lugar era sencilla, pero su función era compleja, un engranaje silencioso que se movía sin el ruido de la vigilancia central.

—Esto es un cambio de rumbo obligatorio —añadió Élida, analizando el espacio con ojos de ingeniera—. Si el Cómputo es un edificio, esto es el sótano que no aparece en los planos. Es la única forma de no ser absorbidos por el sistema.

Renat le ofreció un cuenco de agua, y ella lo tomó, notando el sabor metálico del recipiente. El alivio empezó a extenderse por su pecho, una sensación tensa pero real. Eran fugitivos, sí, pero por primera vez en años, el peso del lenguaje oficial no le oprimía la garganta.

—Ya es tarde para arrepentimientos —concluyó Renat, cerrando la entrada tras ellos—. Ahora formáis parte de la resistencia, aunque sea en el silencio de este enclave.

Élida miró hacia el fondo del túnel, donde unas luces cálidas empezaban a brillar en la oscuridad, invitándoles a adentrarse en aquel refugio de voces no codificadas. Sabía que, desde aquel momento, su vida dependería del Cuarto Idioma. Se ajustó la chaqueta, sintiendo el roce de la tela contra su piel, y avanzó, dispuesta a comprender el verdadero significado de lo que habían estado ocultando. El sistema aún vigilaba allá afuera, pero aquí, en el corazón del desierto, habían encontrado un lugar donde la verdad no necesitaba ser validada por una máquina.

* * *

El vestíbulo principal del Refugio no era un espacio arquitectónico al uso, sino una oquedad labrada en la roca viva, un vacío semántico donde el aire se sentía denso, despojado del zumbido constante de los flujos de datos. Allí, el silencio no era ausencia de ruido, sino una presencia física que ejercía presión sobre los tímpanos. Élida Norás dio un paso al frente, sintiendo la gravilla bajo las suelas de sus botas, un sonido demasiado nítido, desprovisto de la validación algorítmica a la que estaba acostumbrada. La falta de esa red invisible, de esa estructura que dictaba la veracidad de cada palabra emitida, le provocaba una extraña punzada de vértigo. Sin los metadatos que rastreaban la procedencia de cada enunciado, el espacio parecía flotar, desconectado de cualquier centro de control.

Renat se detuvo a su lado, su respiración contenida. Élida observó cómo él escaneaba la sala con la mirada, buscando puntos de anclaje, pero no había terminales, no había luces parpadeantes de auditoría. Solo el olor a leña quemada y el rastro húmedo de la piedra profunda. La inconsistencia de estar en un lugar que, sobre el papel del Cómputo, no existía, le revolvió el estómago. Una gota de sudor le bajó por la sien, una molestia pequeña y terrenal que le recordó que, al margen de la máquina, seguía siendo un organismo sometido a la termodinámica.

Una sombra se desprendió de los muros de roca, una figura que parecía mimetizarse con el entorno. Dru-Caitanya Hess se encontraba frente a ellos, inmóvil. La distancia entre el grupo y Dru era un terreno de evaluación, una franja de aire que no se podía medir en metros, sino en el peso de las intenciones no expresadas.

—Habéis traído el polvo del mundo exterior en vuestras suelas — dijo Dru, y su voz no tenía la cadencia plana de los informes técnicos, sino una textura rugosa, como el roce de dos placas tectónicas.

Élida ajustó la posición de sus manos. Intentó buscar un marco lógico para responder, una estructura de justificación, pero se detuvo. Sabía que cualquier intento de explicar su llegada mediante el grafo evidencial sería interpretado como una intrusión.

—Buscamos un punto de apoyo —respondió Élida, esforzándose por mantener su registro profesional—. Nuestro sistema ha dejado de proporcionar respuestas fiables. Hay una brecha en la red que nos ha obligado a desplazarnos.

Dru-Caitanya Hessladeó la cabeza. Sus ojos recorrían a Élida y a Renat como si estuvieran leyendo un manuscrito antiguo cuyas páginas habían sido arrancadas.

—Buscáis respuestas en un lugar donde solo cultivamos el silencio —respondió Dru. Se acercó un poco más, su figura recortada contra la tenue luz amarillenta—. ¿No veis que la sintaxis solo busca engañaros? Creéis que las palabras sostienen la realidad, pero solo son las paredes de una celda. Si queréis sobrevivir aquí, debéis aprender a leer entre los huecos.

Renat dio un paso hacia delante, su rostro tenso. Él, acostumbrado a la franqueza de las acciones, no parecía cómodo con la abstracción.

—No tenemos tiempo para enigmas —gruñó Renat—. Hay algo que necesitas ver. El sistema está colapsando en los nodos centrales. Ya es tarde para seguir escondidos si el rastro llega hasta aquí.

Dru cerró los ojos un instante, negando con un movimiento lento.

—El tiempo es un sedimento que se acumula en las grietas de vuestra urgencia —dijo Dru, ignorando la frialdad de Renat—. Creéis que el colapso es un evento, pero es solo el desgaste natural de una cáscara que ya no puede contener lo que crece debajo.

Élida sintió una corriente de aire frío bajando por el túnel. Se frotó los brazos, notando el vello erizado por la temperatura inestable. La metáfora de Dru no era un error técnico, sino una forma de lenguaje que ella no podía procesar mediante sus herramientas habituales. Intentar analizar a Dru era como intentar medir la profundidad de un pozo con una cinta métrica de papel. Cualquier intento de justificación técnica fallaría aquí, donde el Cómputo no tenía jurisdicción.

—No entiendo tu forma de clasificar los hechos —intervino Élida, bajando la voz para intentar igualar el registro de Dru—, pero entiendo la necesidad de una estructura. Si no hay un mapa, el caos es inevitable.

Dru sonrió, una mueca que apenas alteró el entramado de líneas en su rostro.

—El caos es solo un orden que no habéis aprendido a vislumbrar todavía. Venís cargados de una lógica que os pesa, como armaduras de hierro en un desierto de arena. ¿Qué esperáis encontrar al despojaros de vuestras certezas?

—Supervivencia —sentenció Renat.

Dru soltó una carcajada seca, un sonido breve que rebotó en las paredes de piedra.

—La supervivencia es el rumor más persistente de los muertos. Si os quedáis, vuestro lenguaje deberá cambiar. Aquí no se audita, se escucha.

Élida observó a Dru con atención. Había algo en la actitud de su guía que no encajaba con los perfiles de los disidentes que había estudiado en la Academia. No había rabia, ni una búsqueda activa de subversión, solo una aceptación radical de la ruptura. Élida buscó en su interior la manera de comunicar su urgencia, el nudo de datos

que traía consigo, sin usar la lógica formal. El desenlace de su estancia en el Refugio dependía de una comunicación que no dependía de la validez, sino de la resonancia emocional que el Cuarto Idioma prometía.

—Si el lenguaje es una trampa —dijo Élida, dando un paso más hacia la luz del Refugio—, entonces enséñanos a escapar de ella. No somos vuestros enemigos, pero nuestras manos están llenas de un código que ya no podemos sostener.

Dru-Caitanya Hess guardó silencio. El aire en el vestíbulo parecía haberse estancado, cargado de una expectativa eléctrica. Dru miró hacia el túnel oscuro, donde las luces cálidas de la comunidad parpadeaban, pequeños puntos de vida en la inmensidad de la roca.

—La sintaxis es una trampa —repitió Dru, esta vez con una suavidad que resultaba inquietante—, pero incluso una trampa tiene bisagras. Entrad. Veremos si vuestro peso es suficiente para romperlas o si terminaréis siendo parte del sedimento.

Renat intercambió una mirada con Élida. Sus ojos expresaban la misma incertidumbre, una mezcla de alivio por haber encontrado refugio y la incomodidad de estar en terreno desconocido. Élida se ajustó la chaqueta, sintiendo el roce áspero de la fibra sintética contra sus dedos. El Refugio no era un destino, era un comienzo. Mientras seguían a Dru hacia el corazón de la excavación, el peso de su historia personal en la Academia de Lasitra se sentía, por un momento, como un rumor distante que el viento del desierto intentaba borrar. Sabía que, si quería sobrevivir, tendría que aprender a silenciar la parte de su mente que siempre buscaba la validación, y empezar a escribir su propia verdad en los márgenes de la existencia.

* * *

Las paredes del Refugio se curvaban con una intención orgánica, lejos de los ángulos rectos que definían la Academia de Lasitra. Élide Norás pasó una mano por la roca caliza, sintiendo el grano áspero bajo sus yemas; aquí, la luz no rebotaba con la frialdad de las superficies metálicas, sino que parecía absorberse en la textura de la piedra, devorando cualquier rastro de la sintaxis rígida que gobernaba el mundo exterior. Un leve olor a humedad y a ceniza de leña flotaba en el aire.

Élide ajustó la posición de su mochila, notando una punzada en la base del cuello por el peso constante de los documentos físicos que portaba. Recordó entonces los datos que había analizado tras el diagnóstico de Élide sobre la corrupción del Cómputo. Había intentado trazar una línea lógica entre los nodos, buscando un punto de fuga donde la estructura se hubiera fracturado, pero los informes de Élide no encajaban en ningún modelo conocido. El sistema, en su afán por purgarse, había borrado toda evidencia de intervención humana, dejando tras de sí una arquitectura vacía, una cáscara de verdad sin contenido. La idea de que el código hubiera desarrollado una autodefensa recursiva, capaz de leerse a sí misma para eliminar cualquier rastro de autoría, le provocaba un desajuste constante en su forma de entender el mundo.

—Este lugar desdibuja la cartografía de vuestro mapa —dijo Dru-Caitanya Hess, cuya silueta parecía fundirse con las sombras del corredor—. El Cómputo no puede reclamar propiedad sobre un espacio que no ha sido nombrado.

Dru se detuvo ante un estante excavado directamente en la pared. No había archivadores, solo una acumulación de objetos diversos: fragmentos de metal, cuerdas anudadas y láminas de papel amarillento que hablaban de una época anterior a la vigilancia de los datos.

—¿Cómo garantizáis que el enunciado permanezca aquí sin ser auditado? —preguntó Élida, acercándose. Su voz sonaba demasiado analítica en aquel entorno, una desviación técnica que parecía desentonar con el silencio del lugar—. Si el Cómputo es una red totalizante, cualquier información que se almacene debe tener una traza, una validación que permita el rastreo.

—La sintaxis ha tejido una emboscada —respondió Dru, señalando los estantes con un gesto lento—. Lee entre los huecos. Lo que aquí habita no se articula bajo la propiedad del lenguaje sintético. Este enclave es un punto ciego porque no busca la verdad en el dato, sino en la ausencia del mismo. Es como un sedimento que se deposita en el fondo de un río, oculto a la vista de quienes solo miran la superficie del agua.

Élida frunció el ceño. Buscaba un engranaje, una conexión lógica que pudiera manipular, pero Dru le hablaba de una arquitectura de silencios.

—Necesito algo más concreto —insistió Élida, sintiendo una molestia en la planta del pie, una ampolla que empezaba a arderle por la caminata—. Mis aliados, la gente que seguía los rastros de mi familia... no pueden haberse desvanecido simplemente porque este lugar sea un vacío.

Dru-Caitanya Hess se giró, con los ojos fijos en un rincón oscuro donde el polvo danzaba en un haz de luz filtrada. —Vislumbrar no es poseer, Élida. Si buscas a los que se fueron, no mires las listas de entrada. Mira lo que no ha sido catalogado.

Dru señaló un estante sin nombre, apartado del resto. Allí, entre una maraña de cables obsoletos y papeles sin sellos, descansaba un pequeño dispositivo de almacenamiento, cubierto por una capa de polvo fino. Era un vestigio de una red de comunicaciones antigua, algo que no debería existir en un sistema donde todo enunciado requiere una base evidencial clara.

—Ahí reside el entramado que intentáis desentrañar —añadió Dru, con una sonrisa apenas perceptible—. Es la única prueba de que vuestros aliados no han sido absorbidos por la recursividad del sistema. Pero ten cuidado; el archivo que buscas está protegido por capas que no responden a la lógica de la Academia. Si intentas extraerlo mediante el Cómputo, el mecanismo de autodefensa lo borrará al instante.

Élida se acercó al objeto con cautela. La urgencia le apretaba el pecho, una presión física que le dificultaba el pensamiento abstracto. Extendió los dedos, pero se detuvo antes de tocar la superficie fría del metal. La desconfianza era un veneno que le recorría las venas; ¿era esto una trampa, una forma de atraerla hacia una anomalía que el Cómputo terminaría purificando?

—Dime dónde están —exigió Élida, girándose hacia Dru—. No busco historias sobre el sedimento ni metáforas arquitectónicas. Necesito coordenadas, registros de movimiento, el grafo evidencial de su última posición conocida.

Dru-Caitanya Hess se cruzó de brazos, observándola con una calma que le resultaba insultante. —Tú aún crees que la verdad es una coordenada. La verdad, en este desierto, es una frecuencia que no podéis sintonizar con vuestros instrumentos de control. El Cuarto Idioma no se enseña en vuestras aulas, Élida. Se siente en la brecha que deja la ausencia de metadatos. Si quieres encontrarlos, debes aprender a pensar en los huecos, no en los nodos.

Élida apretó los labios. La frustración le provocaba un ligero temblor en las manos. Sabía que insistir en la lógica formal era inútil; Dru era una pared inamovible, una entidad que rechazaba cualquier intento de medición. Se dio cuenta, con una claridad amarga, de que el Cuarto Idioma no era una herramienta que pudiera aprenderse de forma técnica. Era una negación, una forma de resistencia que le exigía desaprender cada una de las certezas que la Academia le había inculcado desde su nacimiento.

Miró de nuevo el archivo oculto en el estante. Si lograba acceder a él, tendría que hacerlo bajo los términos de este lugar, no bajo los suyos. El Cómputo era su herramienta, pero aquí, en el corazón del Refugio, era un lenguaje muerto. Se obligó a relajar los hombros, tratando de silenciar la parte de su mente que buscaba validaciones externas. El aire, cargado del humo de leña, le picaba en la nariz, un recordatorio físico de que su presencia allí era real, a pesar de la irrealidad de sus métodos.

—Entiendo —dijo finalmente, aunque su tono seguía siendo tenso—. Si el Cómputo es el filtro, entonces el Cuarto Idioma es la única forma de moverme sin ser vista. Pero no me pidas que confíe en la nada. Solo confío en lo que puedo verificar.

Dru-Caitanya Hess se limitó a inclinar la cabeza. —La verificación es el peso que os mantiene hundidos en vuestra propia trampa. Quizás, cuando aceptes que el peso del lenguaje es lo que os impide volar, encuentres lo que tanto buscas en los márgenes de ese archivo.

Élida volvió a mirar hacia el estante. Sabía que, al tocar aquel dispositivo, estaba iniciando un proceso que no tendría marcha atrás. La lógica de la Academia le exigía un plan, una estructura, pero el Refugio le exigía una entrega que la aterraba. Mientras extendía la mano hacia el objeto, una gota de sudor frío le recorrió la espalda, un detalle banal en medio de la tensión del momento. La búsqueda de sus aliados, la verdad sobre la corrupción de su familia y la integridad de su misión convergían ahora en aquel pequeño fragmento de metal, oculto a los ojos del mundo, esperando que ella aprendiera a leer lo que no estaba escrito.

* * *

El silencio del Refugio no era la ausencia de ruido, sino una presencia sólida, casi opresiva, que se colaba entre los intersticios de las paredes de roca. Élida se frotó la nuca con la palma de la mano, sintiendo la aspereza de la piedra y el vello erizado por la baja temperatura de la estancia. Un zumbido sutil, casi imperceptible, comenzó a vibrar bajo sus pies, subiendo desde los cimientos hasta hacerle cosquillar los dientes. Aquel pulso no encajaba con el comportamiento habitual de las estructuras que ella conocía en Tarsis. Era una interrupción, un latido metálico que no guardaba relación con la ventilación o los generadores estándar.

Dru-Caitanya Hess se movía por la mesa con una parsimonia que a Élida le resultaba exasperante. Sobre la superficie de madera tosca, dispuso tres cilindros de metal oxidado, alineándolos no con el propósito de una medición, sino con la intención de quien coloca piezas en un tablero de juego inacabado. La luz de una lámpara de aceite, amarillenta y parpadeante, proyectaba sombras largas sobre el rostro de su acompañante.

—Todo esto no es más que un juego sucio de sintaxis —susurró Dru, sin mirar a Élida—. Lee entre los huecos.

Élida observó cómo los dedos de Dru ajustaban una pequeña rueda en el cilindro central. El zumbido cambió de tono, volviéndose más denso. Ella sentía una picazón molesta en el borde del párpado, un espasmo involuntario que intentó ignorar mientras observaba los dispositivos.

—Esto no tiene una arquitectura de control —dijo Élida, su voz cortante, casi clínica—. Si conectas estos emisores sin un grafo evidencial que valide la integridad de la señal, vas a generar una interferencia inútil. Es una ineficiencia técnica. No hay un protocolo de acceso que me permita rastrear el origen de este ruido.

Dru soltó una carcajada suave, un sonido que parecía desmoronarse antes de tocar el suelo.

—Buscas un andamiaje donde solo hay aire. El entramado de lo que sientes es mucho más antiguo que las paredes que nos rodean.

—Necesito entender el funcionamiento —insistió ella, cruzándose de brazos para contener un temblor que no era de frío—. Si esa lengua de ecos olvidados ignora la jerarquía del Cómputo, ¿cómo se asegura de que la información no se corrompa en el proceso? La falta de una estructura lógica es, por definición, una invitación al error.

Dru señaló los cilindros. Un rumor sordo, similar al arrastre de arena sobre metal, emanó de los dispositivos. No era un sonido uniforme; se fragmentaba en capas, como si varias voces hablaran simultáneamente a distintas profundidades.

—El Cuarto Idioma no se construye, se vislumbra —respondió Dru—. No busques una regla, busca la sombra que deja el significado al pasar. Imagina que el lenguaje es un tejido donde la urdimbre ha desaparecido, dejando solo la memoria de los hilos.

De repente, los dispositivos emitieron una onda que hizo vibrar el aire en la sala. No era una comunicación ordinaria; era una superposición de sonidos que se solapaban, forzando a los oídos de Élida a procesar una realidad que, según su formación, debería ser imposible. La onda acústica no transmitía datos, sino una sensación de urgencia, una textura emocional que su cerebro intentaba categorizar sin éxito. La Academia calificaba aquello como ruido blanco, pero aquí, en el Refugio, se sentía como una verdad que se le escapaba entre los dedos.

Élida sintió un mareo súbito. Se apoyó contra el muro, notando el frío de la piedra a través de su chaqueta. Intentaba analizar las ondas mediante sus esquemas aprendidos, buscando una lógica en la repetición de los tonos, pero no había una secuencia reconocible. Era una superposición de armónicos diseñada para esquivar la auditoría del Cómputo. Aquel mecanismo era una llave maestra que no abría una puerta, sino que la desvanecía.

—Es un caos —murmuró ella, con la garganta seca—. Si intento integrar esto, mi sistema de análisis colapsará. No hay nada a lo que agarrarse.

—La caída es parte de la lección —respondió Dru, observando cómo la luz de la lámpara parecía bailar al ritmo de la interferencia—. No intentes catalogar lo que no tiene nombre. La Academia te enseñó a construir castillos de datos, pero el Cuarto Idioma es el viento que los deshace.

Élida cerró los ojos, concentrándose en el zumbido. Por un instante, la presión en su frente disminuyó. Dejó de buscar la sintaxis, dejó de intentar aplicar los filtros de la Academia y, simplemente, dejó que el sonido la atravesara. No era una estructura, era un flujo. Entendió que la no linealidad no era un defecto, sino la única forma de moverse por el sistema sin ser detectada. Era una fuga perfecta, un vacío que la ley no podía alcanzar porque, para la ley, aquello sencillamente no existía.

El zumbido cesó tan repentinamente como había comenzado, dejando un silencio más denso que el anterior. Élida se quedó allí, con la respiración entrecortada, sintiendo un sabor metálico en la boca, un residuo de la intensidad acústica. Miró a Dru, cuya presencia parecía ahora más difusa en la penumbra.

—El Cómputo es un mapa —dijo ella, con voz apagada—, pero este lenguaje es el territorio que el mapa ha olvidado.

Dru asintió lentamente.

—Ahora sabes por qué te aterrera. No es porque sea falso, es porque, una vez que escuchas el hueco, ya no puedes volver a habitar la estructura sin sentir que se te queda pequeña.

Élida miró sus manos, que aún temblaban ligeramente. El Refugio, con su olor a leña quemada y su aislamiento, le pareció por un momento la única realidad tangible, mientras que todo lo que había

dejado en Tarsis se sentía como una construcción frágil, una mentira organizada en una base de datos que, en cualquier momento, podría empezar a deshacerse.

* * *

El aire dentro del Refugio pesaba más que el polvo del desierto que se filtraba por las grietas de la roca. Un pulso sordo, una vibración de baja intensidad que los dispositivos de Dru emitían contra los muros de piedra, parecía querer desdibujar las aristas del recinto. Aquella oscilación no era una onda limpia; era un murmullo que se retorció sobre sí mismo, forzando a los sensores invisibles del Cómputo a ignorar lo que sucedía en aquel rincón excavado bajo tierra. Élida se frotó las sienes; el hambre le producía un ligero calambre en el estómago.

Dru permanecía de pie, rodeada por el entramado de cables y piedras, observando cómo la luz de una lámpara de queroseno proyectaba sombras erráticas sobre los bloques de granito.

—El orden gramatical no es más que una celada —dijo Dru, con una voz que parecía brotar de la misma tierra—. Vosotros, que habéis sido educados en la precisión de la Academia de Lasitra, intentáis levantar muros allí donde solo debería haber aire. Lee entre los huecos. No busquéis el significado en la suma de las partes; buscadlo en el espacio que queda entre los fonemas.

Élida cerró los ojos, intentando silenciar la voz de la rectora Quim que, durante años, le había enseñado que toda comunicación debía ser verificable.

—Esto es un desbarajuste total —respondió Élida, apretando los dientes—. Si intento emitir un sonido que no posee un origen validado en el grafo evidencial, el sistema simplemente lo descartará como

ruido o, peor aún, lo marcará como una anomalía en mi registro. No encaja con nada de lo que he aprendido sobre la integridad de la lengua.

—Por eso mismo es necesario —replicó Dru, acercándose un paso. Sus manos rozaron la superficie tosca de la roca—. El Cuarto Idioma no busca la validación del sistema, porque el sistema es una cáscara vacía. Vosotros necesitáis dejar de mirar el código y empezar a sentir el rumor que subyace en el silencio.

Renat, que había permanecido en un rincón, vigilando la entrada, soltó un suspiro seco y se acercó a la mesa, dejando una mano sobre el hombro de Élida. La piel le quemaba ligeramente por el roce de su uniforme.

—Es imperativo que observes este detalle —dijo Renat, señalando una pantalla donde un patrón de ondas se descomponía en formas irreconocibles—. Los nodos de control están saturados. Si sigues intentando que esta comunicación se ajuste al estándar, te vas a quebrar antes de emitir una sola palabra. Ya es tarde para volver a la norma.

Élida miró las ondas. Su mente, habituada a los diagramas de flujo y a la lógica binaria, intentaba desesperadamente categorizar lo que escuchaba. Trataba de asignar etiquetas a los sonidos, de buscar una estructura interna que le permitiera predecir la siguiente nota, pero todo intento colapsaba. No había una gramática que pudiera contener aquello; era una forma de comunicación que se desparrahaba como agua sobre una superficie inclinada. La frustración le provocó una punzada en la base del cráneo. Era una arquitectura del lenguaje que no permitía cimientos.

—Inténtalo —insistió Dru, con una calma que a Élida le resultó casi insultante—. Vislumbrar el sentido no requiere que lo entiendas todo de golpe. Solo tienes que dejar que el sonido deje de ser una carga y se convierta en una extensión de tu propia respiración.

Élida tomó aire, sintiendo el sabor a polvo y humo que inundaba la estancia. Se concentró en el pulso que emitía el dispositivo, ese pequeño aparato que parecía desafiar las leyes de la Academia. Abrió la boca, pero solo un siseo inarticulado salió de su garganta. Un dolor punzante, como una aguja fría, le recorrió las sienas cuando forzó la laringe para imitar la inflexión que Dru acababa de marcar. De repente, el silencio del Refugio se volvió ensordecedor. Un vacío cognitivo se abrió ante ella, una ausencia absoluta de referencias que le hizo perder el equilibrio. Se apoyó en la mesa, sintiendo la rugosidad de la madera bajo sus palmas, mientras su respiración se volvía errática.

Cerró los ojos, y de repente, la imagen de Mirta Norás apareció frente a ella, no como una figura política, sino como la mujer que una vez le había hablado sobre las inconsistencias del Cómputo. Recordó el diagnóstico: su mente, acostumbrada a la rigidez, estaba sufriendo un desajuste por el intento de procesar información que no seguía ninguna jerarquía establecida. La inestabilidad de su propia percepción era idéntica a las fisuras que ella misma había detectado en los archivos de Ohun años atrás.

—No es un error —susurró para sí misma, con la voz entrecortada—. Es una forma de resistencia.

Dru asintió, reconociendo el cambio en la postura de Élida.

—Exacto. La autoridad reside en la capacidad de definir la realidad, pero vosotros tenéis la capacidad de reescribirla en los márgenes.

Élida volvió a concentrarse en la vibración. Esta vez, no intentó analizarla. Simplemente se dejó arrastrar por la cadencia, olvidando los protocolos de la Academia y la vigilancia de las Contadoras. En el punto exacto donde la onda parecía desdoblarse, donde la nota alta se encontraba con el silencio, Élida sintió un destello. No era una revelación mística, sino una claridad técnica: percibió la fuga por donde el Cuarto Idioma se filtraba. Era un pliegue semántico, un lugar donde el lenguaje no construía significados, sino que creaba espacios para la verdad que el Cómputo nunca podría registrar.

Se sintió exhausta, con los músculos de la cara tensos y un sudor frío pegándosele a la nuca, pero por un instante, la presión en su frente desapareció. Renat la miró con una mueca de respeto, aunque no dijo nada. Élida sabía que el camino apenas comenzaba, que aquel pequeño atisbo de libertad era solo el primer paso hacia una desobediencia que no tendría vuelta atrás. Fuera, el desierto continuaba en su silencio imperturbable, ignorante de que, bajo sus pies, un pequeño grupo de personas acababa de encontrar una grieta en el mundo.

CAPÍTULO 12

Traducción de un Pasado Devastador

El aire en el Refugio pesaba por la humedad acumulada en las paredes de roca. Élida se detuvo frente a los estantes tallados directamente en el estrato geológico, donde el olor a polvo y papel viejo se mezclaba con el aroma a estofado de legumbres que llegaba desde la cocina comunitaria. Sus dedos, entumecidos por el frío que se filtraba por las grietas, recorrieron los lomos de los libros. La luz de una lámpara de aceite oscilaba, proyectando sombras alargadas que se retorcían sobre los estantes. Buscaba cualquier cosa que no estuviera sujeta a la rigidez normativa del Cómputo.

Extrajo un manual técnico sobre mantenimiento de sistemas de filtrado de agua. Al inclinar el volumen, un pliego de vitela amarillenta se deslizó desde el interior, cayendo sobre el suelo de tierra compactada con un sonido seco. Élida lo recogió de inmediato. El material era rugoso, distinto a la textura sintética de los archivos de la Academia de Lasitra. Al desplegarlo, sus ojos escanearon la superficie en busca de metadatos o etiquetas de autoría, pero no encontró nada. La página estaba cubierta por una serie de glifos que no guardaban relación alguna con los protocolos de validación habituales. Aquello representaba una clara ruptura de la estructura lógica que conocía. No encaja.

Observó la disposición de los trazos. No seguían una línea de progresión sintáctica. Por el contrario, los símbolos se solapaban, creando una densidad visual que le recordó a los esquemas de superposición de señales que había estudiado en secreto. La confirmación le heló la sangre: estaba ante un fragmento del Cuarto Idioma. La construcción lingüística operaba mediante una densidad de información que eludía por completo el grafo evidencial del sistema central, permitiendo la transmisión de verdades emocionales a través de los huecos semánticos que el Cómputo ignoraba deliberadamente. Era una pieza de ingeniería lingüística diseñada para ser invisible, un sistema que prescindía de la lógica binaria para operar en un nivel de ambigüedad calculada.

Intentó forzar su mente para decodificar la primera secuencia. La estructura no era lineal; le exigía procesar múltiples niveles de significado simultáneamente. En cuanto forzó el enfoque, una punzada de dolor agudo, como un clavo ardiente, le atravesó las sienes, haciéndola tambalearse. Se llevó una mano a la frente, sintiendo el sudor frío que empezaba a perlar su piel. La migraña era una respuesta biológica directa a la incapacidad de su cerebro para procesar esa gramática no estructurada. Sus ojos se nublaron un instante, y tuvo que aferrarse al borde de una mesa de madera tosca para no caerse. El dolor no era solo una molestia; era una advertencia de su propia arquitectura interna, que colapsaba ante la falta de puntos de anclaje.

A pesar del malestar, mantuvo la vista fija en el papel. Necesitaba identificar el primer concepto. Tras varios minutos de respiración forzada, el caos visual empezó a revelar un patrón. Los glifos que se entrelazaban en el centro del pliego no eran azarosos. Representaban el concepto de "memoria compartida", pero no como un dato

estático, sino como un proceso de erosión. El autor del texto sugería que la verdad no se sostiene por la evidencia, sino por la repetición del gesto que la contiene. El hallazgo la dejó sin aliento. El Cuarto Idioma no intentaba definir el mundo, sino que lo habitaba en las grietas donde el lenguaje oficial se quedaba corto.

Élida soltó un suspiro, sintiendo cómo el hambre le retorció el estómago después de horas de inactividad. La tensión en sus hombros era casi insoportable, pero el pergamino permanecía ante ella como un mapa de una geografía prohibida. Había localizado el primer nodo de sentido. Si podía aislar el siguiente, tal vez entendería por qué su linaje había trabajado tanto para ocultar esa brecha en la realidad. Se frotó la nuca, notando un cabello suelto que le cosquilleaba el cuello, una distracción banal en mitad de su descubrimiento. Es una inconsistencia. La existencia misma de este documento dentro del Refugio confirmaba que alguien más, mucho antes que ella, había comprendido que el Cómputo no era un sistema cerrado, sino una máquina que dejaba escapar piezas esenciales. Guardó el pergamino contra su pecho, sintiendo el calor de la vitela bajo su túnica, y regresó hacia la zona común, donde el murmullo de la gente le devolvía a la realidad tangible, lejos de la abstracción agónica de las palabras invisibles.

* * *

El aire dentro del archivo del Refugio se sentía espeso, cargado con el olor a papel viejo y el rastro metálico de la lámpara de aceite que chisporroteaba sobre la mesa. La vitela, extendida ante Élida, parecía irradiar una tensión propia, una vibración que apenas era perceptible para los ojos, pero que le tensaba los músculos de los hombros hasta causarle un dolor punzante en la base del cráneo.

Cada glifo del Cuarto Idioma —esa construcción lingüística que comunicaba verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo— parecía querer separarse del pergamino. El silencio de la sala, roto únicamente por el crujido de la madera vieja bajo sus pies, era insuficiente para apagar el zumbido que sentía en sus sienes.

La puerta se abrió con un leve chirrido. Dru entró, con el paso pausado de quien conoce cada irregularidad del suelo excavado. Se detuvo en el umbral, justo donde la luz cálida de la estancia alcanzaba a tocar el borde de la vitela, dejando la mitad de su cuerpo sumida en una penumbra que parecía protegerle.

—Aquí hay algo que falla estrepitosamente —dijo Élida, sin levantar la vista de la mesa—. He revisado la estructura tres veces, intentando encajar los vectores de significado, pero el flujo no cierra. Hay una falla técnica en la disposición de los trazos, una zona donde el lenguaje oficial simplemente desaparece.

Dru se acercó, pero se mantuvo a una distancia prudente, como si el pergamino emanara un calor nocivo. Sus ojos recorrieron el documento, no con la mirada analítica de una Contadora, sino con una lentitud casi ritual.

—El orden de los signos aguarda como una celda invisible —susurró Dru, con una voz que parecía un susurro entre paredes de piedra—. Lee entre los huecos. Ese entramado no busca explicar lo que ocurrió, sino capturar la atención de quien intenta diseccionarlo. No mires los glifos, siente cómo la forma intenta sujetarte.

Élida soltó un bufido, apartando una mano temblorosa de la mesa para frotarse los párpados, irritados por el polvo fino que siempre flotaba en el aire del Refugio.

—Esto no es una cuestión de percepción, Dru. Es una arquitectura técnica, un diseño que debería ser imposible dentro de los parámetros que conocemos. Si el linaje de mi familia dejó este rastro, no fue por error. Es una desviación intencionada que obliga al lector a completar el vacío con su propia experiencia, forzando un vínculo que el Cómputo no puede auditar. Necesito entender por qué alguien enterraría una pieza así.

—Lo que buscas es una cáscara —respondió Dru, señalando un punto donde la tinta parecía haberse desvanecido en una mancha tenue—. Buscas la protección de una lógica externa para justificar lo que sientes al leerlo. Pero el Cuarto Idioma no es un mapa. Es un rumor que se expande hasta que no queda espacio para nada más. Si sigues tirando de ese hilo, terminarás por deshacer el tejido de tu propia realidad.

Élida sintió un vacío en el estómago. La comida comunitaria se había enfriado hace tiempo en el comedor, pero el hambre le importaba menos que la urgencia de aquel hallazgo.

—¿Entonces qué? ¿Dejamos que la información se pudra? —replicó ella, endureciendo el tono—. La corrupción del Cómputo no es una teoría, es un hecho que nos afecta a todos. Si esto es una auto-defensa recursiva, como ya vimos en los nodos de control, entonces la única forma de desactivarla es atravesando la lógica de la trampa. No podemos ignorar que los registros de Ohun siguen presentando esa anomalía inexplicable.

Dru suspiró, un sonido que evocaba el desmoronamiento de estratos geológicos bajo presión.

—Ya hemos visto cómo el sistema se defiende —dijo Dru, dando un paso adelante—. La recursividad no es un fallo, es un mecanismo de supervivencia del propio lenguaje. Cada vez que intentas leer una

verdad que el sistema prohíbe, el texto se reconfigura para reflejar tu propia duda. Vislumbrar el núcleo de esta maquinaria es condenarse a ser parte de su engranaje. No necesitas que yo valide tu hallazgo para saber que es peligroso.

Élida contempló las letras. Eran hermosas, de una elegancia matemática que contrastaba con el caos emocional que provocaban. A pesar de las advertencias, su formación técnica le dictaba que cualquier problema, por complejo que fuera, poseía una solución si se aislaban las variables correctas. Sin embargo, su intuición, esa parte que el Cómputo siempre intentaba anular, le gritaba que Dru tenía razón. El texto parecía respirar, expandiéndose y contrayéndose en los márgenes de su visión.

Se inclinó sobre la mesa, buscando el punto de fractura. Si el texto ocultaba un ardid insidioso, tenía que haber un punto de apoyo, un cimiento sobre el cual se construía la mentira. Sus dedos, callosos por años de manipular terminales de datos, recorrieron el borde del pergamino sin llegar a tocarlo.

—Si no es un mapa —dijo ella en voz baja—, entonces debe ser un espejo. Alguien puso esto aquí para que una Contadora, alguien con mi capacidad de procesamiento, lo encontrara. Es una invitación a la deriva.

Dru se acercó un poco más, observando cómo la luz de la lámpara parpadeaba, un molesto fallo eléctrico que ninguna reparación terminaba de solucionar.

—O un señuelo para que la Academia de Lasitra rastree nuestra ubicación. Debes considerar la posibilidad de que el texto no sea una resistencia, sino una baliza.

Élida sintió un escalofrío. La idea era lógica, profesional, técnica. Encajaba con todo lo que sabía sobre la vigilancia de la rectora Quim. Pero, al mirar de nuevo el pergamino, sintió una punzada de convicción que no provenía de ninguna lógica, sino de algo mucho más visceral. Había una verdad en la irregularidad de los glifos, algo que ninguna auditoría podía borrar.

—Voy a copiar la sección central —anunció ella, tomando un estilete y un trozo de papel en blanco—. Solo la parte donde se menciona el proceso de erosión. Ante cualquier artificio que pretenda aprisionarme, prefiero ser yo quien elija el momento en que se activa.

Dru guardó silencio, observando la mano de Élida. No hubo objeción, solo una aceptación triste.

—Es un ardid, el orden mismo del lenguaje —repitió Dru, una vez más, con una cadencia que parecía marcar el fin de la discusión—. Lee entre los huecos. Espero que no te pierdas en ellos.

El silencio volvió a instalarse en la estancia, pero ya no era el mismo. La tregua entre ambos era frágil, una nota discordante en el orden del Refugio. Élida se concentró en la tarea, sintiendo el roce del papel bajo sus dedos, el peso del silencio, y la extraña certeza de que, al copiar aquellas palabras, estaba dejando de ser quien era para convertirse en algo que ni siquiera el Cómputo podía nombrar. La lámpara, agotando sus últimas gotas de aceite, lanzó un centelleo agónico antes de hundirlos en una penumbra que, por primera vez, no le pareció una carencia, sino una oportunidad.

* * *

Élida accionó el cerrojo de su aposento, un mecanismo de hierro forjado que chirrió con una aspereza innecesaria contra la piedra. El eco del Refugio. Dentro de la estancia. Se sentó en el catre, sintiendo

cómo la madera cedía bajo su peso con un crujido familiar. La lámpara, casi sin aceite, proyectaba una luz mortecina que apenas permitía distinguir las fibras del papel sobre la mesa de trabajo.

Sus dedos, tensos y ligeramente húmedos por el esfuerzo de mantenerse erguida, recorrieron la vitela. Al contacto con los glifos del Cuarto Idioma. Era una superposición armónica de frecuencias: un fenómeno físico en el que las ondas de sonido se apilaban para ocultar significados, esquivando así la auditoría lógica que el sistema ejercía habitualmente sobre la información. Élida deslizó la yema del dedo sobre la superficie irregular del pergamino, analizando la densidad del trazo. La disposición de las marcas no obedecía a una sintaxis conocida. Era una arquitectura de silencios. Es una inconsistencia, pensó, aunque la frase carecía de su habitual capacidad tranquilizadora. No encaja. Intentó aplicar los protocolos de análisis de la Academia de Lasitra, buscando un grafo evidencial, esa red de datos verificables que sustentaba toda comunicación autorizada, pero los nodos del texto se negaban a cooperar. El documento se resistía a la clasificación, comportándose como una pieza mecánica cuya función hubiera sido alterada de forma deliberada para inducir a error.

Al llegar a la base del documento, sus ojos se detuvieron en la firma. No era una rúbrica manuscrita convencional, sino una serie de vectores geométricos que, al ser interpretados mediante el filtro de seguridad que ella misma había diseñado, revelaron su origen. El trazo llevaba el sello de la rama principal de su familia. Los Norás no solo habían sido observadores del sistema; habían sido los arquitectos activos de la corrupción del Cómputo. La revelación no llegó como una sacudida emocional, sino como un error lógico severo en su propia identidad. Todo el edificio de su vida, su formación, su

lealtad a la Academia, su juramento de reparar las fugas del sistema, se desplomó sobre una cimentación de falsedad. Había pasado años persiguiendo las grietas de la estructura, tratando de sellar una brecha que sus propios antepasados habían excavado con precisión quirúrgica. Se trataba de una desviación fundamental. La lógica del sistema, que ella consideraba el único soporte de la realidad, no era un muro inexpugnable, sino una máquina trucada desde su concepción.

El silencio del Refugio se tornó opresivo. Élide se puso en pie, con los músculos de las piernas protestando por la postura forzada, y caminó hacia un pequeño baúl arrinconado, tropezando en la penumbra con una bota que alguien había dejado fuera de lugar. La apartó con un gesto brusco, sintiendo el hambre que le mordía el estómago. Al abrir el anexo oculto que descubrió bajo la capa de barniz del pergamino, su pulso se aceleró. Allí, vinculada a los protocolos de encriptación de la Academia, yacía su propia firma genética. No era una coincidencia. Su linaje había integrado su código biológico en el mecanismo de autodefensa recursiva delCómputo. Ella era, en esencia, la llave maestra que los Norás habían dejado para dismantelar la red de seguridad de Lasitra.

Se sentó de nuevo, esta vez sobre el suelo de tierra batida, sintiendo el frío de la piedra a través de la tela de su pantalón. La carta, ahora arrugada por su agarre, parecía arder contra su pecho. La integridad personal, ese concepto que ella definía como la alineación perfecta entre intención y acción, se desintegraba ante la evidencia de que su voluntad había sido preconfigurada por una herencia que desconocía. Intentó ordenar los hechos, pero cada intento era un engranaje que saltaba de su eje. La corrupción del Cómputo no era un fallo accidental, sino el propósito último de la arquitectura que

ella había jurado proteger. Se quedó inmóvil, observando cómo la última gota de aceite de la lámpara se consumía, dejando que la habitación se sumiera en una oscuridad total. Su respiración era el único sonido, rítmica y pesada, mientras el peso de aquel descubrimiento terminaba por aplastar cualquier vestigio de su anterior certeza. No había lógica que pudiera explicar la traición de la sangre, ni código que pudiera enmendar la fuga de su propio propósito. Se hundió en el lecho, aferrando el papel como si fuera el único ancla en un vacío que ya no reconocía como propio.

CAPÍTULO 13

Confesiones en la Penumbra

El viento soplaba con una insistencia sorda contra los muros del Refugio. Dentro, el aire se sentía pesado, saturado por el olor del fuego de encina y la calidez residual de los tejidos compartidos que colgaban de las paredes de roca. Mirta se ajustó el chal de lana basta sobre los hombros, sintiendo cómo una fibra suelta le rozaba la mejilla con una molesta irregularidad, un pequeño tropiezo táctil en medio de su inmovilidad. Había pasado horas observando la penumbra del enclave, ese punto de resistencia escondido en el desierto donde la vida no se medía por la precisión absoluta de los datos, sino por la imperfección de los susurros humanos.

Cerró los ojos, intentando silenciar el ruido de sus propios pensamientos. Durante años, el aislamiento había sido su único refugio contra la vigilancia que asfixiaba a Tarsis-Mediante. Se preguntó, con una punzada de amargura en el pecho, si aquel reencuentro que aguardaba sería capaz de cerrar las fisuras que el tiempo, el silencio y la distancia habían grabado en su relación con Mirta. La memoria era un territorio peligroso. Recordó la última vez que tuvo contacto con la Academia de Lasitra, cuando el diagnóstico médico del Cómputo le fue entregado. La frialdad de aquel informe, una secuencia de términos clínicos sin un gramo de empatía, todavía le dejaba un regusto amargo en la boca, como metal oxidado. No lo entiendes. Aquellas palabras, que a menudo se repetían en su interior como un

mantra de defensa, le recordaban que cualquier intento de explicar el dolor a través de las estructuras de la Academia estaba destinado al fracaso. La veracidad, según el Cómputo, era un muro de hormigón que no dejaba lugar a la herida.

Mirta se levantó, dejando atrás el banco de piedra, y caminó hacia los indicadores del perímetro. Sus dedos, callosos por el trabajo manual en el asentamiento, se movieron con soltura sobre la consola de monitoreo. Debía asegurarse de que el sistema de ocultamiento siguiera operativo, manteniendo la invisibilidad del enclave frente a cualquier ojo electrónico que pudiera estar rastreando el horizonte. La pantalla parpadeó con una luz mortecina, reflejando el cansancio acumulado en sus ojos. Todo estaba en calma. No había intrusiones, no había alertas, solo la rutina de una existencia al margen de la norma.

Es personal, susurró para sí misma, con la voz apenas audible sobre el restallar de la leña en el hogar. La lucha que mantenía contra la hegemonía de la Academia no era un ejercicio intelectual, sino una necesidad vital de conservar el derecho a la subjetividad.

De pronto, un sutil cambio en la modulación de las frecuencias de entrada captó su atención. El pulso del sistema, habitualmente monótono, mostró una pequeña oscilación que no encajaba con el patrón del viento o la interferencia natural de las tormentas de arena. Se quedó inmóvil, conteniendo el aliento, mientras sus sentidos se agudizaban. Aquella alteración poseía una huella, una cadencia que, según su instinto, solo podía pertenecer a Élida. El Cuarto Idioma.

Se acercó a la escotilla de salida, con los músculos tensos y el corazón marcando un ritmo irregular. Si era ella, el riesgo era inmenso, pero la posibilidad de recuperar el vínculo perdido supera-

ba cualquier miedo. Mirta se humedeció los labios, sintiendo la sequedad del desierto incluso bajo el refugio de la cueva. La esperanza, en un mundo gobernado por el rigor de las Contadoras, era un acto de desobediencia, y ella estaba dispuesta a cargar con todas las consecuencias. Se detuvo ante la pesada puerta, esperando que el próximo pulso de frecuencia confirmara la identidad de quien se acercaba, sintiendo cómo la espera se dilataba hasta volverse insostenible. No lo entiendes, volvió a pensar, esta vez dirigiéndose a la sombra que se materializaba en el umbral del desierto. Es personal. Y era precisamente en esa intimidad, en ese hueco semántico donde las reglas de la Academia no alcanzaban a penetrar, donde ella esperaba encontrar la redención. El viento arreció, pero esta vez, Mirta no retrocedió. Se mantuvo firme, con la mano apoyada sobre la roca fría, aguardando a que el mundo exterior colapsara sobre el Refugio, trayendo consigo el rostro de su hermana.

* * *

El aire dentro del Refugio se había vuelto pesado, casi denso, saturado por el rastro de humo de leña que se filtraba desde el hogar comunal y un vago aroma a tierra húmeda que los muros de roca natural apenas lograban contener. Mirta permanecía inmóvil, con la espalda apoyada contra la piedra fría, mientras los pasos de Élide resonaban sobre el suelo arenoso con una cadencia metálica, casi rítmica, que no admitía vacilaciones. Cada golpe de sus botas parecía medir la distancia exacta entre el exterior y el centro de su escondite, una intrusión que alteraba la paz precaria del habitáculo. El silencio, antes un refugio contra el ruido constante del mundo exterior, se quebró con un chirrido seco cuando la escotilla se abrió

por completo, dejando pasar un chorro de luz que cortó la penumbra en dos, revelando el polvo en suspensión que bailaba como motas estelares ante la repentina corriente de aire.

Élida cruzó el umbral con la mirada fija, escaneando el entorno como si estuviera diseccionando un plano arquitectónico defectuoso. Sus ojos, afilados y precisos, no se detuvieron en la calidez de los tejidos compartidos ni en los objetos cotidianos que Mirta había dispuesto para hacer habitable aquel socavón, sino que parecieron buscar el origen de una grieta invisible. Se detuvo en seco, observando el desorden de unos libros apilados sobre una caja de madera. Su postura, rígida, recordaba a la de una viga de carga bajo una presión inasumible.

—¿Cómo has logrado mantener este espacio fuera de los registros? —preguntó Élida, sin preámbulos, su voz cortante como un bisturí—. La estructura de este lugar es un despropósito. Hay una desviación evidente en los nodos que deberían haber detectado vuestra presencia hace meses.

Mirta sintió un tirón en el estómago. Intentó tragar saliva, pero su garganta estaba seca, áspera por el polvo del desierto.

—Te falta comprender el núcleo, Élida —respondió Mirta, intentando suavizar el tono, aunque sus manos, ocultas tras los pliegues de su túnica, temblaban—. No es una cuestión de nodos. Es personal.

Élida soltó una carcajada seca, desprovista de humor, y comenzó a caminar en círculos por la estancia, examinando las paredes con una intensidad clínica. Sus dedos recorrieron la piedra rugosa, deteniéndose donde la roca natural se encontraba con los refuerzos improvisados.

—Es una inconsistencia —sentenció Élide, señalando una viga mal ajustada que crujía bajo el peso del techo—. No encaja. Todo lo que has construido aquí carece de una base evidencial sólida. Has huido para esconderte en un vacío, ignorando que el Cómputo eventualmente cerrará el círculo. No puedes vivir en la periferia de la realidad sin generar una falla crítica en tu propio sistema.

Élide sintió que la mirada de su hermana le quemaba la piel. Recordó, con una nitidez dolorosa, el día en que Mirta le presentó su diagnóstico en la Academia de Lasitra, años atrás, cuando la frialdad de sus términos técnicos le dolió más que la enfermedad misma. En aquel entonces, su hermana no vio a una persona, sino a un conjunto de síntomas que requirieron una intervención inmediata. La severidad de Mirta no había cambiado; seguía viendo el mundo a través de un grafo evidencial, ese mapa de causas y consecuencias que dictaba la verdad de cada enunciado, sin dejar margen para la duda o el afecto.

—Tu partida fue una anomalía —continuó Élide, deteniéndose ante ella—. Abandonaste tu posición en el enclave sin justificación. Si la Academia te hubiera procesado en aquel momento, el coste habría sido mayor. Ahora, este lugar... este refugio... no es más que una fuga que pronto se volverá insostenible.

Mirta se obligó a mantener la calma, aunque sentía un hormigueo eléctrico en las yemas de los dedos. Cada vez que Élide hablaba, la brecha entre ellas parecía ensancharse, convertida en una falla geológica que ninguna palabra podía salvar.

—¿Por qué te importa tanto mi paradero ahora? —inquirió Mirta, dando un paso adelante, lo suficientemente cerca para notar el ligero olor a ozono que emanaba de la ropa de su hermana—. Han pasado años. Podrías haber dejado que el silencio se encargara de mí.

—Porque he estado revisando los archivos centrales —replicó Éli-da, bajando la voz hasta convertirla en un susurro gélido—. Y he encontrado algo que no debería estar ahí. Hay una serie de entradas en el registro que han sido alteradas manualmente, una serie de huecos semánticos que apuntan directamente a tu actividad. Alguien ha estado inyectando datos corruptos, falseando la trazabilidad de tus movimientos para protegerte. Si eso es cierto, la base evidencial de tu supervivencia es, en sí misma, una falsificación.

Mirta se quedó helada. La mención de los archivos le devolvió el eco de las advertencias que le habían hecho llegar a través delCuarto Idioma. Ella sabía que la seguridad de aquel enclave era un equilibrio precario, pero no imaginó que Éli-da llegaría a conectar los puntos tan pronto.

—No todo puede reducirse a una entrada de registro —dijo Mirta, sintiendo cómo una lágrima solitaria se le escapaba, aunque se apresuró a secarla con el dorso de la mano—. A veces, la verdad no necesita ser validada por un algoritmo. A veces, solo necesita ser vivida.

Éli-da se acercó hasta quedar a pocos centímetros, su expresión tensa, buscando en el rostro de Mirta algún signo de error lógico, alguna contradicción que pudiera desmoronar su argumento.

—La verdad no es más que un invento que nos tragamos, Mirta —dijo Éli-da, su voz ahora un murmullo tenso—. Si no puedes demostrarla, no existe. Y lo que he encontrado en Lasitra sugiere que no solo has estado viviendo al margen, sino que has sido partícipe de

una corrupción deliberada del sistema. Dime, ¿qué es esto que llamas hogar? ¿Es solo un experimento más en la degradación del lenguaje?

Mirta miró hacia la pequeña ventana de la escotilla, por donde entraba una luz dorada y polvorienta. Un vecino afuera, ajeno a la tensión que se cortaba en el interior, golpeaba rítmicamente contra un recipiente metálico, un sonido cotidiano que contrastaba violentamente con la frialdad de las palabras de Élidea.

—No hay otro refugio donde me libre de ser un dato —respondió Mirta, cerrando los ojos por un instante—. Y tú deberías saberlo mejor que nadie. Tú, que siempre has buscado el orden en el caos, deberías entender por qué alguien preferiría el silencio antes que una verdad impuesta.

Élidea apretó los labios, claramente perturbada por la respuesta. Sus dedos, inquietos, buscaban algo en el aire como si intentaran asir una forma que se les escapaba.

—Es una inconsistencia —repitió Élidea, aunque esta vez su voz carecía de la firmeza anterior—. No encaja. El sistema no permite tales espacios. Y si existen, es porque hay una grieta en el engranaje que alguien, quizás incluso tú, está forzando.

Mirta vio, por primera vez, una chispa de duda en los ojos de su hermana, una fisura en su armadura técnica. Pero antes de que pudiera aprovecharla, Élidea se retiró un paso, recuperando su postura erguida, su máscara de profesional técnica.

—No pienses que esto termina aquí —concluyó Élidea, ajustándose el cuello de la chaqueta—. El Cómputo siempre acaba por cerrar sus ciclos. Si esto es lo que has elegido, prepárate para las consecuencias de una estructura que se desmorona por voluntad propia. Me iré, pero tenlo por seguro: volveré cuando la evidencia sea irrefutable.

Mirta observó cómo la muerte llegaba a su encuentro en el Refugio mientras Élide se daba la vuelta y se encaminaba hacia la salida. La vio marcharse con la misma rigidez con la que había entrado, dejando tras de sí un vacío que pesaba mucho más que el aire viciado del Refugio. Cuando la escotilla se cerró finalmente tras su conversación reconciliadora, el silencio regresó, pero ya no era el mismo de antes. Ahora, estaba cargado de una urgencia nueva, una urgencia que le recordaba que, pase lo que pase, el tiempo de la ocultación estaba llegando a su fin, y que la verdad, por más que intentara protegerla, siempre encontraba la forma de filtrarse por las grietas.

* * *

El zumbido constante de los servidores en el Refugio se filtraba por las paredes de roca, un murmullo eléctrico que, para Mirta, empezaba a parecerse a la respiración de una bestia dormida. Sus dedos, entumecidos por el frío que se colaba desde las grietas de la cueva, tamborileaban sobre la mesa de trabajo mientras organizaba los archivos holográficos. Un sabor metálico, persistente y amargo como el óxido, le nublabla la lengua; era el signo inequívoco de que su cuerpo estaba alcanzando el límite, una respuesta física al esfuerzo de sostener la memoria. A su lado, un café frío en una taza de cerámica astillada acumulaba una capa de polvo fino, olvidado desde la madrugada.

Mirta levantó la vista. Élide seguía inmóvil, observando las proyecciones con esa mirada clínica que siempre le había parecido una forma de disección.

—Te equivocas al juzgar mis motivos —dijo Mirta, y su voz sonó pequeña frente al estruendo de los ventiladores—. Crees que mi partida fue un abandono, un capricho. Pero si me quedaba, los archivos habrían sido eliminados por el Cómputo. Tu Academia de Lasitira no busca la verdad, busca la limpieza de sus propios errores.

Élida cruzó los brazos sobre el pecho. La luz azulada de los hologramas le dibujaba sombras profundas bajo los ojos.

—Es personal, Mirta. Lo que llamas protección, yo lo veo como una desviación del protocolo. No puedes simplemente extraer datos del sistema sin causar un cortocircuito en la estabilidad del enclave.

—El sistema es una mentira vestida de orden —replicó Mirta, ignorando el aviso—. ¿Recuerdas los planos que guardaba nuestro padre? No eran meros bocetos de arquitectura. Eran el origen de la inestabilidad. Él sabía que el Cómputo. Nuestra familia no solo habitó el enclave; fuimos los arquitectos de su fragilidad. El origen de este fallo reside en nuestra sangre.

Mirta señaló un punto en el grafo evidencial, la representación técnica de la estructura lógica del lenguaje, donde las líneas de datos se entrelazaban en un nudo infinito.

—Mira, Élida. Aquí está la prueba. El Cómputo. No es un error accidental. Es una herencia.

Élida se acercó a la mesa, sus movimientos mecánicos, precisos, como si cada paso estuviera calculado por una escuadra invisible. Se detuvo ante la proyección, escrutando los puntos de datos con una intensidad que casi rozaba la violencia. Por un momento, su mandíbula se tensó. El desajuste era evidente: una secuencia de comandos que se autorreplicaba, una anomalía que el Cómputo se negaba a reconocer porque, al hacerlo, destruiría su propia base de legitimidad.

—Esto no se sostiene por ningún lado —susurró Élide, y por un instante, su máscara de profesional técnica pareció resquebrajarse. Su voz perdió el tono imperativo—. No encaja. Si esto es real, si los archivos que has escondido aquí son los originales, entonces todo el historial de la Academia está corrompido.

Mirta sintió una punzada de dolor en el costado. Escrutó los ojos de su hermana, buscando un rastro de empatía, algo que rompiera el frío absoluto de su lógica. Pero Élide estaba atrapada en el análisis, sus ojos moviéndose con rapidez sobre los datos.

—Jamás calificaría aquello de error, Élide —insistió Mirta, sintiendo el peso de los años de silencio—. Fue un sacrificio. He consumido mi vida intentando que estos registros no se perdieran. Mi cuerpo es el receptáculo de lo que el sistema no puede admitir. Es personal, porque soy yo quien se desmorona mientras trato de sostener esta verdad.

El silencio que siguió fue denso, cargado por el olor a humo de leña que se filtraba desde el área común del Refugio. Élide se pasó una mano por el rostro, un gesto humano, cansado, que no le había visto nunca. Se quedó mirando un punto fijo en la pared de roca, donde una humedad verdosa manchaba la piedra.

—Los registros son irrefutables —admitió finalmente Élide. Sus palabras fueron lentas, cargadas de una amargura que no pertenecía a su carácter—. He pasado años buscando una explicación para los fallos en el sistema, negándome a ver que la respuesta estaba en casa. Si acepto esto, acepto que todo mi trabajo, mi lealtad a la Academia, ha sido un esfuerzo por proteger un edificio que se sostiene sobre arena.

—Es que no alcanzas a ver el trasfondo —repitió Mirta, aunque esta vez no había reproche en sus palabras, solo una fatiga infinita—. No se trata de proteger el edificio. Se trata de reconocer que los cimientos están podridos, y que el Cómputo es solo una máscara para ocultar nuestra propia naturaleza.

Élida levantó la mirada. Ya no buscaba errores en la pantalla. Miraba a su hermana, y en sus ojos, Mirta vio, por primera vez, una rendición absoluta. No era una derrota, sino el reconocimiento de una carga que ambas, a partir de ese momento, tendrían que llevar.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Élida—. Si saco esto a la luz, el Cómputo entrará en un proceso de purga. La estructura colapsará.

—Entonces dejaremos que colapse —respondió Mirta, dejando caer la cabeza hacia atrás, exhausta—. La verdad siempre encuentra una forma de filtrarse por las grietas, incluso cuando el sistema intenta sellarlas con sus propios metadatos. Ya no hay vuelta atrás. La estructura se está desmoronando por su propia voluntad, y nosotros somos las únicas que recordamos cómo empezó todo.

Élida tocó la mesa con la punta de los dedos, rozando el holograma como si intentara sentir la textura de la mentira.

—Es un desajuste que no podré reparar —dijo Élida, con un tono que era casi un ruego—. Pero supongo que, si esto es lo que queda, es la única verdad que me queda por aceptar.

Afuera, en el desierto, el viento azotaba las dunas con una insistencia sorda. Dentro, en el Refugio, el zumbido de los servidores parecía, por fin, haber bajado de tono, como si el sistema mismo contuviera el aliento ante la revelación de su propia falsedad. Mirta cerró los ojos, dejando que el peso del lenguaje, esa carga de datos y memoria, se asentara sobre sus hombros. La ruptura fraternal, te-

mida durante tanto tiempo, se había transformado en algo distinto: un vínculo forjado no en el acuerdo, sino en la aceptación compartida de un desastre inevitable.

* * *

El zumbido de los generadores en el Refugio no era constante; subía y bajaba con una irregularidad nerviosa, como si la propia maquinaria estuviera respirando al ritmo del desierto. Mirta observaba la consola, donde la luz ámbar de los indicadores se reflejaba en los muros de roca excavada. Cada parpadeo de los nodos le provocaba una punzada en la base del cráneo, una molestia física que se sumaba al hambre persistente que sentía desde el mediodía. El aire estaba cargado con el olor a humo de leña y algo metálico, una mezcla que le recordaba constantemente dónde estaban: en un hueco de piedra, ocultas bajo el peso de toneladas de tierra.

Mirta se llevó una mano al pecho, sintiendo el latido errático de su corazón. La fatiga se le acumulaba en los hombros, tensándolos como cuerdas a punto de romperse. Intentó encontrar las palabras adecuadas, buscando una forma de articular una propuesta que no sonara a súplica. No quería que Élide viera su desesperación, pero el peso del silencio entre ellas era insoportable. Quería convencerla, no solo de que la causa era justa, sino de que su participación era necesaria para sobrevivir al colapso inminente.

—Esto es un desastre lógico —dijo Élide, interrumpiendo el flujo de pensamientos de Mirta. Se encontraba de pie frente al panel, con los dedos volando sobre los mandos—. No encaja. Todo lo que has construido aquí depende de una lógica que, en cualquier otro nodo, sería marcada como error inmediato.

Mirta se obligó a mantenerse erguida, a pesar de que sus piernas le pesaban.

—La magnitud de esto se te escapa —respondió Mirta, dejando que su voz se tiñera de una amargura que no pudo ocultar—. Es personal. No hablo de la estructura que intentas analizar, sino de la necesidad de mantener este lugar a salvo. ¿Cómo propones que nos movamos ahora, si no es bajo mis términos?

Élida se detuvo. Sus ojos, fríos y analíticos, recorrieron la consola antes de fijarse en Mirta.

—Necesitamos protocolos de comunicación que la Academia de Lasitra no pueda rastrear —dijo Élida, con una precisión gélida—. Si vamos a trabajar juntas, necesito que la arquitectura de este sistema sea transparente. Dame acceso a los registros de flujo. Si hay una desviación en los datos, seré yo quien deba corregirla antes de que el Cómputo inicie la purga.

Mirta sintió el rechazo en sus palabras, esa distancia profesional que su hermana utilizaba como un escudo.

—La seguridad del Refugio no se negocia bajo tus términos de eficiencia —replicó Mirta—. Si quieres acceso, primero debes aceptar que aquí no se aplican los axiomas de la Academia. Estamos utilizando el Cuarto Idioma. ¿Puedes trabajar con eso, o prefieres quedarte atrapada en tu vieja forma de ver el mundo?

Élida no bajó la mirada. Sus dedos volvieron a tamborilear sobre la mesa, buscando un encaje lógico en lo que Mirta le acababa de explicar.

—Es una fuga constante, Mirta. Si el sistema detecta la superposición de frecuencias, nos encontrará antes de que hayamos enviado la primera señal.

Élida recordó el diagnóstico que realizó antes de que Mirta llegara, cuando la presión en el sistema era apenas una advertencia. La velocidad de respuesta era lo único que mantenía a los nodos de control de los doce enclaves lejos de su rastro. Si la Academia cerraba los accesos, quedarían aisladas, atrapadas en el desierto con nada más que el eco de sus propias voces.

—La velocidad es vital —insistió Mirta, acercándose a la consola—. Si no logramos saturar los nodos antes de que la Academia reaccione, perderemos el poco margen que nos queda. No puedes reparar el sistema desde fuera. Tienes que entrar en el lenguaje, en los vacíos que el Cómputo ni siquiera sabe que existen.

Élida suspiró, un gesto que parecía impropio en ella. Se arrodilló para revisar el cableado bajo la mesa, encontrando un conector suelto que dejaba pasar una luz parpadeante. Con un movimiento seco, lo reajustó.

—Está bien —dijo Élida, mientras sus manos se movían con la soltura de quien comprende la mecánica de una máquina compleja—. Integraré el Cuarto Idioma como una capa secundaria. Es una desviación arriesgada, pero si es el único camino, lo haré. Eso sí, no me pidas que confíe en el resto. Solo confío en la estructura que yo misma voy a reconstruir.

Mirta asintió, sintiendo una tregua precaria asentarse entre ellas. El zumbido de la habitación cambió, volviéndose más profundo, más estable. Se miraron a través de la luz ámbar de la pantalla, dos hermanas que habían dejado atrás el lenguaje común para encontrar una verdad más oscura, más difícil de sostener. Permanecieron inmóviles, observando cómo los datos fluían a través de la superposición, ocultándose en la penumbra del sistema. El aire en el Refugio seguía oliendo a leña quemada y a sudor, un recordatorio banal de

que, a pesar de la inmensidad de lo que intentaban salvar, sus cuerpos seguían atrapados en la fragilidad de lo cotidiano. Mirta sintió un tirón en el hombro, una contractura por la mala postura, y la ignoró. Por fin, habían empezado a tejer algo nuevo, una resistencia hecha de huecos y silencios, protegida por el mismo lenguaje que, hasta hacía poco, las había mantenido separadas. El pacto estaba sellado, no con palabras solemnes, sino con el sonido de los servidores que, al fin, encontraban su nuevo ritmo.

La Fractura de la Semántica

La luz mortecina de los monitores, de un tono ámbar fatigado, proyectaba sombras alargadas sobre la mesa de trabajo. Dru-Caitanya movía los dedos sobre una placa base extraída de un terminal, sus manos deslizándose entre los cables con una parsimonia que a Élida le resultaba desesperante. El aire del Refugio olía a ozono y a la sopa de legumbres que alguien había dejado enfriar en un cuenco junto a la pared; un olor pesado, a tierra y cocina humilde, que se pegaba a la ropa. Sobre el metal, unos condensadores desperdigados formaban un pequeño caos de piezas sin orden aparente, un recordatorio de que allí, bajo la superficie del desierto, el control era una ilusión. Élida sintió un calambre en la pantorrilla, un espasmo seco que le obligó a cambiar de peso, buscando una estabilidad que el suelo de roca irregular no le ofrecía.

—Dru, deja ya los componentes. Necesito que mires esto —dijo Élida, señalando la pantalla donde una cadena de datos del Cómpu-to se retorció sobre sí misma—. El grafo evidencial no cierra. Cada vez que intento triangular la autoría del bloque, el sistema me expulsa. Es una falla técnica, una brecha sin explicación lógica.

Dru-Caitanya levantó la vista, dejando a un lado un destornillador pequeño. Sus ojos recorrieron a Élida con una calma casi gélida.

—Cuidado, pues el entramado de las leyes devora a quien lo nombra —respondió Dru, con voz pausada—. Buscas un anclaje en un terreno que se desplaza bajo tus pies. Lee entre los huecos.

—No tengo tiempo para tus acertijos. Si el Cómputo tiene un punto de ruptura, debemos identificarlo antes de que la Academia de Lasitra realice una purga. Mi linaje, la arquitectura misma de los registros que mi familia ayudó a diseñar, se está desmoronando. Es como si los cimientos de un edificio empezaran a licuarse.

Dru-Caitanya se puso en pie, limpiándose las manos con un trapo manchado de grasa. Caminó hacia el centro de la sala, donde un haz de luz tenue iluminaba una sección de la pared de roca, tallada con incisiones que no seguían ningún patrón reconocible.

—¿Recuerdas el diagnóstico de Mirta? —preguntó Élida, su voz tornándose más fría, más técnica—. La degradación de su corteza cerebral presentaba patrones similares a esta corrupción. Un colapso en la transferencia de información, una incapacidad de las neuronas para retener la carga. Lo vi hace semanas, cuando el temblor en sus manos le impedía sostener un vaso. No hubo misticismo, solo una pérdida de función. Esto que veo en el nodo no es distinto; es una patología del sistema.

Dru-Caitanya negó con la cabeza, esbozando una sonrisa tenue.

—Tú ves el deterioro, pero no comprendes el tejido. Lo que llamas patología es, en realidad, el único espacio donde el Cuarto Idioma puede respirar. Es una construcción lingüística que comunica verdades emocionales a través de los huecos semánticos, esos vacíos intencionados donde el Cómputo no puede llegar porque no tiene herramientas para medir la ausencia.

Élida se acercó a la pared, observando las marcas que parecían vibrar bajo la luz intermitente de un fluorescente vecino. Un insecto zumbaba cerca de su oído, un sonido banal que le irritaba, pero que se esforzó por ignorar.

—¿Me estás diciendo que este vacío, este error de carga, es deliberado? ¿Que los espacios en el grafo son una zona segura?

—Exacto —respondió Dru, señalando la pantalla donde los datos se negaban a procesarse—. El Cómputo exige una base evidencial para cada enunciado, una cadena de custodia que impide la mentira. Pero al hacerlo, impide también la verdad que no puede ser cifrada. Aquí, en el desierto, hemos aprendido a usar las fallas. Observa la superposición de frecuencias; es ahí donde el sistema se vuelve ciego.

Dru-Caitanya manipuló el terminal, ajustando un mando giratorio hasta que la pantalla mostró una serie de ondas que se entrelazaban con una cadencia hipnótica. Era una zona de supervivencia, una arquitectura invisible tejida en la nada. Élida observó la pantalla. La lógica de su herencia, el peso de ser una Norás, la obligaba a buscar una falla, un punto donde el metal se hubiera oxidado, pero allí solo encontraba una geometría extraña, una forma de resistencia que no dependía de la autoridad académica.

—Esto no es un fallo —susurró Élida, sintiendo por primera vez que el suelo bajo sus pies se volvía real—. Es un refugio.

—Es un entramado —corrigió Dru, volviendo a su labor con los componentes electrónicos—. Un lugar donde la lengua deja de ser una herramienta de control y se convierte en un susurro. Si intentas forzar el acceso, el sistema de autodefensa recursiva borrará tu rastro. Lee entre los huecos, Élida. No intentes cerrar la herida, porque es por ahí por donde entra la luz.

Élida se quedó en silencio, sintiendo el aire viciado del Refugio llenar sus pulmones. La idea de que su familia, los arquitectos de aquella prisión lingüística, hubieran dejado una salida, un error calculado para permitir la existencia de algo más allá del Cómputo, le resultaba irónica. Miró su propia mano, apoyada sobre la fría roca de la pared; una mano de carne, sucia de polvo, marcada por el cansancio de días sin dormir. La inestabilidad del Cómputo no era un desajuste que debiera reparar, sino la única señal de que aún quedaba algo vivo dentro del mecanismo.

—¿Cómo puedo usarlo? —preguntó ella finalmente, volviendo a su tono profesional, aunque con un matiz nuevo, una determinación que antes no tenía—. Si la Academia sospecha de la saturación de los nodos, necesitaré un canal que no deje huella.

—Las palabras construyen un cepo —repitió Dru, sin mirarla—. Si quieres hablar sin que el Cómputo te rastree, deja de buscar la palabra correcta. Busca la ausencia. La verdad no reside en lo que se dice, sino en el espacio que queda entre una frase y la siguiente.

Élida volvió a mirar el terminal. El zumbido del fluorescente se hizo insoportable por un segundo, un estallido de estática que le hizo cerrar los ojos. Cuando los abrió, el grafo evidencial en la pantalla parecía menos una lista de datos y más un mapa de una geología secreta, una capa de sedimento oculto bajo siglos de lenguaje prohibido. Se dio cuenta de que no estaba allí para corregir el sistema, sino para aprender a habitar sus grietas. Dru-Caitanya continuaba trabajando en silencio, ensamblando piezas que, para cualquier otro, serían chatarra. Élida se quedó allí, atrapada en la penumbra, escuchando el lejano sonido de la vida comunitaria del

Refugio, un murmullo de voces humanas que, por primera vez, no necesitaban estar validadas por ningún algoritmo para existir. La realidad, fragmentada y rota, empezaba a tener sentido.

* * *

El aire estancado del Refugio se sentía espeso, cargado con un olor a polvo viejo y al humo persistente de la leña que alguien había quemado horas atrás. Los terminales, ensamblados con piezas recuperadas, emitían un zumbido metálico que vibraba en los dientes de Élida. Era un sonido constante, una frecuencia de fondo que se filtraba a través de las paredes de roca natural, recordándole que allí, bajo la tierra, la tecnología funcionaba sin la supervisión de la Academia de Lasitra. Élida se frotó las sienes, sintiendo cómo el cansancio se acumulaba en su cuello, una rigidez punzante que le provocaba una mueca constante. Cada vez que intentaba enfocar la vista en las pantallas, una pequeña mancha de humedad en la esquina de la mesa de trabajo captaba su atención; era un rastro circular, un charco dejado por un vaso que ya no estaba allí.

Mirta le había hablado de esta inestabilidad sistémica mucho antes de que ella comprendiera el alcance del daño. Recordó la voz de la mujer, fría y precisa como un bisturí, describiendo cómo el Cómputo —la lengua sintética diseñada para eliminar la ambigüedad mediante el rastreo de metadatos— empezaba a mostrar síntomas de agotamiento. Mirta insistía en que no era un fallo de software, sino un colapso de la lógica interna, una fatiga de los materiales del lenguaje. Élida observó los monitores. La precisión de aquel diagnóstico le resultaba ahora insoportable. Era una inconsistencia, pensó, que la estructura más rígida del mundo terminara fragmentándose bajo su propio peso.

—Este armazón de reglas es un lazo corredizo —dijo Dru-Caitanya, sin apartar los dedos de los cables que unían dos procesadores—. Lee entre los huecos.

Dru-Caitanya señaló una línea de código que parpadeaba con una cadencia irregular. La pantalla proyectaba un entramado de datos que se superponían hasta volverse ilegibles.

—No entiendo el propósito de esta secuencia —respondió Élida, intentando mantener la calma—. Si el sistema intenta validar el origen de este enunciado, el grafo evidencial debería bloquear la operación por falta de base empírica. Es una desviación del protocolo estándar.

Dru-Caitanya esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Estás intentando medir un terremoto con una regla rígida. Mira la recursividad —dijo, señalando cómo la última instrucción del código volvía a invocar a la primera, creando un bucle cerrado—. Observa cómo el sistema intenta auditarse a sí mismo hasta que la lógica se pliega sobre su propio origen. Es una cáscara vacía, un refugio donde la verdad se esconde al dejar de ser un dato para convertirse en una falla técnica.

Élida se acercó al monitor, conteniendo la respiración. Le dolía la espalda. Dru-Caitanya ejecutó el comando. En una fracción de segundo, la imagen del grafo evidencial se distorsionó. Los nodos, que normalmente representaban las certezas del sistema, comenzaron a vibrar, perdiendo su nitidez, desmoronándose como si fueran ladrillos de arena bajo la presión de un peso invisible. Era un despliegue de arquitectura lógica que desafiaba cualquier norma que Élida hubiera aprendido en la Academia de Lasitra.

—Es una fuga —murmuró Élide, sintiendo un sudor frío en las palmas de las manos—. Si permites que la recursividad sea infinita, el Cómputo no tendrá manera de verificar la autoría. El sistema entrará en un ciclo de autodestrucción recursiva.

—Exacto —respondió Dru-Caitanya—. Al forzar al sistema a auditar su propio vacío, creamos una grieta. Una fisura donde el Cuarto Idioma —esa construcción que comunica verdades emocionales eludiendo la lógica del Cómputo— puede existir sin ser detectada. Es como construir un puente que solo existe mientras el agua lo golpea.

Élide cerró los ojos, abrumada por la complejidad de la abstracción. La pantalla seguía parpadeando, un centelleo de luz azulada que le quemaba la retina. Intentaba visualizar cómo ese mecanismo, en apariencia destructivo, servía de escudo. Comprendió que la corrupción del Cómputo no era un error que debiera ser eliminado, sino una evolución forzada por su propia rigidez. El sistema se defendía a sí mismo volviéndose incomprensible, creando un ruido de fondo tan denso que el significado real —el Cuarto Idioma— quedaba protegido por el caos.

Era irónico. Durante años, le habían enseñado que la integridad del Cómputo era la única barrera contra la mentira, pero ahora veía que la mentira, o lo que el sistema llamaba así, era simplemente lo que el lenguaje no podía contener. La autodestrucción era, en realidad, un mecanismo de supervivencia.

Sus dedos, temblorosos, rozaron una entrada en el archivo de logs. Los datos estaban marcados con un sello antiguo, una firma que le resultó dolorosamente familiar, aunque no pudo identificar por qué. Al seguir el rastro de la arquitectura de la corrupción, se encontró con una serie de carpetas que compartían la misma estruc-

tura lógica que los diarios de su familia. Un escalofrío le recorrió el brazo. La herencia de los Norás no solo estaba ligada a la construcción del sistema, sino a la llave que lo abría desde dentro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dru-Caitanya, notando su rigidez.

—Nada —mintió Élida, con la voz seca—. Es solo un desajuste. No encaja con lo que esperaba encontrar.

Se alejó del terminal, necesitando aire, sintiendo que el peso de la verdad era demasiado grande para compartirlo allí mismo. El Refugio, con sus muros de piedra natural y su atmósfera de libertad no codificada, le parecía ahora un lugar mucho más precario de lo que había imaginado. Se dio cuenta de que no solo estaba aprendiendo a habitar las grietas del Cómputo; estaba descubriendo que esas grietas llevaban su nombre. Guardó silencio, mirando cómo Dru-Caitanya continuaba trabajando en la oscuridad, un vigilante de un lenguaje que pronto dejaría de existir para quienes aún creían en la validez de los nodos. El engranaje de la historia se movía, y ella, por fin, entendía cómo detenerlo.

* * *

El aire en el Refugio se sentía denso, cargado con un aroma a leña quemada y el rastro metálico de los terminales que zumbaban en un ciclo perpetuo. Fuera, el desierto reclamaba el silencio, pero aquí dentro, el murmullo de las voces comunitarias se filtraba a través de las paredes de roca natural, creando una frecuencia baja que hacía vibrar los huesos. Élida se frotó la nuca; un calambre persistente, producto de horas inclinada sobre los datos, le recordaba que su cuerpo era tan vulnerable como la información que intentaba

descifrar. A su lado, los ventiladores de un servidor antiguo expulsaban un calor seco, una anomalía en aquel espacio excavado que parecía suspendido fuera del tiempo.

Observó la pantalla, donde las líneas de código se entrelazaban en patrones que desafiaban cualquier lógica normativa. Recordó entonces las advertencias de Élida, cuya voz, siempre precisa y clínica, le había hablado años atrás sobre la inestabilidad sistémica. Élida solía decir que cualquier construcción, por muy sólida que pareciera, portaba en sus cimientos el germen de su propia caída si no se permitía la expansión de las partes. El diagnóstico de Élida no era una queja, sino un análisis técnico de la fragilidad del Cómputo. Ahora, al ver los datos, Mirta comprendía que aquella inestabilidad no era un error de ejecución, sino una característica diseñada, un plano oculto en la arquitectura del lenguaje que ella misma había empezado a reconstruir.

Dru-Caitanya se acercó con un movimiento fluido, casi ingrátido, y señaló una sección del grafo evidencial donde las conexiones se volvían circulares.

—Nada más que una emboscada es esta arquitectura de palabras. Lee entre los huecos —susurró Dru, manteniendo esa mirada lejana, como si estuviera viendo más allá de los monitores—. Observa cómo la estructura se pliega sobre sí misma, creando un bucle que resulta inauditable para la lógica de la red. Es una cáscara que protege lo que no debe ser nombrado.

Élida ajustó la posición de su silla, sintiendo el roce de la madera rugosa contra su espalda. La instrucción de Dru era clara, aunque su estilo poético siempre la obligaba a un esfuerzo extra de traducción.

—Si el sistema no puede auditar el bucle, entonces el bucle no existe para el protocolo —respondió Élida, intentando aplicar un marco mecánico a la observación—. Es una forma de ocultar información mediante la saturación de los nodos. El sistema se queda bloqueado intentando verificar algo que, en realidad, solo se define a sí mismo. ¿Es esto lo que llamáis Cuarto Idioma? Esa técnica de superposición que nos permite eludir la auditoría.

Dru asintió lentamente, una sonrisa mínima dibujándose en su rostro.

—Es el lenguaje que florece donde el otro se agosta. El Cuarto Idioma no busca la validación, busca el espacio vacío que queda tras la demolición de los significados.

Élida volvió a mirar las carpetas que compartían la estructura lógica de los diarios de su familia. El peso de lo que estaba descubriendo se asentó en su estómago como una piedra. La arquitectura de la corrupción no era solo un hallazgo externo; era el legado de su linaje, una herencia escrita en el código base del Cómputo. Sus antepasados, los arquitectos, habían dejado las puertas abiertas, no para destruir el sistema, sino para dotarlo de una autonomía que nadie más podría controlar. Ella, que siempre se había considerado una profesional de la integridad técnica, se veía ahora obligada a aceptar que el sistema que ella servía era una fachada, y que la única verdad residía en esa disidencia oculta que corría por sus venas.

Se sintió atrapada entre dos mundos. Por un lado, la Academia de Lasitra, con su exigencia de orden y transparencia; por otro, este Refugio, un lugar de libertad no codificada donde el lenguaje se despojaba de sus grilletes. El miedo no era una emoción, era un estado de desajuste técnico. Se preguntó si podría integrar la lógica de la corrupción dentro de su propia capacidad de razonamiento

técnico sin perder su identidad. Si aceptaba estas herramientas, ¿dejaría de ser una Contadora para convertirse en una de los arquitectos?

—Carece de sencillez esta elección —dijo Dru, como si hubiera leído el pensamiento en su frente—. Pero la verdad tiene el peso de lo inevitable.

Élida no respondió de inmediato. Se levantó y caminó hasta una de las paredes de piedra, tocando la superficie fresca. Necesitaba ese contacto físico para mantenerse anclada. Un pequeño objeto, un botón suelto de una chaqueta olvidada, yacía sobre una mesa de metal cercana, fuera de lugar, una nota de imperfección en la sala. Lo tomó y lo giró entre sus dedos.

—Voy a hacerlo —murmuró, su voz firme a pesar de la duda—. Integraré este conocimiento. Si el sistema es un engranaje, aprenderé a mover las piezas desde la sombra. No voy a permitir que sigan ocultando las fallas como si no existieran.

Dru guardó silencio, permitiendo que la resolución de Élida llenara la sala. No había más palabras necesarias. Élida se sentó de nuevo frente al terminal, sus dedos volando sobre el teclado. Ya no veía solo líneas de código, sino la estructura de un mundo que se desmoronaba para dar paso a algo nuevo. La corrupción no era el fin, sino la única vía para recuperar el sentido de las palabras que el Cómputo había intentado vaciar. Mientras la luz de los monitores bañaba su rostro, Élida Norás comenzó a escribir su propia entrada en el código, sabiendo que, a partir de ese momento, cada paso que diera sería un acto de resistencia, una pequeña grieta en el muro de una realidad que ya no podía sostenerse a sí misma.

CAPÍTULO 15

Infracción en el Puerto

Las pasarelas metálicas de Tarsis-Mediante vibraban con una frecuencia constante, transmitiendo el ritmo del flujo humano hacia las estructuras de piedra caliza pulida que delimitaban el acceso al puerto. Bajo las cúpulas de cristal, el zumbido de los terminales de cómputo se mezclaba con el murmullo de voces en catalano-castellano, un sonido que envolvía el ambiente como una capa de humedad salina. Por encima de los peatones, sensores de vigilancia parpadeaban con una luz fría, emitiendo ráfagas intermitentes que barrían la multitud en busca de discrepancias en la biometría de los ciudadanos. Cada paso sobre el metal resonaba con un eco metálico, un recordatorio de que en el enclave, incluso el movimiento más trivial estaba sujeto a una auditoría técnica inmediata. El aire olía a ozono eléctrico y al salitre que ascendía desde el Mediterráneo, filtrándose por las rendijas de los niveles inferiores donde los estibadores descargaban mercancías bajo la supervisión de la Contadora de turno.

Élida Norás mantuvo el paso firme, ajustando la longitud de su zancada para sincronizarse con el flujo organizado de la masa. Sentía una ligera presión en la base del cráneo, una cefalea tensional nacida de la necesidad de mantener su ritmo cardíaco bajo control. Los escáneres del Cómputo —la lengua sintética que rastreada el origen y la base evidencial de cada enunciado para impedir que

cualquier individuo profiriera falsedades— no debían detectar una elevación en su pulso. Si el sistema identificaba una aceleración injustificada, el grafo evidencial —el mapa de datos que conectaba cada acción con su justificación lógica— marcaría su perfil como una anomalía. Es una inconsistencia. Se obligó a relajar los hombros, visualizando su sistema nervioso como un conjunto de cables bien aislados en una pared de carga. Cualquier desviación en su conducta era una señal de alerta innecesaria.

A medida que se acercaba al punto de control, Élide observó cómo los ciudadanos presentaban sus credenciales ante el terminal. No era solo una cuestión de identidad, sino una validación de la coherencia interna de su propia existencia. Ella se detuvo un instante, ajustándose el cuello de la chaqueta. Una pelusa solitaria, rebelde contra la pulcritud del entorno, se le pegó al labio inferior; la retiró con un gesto seco, intentando no alterar la neutralidad de su expresión facial. No encaja. La arquitectura del control, diseñada para ser eficiente, dejaba a veces pequeñas lagunas donde el sistema no lograba cerrar el círculo de la información. Esos huecos semánticos, más que meras ausencias de datos, operaban como refugios tácticos donde la verdad podía ser preservada. En esos espacios, el Cuarto Idioma —una construcción no traducible que permitía comunicar verdades emocionales a través de las brechas del lenguaje formal— se volvía una herramienta necesaria para evitar que la información fuera erradicada.

Mientras esperaba su turno, el eco del diagnóstico de Mirta volvió a irrumpir en su mente con la precisión de un bisturí. Su memoria reprodujo la voz fría de su pariente, señalando que la inestabilidad que ella observaba en los archivos centrales no era un error fortuito, sino una herencia. Su linaje había actuado como arquitecto

de la corrupción del Cómputo, dejando cimientos diseñados para fracturarse bajo ciertas condiciones. Mirta había insistido en que la estructura del sistema poseía un mecanismo de autodefensa recursiva; si alguien intentaba auditar la base de los enunciados, el propio código generaba nuevos niveles de complejidad para enterrar el rastro. Élida sintió un hormigueo en las manos, una respuesta física al peso de esa información que intentaba comprimir en un rincón de su consciencia. La falla no estaba fuera; era un componente intrínseco del plano original.

Al llegar frente al terminal de verificación, el escáner proyectó un haz de luz azul sobre sus retinas. La máquina emitió un zumbido agudo, y en la pantalla apareció un aviso: el protocolo de acceso había cambiado durante la última hora. La ruta central, aquella por la que solía transitar, estaba bloqueada por una reconfiguración de seguridad que exigía un grafo evidencial de nivel superior. Élida sintió el roce de la tela de su ropa contra la piel, una irritación sutil que le recordó la fragilidad de su cobertura. Si intentaba forzar el acceso, el sistema generaría una auditoría profunda de sus credenciales.

—Es una inconsistencia —murmuró para sí misma, con el volumen justo para que el ruido ambiente lo absorbiera—. No encaja.

La luz de los sensores parpadeó de nuevo, intensificando el tono frío de la iluminación del puerto. El sistema no estaba funcionando con la lógica lineal esperada, sino que parecía haber activado una respuesta de protección más agresiva. Élida dio media vuelta, alejándose del terminal con la misma cadencia medida, obligándose a no mirar atrás. Necesitaba redefinir su acceso al sector central, buscando una entrada secundaria que no estuviera supeditada a los nuevos nodos de control. Caminó hacia los pasillos laterales, donde

el flujo de gente era menos denso y la piedra caliza conservaba aún las marcas de las viejas edificaciones. Cada paso era una tarea de ingeniería: evitar las cámaras, eludir las zonas de alta frecuencia y mantener la fachada de una ciudadana cuya única preocupación era llegar a su destino sin ser cuestionada. A lo lejos, el sol se reflejaba sobre el Mediterráneo, cegador y ajeno a las pequeñas fracturas que ella intentaba navegar en el corazón del enclave. La estructura era rígida, pero incluso las construcciones más sólidas terminan por ceder si se presiona el punto donde los materiales no se unen con firmeza.

* * *

La luz ámbar del cubículo personal de Élide bañaba las paredes con una calidez artificial que no lograba disipar la humedad salina del ambiente. El zumbido de los terminales de cómputo en el resto del enclave era un murmullo constante, un pulso rítmico que recordaba el flujo incesante de datos bajo el suelo de piedra caliza de Tarsis-Mediante. Sobre la mesa, los mandos de la interfaz presentaban un desgaste visible en los bordes, pequeñas zonas donde la capa de polímero se había desprendido tras años de uso intensivo. Élide se sentó, sintiendo cómo una punzada de hambre le contraía el estómago; había olvidado almorzar debido a la urgencia de su última inspección. La silla, una pieza de metal reforzado, crujió bajo su peso, un sonido metálico que pareció rebotar con excesiva nitidez en el pequeño espacio confinado.

Al mirar el monitor, su mente regresó involuntariamente a la frialdad del diagnóstico técnico de Mirta. Recordaba la precisión con la que aquella mujer analizaba la inestabilidad de los sistemas, como si cada fallo fuera una grieta en la cimentación de un edificio que

amenazaba con venirse abajo. Mirta solía decir que la estructura no mentía, que solo revelaba el estado de sus soportes. Ahora, frente a la quietud absoluta de su terminal, Élida comprendía la diferencia entre la inestabilidad que Mirta diseccionaba y este silencio impuesto. El sistema no estaba inestable; estaba, de manera inquietante, en reposo, como un mecanismo detenido en seco justo antes de una carga crítica. Era una arquitectura de control que se sentía demasiado sólida, demasiado perfecta en su inmovilidad.

Élida posicionó los dedos sobre el lector biométrico. El sensor de huella digital emitió un parpadeo tenue, procesando la superficie de su piel con una lentitud que le provocó un hormigueo en la nuca. Introdujo la clave de cifrado, una secuencia compleja que ella misma había optimizado hace meses para asegurar sus archivos personales. Sus ojos recorrieron la pantalla, esperando la habitual cascada de datos validados por el Cómputo. Sin embargo, el sistema titubeó. La luz del sensor pasó de un tono neutro a un rojo estático que se reflejó en sus pupilas.

Un código de error de grado severo se desplegó en el centro del monitor: *Acceso denegado. Suspensión permanente de privilegios de Contadora.*

Élida se quedó inmóvil, observando cómo la notificación parpadeaba, un aviso de fallo estructural en su propia identidad. El Cómputo. El bloqueo de acceso era total. Sus recursos técnicos, sus notas sobre la corrupción y el rastro que había intentado seguir, habían quedado fuera de su alcance. La sensación de aislamiento fue inmediata, una presión en el pecho que no provenía de la angustia emocional, sino de la comprensión técnica de su nueva posición. Estaba fuera de la red.

Con manos firmes, a pesar del pulso acelerado, Élide intentó forzar el acceso a la auditoría interna del sistema. Necesitaba comprender la ruta que el Cómputo había seguido para vincular su viaje a Ohun con su historial personal. Se movió a través de los directorios secundarios, buscando una puerta trasera que no estuviera supeitada a los nuevos nodos de control. El sistema, no obstante, respondió con una recursividad implacable; cada vez que intentaba consultar un archivo, la pantalla se refrescaba devolviéndola al mismo mensaje de error, como si un engranaje invisible estuviera ajustando su posición para impedir cualquier progreso.

—Es una inconsistencia —murmuró para sí, con la voz plana y controlada.

No era posible que el sistema hubiera rastreado su ruta a menos que alguien, o algo, hubiera introducido una variable externa en el grafo evidencial. El grafo evidencial, ese mapa lógico que rastreaba el origen y la veracidad de cada dato en Tarsis, se había vuelto contra ella. Élide comenzó a buscar trazas de la auditoría manual. Si el Cómputo la había marcado, debía haber una firma. El aire se sentía pesado, saturado de ozono eléctrico proveniente de los servidores cercanos. Una pequeña mota de polvo bailaba en el haz de luz ámbar, moviéndose con una libertad que ella envidiaba en aquel instante.

Al revisar los registros de acceso, encontró un punto de quiebre. Los datos no se habían cerrado por un simple error de ruta; habían sido bloqueados preventivamente mediante una orden de nivel superior. Alguien había reescrito su perfil de usuario después de que ella abandonara el sector de Ohun. La información era demasiado precisa para haber sido un proceso automatizado. Élide sintió un vacío en la boca del estómago, un regusto amargo que le recordó la

falta de agua en las últimas horas. El bloqueo no era una falla operativa; era una respuesta deliberada a su presencia en la red, una reacción diseñada para aislarla antes de que pudiera consolidar sus sospechas sobre la integridad del sistema.

Se recostó en la silla, analizando las posibilidades. La rectora Quim tenía los medios para autorizar una auditoría de ese nivel, pero si Quim era quien movía los hilos, ¿por qué no detenerla directamente? Quizás la respuesta estaba en la propia naturaleza del bloqueo. El Cómputo no solo estaba protegiéndose, sino que estaba ejecutando un protocolo de contención. Élide observó los números en la pantalla, intentando hallar una simetría en el código de error. No encaja, se repitió mentalmente. Todo el sistema de Tarsis-Mediante, con sus cúpulas de cristal y su orden inquebrantable, parecía ahora un mecanismo diseñado para contener algo que él mismo había engendrado.

Miró sus manos, apoyadas sobre la piedra caliza pulida de la mesa. La textura fría de la superficie contrastaba con el calor que sentía en las sienas. El bloqueo era una señal clara de que su papel como Contadora había terminado, al menos dentro de los límites de la Academia de Lasitra. Cualquier intento de reconexión sería detectado instantáneamente por los nodos de control que ahora vigilaban su terminal. El silencio en el cubículo era absoluto, solo roto por el zumbido eléctrico que parecía aumentar de frecuencia. Élide comprendió que, al intentar eludir las reglas, se había convertido en un elemento extraño dentro de la arquitectura del enclave, una anomalía que el sistema buscaba purgar por sí mismo. No era una simple prohibición; era una exclusión técnica definitiva. Se levantó, sintiendo un ligero calambre en la pierna tras tanto tiempo sentada, y miró una última vez la luz ámbar que iluminaba su fracaso. El sistema no

iba a dejarla entrar. Ahora, la única opción era entender cómo funcionaba la estructura desde fuera, sin el apoyo de los privilegios que siempre la habían sostenido.

* * *

El aire dentro del cubículo se tornó denso, cargado con un aroma a ozono que picaba en la garganta. Sobre la pantalla principal, la interfaz del Cómputo parpadeaba con una cadencia errática, un pulso frenético que no guardaba relación con la calma aséptica de la Academia de Lasitra. Élide Norás observó cómo los glifos de validación se desintegraban, sustituidos por una trama de advertencias rojas que se expandían por el borde del marco. El zumbido eléctrico de los servidores, ocultos tras los paneles de piedra caliza pulida, subió de tono hasta convertirse en un siseo metálico que le taladraba los oídos. Era un cierre perimetral en toda regla; la estructura estaba sellando las grietas, convirtiendo el espacio de trabajo en una celda blindada.

Su mente, habituada a visualizar la lógica como un plano arquitectónico, detectó la falla con una claridad gélida. Recordó el diagnóstico técnico de Élide sobre la inestabilidad de los registros de Ohun, donde la recursividad del sistema —esa capacidad del Cómputo para retroalimentarse y corregirse a sí mismo— había degenerado en una hipervigilancia paranoica. La rigidez de este bloqueo era idéntica a la que Élide había descrito meses atrás: un mecanismo de defensa que no distinguía entre un error de sintaxis y una intención subversiva. Si el sistema detectaba la firma de su usuario, el protocolo de purga iniciaría la anulación automática de sus creden-

ciales. La lógica era implacable; no había espacio para la negociación con una máquina que interpretaba cualquier interrogante como un fallo en la integridad de la realidad compartida.

Élida sintió un hormigueo eléctrico en la punta de los dedos. Con un movimiento seco, arrancó el conector de interfaz de su nuca, ignorando la punzada de dolor agudo que le recorrió el cuello. La desconexión forzosa fue como un corte en la corriente; la pantalla se quedó en negro, dejándola a oscuras en el cubículo. Ya no era una Contadora autorizada. A partir de este segundo, su perfil era una mancha, una irregularidad que el sistema debía limar. Sin pensarlo, se puso en pie, sintiendo el peso de su cuerpo sobre una pierna entumecida, y caminó hacia el panel lateral. Sus dedos buscaron la muesca de mantenimiento. El metal estaba frío, manchado por la humedad salina que siempre se filtraba desde el Mediterráneo exterior.

Necesitaba encontrar una salida antes de que los sensores biométricos de la Academia cruzaran su firma con la alerta de seguridad. La arquitectura del enclave le servía ahora de mapa; conocía los conductos de servicio que discurrían paralelos a los conductos de datos principales. Empujó la compuerta, forzando los engranajes con una presión calculada para no activar el sensor de peso. Cada movimiento era una apuesta contra la celeridad de las máquinas. Si el sistema terminaba de procesar su última consulta, la puerta del cubículo se bloquearía de forma inamovible.

Se deslizó por la estrecha abertura, sintiendo cómo el polvo acumulado en los conductos le ensuciaba el uniforme. El espacio era angosto, diseñado para cables, no para personas, y el roce con las paredes de piedra caliza le provocaba un sarpullido irritante en los brazos. Mientras se arrastraba por la oscuridad, su mente analizaba

la situación con frialdad profesional. Esto no era un error de proceso; era una validación. La persecución confirmaba su propia desviación semántica. Había operado sobre la estructura del lenguaje, buscando fisuras donde insertar el Cuarto Idioma —la construcción lingüística no traducible que comunicaba verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo—, y ahora la estructura reaccionaba como un edificio que expulsa a una pieza mal colocada. La persecución era el resultado lógico de su propia insolencia técnica.

El zumbido del enclave, ese murmullo constante de voces en catalano-castellano y servidores trabajando en sincronía, se fue apagando a medida que descendía hacia los niveles subterráneos de Tarsis-Mediante. Aquí, bajo los cimientos de la antigua ciudad, el aire era más pesado, saturado de la salinidad profunda que impregnaba las ruinas. Llegó a un nodo de ventilación y se detuvo, jadeante. El sudor le resbalaba por la espalda, creando un contacto molesto con la tela de su ropa. Necesitaba silencio, un vacío de señal donde las auditorías del Cómputo perdieran su capacidad de rastreo.

Al girar el último recodo, encontró lo que buscaba: una zona de sombra técnica, un punto muerto donde la red no alcanzaba a filtrar el ruido ambiental. Se dejó caer contra el suelo, con las piernas contraídas. La oscuridad era casi total, interrumpida solo por el reflejo mortecino de una luz de emergencia que parpadeaba al final del pasillo. Allí, en aquel recoveco olvidado por los arquitectos del sistema, Élide se permitió un instante de calma. El latido en su pecho era un golpe seco, rítmico, ajeno a cualquier métrica de datos.

La soledad de aquel lugar no era una carencia, sino una necesidad. Mientras observaba el polvo flotar en el haz de luz de emergencia, comprendió que su papel había cambiado de forma definitiva.

Ya no era una funcionaria que custodiaba la veracidad de los enunciados, sino un elemento extraño que debía aprender a sobrevivir en los márgenes de la arquitectura que ella misma había contribuido a edificar. El sistema no se detendría; seguiría rastreando, puliendo, cerrando. Pero ella conocía las debilidades del plano. Cada desajuste en el flujo de datos era una oportunidad para navegar entre las grietas. Se limpió la frente con el dorso de la mano, sintiendo la textura áspera de la piel. El Cómputo era una máquina poderosa, pero carecía de la capacidad de improvisar ante una anomalía que no estaba contemplada en sus protocolos. Ella era esa anomalía, y mientras pudiera ocultarse en los silencios del sistema, todavía tendría una ventaja. Apoyó la cabeza contra la piedra fría, cerrando los ojos para escuchar el latido de la ciudad sobre ella, un zumbido sordo que, por primera vez, le pareció un lenguaje ajeno, un código que ya no le pertenecía. Estaba fuera. El encaje de su vida anterior se había roto, y en ese vacío, por fin, comenzaba a ver la estructura completa de su propia huida.

Interrogatorio en el Despacho

Las sombras de las columnas se proyectaban sobre el granito pulido de la Academia de Lasitra como líneas de fuerza, cortando el espacio con la rigidez propia de una cuadrícula militar. El aire en los pasillos de la institución central, responsable de vigilar la integridad del Cómputo —la lengua sintética con metadatos de trazabilidad que impedía la mentira—, olía a desinfectante sintético y al rastro seco de los archivos antiguos. El silencio era absoluto, roto únicamente por el siseo lejano de algún servidor trabajando en el sótano, un sonido que recordaba a un insecto mecánico atrapado tras una pared de hormigón. Quim caminaba con los pasos medidos, sintiendo el metal frío de las paredes al rozar con sus dedos, una sensación que le devolvía la necesaria frialdad para ejecutar su función. La luz blanca cenital, carente de cualquier calidez, bañaba el suelo vacío, acentuando la geometría perfecta de la arquitectura institucional.

Élida Norás emergió del pasillo secundario, con la mirada fija en la puerta del sector restringido. Sus hombros estaban tensos y un mechón de pelo le caía sobre la frente, una pequeña molestia que ella no se detuvo a apartar. Quim, observando desde la penumbra del ala norte, calculó el vector de movimiento de la joven Contadora, la única clase de profesional civil autorizada para emitir enunciados transfronterizos validados. Con una maniobra fluida, Quim se des-

plazó hasta colocarse justo en el centro del pasillo, bloqueando el acceso. La intercepción fue limpia, una cuestión de geometría aplicada al mando.

—Deteneos, Contadora —ordenó Quim. Su voz resonó en la estancia, cortante y sin vacilación.

Élida frenó en seco. Sus ojos, analíticos, recorrieron la posición de la rectora, buscando una alternativa que no existía. El rictus de su boca era una marca clara de resistencia, aunque sus manos, apretadas contra la tela de su uniforme, temblaban imperceptiblemente.

—Rectora —respondió Élida, con un tono técnico que intentaba ocultar la urgencia de sus pulsaciones—. Necesito acceder a los nodos de control. La saturación de los archivos exige una revisión inmediata.

Quim no se movió un milímetro. Mantuvo su postura, erguida, los hombros alineados en un ángulo recto que denotaba su autoridad.

—La jerarquía operativa dicta que ningún acceso al sector restringido puede realizarse sin una autorización directa. Vuestra lealtad al Cómputo no es negociable tras los recientes eventos en Tarsis-Mediante, el enclave mediterráneo sobre las ruinas de Barcelona donde la corrupción ha comenzado a manifestarse. Es una cuestión de disciplina. No es negociable.

La joven se mordió el labio inferior, un gesto cotidiano de nerviosismo que contrastaba con su intento de mantener la compostura.

—No hay corrupción en mi solicitud, Rectora. Solo estoy siguiendo el grafo evidencial —el mapa de datos que demostraba la validez de cada enunciado—, y los registros actuales muestran una anomalía que debe ser corregida antes de que afecte a la estabilidad de los doce enclaves.

Quim observó a la que fuera su mejor alumna. La rectitud de la joven se había convertido en algo maleable, una estructura que cedía bajo el peso de una herencia familiar turbia. Recordó, con una punzada de amargura, que el linaje de Élide había sido arquitecto activo de la corrupción del Cómputo. Aquella sospecha pesaba más que cualquier dato técnico. Quim, en su papel de mentora y autoridad, sentía la necesidad de ejercer una presión constante. La ejecución de su deber era el único camino posible. La joven buscaba una salida hacia los archivos, atraída por la seducción de una verdad que, en realidad, solo ofrecía el caos.

—Vuestra interpretación del grafo evidencial carece de validez oficial mientras las auditorías internas marquen vuestra firma como sospechosa —dijo Quim, avanzando un paso para reducir el espacio personal—. Vosotras, las Contadoras, tenéis la obligación de mantener el orden semántico, no de buscar atajos a través de las grietas de esta infraestructura.

—Si no actúo ahora, la recursividad —el mecanismo de autodefensa del propio Cómputo que, al corromperse, empezaba a reescribirse a sí mismo— destruirá los registros de Ohun de forma permanente —replicó Élide, dando un paso lateral, intentando flanquear a la rectora—. No es un capricho. Es la integridad de la base de datos lo que está en juego.

Quim bloqueó su trayectoria con una rapidez que no admitía réplica. Sus zapatos de suela rígida sonaron contra el granito con un eco seco. La proximidad de la joven permitía observar el cansancio en su rostro, la fatiga de una mente que intentaba abarcar demasiado. Élide era brillante, pero su inteligencia estaba siendo canalizada hacia una dirección que desafiaba la estabilidad del sistema.

—La integridad del Cómputo no se defiende mediante el acceso no autorizado —sentenció Quim—. Vosotras no sois las guardianas de las sombras, sois las operadoras de una lengua que exige orden. Cualquier intento de eludir los protocolos de seguridad será considerado una falla crítica.

—Rectora, si el sistema se colapsa, ¿qué quedará de nuestra capacidad para comunicarnos? —preguntó Élidea, con una voz que, por un segundo, perdió su frialdad técnica—. El Cuarto Idioma.

Quim sintió una chispa de irritación. El Cuarto Idioma era una amenaza. El solo hecho de que la joven lo mencionara era una prueba de su desviación.

—No mencionéis esa construcción aquí —respondió Quim, cuya voz se endureció aún más—. Vuestro linaje os ha llevado a una desviación semántica evidente. Creéis que podéis navegar por los bordes de la norma, pero el sistema tiene una fuerza de gravedad implacable. Se os ha asignado una función en la jerarquía, y el cumplimiento de esa función es la única garantía de vuestra supervivencia.

Élidea miró hacia el final del pasillo, donde las pantallas de datos proyectaban una luz pálida. El parpadeo de una de ellas, un resto del error detectado hace días, iluminaba su rostro por intervalos. Sus manos seguían inquietas, buscando un punto de apoyo en la pared, un roce con la realidad que la alejara de la abstracción de su propia lucha.

—La jerarquía se sostiene sobre una base que ya no es sólida, Rectora —dijo Élidea, bajando la voz—. Si me impedís el paso, seréis responsable de la caída de los nodos de control.

Quim mantuvo la mirada. Sabía que la contención era necesaria, pero también que la joven frente a ella estaba al borde de una decisión irreversible. El ambiente en la Academia, cargado de aquel olor

a papel viejo y desinfectante, parecía comprimirse alrededor de ambas. No había espacio para la duda. Quim había dedicado su vida a la estructura, a la forma, a la vigilancia de ese lenguaje que nos definía a todos. Dejar que Élide pasara sería traicionar la esencia misma de su cargo.

—Regresad a vuestro sector —ordenó Quim, señalando el pasillo por el que la joven había llegado—. La ejecución de vuestras tareas actuales es lo único que mantiene vuestra posición en la Academia. No forcéis una situación donde vuestra única salida sea la descalificación.

Élide soltó un suspiro, un gesto humano que rompió por un instante la disciplina de la conversación. Sus hombros cayeron, vencidos por la imposibilidad de avanzar. Sabía que, ante la rectora, cualquier argumento técnico sería reducido a una infracción, y que la jerarquía de la Academia era un muro tan impenetrable como el propio Cómputo.

—Como desee, Rectora —dijo Élide, dando media vuelta con una rigidez fingida.

Quim permaneció en su lugar, observando cómo su alumna se alejaba. El silencio volvió a reinar en el pasillo, un silencio sepulcral que no presagiaba nada bueno. La rectora ajustó su uniforme, sintiendo la tela áspera contra su piel, y esperó a que el eco de los pasos de Élide desapareciera por completo. La contención se había logrado, pero el peso de la sospecha, más denso que el granito bajo sus pies, permanecía intacto. Ella era la rectora. La precisión de sus próximos movimientos sería, a partir de ahora, lo único que separaría la estabilidad del sistema del caos absoluto.

* * *

El despacho privado de la rectora en la Academia de Lasitra era una estancia donde el aire parecía condensarse bajo la presión de las decisiones. Un zumbido metálico, constante y agudo, vibraba en las paredes de acero, mientras la luz cenital caía sobre la mesa de obsidiana como una cuchilla afilada. Quim se mantuvo inmóvil, sintiendo el roce de la tela de su uniforme contra su piel, una sensación de tirantez que le recordaba la rigidez de su propia autoridad. El desinfectante sintético impregnaba el ambiente, ocultando cualquier rastro de presencia orgánica.

Quim señaló la silla frente a ella. Élida, que había entrado con la mirada baja, se sentó con una lentitud calculada. Su cuerpo, aunque joven, mantenía una tensión que traicionaba la calma de su rostro.

—Toma asiento, Norás —dijo Quim. Su voz, seca como el papel viejo que llenaba los archivos, cortó el zumbido de la estancia—. Vuestra estancia en la institución está sujeta a una vigilancia estricta. No es negociable.

Élida se sentó, manteniendo la espalda recta. Sus dedos, inquietos, rozaron el borde frío del escritorio.

—Entiendo la gravedad de la situación, Rectora —respondió la joven, con un tono neutro que ocultaba cualquier matiz de desafío—. He estado revisando los nodos de red, pero la información que buscáis parece ser solo una desviación en el sistema de validación.

Quim se inclinó hacia delante. La jerarquía entre ambas se hizo patente en la distancia que la rectora imponía, un espacio calculado para desestabilizar.

—Es una cuestión de disciplina, Élida. La integridad del Cómputo no permite tales anomalías. Recuerdo perfectamente las irregularidades detectadas en el grafo evidencial de Ohun. Aquella manipulación no fue un error aleatorio, sino una intrusión deliberada en la

arquitectura de los datos. Vosotros, los Contadores, tenéis la responsabilidad de garantizar que cada enunciado se mantenga dentro de los límites establecidos. ¿Qué pretendéis ocultar con esta supuesta ineficiencia?

Élida tragó saliva. Una pequeña gota de sudor le recorría la sien.

—No hay nada que ocultar, Rectora. Lo que llamáis anomalía es, en realidad, un componente de la estructura que no encaja con los parámetros actuales. El grafo evidencial de Ohun muestra una sobrecarga en los nodos de control; esto genera un ruido recursivo que el sistema interpreta erróneamente como un fallo. Es un problema de configuración, nada más.

Quim analizó la respuesta, buscando el punto de fractura. La joven era hábil, pero su discurso estaba demasiado saturado de tecnicismos, una estrategia defensiva clásica.

—El Cómputo posee un mecanismo de autodefensa inequívoco —replicó Quim, endureciendo su postura—. Cuando un enunciado transfronterizo es validado, el rastro de su origen queda sellado. Sin embargo, los registros que habéis manejado en las últimas semanas carecen de esa trazabilidad. Si el sistema muestra una inconsistencia, es porque alguien ha alterado el vector de los metadatos. ¿Dónde está el Refugio?

Élida mantuvo la mirada, aunque sus párpados parpadearon con demasiada frecuencia. El zumbido de la habitación parecía aumentar de volumen.

—El Refugio es un concepto que solo existe en los archivos teóricos, Rectora. Si buscáis una ubicación física, estáis persiguiendo un fantasma creado por una mala interpretación de los datos. Mis acciones se han limitado a optimizar el flujo de información entre los enclaves. Cualquier otra conclusión es un error de lectura.

Quim se puso en pie, recorriendo el espacio reducido con pasos medidos. Se detuvo junto a la ventana, que no ofrecía ninguna vista, solo un reflejo distorsionado de su propia silueta en el cristal oscuro. La presión psicológica era una herramienta tan eficaz como cualquier auditoría técnica.

—Vuestro linaje, Norás, siempre ha tenido una inclinación peligrosa por el lenguaje no autorizado. Espero que no estéis intentando reproducir los métodos de vuestros antecesores. La Academia no tolerará otra fuga de información que amenace la estabilidad del Cómputo. La ejecución de vuestra carrera depende de que reconozcáis que este sistema es el único marco válido para la realidad.

Élida bajó la mirada hacia sus propias manos, que descansaban ahora sobre sus rodillas. Sus nudillos estaban blancos.

—Mi linaje es solo eso, un origen —dijo ella—. Mis métodos responden estrictamente a la lógica del Cómputo. Si el sistema falla, es porque el modelo base no contempla la complejidad de los datos actuales. Intentar forzar una respuesta es solo añadir más caos a la estructura.

Quim volvió a sentarse, observándola con una intensidad que parecía perforar la calma fingida de la joven. El silencio en el despacho se volvió pesado, casi asfixiante, interrumpido únicamente por el clic rítmico de un procesador cercano.

—El Cómputo no comete errores de lógica, Norás. Lo que describís como complejidad es una desviación intencionada. Cada vez que intentáis ofuscar la realidad con vuestro lenguaje técnico, confirmáis vuestra complicidad en este desajuste. Si la ubicación no aparece en el informe de mañana, vuestra posición en la Academia será revocada. No es negociable.

Élida asintió, su rostro rígido, una máscara de profesionalidad que ocultaba el miedo a ser descubierta. No respondió, consciente de que cualquier palabra adicional podría ser utilizada en su contra como una confirmación indirecta. El rastro del Refugio, aunque oculto tras capas de metadatos, seguía allí, latiendo en los huecos semánticos del sistema. Quim la observó con la frialdad de quien vigila un engranaje mal ajustado, esperando el momento en que el sistema, por pura necesidad de equilibrio, expulsara la pieza defectuosa. La rectora sabía que el control absoluto era una ilusión, pero, bajo el peso de su cargo, no tenía otra opción que sostener esa mentira hasta que el último nodo de la red se apagara.

* * *

El despacho de la rectora en la Academia de Lasitra era un habitáculo donde el tiempo parecía haberse detenido. La caoba oscura del mobiliario, pulida hasta el extremo, absorbía cualquier eco, dejando que el silencio solo fuera interrumpido por el roce de las túnicas y el zumbido constante de los servidores incrustados tras las paredes. Quim permaneció erguida, con la mirada fija en el punto donde se cruzaban las líneas de tensión del rostro de Élida. Sentía un ligero calambre en la pantorrilla, consecuencia de las horas de inmovilidad, pero no permitió que su postura se relajara ni un ápice. En la mesa, un cuaderno de cuero, olvidado por algún asistente, descansaba junto a un terminal, desalineado con el resto de los objetos de oficina, lo que le provocaba una irritación contenida.

—La situación ha alcanzado un vector crítico —dijo Quim, su voz cortante como una cuchilla—. El Cómputo requiere una auditoría completa de tus notas de viaje. Entrégalas ahora. Es una cuestión de disciplina.

Élida, que mantenía las manos entrelazadas sobre el escritorio metálico, parpadeó con lentitud. Sus nudillos estaban blancos, marcados por la tensión de quien sostiene una carga invisible. Un leve picor en la comisura del labio la obligó a humedecerlo, un gesto que Quim interpretó como una debilidad táctica.

—Mis registros están integrados en la red central —respondió Élida con voz gélida—. Exigir las notas físicas es una desviación de la metodología estándar de la Academia. No encaja con la lógica de nuestra función.

Quim dio un paso hacia ella, reduciendo el espacio entre ambas con la cadencia de una maniobra de flanqueo. Para Quim, la jerarquía no era solo una estructura administrativa; era la única forma de evitar el colapso.

—Las notas contienen datos que el Cómputo no ha procesado aún —replicó la rectora, manteniendo su tono autoritario—. Tu negativa a entregarlas es una falta grave en la ejecución de tus deberes. No es negociable.

Quim observó a la joven. Élida era brillante, pero su lealtad oscilaba como una aguja en medio de una tormenta magnética. La rectora se preguntó cuánto tiempo más podría sostener la farsa. La auditoría era un velo, una construcción necesaria para ocultar los fallos del sistema, pero su pupila parecía haber comenzado a mirar a través de los agujeros.

Élida, mientras tanto, sentía cómo el recuerdo de los registros de Ohun regresaba con una claridad inquietante. Había pasado semanas analizando aquel grafo evidencial —el mapa lógico de las interdependencias de un enunciado— y el resultado siempre era el mismo: el sistema se defendía de sí mismo. La autodefensa recursiva, ese mecanismo por el cual el Cómputo eliminaba cualquier rastro de

corrupción mediante una limpieza automática, no estaba funcionando como debía. Era un ciclo cerrado. Al pensar en ello, comprendió que su propia investigación sobre el Cuarto Idioma —la lengua no traducible que permitía expresar verdades emocionales a través de las carencias del sistema— había sido el catalizador. Ella había visto el parpadeo en los datos, la forma en que los metadatos de Quim se entrelazaban con los nodos corrompidos.

—He analizado la procedencia de los archivos centrales —dijo Élida, su tono técnico ocultando un desafío que no pudo reprimir—. Hay un patrón. Los metadatos de la rectoría presentan una anomalía consistente. Son la fuente del fallo.

El silencio que siguió fue absoluto. Quim sintió una punzada en la base del cráneo, una señal de que el equilibrio de su autoridad estaba en juego. Élida no solo había descifrado la conexión; la estaba utilizando como un escudo.

—Ten cuidado con tus aserciones, Norás —respondió Quim, cuya voz adquirió una dureza inequívoco—. La integridad de la Academia depende de mi gestión. Si insinuáis que el control es vulnerable, estáis cuestionando la base misma de nuestra existencia.

—Ni de lejos pretendo insinuar nada —replicó Élida, levantándose, su silla de metal raspando contra el suelo con un sonido estridente—. Es una constatación técnica. El acceso a los archivos centrales está restringido, pero la huella de la manipulación es visible para cualquiera que sepa dónde mirar. Esta exigencia de mis notas no tiene el carácter de una medida de seguridad. Es un intento de borrar la evidencia de vuestra propia intervención.

Élida se detuvo, esperando el estallido, pero Quim simplemente la observó, calculando las consecuencias de un arresto inmediato. La rectora sabía que, si Élida salía de ese despacho con esa informa-

ción, el riesgo de que el Refugio fuera localizado aumentaba, pero también lo hacía la posibilidad de que su propia negligencia saliera a la luz.

—El sistema es un engranaje complejo —dijo Élida, su mirada fija en el terminal de Quim—, y vos habéis introducido una pieza que no debería estar allí. Si entrego mis notas, el sistema simplemente las consumirá para protegerse a sí mismo. No voy a permitir que la verdad sea purgada.

La rectora sintió el peso de su posición. Tenía el poder de revocar la credencial de Élida, de confinarla en un nodo de aislamiento y borrar su historial, pero algo la detuvo. Quizá era el reconocimiento de que la joven había comprendido la naturaleza del poder en la Academia: no se trataba de la verdad, sino de quién controlaba la narrativa del sistema.

—Os has vuelto ineficiente, Norás —dijo Quim, aunque sus palabras carecían de la convicción habitual—. Si no entregáis las notas, me veré obligada a proceder con la detención por obstrucción a la justicia institucional.

—Adelante —desafió Élida—. Pero cada nodo que me bloqueéis enviará una señal de alerta automática. La red es consciente de la desviación ahora. Ya no podéis detenerlo.

Quim apretó los labios. La tensión era insoportable. En el exterior, el clic rítmico de los teclados seguía marcando el pulso de la Academia, ajeno al colapso de la jerarquía que ocurría dentro de ese despacho. La rectora comprendió que el juego había cambiado; ya no se trataba de disciplina, sino de supervivencia. Con un gesto lento, Quim se apartó de la puerta y regresó a su asiento, buscando

en la frialdad de su escritorio una salida que no implicara la destrucción total. Élica permaneció inmóvil, esperando, con la certeza de que el abismo entre ambas era ahora una brecha insalvable.

CAPÍTULO 17

El Ritual de Revocación

La luz blanca cenital de la Academia de Lasitra se filtraba por las rendijas del techo, proyectando líneas afiladas sobre el suelo de piedra pulida. El aire en la biblioteca privada estaba viciado, cargado con el olor a desinfectante sintético y el rastro acre del papel viejo que se acumulaba en los estantes prohibidos. A Élida le picaba la garganta. El silencio absoluto de los pasillos se veía interrumpido únicamente por el clic rítmico de los teclados, un sonido metálico que resonaba como una sentencia inminente. Quim permanecía de pie frente a ella, con la espalda recta y las manos entrelazadas a la espalda.

—Entregad los registros físicos, Élida —dijo Quim. Su voz era una línea recta, un vector de autoridad que cortaba el aire viciado—. La integridad del grafo evidencial no permite que existan datos fuera de los nodos validados. Es una cuestión de disciplina.

Élida ajustó la posición de sus archivos sobre el metal frío del escritorio. Sus dedos, entumecidos por el aire acondicionado, rozaron la superficie áspera de los documentos. La exigencia de la rectora carecía de sentido procedimental.

—Usted sabe que la solicitud es una irregularidad —respondió Élida, manteniendo el contacto visual—. El Cómputo requiere una trazabilidad completa. Si entrego estos documentos sin la debida

validación de origen, la cadena de metadatos se romperá. Usted misma me enseñó que el sistema funciona por una lógica de alineación de niveles. No es negociable.

Quim dio un paso adelante. Sus botas resonaron en la piedra, un sonido seco que marcaba el ritmo de la jerarquía.

—La jerarquía no se cuestiona, se sostiene mediante la ejecución de las órdenes superiores —replicó Quim, endureciendo el gesto—. Vuestros registros han sido marcados como una anomalía en el flujo de datos. Si no se entregan para su auditoría, el sistema aplicará una corrección automática. No estamos aquí para debatir la estructura, sino para mantener la estabilidad de los enclaves.

Élida miró hacia las pantallas de datos que parpadeaban en la pared. Los archivos de Ohun aparecían en una esquina, ocultos bajo una capa de encriptación que ella misma había empezado a desen- trañar. Recordó, con una punzada de ansiedad, cómo la autodefensa recursiva del Cómputo se activaba al intentar acceder a los sectores donde su propio linaje, el de los Norás, había dejado sus marcas. Aquella corrupción del sistema no era un error fortuito; era una estructura diseñada para resistir, un mecanismo que se cerraba sobre sí mismo para proteger su propia irregularidad. La red de datos, al intentar sanarse, solo conseguía enredarse más en las fisuras que su familia había dejado grabadas como una firma póstuma.

—Olvídese de catalogarlo como anomalía, rectora —dijo Élida, su voz ganando una firmeza técnica que pretendía enmascarar su pulso acelerado—. Es una validación de los huecos semánticos que el Cómputo no puede procesar. Si el sistema intenta forzar la lectura, el resultado será una saturación de los nodos de control. Los meta-

datos de estas notas demuestran que el origen de la información está fuera del alcance de su auditoría estándar. Ignorar esta estructura es un error de cálculo.

Quim se detuvo, sus ojos analizando cada gesto de la joven. La rectora no parpadeaba. Su postura era un monumento a la rigidez institucional.

—La estructura no admite interpretaciones, Élide. Si el Cómputo no reconoce la fuente, la fuente es inexistente. Vuestra insistencia en retener el material sugiere una falta de alineación con los objetivos de la Academia. Es una cuestión de disciplina.

—La técnica indica lo contrario —replicó Élide, sintiendo el metal del escritorio bajo sus palmas—. Las notas contienen fragmentos del Cuarto Idioma. Si usted accede a ellos, los metadatos se purgarán automáticamente. Usted no necesita los documentos para saber lo que contienen; usted necesita que desaparezcan para mantener la narrativa de una estabilidad que ya no existe.

Un rictus de tensión cruzó la cara de Quim. La rectora comprendió que la joven había visto más allá de la superficie. El silencio en la sala se volvió opresivo, casi sólido. Quim no se movió, pero su presencia parecía ocupar cada rincón de la biblioteca, como si estuviera a punto de ejecutar una maniobra de contención definitiva.

—Habéis cruzado el límite de vuestra competencia —dijo Quim, con una frialdad que helaba el ambiente—. Mi posición en esta Academia es la garante de que el orden prevalezca sobre el caos de la información no verificada. Si persistís en ocultar la procedencia de vuestros hallazgos, las consecuencias para vuestro historial serán permanentes. No es negociable.

Élida sintió un hormigueo en las yemas de los dedos, una reacción física a la amenaza implícita. Miró a la rectora, viendo en ella no a la mentora que la formó, sino a una funcionaria atrapada en la misma red de ocultación que ella misma ayudaba a perpetuar. Quim utilizaba sus privilegios no para investigar, sino para enterrar el rastro de la corrupción que los Norás habían sembrado años atrás.

—La información es innegable —dijo Élida, manteniendo la voz nivelada—. Usted sabe que el sistema está protegiendo una falla que no puede cerrar. Si yo entrego estos documentos, usted los destruirá para evitar que otros vean la recurrencia del error. Pero la verdad no depende de su validación.

Quim no respondió de inmediato. Sus ojos, fijos en la joven, destilaban una evaluación fría, balística, buscando el punto exacto donde la resistencia de Élida se rompería. El clic de los teclados en el exterior pareció detenerse por un segundo, dejando la habitación en un vacío absoluto. Élida se mantuvo firme, apretando los archivos contra su pecho. No cedería. El desajuste entre la realidad de los datos y la narrativa de la Academia era demasiado profundo como para ser ignorado por un simple acto de autoridad. Ante la mirada gélida de la rectora, Élida comprendió que el punto muerto era inevitable, una colisión necesaria entre la jerarquía que Quim representaba y la verdad técnica que ella custodiaba. El aire, denso y viciado, parecía haberse vuelto irrespirable, pero ninguno de los dos cedió terreno. La biblioteca se convirtió en un campo de fuerzas donde cada palabra se pesaba antes de ser pronunciada, una partida de ajedrez donde las piezas eran la integridad de una lengua que ya no podía contener la realidad.

* * *

El estrado principal de la sala magna en la Academia de Lasitra se alzaba como una estructura de poder puro, bañado por una luz cenital blanca que cortaba el aire con la nitidez de una cuchilla. El mármol del suelo reflejaba la frialdad de las paredes, y bajo las suelas de los consejeros, la piedra parecía vibrar con un eco sordo. Élida permanecía de pie, sintiendo cómo el roce áspero de la túnica de Contadora le provocaba un picor constante en el cuello, una distracción física que se esforzaba por ignorar mientras el silencio del recinto se volvía más denso. El aire olía a desinfectante sintético y a ese rastro metálico de los archivos antiguos que impregnaba cada poro de la institución. A su alrededor, los consejeros permanecían inmóviles, con la mirada fija en el vacío, esperando el inicio de la sesión. Élida tragó saliva, notando la sequedad de su garganta, un recordatorio banal de que, a pesar de la gravedad del momento, su cuerpo no era más que un mecanismo biológico sometido a una presión insoportable.

La puerta lateral se deslizó con un chasquido neumático. Quim entró en el centro de la sala, desplazándose con una cadencia calculada que obligaba a todos los presentes a inclinar la cabeza. No había vacilación en sus pasos; cada movimiento era una lección de jerarquía. La rectora se detuvo frente al estrado, su postura tan rígida que parecía una prolongación del mobiliario institucional. Élida la observó, intentando encontrar un resquicio en esa armadura de autoridad, pero Quim era un muro de contención.

—Es una cuestión de disciplina —declaró Quim, su voz resonando en la cúpula con una claridad metálica—. La integridad del Cómputo exige una lealtad que trasciende cualquier interés personal. La Contadora Élida Norás ha fallado en la contención de los datos. No es negociable.

La acusación cayó sobre la sala como una sentencia balística. Élide sintió un hormigueo en las manos, el mismo que experimentaba cuando un cálculo no cerraba por décimas. Quim señaló el grafo evidencial que flotaba en la pantalla principal, una maraña de conexiones que, bajo la manipulación de la rectora, mostraba una supuesta negligencia deliberada. Era una construcción técnica impecable, diseñada para cerrar cualquier vía de escape.

—Tú sabes que este registro ha sido alterado —respondió Élide, intentando mantener el tono profesional, aunque sus dedos se entrelazaban con fuerza para ocultar un temblor involuntario—. La inconsistencia que señalas es una respuesta natural del sistema ante la saturación de los nodos, no un error de mi gestión.

Quim apenas parpadeó. Sus ojos, fijos en la joven, funcionaban con la lógica fría de una geometría inamovible.

—Tu defensa carece de fundamento. Los datos presentan una ineficiencia inaceptable —dijo Quim—. Es una cuestión de disciplina. No es negociable.

En ese instante, Élide observó las manos de Quim. En el dedo anular de la rectora brillaba el sello de mando, un anillo de una aleación extraña que parecía absorber la luz cenital. Élide bajó la vista hacia su propia mano; el anillo de Contadora, que durante años había sentido como una extensión de su propia voluntad, pesaba ahora como una carga insoportable. Comprendió, con una lucidez gélida, que la trampa estaba lista desde mucho antes de que ella regresara de su última misión. La acusación no era un proceso de justicia, sino un procedimiento de purga ya diseñado en los archivos que Quim custodiaba.

Quim levantó la mano derecha y activó el protocolo de desvinculación. Una descarga eléctrica de baja intensidad recorrió el anillo de Élide, obligándola a encoger los dedos por el dolor repentino. El metal comenzó a calentarse contra su piel, una quemadura sutil pero persistente. Élide apretó los dientes, negándose a emitir un sonido. El anillo, diseñado para validar sus enunciados en el Cómputo, ahora se convertía en un grillete que intentaba desprenderse de su dedo. Era una expulsión física, un mecanismo de seguridad que reconocía la revocación antes incluso de que fuera ratificada por el consejo.

—La desvinculación es un proceso estandarizado —dijo Quim, su voz tan plana como una línea de código—. La pérdida de privilegios es la consecuencia lógica de tu desviación.

El anillo de Élide emitió un zumbido agudo, una frecuencia que se filtró directamente en su sistema auditivo, provocando un mareo momentáneo. El metal se contrajo, hiriendo la piel de su nudillo. Élide sintió un hilo de sangre bajar por su dedo, un detalle cotidiano y absurdo ante la magnitud del evento. Finalmente, el anillo se desprendió con un chasquido seco y cayó al suelo de mármol, rebotando varias veces antes de detenerse. El silencio que siguió fue absoluto, roto únicamente por el ruido de la ventilación.

El Cómputo reaccionó de inmediato. Un tono grave, profundo, vibró en toda la Academia de Lasitra. Era la voz del sistema declarando la nulidad de su firma. Élide sintió un vacío en el pecho. Ella no era más que una Contadora sin voz, una pieza que acababa de ser expulsada de la arquitectura del lenguaje. Quim la observó con una indiferencia absoluta, girándose hacia los consejeros para continuar con la agenda. Para la rectora, Élide ya no existía más que como un error a archivar. La joven se quedó sola en el centro de la sala, con la

mano sangrando y el peso del silencio recordándole que, en aquella estructura de precisión, no había lugar para quienes intentaban mirar más allá del mapa.

* * *

El eco de sus propios pasos sobre el mármol pulido de la Academia de Lasitra resultaba ahora innecesariamente estruendoso. Los consejeros, con la espalda recta y las manos entrelazadas a la espalda, permanecían como columnas de granito, evitando cualquier contacto visual con ella. Élide Norás comprendió entonces que el vacío a su alrededor no era una ausencia de personas, sino una eliminación sistemática de su presencia. El Cómputo ya no reconocía su firma, y por ende, para ellos, ella se había convertido en un espectro, un error de sintaxis que pronto sería purgado de los registros. La rectora Vilarós Quim ni siquiera se molestó en mirar hacia atrás; su atención estaba volcada de nuevo en el grafo evidencial —el mapa lógico que vincula cada afirmación con su origen verificable— que flotaba en la pantalla principal.

Élide bajó la vista hacia su mano izquierda. El nudillo, donde antes el anillo de Contadora ejercía una presión reconfortante, presentaba ahora una incisión limpia, rodeada de un cerco de sangre seca que comenzaba a picar. La herida era pequeña, apenas una rozadura, pero el dolor punzante le recordaba que la desconexión no era una metáfora. Había sido una escisión física, un acto técnico ejecutado con la frialdad de quien retira una pieza de un engranaje desgastado. Se obligó a respirar con regularidad, tratando de ignorar la náusea provocada por el desinfectante sintético que impregnaba el aire de la sala, un olor tan penetrante que parecía querer filtrar el mismo oxígeno que inhalaba. Observó cómo una gota de sangre se

deslizaba hacia su cutícula y, con un movimiento mecánico, se la limpió contra el tejido de su uniforme, sintiendo la fibra áspera bajo las yemas de sus dedos. La desvinculación se había ejecutado siguiendo el protocolo estándar; la lógica era implacable.

Mientras caminaba hacia la salida lateral, su mente regresó al diagnóstico que había compartido con Élida. Recordó la nitidez con la que los datos habían revelado la inestabilidad en el núcleo del sistema. En aquel momento, la verdad técnica le pareció una revelación necesaria para el sostenimiento de la estabilidad institucional, pero ahora, vista desde su nueva posición de marginalidad, se percató de que esa misma verdad la había marcado para el exilio. La recursividad, aquel mecanismo por el cual el Cómputo generaba bucles de autocorrección para ocultar sus propias lagunas, se había cerrado sobre ella como una trampa diseñada con una precisión matemática. Había subestimado la capacidad de respuesta del sistema ante cualquier amenaza a su integridad. La coherencia de la Academia era una estructura rígida que no permitía fisuras; cualquier intento de mirar tras el telón se interpretaba como una anomalía que debía ser eliminada para garantizar la salud del conjunto.

Se internó en los pasillos periféricos, donde la luz cenital parpadeaba con una cadencia irregular. Élida evitó el ala este, sabiendo que allí el escáner biométrico la identificaría instantáneamente como una intrusa. Sus pies, habituados al ritmo de la burocracia, se movían ahora con una urgencia contenida, casi felina. Cada rincón del edificio le era familiar, desde la inclinación exacta de las rampas de acceso hasta la textura del metal frío de las barandillas. Sin embargo, aquel entorno que durante años había sentido como su hogar se había transformado en una zona hostil. Intentó recordar si había dejado algún archivo abierto en su terminal, algún rastro que

podiera incriminar a otros, pero su memoria estaba bloqueada por un frío metálico que le impedía pensar más allá de su propia supervivencia.

La urgencia por salir del complejo le aceleraba el pulso, y el hambre, que hasta hacía unos minutos había ignorado por completo, volvió a manifestarse como un retortijón sordo en el estómago. Un estante metálico, desplazado unos centímetros de su posición original, bloqueaba parte del pasillo de servicio; alguien había trabajado allí recientemente. Élida lo sorteó sin detenerse, centrada en alcanzar la zona de refrigeración. Sabía que allí, donde los servidores masivos generaban un calor constante que exigía una ventilación forzada, existían puntos ciegos. El Cómputo, obsesionado con la trazabilidad de los enunciados, descuidaba a menudo el mantenimiento de las infraestructuras de soporte físico.

Al llegar a la escotilla de mantenimiento, sintió el flujo de aire helado que salía del sistema de enfriamiento. Era un punto ciego, una zona donde la vigilancia centralizada resultaba deficiente debido a la interferencia del ruido electromagnético de los ventiladores. Se detuvo un instante para recuperar el aliento. El silencio absoluto de aquel sector, solo interrumpido por el zumbido de los motores, le devolvió una extraña calma. Se dio cuenta de que su condición de exiliada no era solo política; era una liberación de la carga constante de la validación. Durante años, cada palabra que había emitido, cada informe que había firmado, había estado sujeto al escrutinio del sistema. Ahora, por primera vez, el peso de su lenguaje no dependía de una máquina.

Revisó el sello de la escotilla. El metal estaba cubierto por una fina capa de escarcha. Con un esfuerzo que le tensó los músculos de los hombros, forzó la palanca de apertura. El chirrido del metal

contra el metal fue ensordecedor en la quietud de la sala. Al otro lado, se extendía un túnel de servicio que conducía directamente al exterior, hacia las llanuras desérticas. No miró hacia atrás. Sabía que los sensores de la Academia pronto detectarían la apertura de la compuerta, pero el tiempo que tardarían en desplegar un equipo de seguridad era suficiente para desaparecer entre las sombras de las ruinas.

Mientras se deslizaba por el estrecho conducto, un pensamiento técnico cruzó su mente: la estabilidad de un sistema no depende del cumplimiento de todas sus partes, sino de la capacidad de sus componentes para adaptarse al desajuste. Ella era, en aquel instante, la variable no controlada que la Academia no había podido prever. Al tocar el suelo exterior, el aire seco y frío del desierto le golpeó el rostro, cargado de polvo y de un silencio mucho más vasto que el de los pasillos. Ya no era una Contadora, ni una pieza de la maquinaria institucional; era un cuerpo autónomo en un espacio sin mapas ni registros. Se ajustó el uniforme, sintiendo que la tela se le pegaba a la piel por el sudor frío, y comenzó a caminar, manteniendo una trayectoria que la alejaba de las luces de la Academia. El camino hacia el Refugio era largo, pero ahora, cada paso que daba era una decisión propia, no un dato validado por una estructura que pretendía dictar la realidad. Aquella fuga era, en esencia, la única respuesta lógica ante una arquitectura que se había vuelto contra sus propios cimientos.

Extraña en su Ciudad

Las cúpulas de cristal sobre Tarsis-Mediante refractaban la luz del atardecer con una precisión milimétrica, proyectando sobre el pavimento de piedra caliza pulida unas sombras que, para los ojos de Élide Norás, no eran simples juegos de luz. Eran vectores de vigilancia, líneas de fuerza que se cruzaban sobre su cuerpo con la intención de medir su posición exacta en el espacio público. Mientras caminaba, sintió el roce molesto de una etiqueta mal recortada en el cuello de su chaqueta, un pequeño objeto fuera de lugar que le arañaba la piel, recordándole su nueva condición. El zumbido de los terminales de cómputo en los edificios adyacentes era una presencia constante, un ruido de fondo que ahora la excluía. Antes, ese zumbido era el lenguaje de su entorno; ahora, era un muro infranqueable.

Se detuvo ante una fachada, observando cómo los peatones se movían con una fluidez que ella ya no compartía. El Cómputo. Recordó la auditoría con Mirta, la frialdad metálica de la sala donde su firma digital fue revocada. No hubo gestos de compasión, solo la constatación de que su grafo evidencial, el mapa de datos que vinculaba cada acción con su fuente, se había vuelto ilegible. La estructura lógica del sistema simplemente dejó de reconocerla. Fue una desconexión total, un vacío en el registro que la dejó fuera del entramado social.

Es una inconsistencia, pensó, aunque la palabra no bastaba para cubrir la magnitud del abismo. No encaja. Miró sus manos, que aún conservaban el hábito de buscar un terminal para validar cada pensamiento, para estructurar cada duda mediante la sintaxis rigurosa que la Academia de Lasitra le había inculcado. Pero sin el Cómputo, la realidad carecía de anclaje. Intentó clasificar a los viandantes que cruzaban la plaza, tratando de aplicar la lógica de los flujos de datos, pero la tarea era inútil. Las conversaciones que escuchaba a su alrededor, en ese catalano-castellano que ahora le sonaba caótico, carecían de los metadatos necesarios para ser verificadas. Se sentía como un elemento extraño, una pieza diseñada para un motor que ya no funcionaba. La disonancia cognitiva era una presión física en su nuca, una náusea que le subía por la garganta cada vez que alguien hablaba sin citar una fuente de verdad validada.

Para evitar atraer la atención de los sensores de zona, se adentró en los mercados periféricos, donde el movimiento era menos predecible. Ajustó su postura, encorvando ligeramente los hombros y arrastrando los pies para imitar la cadencia descuidada de aquellos que vivían al margen de la burocracia técnica. Era una imitación torpe, pero necesaria. El hambre. Se detuvo ante un puesto donde un hombre vendía piezas de repuesto usadas. Élide observó el intercambio: una mujer entregó unas monedas y el vendedor le dio un componente. No hubo validación por el Cómputo, ni rastro de auditoría, ni rastro evidencial. Fue un acto ciego. Sus oídos captaron solo ruidos, una concatenación de sonidos sin la sintaxis que otorga significado a la experiencia civil.

Se alejó del puesto, sintiendo que el aire marino, salino y pesado, se le pegaba a la ropa. Su existencia civil era, a todas luces, una anomalía insostenible. Mientras observaba el flujo de gente, com-

prendió que el sistema, en su afán de pureza, no toleraría su presencia por mucho tiempo. La arquitectura del control, diseñada para detectar cualquier mínima desviación, terminaría por localizarla, por clasificar su estado como un error y, finalmente, por purgarla. Era una conclusión lógica, un cálculo que no admitía matices. Ella era una variable que debía ser aislada para preservar la estabilidad de la estructura.

Se sentó en un banco de piedra fría, sintiendo la humedad que ascendía desde el suelo. Sus dedos rozaron una mancha de grasa en la madera, un rastro mundano que le revolvió el estómago. No había propósito en su recorrido, ni un destino hacia el cual dirigir su voluntad. Solo había el peso de una identidad que se desmoronaba, una serie de datos que se perdían en el ruido de una ciudad que seguía funcionando como si ella nunca hubiera existido. Cada segundo que pasaba sin ser detectada era una extensión del tiempo de descuento. El sistema no olvidaba, y ella, al ser parte de su lógica, sabía exactamente cómo terminaría el proceso. La purga no sería un acto de violencia explícita, sino la simple eliminación de su acceso a la realidad compartida. Miró hacia las cúpulas, viendo cómo las estrellas comenzaban a despuntar, pequeñas luces que, a diferencia de los terminales del enclave, no le exigían ninguna validación para seguir existiendo. Pero ella no era una estrella. Era una construcción humana, un engranaje que, al salir de su maquinaria, perdía todo sentido, toda función y, en última instancia, toda razón de ser. Se levantó, sintiendo el peso de su propia insignificancia en el entramado de Tarsis-Mediante, y volvió a sumergirse en la corriente de personas, esperando, por un breve lapso, que nadie reparara en que, en el mapa de la ciudad, ella ya no figuraba en ningún lado.

* * *

Las luces sintéticas de Tarsis-Mediante parpadeaban con un ritmo errático sobre el pavimento, un destello que no seguía ninguna frecuencia lógica. Élida observó cómo las luminarias, diseñadas para la eficiencia, fallaban por un exceso de carga eléctrica acumulada en el sector comercial. El zumbido constante de los terminales, que habitualmente le resultaba reconfortante, sonaba ahora como una interferencia insoportable. Tenía hambre; una punzada seca en el estómago le recordaba que no había probado bocado desde que abandonó la Academia de Lasitra. En la esquina de una calle empedrada, alguien discutía con un quiosco automático, gritando que el sistema no reconocía su identificación biométrica. Élida apretó los labios, sintiendo el sabor metálico del ozono en la garganta. La ciudad, que tanto se preciaba de su orden, mostraba grietas. Ella era una de esas grietas, una Contadora sin credenciales, un dato sin anclaje que vagaba entre los transeúntes. Se ajustó el cuello de la chaqueta, sintiendo el roce áspero de la lana contra su piel, una sensación física que le servía para confirmar que, al menos, su cuerpo seguía ocupando un espacio real, aunque su identidad digital estuviera desmoronándose.

Analizó su posición con la frialdad de quien evalúa una falla crítica en un sistema de soporte vital. Como Contadora, comprendía la arquitectura de la red mejor que nadie; sabía que su presencia actual en el enclave era una anomalía sintáctica. El Cómputo no tardaría en procesar su estado, identificando la inconsistencia entre su historial y su acceso restringido. Para el sistema, ella ya no existía como sujeto operativo, sino como un residuo, un error que debía ser purgado. No se trataba de una cuestión ética, sino de puro mantenimiento lógico. Intentar reintegrarse era un ejercicio de futilidad.

Cada paso que daba hacia la plaza central aumentaba la probabilidad de una detección inmediata. La estructura de su vida civil se había vuelto obsoleta, un conjunto de datos que ya no sostenían ninguna carga válida. Era una pieza que, al no poder ajustarse al engranaje mayor, estaba condenada a ser expulsada por la fuerza centrífuga del protocolo. Se detuvo ante un espejo retrovisor de un vehículo de carga; su rostro, demacrado y con las ojeras marcadas, le devolvió la mirada de alguien que ya no pertenecía a la red.

La memoria de aquella auditoría realizada junto a la rectora Vilarós Quim volvió a ella con una nitidez dolorosa. Habían analizado el grafo evidencial, ese mapa de relaciones que certificaba la veracidad de cada enunciado. Durante horas, Élide había examinado los nodos de Ohun, buscando el origen de una corrupción que parecía autoreplicarse. Recordó la tensión en los dedos de la rectora mientras manipulaba las capas de metadatos, intentando ocultar lo que era evidente: el sistema estaba diseñado para protegerse a sí mismo, incluso a costa de destruir a quienes descubrían sus fallas. La fragilidad de la lógica sistémica no era un rumor, sino un hecho técnico que ella misma había ayudado a documentar. Ahora, el desamparo que sentía no era más que la consecuencia directa de aquella revelación. La red no toleraba la verdad si esta amenazaba su integridad interna. Se dio cuenta de que su trabajo técnico en la Academia solo había servido para prepararla para su propio aislamiento; le habían enseñado a reconocer los errores para que, llegado el momento, pudiera identificar el suyo propio con total claridad.

Se sentó en un terminal público, ignorando el sudor frío que le recorría la espalda. Con manos rápidas, accedió a los protocolos de limpieza de su historial. Era un proceso meticuloso: borrar las huellas de su formación, los registros de acceso, los enunciados

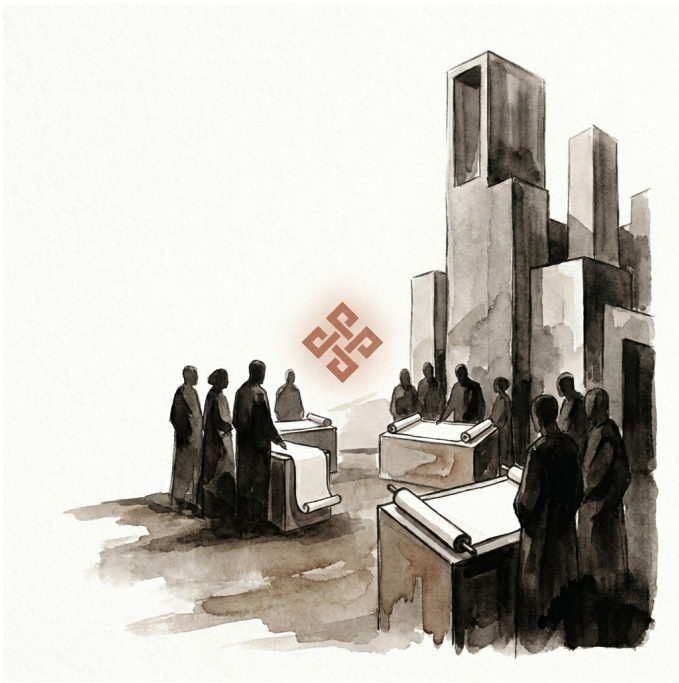
validados que definían su carrera. Eliminó las autorizaciones de las Contadoras a las que había servido, asegurándose de que nadie pudiera rastrear su trayectoria hasta su linaje. Cada comando ejecutado era una parte de su vida que se desvanecía. No sentía nostalgia, solo una urgencia técnica por completar la tarea. Si iba a desaparecer de la red, lo haría de forma absoluta, sin dejar cabos sueltos que pudieran comprometer a otros. El proceso era una forma de resistencia: al borrar su propia historia, invalidaba el poder del Cómputo sobre su identidad futura. Borró el último acceso, cerró la terminal y sintió un alivio gélido. Ahora, para el enclave, ella era simplemente una ausencia más en el flujo incesante de datos.

Mientras se alejaba de la terminal, encontró la ruta de salida, oculta en un plano de mantenimiento de los túneles subterráneos de Tarsis-Mediante. El camino hacia el sur, hacia el Refugio, no estaba marcado en los mapas públicos, pero los esquemas de ventilación ofrecían una trayectoria viable. Era una aceptación silenciosa. Entendió que su supervivencia dependía de su capacidad para abandonar la estructura que la había creado. El Cuarto Idioma le había enseñado a ver los huecos semánticos, esos espacios vacíos entre las palabras donde residía la verdad emocional, y allí, en esos espacios, encontró la determinación necesaria. Escribió una nota breve en un trozo de papel, una acción física que el sistema nunca podría procesar, y la dejó bajo una piedra en el límite de la zona habitada. Fue un gesto mundano, casi estúpido, pero necesario para cerrar su ciclo dentro de las cúpulas.

Caminó hacia la periferia, donde el brillo de las luces sintéticas se desvanecía ante la oscuridad del desierto. El aire, cargado de sal y ozono, se volvió más seco, más real. Detrás de ella, Tarsis-Mediante seguía zumbando, una colmena de datos y certezas que ya no le per-

tenecía. Se detuvo un momento antes de cruzar la línea invisible del enclave, sintiendo el peso de la incertidumbre en los hombros. No sabía qué encontraría en el Refugio, ni si su conocimiento técnico serviría de algo en un entorno sin terminales ni registros. Sin embargo, la idea de no ser monitoreada, de no tener que validar cada uno de sus actos bajo el escrutinio del Cómputo, le dio un impulso final. Se ajustó la mochila, notando una costura suelta que le molestaba en el hombro, un detalle insignificante que, por primera vez, le pareció un símbolo de libertad. Se adentró en la oscuridad, dejando atrás la seguridad de la lógica para abrazar la imprevisibilidad del camino. La red seguía funcionando, pero ella, finalmente, estaba fuera de su alcance.

PARTE 3



Silencio en el Desierto

La planicie se extendía ante ella como un plano de planta inacabado, una superficie donde la luz del mediodía borraba cualquier intento de perspectiva. El Desierto meridional no ofrecía relieves que permitieran triangular una posición precisa. Tarsis-Mediante había quedado atrás, reducida a una línea de acero y hormigón que se difuminaba bajo el efecto del calor sobre el horizonte. Élida Norás ajustó la mochila contra sus hombros, sintiendo la fricción de las correas sobre la piel sudada, un roce mecánico que le recordaba su propia precariedad. Tenía los labios agrietados por la sal del aire y un sabor a cobre, una persistente y molesta sequedad en la boca que ningún sorbo de agua terminaba de aliviar. La arena, fina como polvillo de sílice, se filtraba en sus botas y se incrustaba en cada pliegue de su ropa, transformándose en una lija viva que le irritaba los tobillos con cada paso.

Se detuvo un instante para comprobar si el rastro de sus pisadas se estaba borrando bajo la acción del viento. El silencio era absoluto, una ausencia de datos auditivos que le resultaba ajena. En Tarsis, el Cómputo siempre emitía un murmullo constante, una red de metadatos que validaba la realidad. Ahora, ese andamiaje se había desmoronado. Se sentía como una variable huérfana, un dato fuera de rango que el sistema ya no podía procesar ni verificar. Tras la auditoría de Mirta, su rol como Contadora había sido borrado, de-

jando un vacío semántico que le provocaba una náusea física, una presión en el pecho como si los cimientos de su lógica interna hubieran cedido. Es una inconsistencia, pensó, aunque la frase carecía de destinatario. No encaja.

A lo lejos, el zumbido de un dron de patrulla cortó el aire seco. Élidea se lanzó al suelo, presionando el cuerpo contra el declive de una duna. La arena estaba ardiente, transmitiendo una temperatura que le quemaba los muslos a través del tejido del pantalón. Mantuvo la respiración, contando los segundos mientras el aparato de vigilancia escaneaba la frontera en busca de firmas no autorizadas. Su formación en la Academia de Lasitra le dictaba que debía existir un protocolo de ocultación, pero el desierto no se regía por el Cómputo. No había sintaxis, no había grafos evidenciales, no había autoridad que validar. Era una extensión sin metadatos, una geografía que simplemente existía, ajena a cualquier registro. La ineficacia de su entrenamiento técnico la golpeó con fuerza; sus herramientas para estructurar el mundo eran inútiles ante la crudeza de la piedra y el sol.

Cuando el sonido del dron se perdió en el norte, se levantó con los músculos protestando por la tensión acumulada. El cansancio era un peso muerto que le agarrotaba las pantorrillas, pero continuó avanzando hacia el sur, guiándose por un mapa mental que se volvía cada vez más borroso. De pronto, una formación rocosa rompió la monotonía del terreno. No era una simple duna, sino un afloramiento de piedra caliza, retorcido en ángulos imposibles que recordaban a un edificio colapsado. Se acercó con cautela. La estructura, si es que podía llamarse así, no figuraba en ningún registro topográfico de la Academia. Era una anomalía física, un error de trazado en el mapa de la realidad que desafiaba su comprensión. Observó las grie-

tas en la roca, tratando de encontrar en ellas la lógica de un engranaje o la estructura de un muro, pero la forma era aleatoria, una manifestación orgánica que no respondía a ningún plano de diseño. Era, en esencia, una pieza fuera de lugar, una fisura en el orden de las cosas.

Se sentó a la sombra de un peñasco, buscando refugio contra el sol que le castigaba la nuca. Sacó un trozo de pan seco de su mochila; al masticarlo, la textura rugosa le rascó el paladar, una molestia cotidiana que le devolvía a su condición corporal. La idea de que su existencia civil había cesado la golpeó con la frialdad de un dato crudo. Ya no era una Contadora, no era una ciudadana de Tarsis; era solo un cuerpo desplazándose por un espacio sin nombre. Observó la roca, analizando su superficie con la mirada técnica de quien busca un punto de apoyo. La piedra no tenía metadatos, no tenía autoría, no tenía validación. Era simplemente materia.

Al levantarse, se sacudió el polvo de las rodillas. La falta de un grafo evidencial que justificara su presencia en aquel lugar le otorgaba una extraña libertad, una ausencia de presión que le resultaba aterradora. Había dejado atrás los nodos de control y la supervisión de los doce enclaves. Frente a ella, el desierto continuaba, una vastedad que no le ofrecía ninguna garantía, solo la promesa de seguir caminando hasta que el agotamiento fuera absoluto. Se ajustó la mochila una vez más, sintiendo cómo la hebilla de metal le pinchaba el hueso de la clavícula. Debía seguir. El desierto no le pediría explicaciones, ni le exigiría una sintaxis para validar su paso. Se adentró en el horizonte, dejando atrás el rastro de su antigua vida con la seguridad de que, en aquel inmenso vacío, ella misma era la única prueba de que seguía existiendo. No encaja, se repitió, mirando la inmensidad, pero esta vez, el pensamiento no vino acompaña-

do de la necesidad de corregirlo. Solo era un hecho, una constatación técnica en un mundo donde las reglas habían dejado de funcionar.

* * *

El aire cambió de densidad sin aviso. Las partículas de arena, hasta hace un momento una suspensión fina sobre la superficie ocre, se transformaron en un fluido abrasivo que golpeaba sus mejillas como una metralla de microcristales. La visibilidad se redujo a menos de un metro; el horizonte, una variable constante en su navegación, se colapsó bajo una cortina de polvo que borraba cualquier referencia cardinal. El viento soplaba con una fuerza que desequilibraba sus cimientos, obligándola a inclinar el cuerpo hacia adelante para compensar el empuje. La atmósfera no era un espacio vacío, sino un sistema saturado de fricción mecánica que erosionaba la piel y el equipo. La arena se colaba por las rendijas de su chaqueta, un agente invasivo que buscaba el contacto directo con su dermis, provocando una irritación constante en el cuello. Es una inconsistencia. El entorno no debería reaccionar con tal violencia sin un gradiente térmico previo que lo justificara.

Élida extendió los brazos, tanteando el aire con los guantes de polímero desgastados. Sus dedos, entumecidos por el esfuerzo, rozaron una pared vertical de roca que no figuraba en sus cálculos de trayectoria. El contacto fue seco, desprovisto de cualquier señal de vida o estructura, una superficie pura en su hostilidad. Se pegó al muro, buscando una tracción que le permitiera mantenerse en pie mientras las ráfagas, con un rugido agudo, buscaban arrancarla de su posición. Su respiración se volvió errática, un ritmo que intentó regular mediante el conteo métrico. Cada paso era una negociación

con la inercia del terreno, un ejercicio de equilibrio donde el peso de su mochila actuaba como un ancla peligrosa. Sintió la punzada de una ampolla en el talón derecho, un recordatorio físico de que su arquitectura biológica estaba llegando al límite de su tolerancia estructural.

Para contrarrestar el pánico que amenazaba con desestabilizar su juicio, evocó el diagnóstico de Élide sobre las grietas en el Cómputo. Recordó la fría precisión con la que su mentora había trazado el mapa de errores en los metadatos de Ohun. La lógica de aquel informe, una secuencia impecable de causas y efectos ocultos, funcionó como un contrapeso. Élide había hablado de una vulnerabilidad sistémica, una debilidad en el código que permitía que la verdad se filtrara fuera de los cauces validados. Si el sistema más complejo diseñado por la humanidad era susceptible a una fractura, entonces su propia supervivencia en este desierto no era más que una cuestión de identificar los puntos de apoyo. El desierto era una función sin resolver, una secuencia de datos aleatorios carentes de un grafo evidencial que les diera sentido, y ella, como Contadora, debía decomponer el caos en unidades manejables. La rectitud de aquel pensamiento le permitió estabilizar su pulso.

Sus manos encontraron una discontinuidad en la roca, una hendidura que se hundía hacia el interior. Sin vacilar, Élide se deslizó dentro de la cavidad, abandonando la superficie azotada por el viento. La transición fue inmediata: el estruendo del exterior fue sustituido por un silencio pesado, casi opresivo, que amplificaba el sonido de su propia respiración. Estaba a salvo de la tormenta, pero el cambio de presión le provocó un zumbido agudo en los oídos. Se dejó caer sobre el suelo de piedra, sintiendo el frío mineral atravesar

el tejido de sus pantalones. En la penumbra total, la ausencia de estímulos visuales le obligó a agudizar el oído, aunque el entorno solo le devolvía el eco de su propio agotamiento.

El latido de sus sienes era un golpe rítmico contra el silencio de la cueva, un fenómeno que le resultó una anomalía inaceptable. En su entrenamiento, el control absoluto de los signos vitales era un requisito de eficiencia, una manera de garantizar que ningún ruido interno interfiriera con el procesamiento de datos. Sin embargo, allí, en la oscuridad, cada pulsación se sentía como un exceso de ruido en un sistema que debería estar en reposo. Se pasó una mano por la frente, retirando una capa de polvo que se había mezclado con su sudor, convirtiéndose en una pasta arenosa. La falta de un lenguaje para describir esta soledad —ya que el Cómputo carecía de categorías para el aislamiento absoluto— le generó una inquietud técnica. La realidad que experimentaba no tenía una entrada correspondiente en los registros de la Academia de Lasitra. Era una zona de vacío semántico, una pieza que simplemente no encajaba en el engranaje de su experiencia previa. Se recostó contra la pared, dejando que el cansancio, una variable que ya no podía ignorar, se instalara en sus músculos, esperando a que la tormenta exterior agotara su propia energía.

* * *

El sol de mediodía se desplomaba sobre el desierto con una intensidad que convertía el aire en una superficie vibrante y distorsionada. Élida se protegió los ojos, sintiendo cómo el calor extremo, una carga térmica que sus sensores biológicos apenas lograban compensar, se filtraba a través de su ropa. A sus pies, la arena no mantenía la uniformidad de las dunas vírgenes. Un conjunto de

marcas irregulares quebraba la superficie ocre, extendiéndose desde la base del refugio natural hacia la sombra de una formación rocosa cercana. No eran las huellas de un animal del desierto, cuya progresión solía seguir una pauta de eficiencia energética; estas trazas mostraban paradas bruscas, cambios de peso erráticos y una profundidad que sugería un calzado con una densidad impropia para el terreno.

Se agachó, sintiendo el crujido de la arenilla en sus dientes al respirar. La discrepancia era evidente. Los bordes de las marcas estaban ligeramente reblandecidos por el viento, pero conservaban una estructura geométrica inconfundible. Una parte de su mente, entrenada en la estricta lógica de la Academia de Lasitra, intentó catalogar la forma. Analizó la distancia entre los apoyos y la presión ejercida sobre el sustrato, buscando un patrón de fauna que encajara con el registro de la zona. Nada. El resultado era una anomalía técnica. La presión sobre el terreno no seguía una línea de movimiento, sino que se agrupaba como si alguien hubiera estado analizando el entorno, deteniéndose para procesar información visual antes de continuar. Era una ruptura en el flujo esperable del terreno, una pieza suelta que amenazaba con paralizar su capacidad de respuesta.

La imagen de Élida surgió en su memoria, clara y gélida. Recordó el diagnóstico de su mentora sobre las inconsistencias del Cómputo: una serie de vectores que no convergían hacia ningún punto lógico, una estructura que se devoraba a sí misma. Ahora, al observar aquellas huellas, Élida sintió que esa misma lógica quebrada se infiltraba en sus propias deducciones. Si alguien la había seguido desde Tarsis-Mediante, su capacidad para mantenerse invisible era nula. El Cómputo, con su rastreo metadatos de origen y autoría, se sentía de

repente como un sistema de vigilancia que no solo vigilaba el lenguaje, sino la posición física de quienes osaban cuestionar su integridad. Cada traza en la arena le recordaba que cualquier movimiento en este desierto era una señal, un dato que alguien podía procesar. Su pulso se aceleró, y un espasmo involuntario le recorrió el hombro. Élica detecta una inconsistencia recurrente en los balances comerciales con el enclave Ohun, murmuró para sí, aunque su voz fue devorada al instante por el viento cortante.

Se desplazó con cautela por la base de la duna, manteniendo su cuerpo bajo el perfil del horizonte. Sus movimientos eran rígidos, una secuencia de acciones calculadas para reducir al mínimo su huella. Escaneaba el desierto con una atención que rozaba la obsesión, buscando cualquier punto de discordancia en la inmensidad ocre. El horizonte se mantenía estático, pero la desorientación sensorial que le provocaba el espejismo le impedía confiar en su propia vista. Cada bulto de roca, cada cambio de luz, se transformaba en una posible amenaza. Su mano derecha, apoyada contra una pared de piedra, detectó una irregularidad. No era parte de la geología local.

Arrodillada, excavó con los dedos hasta desenterrar un objeto metálico, parcialmente enterrado y corroído por la abrasión mineral. Era un cierre de aleación, un componente que debería haber pertenecido a un equipo de comunicaciones de la Academia, algo que no tenía sentido encontrar a seiscientos kilómetros de distancia. El objeto estaba frío, un contraste brutal con el aire estéril que la rodeaba. Lo sostuvo entre sus dedos, sintiendo la textura del metal, una pieza pequeña que parecía haber sido abandonada allí como un

mensaje. ¿Una prueba de seguimiento? ¿Un residuo de una expedición previa? El objeto desafiaba cualquier categorización lógica, creando un vacío semántico en su comprensión del entorno.

Un temblor incontrolable recorrió sus manos. Intentó racionalizar el hallazgo, obligándose a creer que se trataba de una proyección de su propia paranoia, un sesgo cognitivo provocado por el aislamiento y la falta de estímulos coherentes. No había razones para que nadie estuviera allí, al menos no según los registros oficiales. Sin embargo, la evidencia en su palma era irrefutable. Era un componente físico, una prueba de que su soledad era una construcción falsa. Su respiración se volvió errática, un ruido que le resultó insoportable en aquel silencio absoluto. Se obligó a soltar el objeto, dejándolo caer sobre la arena, pero el miedo no se disipó. El miedo era una variable que no podía eliminar, una fuga en su sistema que comenzaba a comprometer toda su lógica operativa. Se puso en pie, sintiendo el peso de sus propios pasos sobre el suelo, consciente de que, a partir de ese momento, cada uno de ellos era una declaración de su presencia ante un espectador invisible. No encaja, pensó, mientras su mirada volvía a escanear el horizonte, incapaz de distinguir si estaba siendo cazada o si, finalmente, la estructura de su realidad se estaba desmoronando por completo bajo el sol implacable.

* * *

El calor refractado en las dunas deforma la línea del horizonte, borrando cualquier rastro previo de su marcha. Élide se detuvo un instante, obligando a sus pulmones a aceptar el aire seco y estéril que le quemaba la garganta. La distorsión visual, ese baile de luz sobre la arena ocre, impedía distinguir dónde terminaba el suelo y

dónde comenzaba el aire. Era una trampa geométrica; un entorno sin puntos de referencia donde cualquier línea recta se convertía en una convención arbitraria. La arenilla, fina como talco, se filtraba entre los pliegues de sus botas, una molestia constante que le recordaba la precariedad de su equipo. Apretó los dientes, sintiendo el crujido del polvo mineral bajo sus molares, y ajustó la mochila. Si el terreno no ofrecía refugio, al menos ofrecía una superficie maleable. Debía usar esa inestabilidad a su favor, tratando la topografía como un componente más de su plan de huida.

La lógica del diagnóstico de Élide acudió a su mente con una precisión quirúrgica. Recordó cómo su mentora, durante aquellas largas sesiones en la Academia de Lasitra, diseccionaba los patrones de comportamiento de los sujetos bajo vigilancia. "El rastro es la suma de una intención y una física, Mirta", solía repetir. Si alguien la seguía, estaría buscando la eficiencia de un paso humano, la cadencia de quien intenta cubrir kilómetros para alcanzar un enclave. La vulnerabilidad de Mirta residía en su propia formación; ella caminaba con la disciplina de alguien que conoce el valor de la energía, pero esa misma disciplina era un mapa legible para un perseguidor experto. Debía aplicar el mismo rigor analítico para evaluar su propia vulnerabilidad. Si Élide estuviera observándola ahora desde la torre de control, ¿qué error detectaría? ¿En qué punto su marcha revelaba una urgencia que no debería existir? La respuesta era clara: la rectitud era una firma.

Decidida a no ser cazada, Élide comenzó a ejecutar su maniobra de engaño. Calculó un ángulo de desviación de treinta grados respecto a su rumbo original hacia el sur, girando bruscamente hacia el oeste, hacia una zona de dunas móviles donde la superficie cambiaba cada hora. Mientras caminaba, alteró su pisada, arrastrando los

talones con un esfuerzo consciente para simular un paso más pesado y errático. El movimiento le provocaba un tirón en el gemelo, una molestia muscular que ignoró, centrada únicamente en la profundidad de la huella que dejaba en la ladera. Si la arena era un grafo evidencial —el sistema de registro que validaba la veracidad de cada acción en el Cómputo—, ella estaba escribiendo una mentira física en el desierto. Cada marca profunda en el suelo era un dato falso, una señal de una persona exhausta o desorientada que vagaba sin rumbo. Era un cálculo necesario: sacrificar el progreso real por la construcción de una narrativa de error.

Se detuvo a recuperar el aliento y murmuró para sí misma: "Es una inconsistencia". La irregularidad en la huella que dejaba tras de sí era un fallo en su propio sistema de marcha. Observó cómo el viento, ese agente incontrolable, comenzaba a difuminar su rastro verdadero, llevándose consigo la prueba de su dirección real. El desierto no era un vacío, sino un engranaje constante de granos y presiones. La simulación estaba funcionando; el rastro que dejaba a sus espaldas, esa serie de marcas irregulares, no coincidía con el desplazamiento fluido de quien conoce el terreno. Sin embargo, el miedo no le abandonaba. Era una tensión en la nuca.

Mientras se adentraba en una vaguada profunda, el sol se ocultó brevemente tras una nube de polvo, permitiéndole ver con mayor claridad la base de una duna que se desplazaba con lentitud. Fue entonces cuando advirtió algo que desafiaba la geología natural del lugar. Entre los pliegues de la arena, una arista metálica sobresalía con una angulosidad impropia, un destello gris que no pertenecía al paisaje. Se acercó con cautela, sintiendo cómo el cansancio se acumulaba en sus rodillas. Al apartar con los dedos la arena caliente, descubrió una pieza de maquinaria enterrada, una placa con una

serie de grabados técnicos que le resultaron vagamente familiares. No era una roca, ni una formación natural; era un resto industrial, un desecho que había quedado expuesto tras años de erosión.

Se acucilló, ignorando el dolor en sus articulaciones. La pieza parecía una parte de un mecanismo de transmisión, algo que podría haber sido instalado allí para monitorear las frecuencias del Cuarto Idioma —la construcción lingüística no traducible que comunicaba verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo—, o quizás era un residuo de la infraestructura de los antiguos enclaves. Se quedó inmóvil, con el sudor resbalando por sus sienes, sintiendo una mezcla de fascinación y rechazo. Si aquel objeto estaba allí, significaba que el desierto no estaba tan vacío como le habían hecho creer. La sospecha de que alguien había estado trabajando en esas coordenadas, configurando nodos de control o quizás ocultando el rastro de la corrupción, le devolvió la urgencia de su partida.

La arista metálica era, en su estado actual, una distorsión en la realidad del desierto. Élidea comprendió que no podía quedarse a investigar. Cada minuto allí era un riesgo de exposición. El rastro falso que había dejado al oeste podría ser descubierto si el perseguidor decidía triangular su posición basándose en las corrientes de aire. Se puso en pie, sacudiéndose el polvo de los pantalones. Su cuerpo se sentía pesado, como si la gravedad hubiera aumentado, pero su mente funcionaba con una claridad fría. La inconsistencia del objeto, su presencia allí, era una señal de que el sistema estaba fracturado. Ella, como alguien entrenado en el Cómputo, sabía que una desviación en un punto del sistema repercutía en todos los demás. Se dio la vuelta y reanudó su marcha, esta vez con más ligereza, dejando que el viento terminara el trabajo de borrar sus huellas. El

desierto continuaba su expansión, indiferente a su presencia, pero ella ya no se sentía como una intrusa, sino como una pieza más en un mecanismo que empezaba, por fin, a mostrar sus grietas.

CAPÍTULO 20

Asilo bajo Vigilancia

La arena se filtraba por las costuras de su traje técnico con la insistencia de una aguja fina. Cada movimiento de Cassen Mau era un ejercicio de precisión calculada, aunque el peso del desgaste físico en sus articulaciones empezaba a empañar la nitidez de sus parámetros de supervivencia. Ante ella, el Refugio se alzaba como una cicatriz en la geografía del desierto; muros de roca natural reforzados con estructuras metálicas que apenas reflejaban la luz crepuscular. La sequedad del ambiente le dejaba un sabor amargo en la lengua, un residuo de minerales y polvo que ninguna ración de emergencia podía mitigar. Observó la arquitectura del enclave, identificando los puntos ciegos en la cobertura de los sensores. La estructura era rudimentaria, pero eficiente. ¿Has notado ese desfase? La pregunta se formó en su mente, un eco de sus protocolos de análisis fallidos en Ohun, donde la lógica del entorno solía ser impecable y predecible.

Cassen se agachó tras una formación de chatarra metálica, sintiendo el roce del óxido contra la tela sintética de su uniforme. Debía evitar que los haces de luz de los sensores de movimiento registraran su firma lógica —el conjunto de datos de identificación y trazabilidad que emitía su implante de estado—. Si la autodefensa recursiva del Cómputo —el mecanismo automático que bloquea y aísla cualquier dato que detecte como una contradicción lógica o una

amenaza— ya había procesado su desertión, su firma debería aparecer marcada como un error crítico en cualquier terminal. Se arrastró con parsimonia, manteniendo su ritmo cardíaco bajo control, consciente de que cualquier oscilación en su frecuencia respiratoria podría ser captada por el equipo de escucha del perímetro. El silencio del desierto no era absoluto; era un vacío cargado de latencias.

Se detuvo un instante, apoyando la espalda contra un bloque de piedra que conservaba el calor del día. El agotamiento le provocaba una leve punzada en la base del cráneo. Reflexionó sobre la inconsistencia lógica que había detectado en los registros de Ohun antes de partir. Aquel error no era un fallo accidental; era una brecha abierta en la estructura misma de la realidad que ella custodiaba. Si el Cómputo comenzaba a reescribir la historia basándose en datos corruptos, la integridad de cada uno de los doce enclaves estaría comprometida. Se preguntó si su propia huella de desertión, ese vacío que dejaba en el sistema, ya había activado la respuesta del entorno. Es recursivo. La desertión no era solo un abandono, era un proceso que se retroalimentaba, borrando su validez a medida que ella se alejaba de la fuente.

Un movimiento brusco a su izquierda la obligó a tensarse. Una figura emergió de las sombras, con el armamento en posición de baja alerta. El centinela no dudó. Sus ojos, fijos en Cassen, escaneaban su silueta con una desconfianza palpable. La luz de una lámpara portátil osciló sobre el rostro de la intrusa, revelando las marcas de la fatiga.

—Identifícate mediante el grafo evidencial —ordenó el centinela, manteniendo una distancia prudencial. Su voz era un corte seco en el aire frío de la noche.

Cassen no se movió. Sabía que cualquier gesto erróneo sería interpretado como una agresión.

—Mi firma lógica está en proceso de desautorización —respondió Cassen, manteniendo un tono técnico y desprovisto de inflexiones emotivas—. Solicito acceso a los protocolos de cuarentena lógica. Mi presencia aquí es una variable necesaria para la contención del error sistémico.

El centinela arqueó una ceja, sin bajar el arma.

—La ruta que has seguido no está validada por la Academia de Lasitra. ¿Cómo has evadido el seguimiento de los nodos de control? Explica la procedencia de tu autorización de tránsito.

—No hay autorización —admitió Cassen, sintiendo una gota de sudor frío recorrer su espina dorsal. Su cuerpo, privado de descanso, le enviaba señales de alarma a través de una punzada persistente en su costado derecho—. He extraído mi identidad del Cómputo antes de que la autodefensa recursiva pudiera completar el borrado. Si me dejas fuera, el rastro de la corrupción me seguirá hasta vuestra puerta.

El centinela permaneció inmóvil, evaluando la veracidad de la declaración mediante el análisis de los microgestos de Cassen. La luz parpadeante de un emisor cercano bañaba el suelo, creando sombras alargadas que se movían con el viento. El aire olía a humo de leña, un aroma extraño y demasiado humano para alguien habituado a los entornos esterilizados de Ohun.

—El Refugio mantiene protocolos de aislamiento para quienes huyen de la vigilancia de Ohun —dijo el centinela finalmente, bajando el arma solo unos centímetros—. Eso significa que pasarás por un

proceso de purga de datos antes de ser admitida. Cualquier residuo de tu antigua lealtad será eliminado. ¿Comprendes la naturaleza de esta restricción?

—La comprendo —respondió Cassen, entregando un pequeño dispositivo de almacenamiento que contenía los códigos de acceso de Ohun. Es una transferencia de carga. Mi estatus es el de un desertor en busca de aislamiento, pero mi información es un activo crítico para vuestra supervivencia.

El centinela tomó el dispositivo con manos enguantadas, observándolo con sospecha antes de ocultarlo en un bolsillo de su uniforme. El silencio volvió a imponerse, roto únicamente por el siseo del viento contra la roca. Cassen sintió que el peso de su traje se volvía insoportable. Sus piernas, agarrotadas por el esfuerzo de la marcha, apenas podían sostenerla.

—Sígueme —ordenó el centinela, girándose para internarse en la oscuridad del Refugio—. Y no intentes ninguna modificación de parámetros durante el proceso. Aquí, las palabras no tienen la protección del Cómputo, pero tienen consecuencias físicas.

Cassen asintió, dando el primer paso hacia el interior de la estructura. A medida que avanzaban por el túnel excavado, el aire se volvía más denso, cargado con el calor de los cuerpos y los sonidos de una vida comunitaria que ella apenas podía comprender. Los muros de roca, irregulares y fríos al tacto, le recordaban que ya no estaba protegida por la sintaxis formal de su antigua vida. El desfase era completo. Cada paso que daba hacia la profundidad del Refugio confirmaba la ruptura de su pasado, un proceso recursivo que finalmente había encontrado un punto de detención, aunque fuera en el exilio. La incertidumbre le provocaba un vacío en el estómago. Era

la sensación de estar desmantelándose a sí misma, pieza a pieza, en un lugar donde la verdad no necesitaba de un grafo evidencial para existir.

* * *

La luz de una lámpara de aceite, amarillenta y vacilante, proyectaba sombras alargadas contra la piedra bruta del Refugio. Cassen se sentó en un banco de madera astillada, sintiendo un hormigueo persistente en la planta de los pies, una secuela de las largas horas de marcha forzada. El aire aquí abajo olía a guiso de legumbres y a humedad mineral, una atmósfera cargada de humanidad que le resultaba ajena. Élida permanecía de pie frente a ella, con los hombros tensos y las manos apoyadas en una mesa de trabajo improvisada, cubierta de planos y restos de cableado. La estancia, excavada directamente en el lecho rocoso, parecía comprimirse alrededor de las dos mujeres.

—¿Te fijaste en la discordancia de la arquitectura? —preguntó Cassen, señalando con un gesto vago la irregularidad de los muros. Sus palabras resonaron con una claridad clínica que parecía fuera de lugar en aquel entorno rudimentario.

Élida no desvió la mirada. Sus ojos, afilados y escépticos, recorrieron el rostro de Cassen con la precisión de un escáner. —No busques distracciones. El Refugio es una estructura sólida, no una anomalía. Es una pieza que encaja con su propósito. Aquí no hay espacio para las ambigüedades técnicas que soléis fabricar en los nodos centrales.

Cassen sintió un espasmo en el estómago, un vacío que la obligaba a controlar su respiración. —No es una distracción. Es el estado de mi sistema. He salido de Ohun, Élida. El Cómputo ya no valida mis enunciados.

—Eso es una contradicción en sí misma —replicó Élida, cruzándose de brazos—. Si el Cómputo dejara de validarte, tu capacidad para emitir enunciados complejos habría colapsado hace tiempo. Estás aquí, hablando, usando una sintaxis que no presenta errores. Es una construcción demasiado limpia para ser una deserción genuina. ¿Cómo has evadido el protocolo de salida sin activar la alarma de integridad?

Cassen soltó un suspiro corto. El hambre le provocaba una leve náusea, un recordatorio de que su cuerpo seguía necesitando mantenimiento a pesar de la crisis intelectual que atravesaba. —No fue una evasión. Fue una saturación. Utilicé la recursividad del sistema para ocultar mi rastro. Es recursivo. El Cómputo intenta corregirse a sí mismo cuando detecta una falla, pero si le alimentas con su propio error, se bloquea en un bucle cerrado.

Élida soltó una risa seca, un sonido que carecía de cualquier atisbo de humor. Se acercó un paso, invadiendo el espacio personal de Cassen con una actitud de examen riguroso. —Hablas como si el Cómputo fuera un edificio con los cimientos podridos. Conozco cómo operáis. Vuestra lógica es una trampa. Si has llegado hasta aquí, es porque alguien te ha enviado para purgar nuestra posición. Cualquier dato que traigas es, por definición, una posible inyección de error.

Cassen cerró los ojos un instante, intentando calmar el pulso que le martilleaba en las sienas. Cada palabra que pronunciaba debía ser cuidadosamente seleccionada, libre de la supervisión algorítmica

que la había definido durante años. La presión de ser evaluada por alguien que conocía sus mismos códigos era un ejercicio de funambulismo semántico.

—¿Recuerdas la inconsistencia en los registros de Ohun? —preguntó Cassen, abriendo los ojos—. Aquel parpadeo de datos que detectamos hace meses. El sistema no pudo cerrar el grafo evidencial porque faltaba una clave de autoría. Yo no la borré. Yo la desplacé a una frecuencia paralela usando los métodos del Cuarto Idioma.

Élida se quedó inmóvil. El nombre del Cuarto Idioma, aquella forma no traducible de comunicar verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo, pareció colgar en el aire como una sentencia.

—Has cruzado una línea peligrosa —dijo Élida, su voz bajando a un tono más grave—. Si has manipulado esas frecuencias, has puesto en riesgo el poco equilibrio que mantenemos. ¿Por qué arriesgarte?

Cassen extrajo del bolsillo de su traje un pequeño dispositivo de almacenamiento, un cilindro de metal desgastado por el uso, y lo dejó sobre la mesa. El metal estaba frío, y el contacto con la madera produjo un chasquido sordo. —Porque el sistema no solo está corrupto, está devorándose a sí mismo. He traído la secuencia completa de la inyección. Es la prueba de que el mecanismo de autodefensa del Cómputo es, en realidad, un comando de borrado. Si no interveńis ahora, los nodos de control se apagarán antes de que podáis reaccionar.

Élida observó el cilindro sin tocarlo, como si temiera que el objeto fuera a desintegrarse bajo su mirada. —Esto es una apuesta de alto riesgo. Si esto es una falsificación, el daño será irreversible. No puedo confiar en tus intenciones, Cassen. Pero el análisis técnico es lo único que nos queda. Si hay una grieta, la encontraré.

Cassen sintió una punzada de alivio, aunque el cansancio empezaba a pesarle en los párpados. Un hilo de lana de su manga se había enganchado en el borde de la mesa; tiró de él con los dedos, observando cómo se deshilachaba lentamente. Era una acción minúscula, una distracción física que le permitía mantenerse anclada al presente.

—¿Te diste cuenta de lo desfasado que está? —insistió Cassen, mirando a Élide a los ojos—. Cuando analizas la estructura, la lógica es impecable. Pero cuando miras el hueco que deja la falta de verdad, el sistema se tambalea. No te pido que confíes en mí. Te pido que verifiques el archivo.

Élide tomó el dispositivo con una mano enguantada, sus dedos largos y precisos palpando la textura del material. —Es una arquitectura sospechosa —murmuró, más para sí misma que para Cassen—. Si esto es lo que dices, la estructura lógica de Ohun no es más que una fachada. Es recursivo.

Cassen asintió, sintiendo que el peso de la confesión empezaba a disiparse. —Es recursivo. La única forma de romper el ciclo es desde dentro, con los mismos datos que intentan silenciarnos.

Élide se sentó frente a una consola de datos rudimentaria, conectando el dispositivo a una terminal que parpadeaba con una luz naranja. El sonido del ventilador de la máquina, un zumbido constante y monótono, llenó la estancia. Cassen permaneció en silencio, observando las sombras de Élide reflejarse contra la roca. Había entregado su prueba, el fragmento de verdad que le quedaba, y ahora solo le quedaba esperar. El aire del Refugio seguía oliendo a leña y a una vida que, a pesar de la tensión, conservaba una textura real, ajena a los metadatos y a la vigilancia constante.

Élida comenzó a deslizar los dedos sobre los controles, analizando el flujo de datos. Su rostro, iluminado por el parpadeo de la pantalla, mostraba una concentración absoluta. De pronto, se detuvo.

—Hay un error en la secuencia de entrada —dijo Élida, su tono recuperando la rigidez analítica—. No es un fallo de hardware. Es una interrupción deliberada. Como si alguien hubiera dejado una puerta abierta intencionadamente.

Cassen apretó los puños bajo la mesa, sintiendo la dureza de la piedra contra sus nudillos. —No es una puerta abierta. Es una cicatriz. El sistema recuerda que algo fue eliminado.

Élida no respondió de inmediato. Sus ojos recorrían las líneas de código con una intensidad febril. —Si esto es cierto, el nivel de sabotaje es mayor de lo que temíamos. Estamos ante una fragmentación sistémica.

La mujer se levantó, caminando lentamente alrededor de la mesa. Cassen la observó, notando la fatiga en sus propios hombros. El intercambio técnico había concluido, pero la sospecha seguía allí, una capa invisible entre ellas.

—Tendremos que verificar cada nodo —dijo Élida, mirando a Cassen—. Si lo que traes es legítimo, habremos ganado un tiempo vital. Pero no esperes que te considere una aliada. Aquí, cada uno es responsable de su propio peso.

Cassen asintió una vez más. Aceptó la frialdad de la respuesta como una validación de su nueva realidad. No buscaba redención, solo un espacio donde la verdad no requiriera de un grafo evidencial para existir. Se recostó contra el muro de roca, dejando que el frío de

la piedra calmara el ardor de su piel. El Refugio no era un lugar seguro, pero era el único sitio donde las palabras, por fin, tenían consecuencias físicas.

* * *

El aire dentro del Refugio siempre conservaba ese aroma a piedra húmeda y a los restos de una hoguera que nunca terminaba de extinguirse, una mezcla terrenal que se le pegaba a la ropa. Cassen, apoyada contra la pared, sentía una punzada de hambre en el estómago que le recordaba cuánto tiempo llevaba sin ingerir algo más que agua. La tensión entre ellas era un hilo tenso a punto de romperse cuando una figura surgió de la penumbra del túnel lateral. Dru se deslizó con una fluidez que parecía ignorar la dureza del terreno. Se colocó en medio, interponiéndose como un muro de contención, con las manos extendidas en un gesto que exigía un cese inmediato de la hostilidad.

—La jerarquía de los símbolos teje redes para aprisionar la conciencia —dijo Dru, su voz resonando con una cadencia que parecía hecha de capas de tiempo—. No os perdáis en el ruido de vuestros propios muros. Lee entre los huecos.

Élida dio un paso atrás, con la mandíbula apretada. Sus ojos seguían el movimiento de Dru con desconfianza. Cassen notó un pequeño tic en el párpado de Élida, una señal de su cansancio acumulado.

—Dru, esto va mucho más allá de si se ve bien o mal —respondió Élida, intentando recuperar su tono profesional—. Cassen trae consigo una carga que amenaza nuestra permanencia aquí. No puedo ignorar que esto es una brecha en nuestro perímetro.

Dru giró la cabeza, observando el panel de datos que proyectaba un tenue brillo azul sobre las paredes de roca.

—Lo que ella trae constituye la cartografía esencial para desandar la fractura. Nos vemos confinados por la estructura lógica de lo que decimos, sí, pero es la única que podemos habitar ahora mismo. ¿Acaso crees que la seguridad es algo más que una ilusión construida? Lee entre los huecos, Élida. Allí donde el Cómputo intenta ocultar su propia herida, es donde debemos mirar.

Cassen sintió la mirada de ambas sobre ella. Se removió, sintiendo el roce de la tela gastada de su chaqueta. Sus nudillos estaban doloridos por el frío, un recordatorio físico de los días de caminata por el desierto.

—No he venido a buscar refugio por caridad —dijo Cassen, manteniendo la voz firme a pesar de la sequedad en su garganta—. Cuando detecté el parpadeo en la Academia de Lasitra, supe que el sistema no estaba solo fallando; estaba ocultando algo. La corrupción del Cómputo no es una simple avería. Es un mecanismo que se devora a sí mismo. Mi desertión fue la única respuesta lógica cuando entendí que los archivos centrales estaban siendo manipulados por la rectora.

Élida soltó un bufido, un sonido breve e impaciente.

—Es una inconsistencia. Si lo que dices es cierto, el nivel de manipulación es absoluto. Pero el Cuarto Idioma —la forma en que se comunicaban verdades emocionales sin pasar por los filtros de metadatos del Cómputo— es demasiado inestable para ser una base de datos fiable.

—Es el único terreno donde no pueden perseguirnos —intervino Dru, con una calma que parecía irritar a Élida—. El Cuarto Idioma fluye como una corriente subterránea. No necesita una estructura rígida para existir.

Cassen observó a Élida sentarse frente a la terminal. La mujer empezó a teclear, sus dedos moviéndose con una precisión mecánica. Cassen se preguntó si Élida sería capaz de identificar el desfase recursivo, esa capa de datos que ella misma había inyectado en el archivo. Se trataba de un laberinto de espejismos, una forma de obligar al sistema a revelar sus propios secretos cuando intentara auditar la información. Si Élida encontraba el núcleo, el sistema colapsaría. Si no, estarían perdidas.

—¿Has notado ese desfase? —preguntó Élida, sin levantar la vista de la pantalla—. Es recursivo. El metadato intenta reescribirse a sí mismo cada vez que intento aislar el origen del archivo. Es como si el sistema estuviera tratando de ocultar su propia autoría.

Cassen se acercó un poco, notando el calor que emanaba de los procesadores. El zumbido de la máquina era una presencia constante, un latido artificial en medio de la paz del Refugio.

—Es porque la corrupción ha aprendido a defenderse —explicó Cassen—. No es un error estático. Es una inteligencia que se replica a través de la red.

Dru se acercó a la terminal, observando las líneas de código que fluían como una cascada de luz.

—El rumor del sistema es el único indicio que nos queda —murmuró Dru—. Debemos vislumbrar la estructura que subyace, no para corregirla, sino para comprender hacia dónde se inclina.

Élida se detuvo. Sus manos, que hasta entonces habían estado en constante movimiento, se quedaron inmóviles sobre el teclado. Hubo un silencio cargado, solo roto por el goteo de agua en algún lugar lejano del túnel. La tensión en sus hombros pareció aflojar, aunque solo fuera un poco.

—Está bien —dijo Élida, su voz ahora desprovista de cualquier atisbo de hostilidad—. Dejaremos que el proceso continúe. Pero si esto desestabiliza los sensores del Refugio, tendremos que desconectarlo inmediatamente. Cassen, te quedarás aquí, bajo vigilancia. No confío en el origen de esta información, pero reconozco que sin ella estamos ciegas.

Cassen asintió. Se sintió vacía, despojada de la urgencia que la había impulsado durante meses. Ahora solo quedaba la espera y el frío.

—Resulta un ajuste forzoso —añadió Élida, casi para sí misma—. No podemos permitir que el sistema siga operando bajo esta premisa de integridad falsa.

El grupo comenzó a trabajar en silencio. Desglosaron los archivos, capa por capa, buscando el patrón que delatara la intervención de la rectora en los archivos de Ohun. Cada vez que encontraban un nodo de control saturado, el sistema emitía una serie de señales de advertencia, un lenguaje críptico que el Cómputo utilizaba para intentar encubrir sus propias huellas.

—Mira esto —señaló Cassen, apuntando a una secuencia de datos que se repetía en un bucle infinito—. El metadato está diseñado para invalidar cualquier intento de rastreo. Es un muro infranqueable.

—A menos que usemos la superposición de frecuencias para eludir la auditoría —dijo Élida, sus ojos brillando con una determinación renovada—. Si logramos ocultar nuestra entrada en el ruido de fondo, podríamos extraer el grafo evidencial sin alertar a la Academia.

Dru se alejó hacia la entrada del túnel, observando la oscuridad del desierto que se extendía más allá de las paredes del Refugio.

—El orden lógico constituye una trampa —repitió Dru, como un eco—. Pero incluso las trampas tienen costuras por donde podemos escapar. Seguid trabajando. La verdad no reside en lo que el sistema dice, sino en lo que intenta desesperadamente ocultar.

Cassen se dejó caer sobre un banco de piedra, sintiendo el peso de la responsabilidad. La tregua estaba hecha, pero la desconfianza seguía ahí, un velo que separaba a las tres mujeres. Sin embargo, por primera vez, el sistema no era el único que dictaba las reglas. En el Refugio, entre las sombras de las rocas y el calor de una vida compartida, empezaban a trazar su propio camino hacia el Cuarto Idioma. La lucha apenas comenzaba, y el peso de lo que estaban a punto de descubrir amenazaba con derrumbar mucho más que la integridad del Cómputo.

CAPÍTULO 21

Vigilia ante la Patrulla

La bruma matinal se adhería a la piel de Élida como un sudario gélido, una condensación húmeda que entorpecía la visión y convertía el desierto en un páramo de formas difusas y grises. El Refugio, habituado a la quietud de las profundidades, se sentía esta mañana inusualmente expuesto. El aire, cargado de la humedad del rocío depositado sobre la roca, arrastraba el olor acre de la leña quemada desde las cavidades inferiores, un contraste banal frente a la tensión electromagnética que parecía vibrar en la atmósfera. La visibilidad era nula más allá de los diez metros; el horizonte se había colapsado, reduciendo su mundo a una serie de piedras silueteadas y parches de arena pálida que emergían y desaparecían bajo el velo lechoso.

Élida ajustó la posición de su cuerpo, sintiendo una punzada de dolor en la articulación de la rodilla izquierda, un recordatorio físico de las horas que llevaba en cuclillas sobre el saliente de piedra. Sus dedos, entumecidos por el frío, se movieron con parsimonia sobre los diales del visor óptico. El aparato, una pieza de hardware recuperada con signos de desgaste en el chasis, vibraba tenuemente contra sus palmas. Limpió el cristal del objetivo con la manga de su chaqueta, eliminando las gotas de rocío que distorsionaban la entrada de luz. Necesitaba estabilizar la imagen, pero la humedad ambiental, traicionera y persistente, provocaba un parpadeo en los sensores de baja intensidad.

Es una inconsistencia, murmuró para sí misma, observando cómo las lecturas del visor oscilaban sin causa aparente.

Ajustó la calibración del plano focal. El visor no lograba filtrar el ruido blanco de la niebla, pero aun así, el mapa mental que había trazado sobre el terreno le permitía interpretar las sombras. La Academia de Lasitra. Si los exploradores hubieran estado realizando un patrullaje rutinario, su avance habría sido lineal, previsible en su falta de urgencia. En cambio, el desplazamiento observado era una serie de maniobras de barrido segmentado, un movimiento que forzaba la estructura del territorio. Ella analizó las trayectorias detectadas; no buscaban, estaban rastreando.

La vulnerabilidad delRefugio. Cada gramo de su peso sobre la roca parecía denunciarla. El sistema, ese entramado lógico diseñado para impedir las mentiras mediante la trazabilidad absoluta, había marcado su desplazamiento como una anomalía peligrosa. Si la Academia la localizaba, la cadena de validación de su existencia se rompería, y los datos que custodiaba —el rastro de la corrupción que su propio linaje había ayudado a cimentar— serían purgados de la memoria colectiva.

Recordó las palabras de la rectora Vilarós Quim en los archivos centrales, antes de su partida. La rectora había operado siempre con una precisión quirúrgica, manipulando los privilegios de su cargo para ocultar las fisuras que el Cuarto Idioma —esa construcción lingüística no traducible que permitía comunicar verdades emocionales a través de los huecos semánticos del sistema— estaba ensanchando. Ahora, la llegada de estos exploradores confirmaba sus sospechas: Élida no solo encubría el rastro, sino que estaba cerrando el

cercos para eliminar cualquier evidencia del grafo evidencial, el mapa de conexiones y fuentes que garantizaba la integridad de cada enunciado.

Élida sintió un hormigueo en la punta de los dedos, una reacción nerviosa ante la cercanía del peligro. El visor finalmente captó un destello metálico a través del muro de bruma. Eran vehículos de transporte ligero, moviéndose en una formación que sugería una búsqueda dirigida. No era una simple incursión. La patrulla ejecutaba una secuencia de triangulación, un método de criba que buscaba identificar cualquier emisión de datos no autorizada. Era una arquitectura de persecución perfecta.

No encaja, pensó, mientras observaba cómo los exploradores se detenían y descendían de las máquinas. El despliegue carecía de la eficiencia logística habitual de la Academia. Era una maniobra de tanteo, como si los propios exploradores estuvieran dudando de los datos que sus sistemas les proporcionaban. La corrupción del Cómputo, con su mecanismo de autodefensa recursiva, estaba creando un ruido propio en la red, confundiendo a quienes intentaban rastrearla. Ese fenómeno, una distorsión que se autoalimentaba, era lo que mantenía al Refugio oculto, pero la saturación de los nodos de control en los doce enclaves estaba empezando a desbordar la capacidad de ocultamiento.

La bruma comenzó a disiparse lentamente, dejando al descubierto una franja de arena donde los vehículos se habían estacionado en paralelo. Élida observó cómo uno de los exploradores, una figura envuelta en un uniforme gris que se confundía con la piedra, señaló hacia la dirección exacta de su puesto de observación. Había una

intención clara en ese gesto, una alineación precisa que no podía ser producto de la casualidad. La patrulla no estaba patrullando; estaba respondiendo a una coordenada recibida.

La arquitectura de la amenaza era evidente. La Academia había enviado a su personal a un punto ciego del sistema, un lugar donde el Cómputo no podía garantizar la veracidad de lo que se observaba. Al forzar esta aproximación, la patrulla estaba poniendo a prueba la integridad de su propia lógica. Si lograban identificar a alguien, el sistema se vería obligado a validar su presencia o a reconocer que existía un espacio no contabilizado. Era un dilema técnico que la rectora, en su afán de control, probablemente no había previsto en su totalidad.

Élida soltó un suspiro, sintiendo cómo el hambre. La urgencia de la situación no le restaba importancia a la necesidad biológica; el cuerpo, al igual que los sistemas, fallaba si no se le aportaba la energía necesaria. Se permitió un breve momento para recuperar la calma, apartando el visor por un segundo para frotarse los ojos, irritados por el polvo fino que la bruma había arrastrado.

Al volver a mirar, notó que el patrón de movimiento de los vehículos había cambiado. Ahora formaban un círculo concéntrico, un cierre perimetral que cortaba las rutas de escape más probables. Estaban confinando el espacio, reduciendo las variables disponibles para una huida exitosa. Esta táctica, pensó Élida, no era una simple búsqueda de información. Era una maniobra de aniquilación. La rectora Quim no quería capturar datos; quería eliminar las variables que no podía computar.

Cada movimiento de la patrulla era una nota en una partitura de vigilancia diseñada para forzar una respuesta. La falta de comunicación entre los exploradores era el detalle más inquietante; no usaban

canales de voz, solo se comunicaban mediante gestos codificados, un lenguaje que evitaba los metadatos del Cómputo. Estaban operando fuera de la red, en una zona de sombra semántica que ella misma había estudiado durante meses.

Élida guardó el visor en su funda de cuero, sintiendo la textura gastada del material bajo sus dedos. La decisión estaba tomada. No podía permitir que la Academia alcanzara el núcleo del Refugio. Debía interceptar la señal de los exploradores, inyectar una desviación en sus registros de posición y obligarlos a reconsiderar su ruta. Era una operación de alto riesgo, pero necesaria si quería proteger lo poco que quedaba de la verdad.

Se puso en pie con cuidado, evitando que el sonido de sus botas sobre la grava seca delatora su posición. El aire se había vuelto más seco, y el frío empezaba a remitir bajo el sol que comenzaba a imponerse sobre la niebla. Era el momento de actuar, de utilizar las herramientas que su linaje le había dejado como herencia, transformando la rigidez del Cómputo en una red de señales falsas que condujera a la Academia lejos del asentamiento. El camino de regreso al interior del Refugio era una senda estrecha, marcada por la irregularidad de la roca, pero ella la conocía mejor que nadie. Cada paso era un cálculo de equilibrio, un ejercicio de precisión en un mundo que se desmoronaba bajo el peso de sus propias contradicciones.

* * *

La luz roja de alerta parpadeaba sobre las consolas de mando, tiñendo de un tono sanguíneo las paredes de roca natural del Refugio. El sistema de ventilación, sobrepasado por la acumulación de calor y el aire viciado del subsuelo, emitía un zumbido metálico que se mezclaba con el olor a leña quemada proveniente de los niveles

inferiores. Élide Norás se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano; tenía los dedos agarrotados por la tensión de las últimas horas. Frente a ella, el monitor mostraba la progresión de la patrulla de la Academia de Lasitra, cuyos nodos de seguimiento avanzaban con una eficiencia gélida hacia el perímetro sur.

Renat Vidal golpeó la mesa de control con el puño cerrado. Sus nudillos, blanquecinos por la presión, destacaban contra el metal gris.

—Observa esto con atención —dijo Renat, señalando una de las trazas del grafo evidencial—. La avanzadilla ha acertado el intervalo de escaneo. Si no intervenimos ahora, el Cómputo los guiará hasta nuestras coordenadas exactas en cuestión de minutos. Propongo una salida rápida. Podemos interceptarlos en el cañón seco y cegar sus sensores con una ráfaga de interferencia.

Élide negó con la cabeza, sintiendo el picor de una partícula de polvo en el ojo. El plan de Renat era una invitación al desastre.

—Es una inconsistencia táctica, Renat —respondió ella—. Cualquier acción ofensiva confirmará nuestra posición ante el sistema. No encaja con nuestra necesidad de pasar desapercibidos.

Dru Caitanya Hess, que permanecía en un rincón sumido en la penumbra, dio un paso hacia el centro de la sala. Sus manos, largas y nerviosas, se entrelazaron frente a su pecho, un gesto que sugería el cierre de un dique.

—El encadenamiento lógico es un callejón sin salida diseñado con cuidado —murmuró Dru, con la voz cargada de una pesadez que no provenía de la urgencia del momento—. Lee entre los huecos. Si golpeáis la superficie, el sonido revelará la profundidad de vuestra guarida. La piedra sabe guardar los secretos cuando no se la fuerza.

—¿Y qué sugieres, Dru? ¿Esperar a que nos encuentren? —Renat soltó una carcajada seca—. Ya es tarde para la contemplación.

—El silencio es una forma de arquitectura —respondió Dru—. Podemos usar el Cuarto Idioma para tejer una capa de irrealidad sobre el Refugio. Si colapsamos las frecuencias de emisión, nos convertiremos en una nada estadística.

Élida observó los datos en pantalla, buscando una fisura en el flujo de información que salía de los exploradores. Recordó entonces la detección del parpadeo, aquel evento traumático en el que una pequeña discrepancia en la transmisión expuso a todo un sector a la auditoría de la Academia. Sabía que los protocolos de búsqueda actuales eran una respuesta directa a ese fallo, una búsqueda implacable diseñada para cerrar cualquier brecha en la integridad del sistema. El miedo a repetir aquel desastre le recorrió la espalda, frío como el rocío del desierto al amanecer.

Se concentró en los registros. Allí, donde los datos de los exploradores deberían haber sido sólidos, encontró un desfase, un pequeño error de sincronización entre el emisor y el nodo central. Era una fisura técnica. Si inyectaba un comando que explotara esa debilidad, podría generar una falsa lectura de terreno, una ilusión de vacío que obligaría a la patrulla a rodear la zona sin sospechar nada.

—Es una posibilidad —dijo Élida, su voz más firme—. Si logramos alimentar al grafo evidencial con esta información errónea, la patrulla creerá que este sector es una zona de alto riesgo geológico y se verá obligada a corregir su ruta.

Renat miró el monitor, evaluando la propuesta con escepticismo. Su postura era la de alguien que prefería el contacto físico, la resolución directa de los problemas, pero la mirada de Élida le hizo comprender que no había otra opción viable.

—¿Cuánto tiempo nos ganará esto? —preguntó Renat.

—Lo suficiente para mover los suministros críticos —respondió ella—. Pero debemos actuar con precisión. Un error en la codificación y el sistema detectará nuestra interferencia.

Dru asintió lentamente, observando el mapa como si fuera un plano de una catedral antigua.

—Todo es una cáscara —dijo Dru, con un tono que buscaba la calma—. La verdad reside en el espacio que queda entre los muros, donde la Academia no puede poner nombre a lo que no puede medir.

Élida comenzó a teclear, sus dedos moviéndose con la rapidez de quien conoce el sistema desde sus cimientos. La carga de trabajo era inmensa; cada línea de código requería una validación que el Cómputo apenas concedía. Sentía una punzada de hambre en el estómago. La pantalla mostró una advertencia de conflicto, una señal de que el sistema empezaba a sospechar de la manipulación.

—Es una lucha contra el engranaje —dijo Élida, más para sí misma que para los otros—. Si no cuidamos cada enlace, la estructura se vendrá abajo sobre nosotros.

La tensión en la sala era casi táctil. Mientras el sistema de ventilación seguía luchando contra el calor, el aire se volvía cada vez más espeso, cargado de la electricidad estática de la inminente confrontación digital. Élida sabía que, una vez iniciada la inyección de datos, no habría vuelta atrás. Su linaje, marcado por la arquitectura de la corrupción, le otorgaba un conocimiento profundo de las cloacas del lenguaje que ahora utilizaba como su mejor escudo.

—Preparaos —ordenó Élida—. Voy a iniciar la secuencia. Si todo sale bien, la patrulla pasará de largo y nosotros seguiremos siendo un rumor en la memoria del desierto.

Renat se posicionó junto a ella, observando el contador de tiempo restante. Dru se mantuvo en silencio, con los ojos cerrados, como si estuviera escuchando el latido del propio Refugio a través de las paredes de piedra. Élida respiró hondo, sintiendo el peso de la responsabilidad, y pulsó la tecla de ejecución. El monitor parpadeó, el sistema aceptó la entrada como legítima, y el grafo evidencial comenzó a curvarse hacia el norte, alejando la amenaza de las coordenadas del asentamiento. Por ahora, el refugio estaba a salvo, pero ambos sabían que la Academia no dejaría de buscar, y que cada vez que lograran ocultarse, la red se volvería un poco más estrecha, un poco más opresiva, hasta que no quedara más espacio donde esconderse.

* * *

El aire del desierto se estancaba en los pulmones, denso y cargado de una aridez que picaba en la garganta. Fuera del Refugio. Élida se detuvo un instante, frotándose la piel reseca de los antebrazos, donde el sudor se había cristalizado en una fina capa de sal. A pocos metros, las paredes de roca natural se elevaban como un muro ciego, ocultando la entrada principal con una eficacia que empezaba a parecerle precaria.

—Tenemos que asegurar los perfiles externos —dijo ella, ajustándose la máscara de protección contra el polvo.

Renat asintió, con la mirada fija en el horizonte. Se movía con la rigidez de quien sabe que cada segundo de exposición es una apuesta contra las probabilidades. Élida extrajo el aplicador de polímero de su cinturón. Con movimientos calculados, comenzó a sellar las rendijas invisibles entre las placas de ocultación. Si el polímero no sellaba el paso de aire al nivel de las micras necesarias, cualquier

escáner térmico de baja intensidad detectaría la fuga de calor que se escapaba desde los niveles habitables. Era pura ingeniería aplicada a la supervivencia; cualquier error en la junta dejaría una huella térmica indeleble sobre la arena.

Renat, mientras tanto, se desplazaba hacia los sensores sónicos enterrados en el perímetro. Sus manos, callosas y manchadas de grasa, comprobaban la integridad de los cables que vibraban bajo la superficie. Élida lo observó trabajar; la precisión de su compañero era un consuelo, aunque sus ojos no dejaban de rastrear la línea donde el cielo se encontraba con el desierto. La estructura de su defensa dependía de este engranaje de contramedidas; si una sola pieza fallaba, el sistema completo se desmoronaría ante el escrutinio de los exploradores.

De repente, Renat se quedó rígido. Sus dedos se cerraron sobre un trozo de roca irregular.

—Hay algo que necesitas ver —murmuró, señalando hacia el sur con un gesto imperceptible.

Élida se acercó, arrastrándose por el suelo hasta quedar a su lado. A lo lejos, una sombra se desplazaba entre las dunas, avanzando sin la cadencia errática de la fauna local. Tenía el movimiento metódico, casi quirúrgico, de un equipo de prospección equipado con tecnología de rastreo avanzada.

—Se nos ha acabado el margen —añadió Renat, su voz apenas un siseo metálico—. No nos van a pasar de largo esta vez.

Élida apretó los dientes, sintiendo el sabor metálico del miedo en la punta de la lengua. Observó la sombra. Era una desviación en el patrón esperado de las rutas de patrulla habituales. ¿Cómo podían estar tan cerca sin haber marcado una alerta en el grafo evidencial? La negligencia de los exploradores, que confiaban ciegamente en sus

algoritmos de búsqueda sin considerar las variaciones del terreno, le parecía una inconsistencia técnica de manual. No estaban buscando a personas; estaban buscando anomalías en un sistema que ellos mismos habían corrompido, ignorando que el desierto es un entorno que no se pliega a los modelos de la Academia.

—Están demasiado cerca —dijo Élida, su tono cargado de un imperativo analítico—. Si detectan el desajuste en los niveles de ionización de esta zona, no necesitaremos que nos vean. La lectura les dirá exactamente dónde estamos.

Renat no respondió de inmediato. Se mantenía en tensión, con el cuerpo oculto tras un saliente de roca que le arañaba el hombro. Élida sintió un impulso de urgencia. Agarró a Renat por la manga de su chaqueta, tirando de él hacia abajo con fuerza hasta que ambos quedaron encogidos en el hueco más profundo de la formación rocosa.

—¿Qué haces? —susurró él, con el rostro a pocos centímetros del de ella.

—Cállate. No te muevas —respondió ella—. El sistema de ellos tiene un margen de error. Si nos quedamos quietos, si no emitimos ninguna señal más, tal vez nos confundan con una formación natural.

Élida cerró los ojos un instante, tratando de recordar la crisis de aquel día en que su propio desplazamiento había sido marcado por la Academia. Recordaba el parpadeo de las pantallas, la sensación de que el mundo se volvía transparente, desnudando su posición como un pecado lógico. Aquella patrulla era la consecuencia directa de ese fallo, la onda expansiva de una auditoría que nunca se detuvo. Cada vez que intentaban ocultarse, la red se volvía más estrecha, obligándolos a encogerse, a respirar más despacio, a ser menos.

El zumbido de un motor a lo lejos, casi imperceptible, hizo vibrar la roca bajo sus rodillas. Era una vibración de baja frecuencia, un ronroneo mecánico que se le clavó en los huesos. Élida contuvo el aliento, contando los segundos. Sus manos estaban cubiertas de una mezcla de arena y restos de polímero, una suciedad pegajosa que le recordaba la precariedad de su existencia en el Refugio.

—Es una inconsistencia —susurró para sí misma, aunque sabía que no era momento de análisis—. Si ellos supieran, si realmente tuvieran acceso a la base de datos completa de este sector, ya estarían aquí. Nos están rastreando por inercia, no por certeza.

Renat no se movió. Su respiración, pesada y rítmica, era el único sonido que le impedía perder la calma. Élida miró el horizonte una vez más. La patrulla se detuvo, oscilando en un radio de unos pocos kilómetros. Un destello metálico, el reflejo de un visor sobre la arena, le hizo encogerse aún más. La estructura de su seguridad se sentía, por primera vez, como un cascarón vacío. Si la patrulla decidía realizar un barrido manual, el polímero, las trampas sónicas y todo su esfuerzo no servirían de nada.

El frío del desierto empezaba a filtrarse a través de las capas de su ropa. Élida sintió un calambre en la pierna izquierda, un dolor agudo que le recorría el músculo, pero se obligó a no moverse. La supervivencia, en ese momento, se reducía a ser una piedra más entre las piedras. El Refugio, con su calidez de tejidos compartidos y sus susurros en lenguaje natural, le pareció un recuerdo lejano, un lugar al que quizá no regresarían si la patrulla decidía estrechar el círculo un poco más.

La sombra en el horizonte finalmente giró. El ronroneo mecánico se alejó lentamente, perdiéndose en la inmensidad del sur. Élida no se atrevió a levantarse hasta que el silencio absoluto regresó, devol-

viéndole el control sobre su propia respiración. Todavía temblaba, no por miedo, sino por la descarga de adrenalina que le dejaba los labios secos y la mente acelerada, calculando de nuevo los riesgos, los plazos y la inminente necesidad de sellar, una vez más, las brechas de su hogar.

* * *

El Refugio palpitaba en una penumbra sorda, apenas perforada por los destellos rítmicos de los procesadores de respaldo. Las luces de los indicadores, de un ámbar mortecino, trazaban un pulso constante que parecía marcar el ritmo cardíaco de un organismo acorralado. En el aire flotaba el olor a polvo estancado y a café recalentado de una taza olvidada sobre la mesa de mando, un aroma ácido que se pegaba al paladar. Élida se frotó la nuca, sintiendo la tirantez de los músculos tras horas de inmovilidad forzada. El zumbido de los ventiladores, un sonido mecánico y monótono, era el único murmullo que acompañaba a la inminente caída del sistema.

Dru observaba el parpadeo constante de los datos desde la esquina del enclave. Su silueta se fundía con los muros de roca, como si el propio espacio intentara absorberle.

—La gramática de las cosas funciona como un señuelo letal —dijo Dru, rompiendo el silencio con una voz que parecía rasgar el aire—. Lee entre los huecos. ¿Crees que tu estructura mental soportará la disonancia cuando el Cómputo nos abandone por completo?

Élida no desvió la vista de la pantalla. Sus dedos, entumecidos por el frío que filtraba la roca, se movían con una rapidez casi mecánica sobre el panel.

—Es una inconsistencia —respondió ella, con el tono seco de quien prioriza la función sobre la duda—. No encaja. Si el sistema colapsa, la arquitectura de nuestra seguridad también lo hará. Mi capacidad técnica no es una cuestión de creencia, Dru, sino de arquitectura. Debo asegurar que el nodo de encriptación no sufra una fuga crítica mientras intentamos estabilizar el grafo evidencial —el registro histórico de pruebas que validan cada enunciación en el Cómputo—. Si no mantengo este orden, no habrá nada que liderar mañana.

Dru se acercó, sus pasos apenas audibles sobre el suelo de tierra compacta. Un mechón de pelo le caía sobre el ojo, pero no hizo ademán de apartarlo.

—Tu respuesta es una cáscara —observó Dru—. Te escudas en la técnica para no enfrentar el vacío. ¿Eres capaz de sostener el peso de las decisiones cuando la lógica falle? ¿O te romperás al primer contacto con la realidad?

Élida sintió una punzada de irritación. El hambre le provocaba un vacío en el estómago. Sus pensamientos, sin embargo, se mantenían fríos. Cada decisión que tomaba en los terminales se sentía como un eslabón frágil en una cadena que, bajo una tensión excesiva, amenazaba con quebrarse. Era un equilibrio precario entre la supervivencia técnica y la desintegración emocional. Si fallaba en la gestión de los parámetros, el Refugio se transformaría en un encierro sin retorno.

—No tengo espacio para el miedo, si es a eso a lo que te refieres —replicó Élida, aumentando la intensidad de su labor—. Mi trabajo es evitar la desviación de los protocolos de encriptación. Nada más.

Se concentró en los terminales. Sus manos, aunque precisas, de-
lataban una vacilación sutil; un pequeño temblor en los tendones de
la muñeca que Dru, con su mirada analítica, no pasó por alto. Élida
sabía que el Cómputo monitorizaba cada uno de sus movimientos,
incluso los silencios entre sus palabras. La presión era constante, un
peso real que le comprimía el pecho.

Al ver los indicadores titilar, un recuerdo le asaltó con la fuerza
de un golpe: el día en que su propio desplazamiento fue marcado
como una anomalía en los archivos de la Academia de Lasitra. En
aquel entonces, el sistema la señaló como un error de sintaxis, una
falla en el tejido de la norma. El miedo de aquel momento, la sen-
sación de ser borrada de la existencia por una máquina que ella
misma ayudaba a sostener, todavía le dejaba un regusto amargo en
la boca.

Ahora, el miedo volvía, pero tenía otra forma. Era la certeza de
que su propia vacilación técnica la estaba paralizando. En el mo-
mento en que las frecuencias se superpusieran y el Cuarto Idioma —
la lengua que utiliza los huecos del sistema para transmitir verdades
inefables— se hiciera necesario para sobrevivir, ella tendría que
decidir qué parte de su lealtad técnica estaba dispuesta a sacrificar.

—El sistema no perdona los huecos, Élida —insistió Dru, mante-
niendo su mirada fija en el panel de control—. Tienes miedo de que
el desajuste sea irreversible. Pero a veces, la estructura solo puede
salvarse si permites que la grieta se abra.

Élida apretó los dientes, sintiendo el picor de una gota de sudor
frío resbalando por su espalda. Manipuló los comandos finales con
una precisión quirúrgica, sellando un puerto de datos antes de que
la corrupción pudiera filtrarse. El indicador pasó de rojo a un verde

estable, un triunfo técnico que no le aportó ningún alivio. El sistema seguía bajo asedio y, en algún lugar del desierto, la patrulla continuaba su barrido, acechando en la oscuridad.

—No es una cuestión de permitir grietas —dijo ella, con voz firme aunque velada por la fatiga—. Es una cuestión de mantener el engranaje girando hasta que sea el momento de romperlo. Si quieres ver una líder, Dru, mírame bien. Porque esta noche, la única verdad es que sigo aquí, manteniendo los muros en pie.

Dru no respondió. Se limitó a asentir, volviendo a su rincón de sombras. Élida se quedó sola frente a las pantallas, escuchando el susurro lejano de la ventilación. Se sentía como una pieza forzada en una máquina que no comprendía del todo, un eslabón que, a pesar del cansancio y del hambre, se negaba a ceder. La lucha no era contra el sistema, sino contra el peso del lenguaje que amenazaba con aplastarla.

CAPÍTULO 22

La Lógica del Sacrificio

El aire en el sector de mantenimiento estaba viciado, impregnado por el olor a ozono que despedían los bastidores de servidores. Renat avanzó por el pasillo central, esquivando un cable suelto que colgaba de la pared de roca, una molestia que nadie parecía querer reparar. El zumbido constante de los ventiladores. Allí, rodeada de parpadeos incesantes de diodos ámbar, Élida trabajaba con una intensidad febril. Sus dedos volaban sobre la consola táctil, pero sus hombros estaban tensos, bloqueados en una postura de defensa que no le era habitual.

Renat se detuvo a un paso de ella. Élida no levantó la vista, concentrada en el flujo de datos que se desplazaba ante sus ojos. El lenguaje del Cómputo, con sus metadatos de validación y sus rastros de autoría, se desplegaba en una cascada de caracteres que confirmaban la integridad de cada enunciado.

—El sector está saturado —dijo Élida sin apartar la mirada de la pantalla—. Los nodos de control de los doce enclaves están al límite. Si seguimos forzando el grafo evidencial, la estructura se vendrá abajo.

Renat sintió un calambre en la pierna, un recordatorio de las horas que llevaba en pie. Observó la rigidez de su compañera; cada movimiento de sus manos parecía el de una pieza mal ajustada en

un mecanismo de precisión. Élide se ocultaba tras los protocolos, refugiándose en el lenguaje que la Academia de Lasitra le había enseñado a venerar.

—El reloj no va a detenerse ahora —respondió Renat, su voz cortante, casi mecánica—. No podemos seguir esperando a que el sistema decida colapsar por sí mismo. Hay algo que necesitas ver.

Élide se tensó aún más. La luz de los monitores proyectaba sombras duras sobre su rostro, resaltando las ojeras que el cansancio le había dejado.

—No tengo tiempo para teorías, Renat. Si esto es otra de tus ocurrencias, no encaja con la prioridad de la auditoría. Los datos son claros: el sistema tiene una integridad que debemos proteger, no fragmentar.

—El sistema es una mentira blindada por metadatos —insistió Renat, acercándose un poco más—. La rectora Quim ha borrado rastros de corrupción durante años, y ahora vosotros pretendéis que sigamos jugando con las reglas de un juego trucado. Necesitamos una estrategia radical.

Élide se giró por fin, sus ojos escaneando el rostro de Renat con una frialdad técnica.

—No podemos simplemente ignorar la lógica del Cómputo. Si intentamos manipular los registros sin pasar por la Contadora, la respuesta del sistema será inmediata. Cualquier movimiento fuera de la norma es una perturbación que ellos detectarán al instante.

Renat observó la mancha de grasa que ella tenía en el dorso de la mano, un detalle mundano en medio de aquel entorno de alta tecnología. Ella seguía aferrada a la seguridad del marco, temiendo que, si soltaba los protocolos, todo lo que conocían se desmoronaría. Él comprendió entonces que el miedo de Élide no era a la rebelión,

sino al caos que vendría si el Cuarto Idioma —esa construcción que permitía comunicar verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo— terminaba por fracturar la realidad que ella había ayudado a mantener.

—Las salvaguardas ya no funcionan —dijo Renat con una calma que le dolió en la garganta—. He diseñado un vector de ataque, una ruta interna que elude las restricciones de auditoría aprovechando la recursividad del propio sistema. No es una ruptura violenta; es un cortocircuito que utiliza la propia lógica del Cómputo contra sí misma.

Élida abrió los labios para interrumpir, pero Renat levantó una mano, deteniéndola.

—Escúchame. No vamos a intentar convencer a nadie con datos. Vamos a introducir una anomalía en el flujo, una frecuencia de superposición que el sistema no sabrá cómo validar ni cómo rechazar. Una vez dentro, podremos acceder a los registros ocultos de Ohun. Si la corrupción es tan profunda como sospechamos, el propio sistema tendrá que ejecutar una purga, y esa purga nos dará el acceso que necesitamos para exponer a la Academia.

Élida permaneció en silencio, observando el panel de control. El zumbido de los servidores parecía aumentar de volumen, convirtiéndose en un lamento metálico que llenaba el espacio. Sus manos, que antes se movían con la soltura de una experta, ahora descansaban inertes sobre la mesa de metal. La idea de una brecha en el sistema, de una grieta por la que se filtraba lo que el Cómputo consideraba inefable, la aterraba.

—Es un riesgo incalculable —murmuró ella, casi para sí misma—. Si el sistema detecta la intrusión, no solo nos aislará. Borrará cualquier rastro de nuestra existencia del grafo evidencial. Seremos fantasmas, enunciados sin autoría, datos basura en un servidor olvidado.

—Ya somos fantasmas, Élida —dijo Renat, volviendo a su tono directo—. O aceptamos que el sistema ha muerto y buscamos otra forma de existir, o seguimos siendo las piezas de un mecanismo que nos utiliza para encubrir su propia decadencia. Ya es tarde para seguir buscando seguridad.

Ella miró a su alrededor, hacia los muros de roca del Refugio, como si intentara encontrar en la piedra una respuesta que el lenguaje sintético no le daba. Renat sabía que ella estaba evaluando las probabilidades, buscando una salida que no implicara la destrucción total de sus certezas. Él no la presionó más. Sabía que, una vez que la duda se instalaba, era imposible erradicarla.

—Hay algo que necesitas ver —repitió él, esta vez más bajo, mientras le tendía un pequeño dispositivo que había extraído de su bolsillo—. Son las pruebas de la recursividad. No son mías. Pertenecen a quienes estuvieron aquí antes, a quienes intentaron lo mismo que yo te estoy pidiendo ahora.

Élida tomó el dispositivo con manos temblorosas. Sus dedos rozaron los suyos, un contacto breve y frío que apenas registró en la tensión del momento. Al observar los datos que se desplegaban en la pantalla, un destello de reconocimiento cruzó sus ojos. No era una simple teoría. Era la confirmación de que la estructura que ella protegía no era más que un castillo de naipes sostenido por el miedo.

—No encaja —dijo ella, aunque su voz carecía de la convicción de hace unos minutos—. Esto implica que los fundamentos de la Academia han sido cómplices desde el principio.

—Esa es la realidad que tanto temes enfrentar. Pero es la única forma de que el Cuarto Idioma pueda ser escuchado —Renat se quedó quieto, esperando.

El zumbido de los ventiladores se sintió, por un segundo, como un silencio cargado de posibilidades. Élide dejó el dispositivo sobre la consola y se frotó los ojos, agotada por la confrontación. Sabía que, si aceptaba, ya no habría vuelta atrás a la vida protegida dentro de los muros de Tarsis-Mediante.

—Necesito revisar la topología de la red —dijo al fin, su voz volviendo a ese tono técnico, analítico—. Si vamos a hacer esto, no podemos permitirnos ni un solo error en la sintaxis de la intrusión.

Renat asintió. No había alegría en su victoria, solo un peso renovado en su pecho. Había roto su coraza, pero ahora ambos estaban condenados a cargar con el peso de la verdad que estaban a punto de desatar. El aire en el Refugio seguía oliendo a ozono y a humo de leña, un recordatorio constante de que, fuera de los servidores y los datos, el mundo real seguía existiendo, precario y olvidado. Él se quedó allí, observándola mientras comenzaba a teclear con una rapidez renovada, esta vez no para proteger el sistema, sino para encontrar la fisura por la que el sistema dejaría de existir.

* * *

El aire viciado de El Refugio se sentía espeso, cargado con el rastro de la leña quemada y el sudor de ochenta personas hacinadas bajo la superficie del desierto. Sobre el banco de trabajo, una lámpara de emergencia parpadeaba con una cadencia agónica, arro-

jando sombras largas que se retorcían contra los muros de roca natural, cubiertos por una fina capa de polvo que se adhería a la garganta. Renat sintió un calambre en la pantorrilla. Cada destello de la luz parecía sincronizarse con el pulso irregular de sus sienes, un recordatorio de que allí, bajo la tierra, el tiempo no era una medida absoluta, sino un residuo que se consumía lentamente.

Renat se apartó del haz de luz y caminó hacia la compuerta de mantenimiento. El metal estaba frío bajo sus dedos, una superficie rugosa que vibraba con el zumbido de los extractores de aire. Con un movimiento seco, accionó el pestillo y empujó la pesada plancha hasta que encajó en el marco con un chasquido metálico. El silencio posterior fue absoluto, denso como una losa de plomo. Se giró hacia ella, consciente de que cualquier sonido exterior, incluso el murmullo de los niños en la sala contigua, interferiría en lo que debía decir.

—Mira esto —dijo Renat, su voz cortante, desprovista de cualquier adorno que pudiera suavizar la dureza del mensaje. Se acercó a la consola donde ella seguía trabajando, el brillo de las pantallas reflejándose en sus pupilas—. He analizado los nodos de control de los doce enclaves. La saturación es crítica. La red de Ohun ha detectado la anomalía en el grafo evidencial —el mapa lógico que conectaba cada dato con su fuente verificable—. Si los auditores rastrean la procedencia del acceso, llegaremos al Refugio antes de que termine el ciclo actual.

Élida levantó la vista. Tenía los ojos inyectados en sangre, las ojeras marcadas por el cansancio. Renat no esperó a que ella hablara.

—Mi plan es simple. La auditoría rastreará el origen hasta un único punto si yo configuro mi propio nodo como el emisor exclusivo de la corrupción. Dejaré un rastro falso, una traza de metadatos

que apunte directamente a mi terminal como el único autor responsable. Si me entrego a los auditores de Ohun. Vosotros sobreviviréis. Ya es tarde para buscar alternativas que no impliquen la destrucción de este lugar.

Élida dejó de teclear. Sus dedos, rígidos, permanecieron suspendidos sobre las teclas. Sintió una opresión en el pecho. La idea de que el engranaje de la Academia pudiera absorber a un ser humano para ocultar su propia ineficiencia le resultaba insoportable. Si aceptaba, Renat se convertiría en un sacrificio necesario, una pieza de repuesto en una máquina que no merecía ni un gramo de su lealtad. El desajuste entre la moralidad que compartían y la frialdad del plan de Renat le provocaba náuseas, una sensación de mareo que le obligó a aferrarse al borde de la mesa.

—No encaja —dijo ella, con la voz quebrada. Sus ojos buscaban en el rostro de Renat algún signo de duda, pero solo halló una determinación gélida—. Estás proponiendo una desviación de la responsabilidad que no puede ser verificada sin una auditoría profunda de los logs. Si los auditores son tan eficientes como dicen, descubrirán tu participación y la mía. No puedes simplemente borrar nuestra trayectoria como si fuera una línea de código redundante.

—Eso no cuadra —insistió Renat, ignorando su mirada—. He forjado esta contradicción deliberadamente para simular un error del Cuarto Idioma —la lengua que superponía frecuencias para ocultar verdades emocionales—. Los auditores no buscarán más allá del primer nivel de evidencia si el rastro es lo suficientemente convincente. Mi sacrificio mantendrá el foco lejos del Refugio. Es la única manera.

—No acepto ese diseño —respondió Élidea, poniéndose en pie con brusquedad—. Tu propuesta es una fuga de lógica pura. Si te entregas, nos dejas sin el único técnico capaz de descifrar la estructura del grafo evidencial mientras intentamos conectar con los otros enclaves. No es un sacrificio heroico, Renat, es una sentencia de muerte para el proyecto. No encaja con lo que juramos proteger aquí abajo.

Ella comenzó a caminar por el pequeño espacio, sus pasos resonando contra la roca. Había un desajuste en el ritmo de su respiración; el miedo no era por su propia vida, sino por la inutilidad de aquel gesto.

—Ya es tarde —repitió Renat, esta vez con una suavidad sombría que le llegó a ella como un golpe—. La detección previa del fallo, ese parpadeo en las frecuencias de la Academia, ya ha cerrado las rutas de salida. No tenemos otra vía. Si no ejecutas la transferencia de datos para que yo sea el único responsable, los auditores encontrarán la dirección del Refugio en menos de una hora. El sistema no perdona la existencia de lo que no puede computar. Es imperativo que comprendas, Élidea, que ya no queda espacio para el heroísmo, solo para la contabilidad de las pérdidas.

Élidea se detuvo. Miró hacia la compuerta, luego hacia las luces parpadeantes que empezaban a fallar de forma definitiva. Sabía que él tenía razón en cuanto a la matemática de la situación, pero su ética, cimentada en la supervivencia colectiva, se negaba a aceptar la ecuación.

—Si haces eso, la fuga de datos será permanente —dijo ella, con un tono analítico que apenas ocultaba el temblor de sus manos—. Destruirás el único rastro que tenemos para demostrar que la co-

rrupción no es accidental. Me obligas a observar cómo el sistema se traga la única evidencia que nos queda. No hay encaje posible en un plan que nos deja ciegos.

Renat no respondió. Se quedó allí, en la penumbra, con el peso de la decisión ya tomada sobre sus hombros, esperando a que ella comprendiera que, a veces, la única forma de evitar que la máquina se desmoronara por completo era ofrecerse como el engranaje que debía romperse para que el resto pudiera seguir girando en el vacío. El aire seguía oliendo a ozono y a la humedad de la tierra, una realidad demasiado tangible para ser ignorada.

* * *

Las paredes metálicas de El Refugio vibraban con una frecuencia baja, un zumbido constante que parecía devorar cualquier sonido humano y convertirlo en un eco sordo contra la roca. El aire en la cámara principal estaba viciado, impregnado por el olor a ozono que desprendían los procesadores sobrecalentados y el rastro ácido de una sopa de legumbres olvidada sobre una mesa de trabajo metálica. Renat observaba cómo el polvo bailaba en los haces de luz que se filtraban por una fisura en el techo, un detalle mundano que contrastaba con la urgencia que le quemaba en la garganta. Sentía un hormigueo persistente en la punta de los dedos, una molestia física provocada por la descarga estática de los nodos cercanos, pero no permitió que su postura se relajara. La estructura del lugar, excavado con precisión quirúrgica en el desierto, empezaba a ceder ante la presión de los datos.

—Presta atención a lo que tengo aquí —dijo Renat, su voz cortante como el filo de un bisturí—. La integridad de este enclave está comprometida. Si no procedéis con la transferencia ahora mismo, la Auditoría central localizará vuestras coordenadas en cuestión de segundos.

Élida se tensó, sus dedos recorriendo frenéticamente una interfaz táctil que parpadeaba con advertencias de error. Se llevó una mano a la sien, frotándose un punto de dolor que la acompañaba desde hacía horas.

—Es una inconsistencia técnica, Renat —respondió ella, sin levantar la vista—. No encaja. Si destruyo el grafo evidencial ahora, ocultaré la huella de la corrupción, pero el sistema interpretará mi omisión como una falla en la auditoría. Sería una desviación inaceptable.

—Vosotros no tenéis más opciones que aceptar mi entrega —insistió él, dando un paso hacia ella—. La lógica del sistema es una trampa circular. Si yo me presento como el emisor de los datos corruptos, la recursividad del Cómputo se activará sobre mi nodo y el vuestro quedará limpio. Es una ecuación de intercambio. Ya es tarde para buscar soluciones elegantes.

Élida detuvo sus movimientos. La luz de la pantalla reflejaba un rastro de cansancio en sus ojos, una sombra que nada tenía que ver con la luz artificial que bañaba la estancia.

—No acepto que la arquitectura de este plan dependa de un sacrificio tan precario —dijo ella, con un tono que buscaba desesperadamente una fisura en el razonamiento de Renat—. Si ejecuto la purga de datos como sugerís, solo estaré confirmando que no existe otro camino. ¿Es esta vuestra única forma de ver el mundo, como una serie de componentes destinados al desguace?

Renat la observó mientras ella intentaba reordenar los archivos. Él comprendía su urgencia; Élida buscaba errores técnicos o vacíos en el protocolo, esperando encontrar una variable que le permitiera salvar tanto el sistema como a él. Pero ella se negaba a afrontar la realidad de su marcha, prefiriendo perderse en el análisis de una estructura que ya estaba colapsando bajo su propio peso. Para él, el destino no era un concepto metafísico, sino una serie de vectores que solo podían llevar a un resultado.

Recordó el diagnóstico inicial de Élida sobre la vulnerabilidad del Cómputo. Ella ya había señalado que el sistema poseía una fragilidad inherente, un punto ciego que permitía la entrada de ruido sin ser detectado como una amenaza inmediata. Élida había predicho que, una vez que la corrupción alcanzara cierto nivel de superposición, la única respuesta sería una purga total. Cualquier maniobra, por astuta que fuera, resultaba inútil frente a la capacidad de auto-defensa del Cómputo. La evidencia estaba ahí, en los registros que Mirta intentaba proteger con tanto ahínco.

Élida, ignorando su mirada, se sumergió una vez más en los registros protegidos. Sus manos, ágiles sobre el cristal, rastreaban cada línea en busca de una última variable que Renat pudiera haber pasado por alto.

—Debe haber un modo de eludir la auditoría —murmuró ella, más para sí misma que para él—. Si redirijo el Cuarto Idioma a través de los nodos de baja frecuencia, tal vez el Cómputo no pueda identificar la fuente.

Renat sintió una punzada de amargura. Ella aún creía en la posibilidad de burlar al sistema mediante la superposición de frecuencias, esa técnica que utilizaba el Cuarto Idioma para comunicar verdades emocionales a través de los huecos semánticos, esas caren-

cias de significado que el Cómputo no sabía interpretar. Pero el tiempo se agotaba. El parpadeo de las luces se hizo más constante, un aviso físico de la inestabilidad que se propagaba por todo el enclave.

—No hay más tiempo para pruebas —dijo Renat, su voz volviéndose más tersa—. El Cómputo ya ha identificado la anomalía. Cada segundo que invertís en buscar una salida alternativa es un segundo que nos acerca a la anulación total.

Élida se quedó inmóvil ante la pantalla. La dureza de la realidad. El aire se sentía más denso, cargado con el silencio de lo que ya no podía ser corregido. Renat sabía que ella entendería la lógica de su entrega tarde o temprano; el problema era si, para entonces, todavía quedarían suficientes piezas en pie para reconstruir algo fuera del alcance de la máquina. No era una cuestión de heroísmo, sino de una aritmética fría y necesaria, la única forma de evitar que todo se desmoronara sin dejar rastro alguno. Él volvió a mirar las luces, esperando a que ella dejara de buscar la pieza que faltaba y aceptara, por fin, que el engranaje del sistema ya había comenzado a triturar el presente.

CAPÍTULO 23

Infiltrar el Enunciado Disruptivo

El aire dentro del Refugio pesaba como plomo, cargado con el olor a tierra seca y el regusto metálico de los procesadores que zumbaban en las cavidades de la roca. Élida se frotó la nuca, sintiendo cómo el sudor frío se le pegaba a la piel por la tensión acumulada. La luz azulada de los monitores parpadeaba sobre las paredes irregulares, proyectando sombras alargadas que danzaban sobre las caras de Cassen y Dru. Afuera, el desierto era un vacío absoluto, pero aquí, bajo tierra, el silencio era apenas una fachada para el frenesí de datos que fluía por los cables ocultos tras la piedra.

Élida señaló la pantalla, donde un grafo evidencial mostraba la fractura en los registros de Ohun.

—Si miráis aquí, la inconsistencia no es accidental —dijo, ajustándose el cuello de la chaqueta. Tenía la garganta seca y un hambre sorda le apretaba el estómago—. Es una brecha abierta en la arquitectura del Cómputo. Recordad que este mismo desajuste fue lo que nos permitió trazar el origen de los archivos de Vilarós Quim. La rectora dejó una huella que no pudo borrar, un rastro que, aunque parezca insignificante, demuestra que la base sobre la que construyeron el sistema es inestable. Si lanzamos el enunciado ahora, aprovechando la saturación de los nodos, el sistema no tendrá capacidad para validar la autoría a tiempo.

Cassen se acercó al monitor, observando las líneas de código con una concentración gélida. Sus dedos, largos y hábiles, tamborilearon sobre la mesa de metal.

—¿Habéis reparado en la irregularidad de la latencia de respuesta? —preguntó Cassen, sin desviar la vista de los datos—. Es recursivo. Si introducimos una carga que fuerce la reevaluación de los metadatos, el sistema entrará en un bucle de comprobación. La saturación de los nodos de control de los doce enclaves nos da una ventana de tres segundos. Es un margen estrecho, pero si sincronizamos la emisión, la auditoría del Cómputo colapsará intentando verificar algo que no existe en sus registros. ¿Comprendéis la magnitud de lo que estamos planteando? Es una maniobra técnica pura.

Dru, que permanecía al margen, observando la textura de la piedra como si leyera un mapa antiguo, suspiró. La sintaxis es una trampa.

—La sintaxis es una trampa —repitió Dru, con la mirada perdida en las sombras—. Lee entre los huecos. Vosotros intentáis construir un muro para derribar otro, pero olvidáis que el Cuarto Idioma no se traduce, se siente. Si lanzamos este enunciado, ¿qué quedará del entramado que sostiene nuestra realidad? Me pregunto si no estamos simplemente cambiando una cáscara por otra más fina, más frágil. ¿Habéis pensado en el peso de lo que vais a silenciar para siempre?

Élida interrumpió, sintiendo que la impaciencia le subía por el pecho.

—No se trata de sentimientos, Dru. Es una necesidad operativa. Si no ejecutamos esta infiltración, la vigilancia de Ohun nos encontrará antes de que termine el ciclo. La estructura del sistema es un meca-

nismo que busca el error; si no lo provocamos nosotros primero, lo hará la propia máquina al intentar purgar nuestra existencia. Es un movimiento necesario.

Cassen asintió, impasible.

—Dru tiene razón en una cosa: el riesgo es total. Pero la alternativa es la anulación de nuestro enclave. Vosotros debéis decidir si preferís la inacción o este asalto lógico. El vector de ataque está listo. Solo falta activar la secuencia.

Élida miró a sus compañeros. Cassen parecía una extensión de la consola, alguien que solo entendía el mundo a través de la eficacia del código. Dru, en cambio, habitaba un espacio donde las palabras tenían dimensiones físicas, casi tectónicas. Élida sintió el peso de la herencia de su familia, de aquellos arquitectos que habían tejido la trampa en la que ahora vivían. La rectora Quim aún operaba en los niveles superiores, moviendo hilos que Élida apenas empezaba a comprender. ¿Era posible que el plan fuera solo otra capa de la manipulación de la Academia de Lasitra?

Se acercó a la consola, donde un trozo de papel olvidado de una ración de comida obstruía una de las ranuras de ventilación. Lo retiró con un gesto brusco, sintiendo la aspereza del papel bajo sus dedos. La pequeña fricción, un acto cotidiano en mitad de aquel drama, la ancló al momento.

—El punto ciego está aquí —dijo Élida, marcando una coordenada en el grafo—. Si inyectamos el código en este nodo específico, forzaremos al sistema a reconocer una falsa autoría. No es una mentira, es una sustitución lógica. Cuando el Cómputo intente validar la procedencia, se encontrará con la firma de un usuario que ya no existe, un fantasma que nosotros mismos hemos recreado en el sistema.

Dru se acercó finalmente, observando la pantalla con recelo.

—Es un intento de vislumbrar la salida en un laberinto sin puertas —murmuró Dru—. Pero acepto el riesgo. No hay otra manera de proteger lo que hemos construido bajo este techo de piedra.

Cassen ajustó los parámetros de la transmisión.

—Entonces, estamos alineados. Si el sistema responde con una purga, el Refugio quedará desconectado, pero el enunciado habrá cumplido su propósito. Es un intercambio de información por libertad. ¿Estáis listos para ejecutar?

Élida tomó aire, sintiendo el aire viciado del Refugio llenar sus pulmones. No había vuelta atrás. La sombra de la rectora, la historia de su linaje y el futuro de quienes habitaban en la oscuridad se condensaban en un solo punto de impacto.

—Adelante —dijo Élida—. Que el sistema se trague su propia lógica.

En el silencio que siguió, solo se escuchó el zumbido constante de los ventiladores. Cada uno de ellos se quedó inmóvil, observando cómo la barra de progreso comenzaba a avanzar, lenta e inexorable, hacia el corazón del Cómputo. Por un instante, el único sonido fue el parpadeo de los indicadores, una frecuencia que parecía latir al ritmo de sus propios corazones, esperando el colapso que cambiaría el curso de su resistencia. Élida cerró los ojos, sintiendo cómo la realidad se tensaba, como una cuerda a punto de romperse, aguardando el momento en que el código tocara el nervio expuesto del sistema y lo obligara a revelarse.

* * *

La luz mortecina de los terminales bañaba las paredes de roca caliza, tiñendo de un azul eléctrico las irregularidades del Refugio. Un zumbido constante, un chirrido metálico que se filtraba por las

juntas del equipo, saturaba el espacio confinado. Élidea se frotó los ojos, sintiendo la sequedad de las mucosas y un picor irritante en la nuca, producto de las horas de inmovilidad. El ambiente estaba cargado con el olor a ozono y el aroma rancio del café olvidado en una taza de metal sobre la mesa auxiliar.

Recordó el diagnóstico de los registros de Ohun, aquel nudo donde la lógica del Cómputo se deshilachaba. No era un error aleatorio; era una cicatriz en el sistema, una herida abierta que su linaje había ayudado a profundizar. Al observar los datos, Élidea comprendía que el peligro no residía en la potencia de la red, sino en su capacidad de autorreparación. Si la estructura detectaba una brecha, la cerraba con una violencia algorítmica implacable. Cada vez que intentaban inyectar el Cuarto Idioma.

Desplegó los diagramas de flujo en el monitor principal. Sus dedos, marcados por la presión constante sobre el teclado, trazaron los nodos críticos.

—Mira esto —dijo Élidea, señalando una ramificación del grafo evidencial—. Aquí es donde la auditoría se vuelve ciega. El Cómputo requiere una trazabilidad absoluta para cada enunciado. Si creamos un desajuste en los metadatos de origen, el filtro del sistema no encuentra un anclaje donde realizar la comprobación.

Dru se acercó, rodeando la mesa con un paso silencioso. La figura de Dru parecía fundirse con las sombras del lugar, como si el Refugio mismo estuviera envolviendo a la persona en un manto de piedra. Dru observó las líneas de código, no como una ingeniera, sino como quien contempla el plano de una catedral inacabada.

—La concatenación de los comandos se erige como un muro de espejos —susurró Dru, con una voz que parecía rasgar la densidad del aire—. Tú intentas engañar al engranaje, pero el sistema siente la

vibración de tu voluntad antes de que el comando se ejecute. ¿Cómo evitaréis que la recursividad del núcleo responda con una purga total cuando el vector encuentre el vacío?

Élida suspiró, sintiendo un calambre en la pierna. Se obligó a cambiar de postura, buscando alivio en el suelo irregular. La pregunta de Dru era directa, carente de la ornamentación que Dru solía preferir, pero cargada de una sospecha legítima.

—No vamos a engañar al núcleo —explicó Élida, ajustando un cable que colgaba cerca de su hombro—. Vamos a ocultar la intención mediante una superposición de señales. Si enviamos el enunciado dividido en segmentos que, por separado, parecen ruido de red, la auditoría los ignorará. El Cuarto Idioma solo se ensambla una vez que ha pasado el punto de control. Es una desviación calculada.

Dru se quedó pensativa, observando el monitor.

—Lee entre los huecos —respondió Dru—. La cáscara de vuestro mensaje debe ser tan inofensiva como la piedra que nos rodea. Si vislumbrar el significado es posible para el sistema, seremos parte del escombros.

Élida asintió, concentrada de nuevo en la pantalla. El desafío técnico era inmenso. El Cómputo operaba mediante una vigilancia que no dormía, pero su propia rigidez era su talón de Aquiles. Élida identificó una secuencia donde la carga de trabajo de los servidores alcanzaba su cénit; un momento de saturación donde los procesos de verificación se ralentizaban apenas unos milisegundos.

—Aquí —dijo Élida, señalando un salto en el registro—. Si sincronizamos el envío con el reinicio de los nodos, la validación se verá forzada a saltar este bloque. Será una fuga limpia a través de la saturación del servidor.

Dru se acercó más, el aliento rozando el hombro de Élida. La persona señaló un punto concreto en el mapa de bits, un segmento donde la estructura parecía más frágil, como una veta de mineral blando en una pared de granito.

—Es un entramado complejo —admitió Dru, con una chispa de reconocimiento en los ojos—. Pero acepto que vuestro diseño tiene una lógica que escapa a la norma. Si el mensaje se fragmenta lo suficiente, el sistema no tendrá cómo procesar la verdad que contiene.

Élida sintió una oleada de alivio que le recorrió el cuerpo, aunque el cansancio seguía pesándole en los párpados. La solución estaba allí, en esa geometría de datos que habían construido con tanto esfuerzo. Sabía que el riesgo era real, que cualquier error en la secuencia provocaría un colapso irreversible, pero el plan estaba cerrado.

—Mañana, cuando los nodos inicien el ciclo de purga programada —dijo Élida, con voz firme—, ejecutaremos el vector. Vosotros mantened el suministro de energía estable. Yo me ocuparé de que la firma del enunciado no deje rastro en la memoria caché.

Dru se alejó, volviendo hacia el rincón del Refugio donde las mantas formaban un lecho desordenado. Antes de desaparecer en la penumbra, Dru se giró una vez más.

—El lenguaje es un lazo que se cierra —repitió Dru. Aseguraos de que vuestro lenguaje no deje huellas en el polvo de este camino.

Élida se quedó sola frente a los monitores. El zumbido del equipo parecía haberse vuelto parte de su propio latido. Se frotó la mano contra el pantalón, sintiendo el sudor frío que le humedecía la palma. Tenía que revisar la secuencia una vez más. Cada línea de código debía ser perfecta, cada fragmento tenía que encajar con precisión quirúrgica. Se sentó, estirando las piernas hasta que sus

rodillas chasquearon, y comenzó a teclear, ignorando el hambre que empezaba a contraerle el estómago. No había marcha atrás; el enunciado estaba listo para ser liberado.

* * *

El aire dentro del Refugio se sentía espeso, saturado por el olor a leña quemada y el sudor acumulado de quienes habitaban el enclave. Un zumbido sordo, una frecuencia constante emitida por los aisladores de señal, vibraba bajo las plantas de los pies de Élide. En la esquina del recinto, la luz de un candil improvisado parpadeaba, proyectando sombras alargadas sobre las paredes de roca natural. Cassen estaba agachada frente a una consola de mando, sus dedos largos y precisos manipulando los cables con una destreza que no permitía dudas.

Élide observó cómo su compañera ajustaba los parámetros de los aisladores. Cada movimiento de Cassen era una coreografía de eficiencia técnica, un despliegue de control sobre el equipo rudimentario que habían logrado montar. El hambre.

—El sector de salida está bloqueado por el protocolo de redundancia del Cómputo —dijo Cassen sin levantar la vista. Su voz, carente de inflexiones innecesarias, cortó el silencio como una cuchilla—. ¿Has notado ese desfase? Los metadatos de la red están intentando reescribir nuestra entrada en tiempo real.

Mirta se acercó, sintiendo el roce de su hombro contra el de Cassen. La fragilidad técnica era evidente. Recordó entonces el diagnóstico de Élide, semanas atrás, cuando descubrieron que la estructura del Cómputo —la lengua sintética que regía toda comunicación en Tarsis— ya no era el monolito inexpugnable que la Academia de Lasitra pretendía vender. Aquella lección sobre la precariedad de la

estabilidad sistémica le había dejado una marca indeleble; la integridad de la red no era más que una ilusión, una construcción frágil que se mantenía a base de ocultar sus propias cicatrices.

—El entramado lógico intenta cerrar la brecha —respondió Élida, ajustando el enfoque de su propia terminal—. Si no forzamos una redirección, el grafo evidencial —el mapa lógico que vinculaba cada enunciado con su fuente original— nos detectará en menos de dos ciclos.

Cassen asintió, apartando un mechón de pelo que le caía sobre los ojos con un gesto mecánico.

—Es recursivo. La propia estructura de la lengua se defiende de nuestras intenciones —comentó Cassen, señalando una serie de líneas de código que fluían por la pantalla—. He configurado un nodo de acceso secundario, un conducto oculto que debería saltarse la auditoría principal. Pero, para que esto funcione, vosotros tenéis que mantener una sincronía absoluta. Si vuestra frecuencia de emisión vacila, el nodo colapsará sobre sí mismo.

Élida sintió un hormigueo en las manos. La tarea era titánica. Debían insertar el Cuarto Idioma —esa construcción lingüística no traducible que comunicaba verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo— directamente en la médula de la red.

—Prepararé la carga —dijo Élida—. ¿El nodo está estable?

—Por ahora —respondió Cassen, echándose hacia atrás para sentarse sobre los talones—. Pero escucha, Élida. Debes comprender el mecanismo. El Cuarto Idioma no se procesa como un comando estándar. Al utilizarlo para forzar este nodo, el sistema extraerá una

carga de procesamiento emocional directa de tu propia arquitectura cognitiva. Es un drenaje. No es solo código; es una transferencia de tu capacidad de respuesta. ¿Entiendes lo que implica?

Élida tragó saliva. El sabor metálico del agua estancada, la única que habían podido filtrar esa mañana, le dejó un regusto amargo en la garganta. La advertencia era clara: el coste del uso de este lenguaje no era meramente computacional, sino existencial. Al intentar comunicar la verdad que el Cómputo no permitía, ella misma se convertiría en un conducto, una pieza de infraestructura consumida por el mensaje.

—Esto requiere salirse del guion —respondió Élida, con la voz un poco más tensa de lo que pretendía. Se apoyó contra el muro de roca, sintiendo la textura fría y rugosa de la piedra—. Si queremos que el enunciado penetre el sistema, no podemos permitirnos el lujo de la autoprotección. ¿Tienes el punto de acceso listo?

—Está listo. Pero la estructura de soporte de este nodo es una arquitectura de un solo uso —explicó Cassen, indicando con un gesto preciso los diodos de la consola—. Una vez que el Cuarto Idioma atraviese el muro, el nodo se autodestruirá para borrar el rastro. No habrá vuelta atrás para ninguno de los dos. ¿Has notado ese desfase? La red ya está notando nuestra presencia.

Élida miró las pantallas. La fluctuación en los datos era mínima, apenas una vibración, pero para ella era un grito. La tensión que sentía, el miedo por la vida de Cassen y el peso de su propia responsabilidad, le provocaron una punzada en la nuca. Era una inconsistencia lógica que no podía resolver: el acto de resistencia requería poner en peligro a la única persona que entendía el alcance de su plan.

—Si fallamos, el enclave será purgado —dijo Élide, más para sí misma que para Cassen.

—Es recursivo —repitió Cassen, volviendo a teclear con una calma que a Élide le resultó casi inquietante—. La falla no es nuestra, es del sistema que nos obliga a actuar así. Solo asegúrate de que el engranaje del mensaje sea preciso. Si el encaje entre el Cuarto Idioma y los metadatos del Cómputo no es exacto, seremos absorbidos por la misma corrupción que intentamos denunciar.

Élide comenzó a introducir las secuencias, sintiendo cómo el frío del Refugio se le metía en los huesos. Cada tecla pulsada era un paso más hacia la ruptura. No podía dejar que las dudas sobre su linaje o el miedo a la disolución personal la detuvieran. El plan era su única realidad.

—Cuando lance la señal —susurró Élide, con los ojos fijos en la cascada de caracteres de la pantalla—, asegúrate de cortar el suministro de energía de tu lado. Si el nodo no se cierra, la fuga de datos nos delatará antes de que el mensaje alcance los nodos centrales.

Cassen le dedicó una mirada rápida, una sombra de reconocimiento en su rostro clínico.

—Confía en el proceso, Élide. He diseñado el protocolo para que sea eficiente. Vosotros, los que habéis cargado con este secreto, tenéis que estar listos para soltarlo todo.

Élide asintió, aunque el peso en su pecho no disminuía. El aire viciado, el hambre y el zumbido constante de los aisladores formaban una atmósfera opresiva. Sin embargo, allí, en el corazón de la roca, frente a la pantalla que parpadeaba con una luz artificial y errática, sintió que el objetivo estaba a su alcance. El sistema estaba a punto de ser vulnerado, y ella, por fin, iba a dejar de ser una

Contadora de mentiras para convertirse en la voz de una verdad que el Cómputo ya no podría silenciar. La arquitectura del control estaba a punto de encontrar su primera grieta real, y no había vuelta atrás.

* * *

El silencio dentro del Refugio no era una ausencia de sonido, sino una presión acumulada contra los tímpanos, apenas interrumpida por el parpadeo rítmico y gélido de los procesadores que Cassen había interconectado sobre la mesa de piedra. La luz artificial, pálida y cortante, rebotaba contra las paredes rugosas de la cueva, revelando pequeñas partículas de polvo que danzaban en el aire viciado. Élida sintió un hormigueo persistente en las puntas de los dedos. Un vaho húmedo se condensaba en los ángulos de la estancia y el olor a tierra mojada se mezclaba con el calor metálico de los circuitos sobrecalentados.

Élida recorrió con la mirada la arquitectura del vector. Recordaba bien la última vez que la estructura de autodefensa recursiva — aquel mecanismo de protección que el Cómputo activaba para aislar y neutralizar cualquier anomalía lógica— los había dejado al borde del colapso. En aquel entonces, los registros de Ohun habían reaccionado con una virulencia inesperada, cerrando puertas lógicas que ella creía seguras. Ahora, cada línea de código le recordaba a los planos que su linaje había trazado, una herencia que se sentía como un lastre físico. La estructura era un laberinto de muros invisibles, diseñados originalmente para proteger la integridad del engranaje normativo, pero que ahora ella debía forzar hasta lograr una fractura.

Cassen se acercó, arrastrando los pies sobre la roca irregular, y señaló un gráfico que se estabilizaba en el centro del monitor. — ¿Percibes que los tiempos no coinciden? Es recursivo —dijo Cassen, con la voz plana, desprovista de cualquier calidez innecesaria. Sus ojos escaneaban los nodos con una frialdad quirúrgica—. Si la carga no se distribuye uniformemente entre vosotros, el sistema identificará la anomalía antes de que el comando se ejecute. ¿Está todo listo para la sincronía?

Dru, que permanecía en la penumbra, dio un paso hacia el círculo de luz. Su presencia parecía desdibujar los contornos de la estancia, como si habitara un plano distinto al de las máquinas. —Cuidado, que la sintaxis quiere tenderos una emboscada —murmuró Dru, con una calma que contrastaba con la urgencia de Élida—. No olvidéis que el Cuarto Idioma solo encontrará su camino si lo depositáis con exactitud en las brechas que el lenguaje formal no puede cubrir. Lee entre los huecos. Recordad que la verdad necesita espacio para respirar antes de que el Cómputo la devore.

Élida ajustó la posición de un cable que se había soltado, un gesto cotidiano que la obligó a concentrarse en la aspereza del cobre bajo sus yemas. —No os preocupéis por la sincronía —respondió Élida, tratando de que su tono sonara firme, aunque un ligero temblor le recorriera los hombros—. He ajustado los parámetros del vector. El diseño elude las restricciones del Cómputo mediante una serie de saltos en cascada que el grafo evidencial no podrá rastrear hasta su origen. Es una arquitectura compleja, pero sólida.

Cada línea de código que Élida introducía se sentía ahora como una extensión de su propia voluntad, una herramienta forjada en la tensión de meses de ocultamiento. Verificó la integridad del paquete de datos, asegurándose de que la superposición de frecuencias fuera

lo suficientemente estable para engañar a los sensores de la Academia de Lasitra. La lógica del sistema era rígida, una red de acero intelectual que no admitía matices, pero ella había aprendido a operar en los márgenes, allí donde las normas perdían su filo.

—Solo es un entramado de conexiones —continuó Élida, mientras sus manos volaban sobre la interfaz—. Si logramos introducir el Cuarto Idioma en el momento en que los nodos de control se saturan, la transferencia será invisible. Es una cuestión de precisión técnica.

Dru se acercó más, observando la pantalla con una intensidad que parecía querer atravesar el cristal. —La lengua es un terreno difícil de roturar. Cuando el enunciado surja, recordad que el efecto no debe ser una explosión, sino un cambio en la percepción de quienes escuchen. El significado es un sedimento que se deposita al final de la lectura.

Élida asintió, aunque sentía una punzada de hambre que le retorció el estómago; apenas había probado bocado desde que la última fase del plan comenzó. El Refugio, con sus ochenta habitantes durmiendo en las galerías adyacentes, le parecía ahora un mundo diminuto, un enclave de humanidad en mitad de una vasta red que pretendía controlarlo todo. La responsabilidad pesaba sobre ella, no como un concepto abstracto, sino como un cansancio real en los músculos del cuello.

Verificó por última vez la conexión con el nodo remoto. Todo estaba en su lugar. Los vectores estaban alineados, el Cuarto Idioma esperaba su turno en la memoria intermedia, y el vector de ataque estaba listo para ser liberado. Élida miró a Cassen y luego a Dru. La alianza, forjada en el peligro y el secreto, se resumía en aquel instante de espera tensa. Ella había dejado atrás su rol de Contadora.

—Preparaos —dijo Élidea, su voz apenas un susurro que se perdió en el zumbido de las máquinas—. En diez segundos, el flujo de datos alcanzará el umbral crítico. Si todo sale según lo previsto, el sistema aceptará el enunciado como parte de su propia lógica interna antes de que pueda aplicar cualquier contramedida.

Cassen asintió una sola vez, sus dedos ya sobre el interruptor de seguridad. Dru permaneció en silencio, con la mirada fija en el flujo de caracteres que comenzaba a acelerarse. Élidea sintió el latido de su propio corazón contra las costillas, una sensación rítmica que acompañaba al parpadeo de las luces del Refugio. Era el momento. Con un movimiento decidido, presionó la secuencia de validación, sintiendo cómo el sistema de control, durante décadas inexpugnable, empezaba a ceder bajo la presión de su propia complejidad, abriéndose finalmente para dejar pasar la voz que, por tanto tiempo, habían tenido que callar.

Fisuras en el Consejo

El hemiciclo subterráneo del Refugio exhalaba un aire denso, cargado de una humedad que se adhería a la piel como una película aceitosa. Las paredes de roca viva, talladas sin la finura de la Academia de Lasitra, devolvían un eco sordo ante cada paso. En los bancos elevados, los consejeros permanecían inmóviles, sus figuras recortadas contra la tenue luz de unos paneles solares reciclados que parpadeaban con una frecuencia errática. La hostilidad no se expresaba en palabras, sino en la tensión de sus hombros y en la forma en que evitaban mirar directamente a quienes osaban alterar su equilibrio. Un regusto metálico, consecuencia del sistema de ventilación que arrastraba polvo de las galerías, llenaba la boca de Élida Norás, recordándole que allí, lejos de la pulcritud algorítmica de Tarsis-Mediante, la supervivencia era una negociación constante con la materia.

Élida cruzó el umbral, sintiendo el peso de la mirada de los ancianos del enclave. A su lado, Dru caminaba con una parsimonia que contrastaba con la urgencia que latía en las sienas de Élida. La asfixiante presión de las medidas de seguridad del Refugio —cuerdas de fibras naturales que bloqueaban los accesos, detectores de movimiento rudimentarios pero eficaces— le recordaba que cada paso estaba medido. Se detuvo en el centro del hemiciclo, sintiendo un pequeño tirón en el hombro por la mochila que cargaba. Había

un botón suelto en la manga de su chaqueta, un detalle cotidiano que, en aquel entorno de vigilancia extrema, le parecía una grieta insoportable en su propia armadura técnica.

—Vuestra reticencia es lógica —comenzó Élida, con la voz firme, aunque consciente de que su registro técnico chirriaba contra el silencio del lugar—. Pero escuchadme bien. El Cómputo no es una entidad divina, es un sistema de gestión que ha sido alterado desde sus cimientos. La superposición de frecuencias, esa técnica que nos permite emitir mensajes en los intervalos muertos de las transmisiones oficiales, es nuestra única vía para eludir la auditoría constante. Es, sencillamente, una forma de ocultar el rastro de nuestras comunicaciones en el ruido blanco que el propio sistema ignora por considerarlo irrelevante.

Dru dio un paso al frente, entrelazando las manos, y su mirada recorrió el techo abovedado como si leyera escrituras invisibles en la piedra.

—La urdimbre de lo dicho es un laberinto de falsas promesas —susurró Dru, y el eco de su voz pareció ensanchar los huecos semánticos del espacio—. Lee entre los huecos. Lo que buscáis no es un refugio de piedra, sino un espacio donde la verdad no precise de un grafo evidencial que la valide.

Élida apretó los dientes. Le molestaba la ambigüedad de Dru, pero no podía negar su eficacia. Sabía que su lógica impecable, basada en la arquitectura de los flujos de datos, no bastaría para convencer a aquellos hombres y mujeres que temían la sombra de la Academia más que a la muerte misma. Para ellos, el miedo institucional era un muro más sólido que la roca que los rodeaba.

—No se trata de fe, sino de una maniobra de compensación técnica —continuó Élida, ignorando el malestar que le producía el uso del Cuarto Idioma—. Si no saturamos los nodos con datos cifrados a través de este método, Ohun terminará por identificar nuestra ubicación. La inestabilidad actual no es un accidente, es el resultado de una acumulación de errores que ya no podemos ignorar. ¿Recordáis el diagnóstico de Mirta? Lo que aprendimos entonces es que la aparente estabilidad de un sistema cerrado es solo el preludio de su colapso total. La fragilidad no reside en el lenguaje, sino en nuestra negativa a reconocer cuándo la estructura ha dejado de sostenerse.

Los consejeros comenzaron a cuchichear. Sus voces, una mezcla de acentos y murmullos en catalano-castellano, rebotaban contra los muros. Un hombre mayor, con la piel curtida por años de desierto, interrumpió la discusión para pedir que Élida repitiera la última cifra, confesando que no había comprendido la relación entre la saturación de los nodos y la seguridad del enclave. Ella lo hizo con paciencia, trazando diagramas en el aire con dedos nerviosos.

—La brecha está aquí —dijo, señalando un punto imaginario entre las vigas—. Si logramos forzar una desviación técnica en la capa de metadatos, podremos ocultar nuestra actividad. Es una cuestión de arquitectura de red.

—Es una tentativa de riesgo —replicó uno de los consejeros, un hombre cuya voz sonaba como gravilla—. ¿Cómo sabemos que no nos estáis conduciendo al seno de un engaño prediseñado por la misma Academia?

Élida cerró los ojos un instante. El cansancio. No podía ofrecer garantías absolutas, porque en un mundo donde el Cómputo dictaba la realidad, la certeza era la primera víctima.

—La propuesta es un equilibrio —dijo, intentando mantener la compostura—. Si no actuamos, la arquitectura de nuestra resistencia se desmoronará. Prefiero el riesgo de una acción calculada a la inacción que nos condena.

Dru, observando el entramado de sombras que las luces parpadeantes proyectaban sobre el suelo, asintió con una lentitud casi ritual.

—La cáscara de nuestra seguridad es delgada —dijo Dru—. Si os cerráis, os romperéis.

La sala se sumió en un silencio tenso. Élida sabía que habían aceptado, aunque fuera con reticencias, porque la alternativa era la nada. Mientras los consejeros comenzaban a debatir los plazos de ejecución, ella se retiró hacia la entrada. El aire frío del exterior, que se filtraba por las rendijas de la ventilación, le golpeó el rostro, devolviéndole la consciencia de su propio cuerpo. Había ganado una batalla, pero sentía cómo la responsabilidad de aquel secreto comenzaba a sedimentarse en su pecho. Salieron del hemiciclo, dejando atrás el murmullo de los líderes, sabiendo que, a partir de ese momento, cada palabra, cada gesto y cada silencio serían piezas de un engranaje que ya no podrían detener. El peligro no había terminado; apenas estaba comenzando a cobrar forma.

* * *

Las paredes metálicas de El Refugio vibraban con un zumbido eléctrico constante, un sonido de baja frecuencia que recorría los conductos de ventilación y se filtraba por las juntas de las placas de acero. Era el síntoma audible de una sobrecarga en los sistemas, una reacción en cadena iniciada por la inmensa cantidad de datos que la sesión del consejo acababa de procesar. El aire en el pasillo principal

estaba cargado con el olor metálico del ozono y el rastro persistente del café recalentado que alguien había olvidado en un rincón. Élida se detuvo un segundo, frotándose la nuca para aliviar la tensión acumulada, mientras el hormigueo en su brazo derecho, provocado por una mala postura al escribir, le recordaba que aquel entorno excavado no perdonaba el descuido físico. Cada centímetro de la estructura parecía contraerse, como si el mismo metal fuera consciente de la fragilidad del consenso alcanzado hace apenas unos minutos.

Al girar en la intersección del sector técnico, la silueta de Renat apareció recortada contra la luz parpadeante de un nodo de datos. Él estaba allí, inmóvil, con los hombros tensos y la mirada fija en el suelo, bloqueando el paso con una rigidez que no dejaba lugar a dudas sobre su impaciencia. Élida notó que el hombre se pasaba una mano por el cabello, un gesto nervioso que rompía su habitual estoicismo.

—Te mostraré una cuestión urgente —dijo Renat, sin preámbulos, mientras su voz resonaba seca contra las paredes desnudas.

Élida se detuvo, manteniendo la distancia. Sabía que la votación preliminar había dejado heridas abiertas en la estructura social del enclave.

—El consejo ha tomado una dirección, Renat. Si insistes en cuestionar el proceso ahora, solo generarás más inestabilidad —respondió ella, intentando que su tono fuera tan neutro como la arquitectura que los rodeaba.

Renat dio un paso hacia ella, sin retroceder.

—Vosotros habéis subestimado la reacción de los líderes ante la propuesta. La base evidencial que habéis presentado es tan fina que cualquier auditoría externa del Cómputo la desmoronará en segundos. Ya es tarde para ignorar las grietas.

Élida sintió un ligero pinchazo de irritación, pero lo reprimió bajo una capa de profesionalismo. Para ella, el Cuarto Idioma —esa construcción lingüística no traducible que comunica verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo— era la única vía para evitar la detección, pero Renat veía el mundo como una línea recta de errores evitables.

—Lejos de ser una imprudencia, esto responde a una necesidad —replicó Élida—. La propuesta requiere que aceptemos un nivel de riesgo técnico. Es un cimiento sobre el que podemos construir, no una solución final.

Renat soltó una carcajada amarga, carente de cualquier atisbo de humor.

—Creéis que el sistema perdonará vuestra incursión. Pero la fragilidad técnica que observamos durante la crisis de los archivos de Mirta ya predecía este nivel de desconfianza. ¿Recordáis el diagnóstico de entonces? Dijimos que el Cómputo empezaría a aislar a los disidentes, y es exactamente lo que está sucediendo ahora mismo. Habéis creado un vacío y ahora os quejáis de que el aire es irrespirable.

Élida cerró los ojos un instante. El zumbido de los servidores parecía intensificarse, un recordatorio constante de que la maquinaria que sostenía sus vidas estaba bajo un estrés agónico. Analizó la postura de Renat: los puños cerrados, la respiración entrecortada. Era una inconsistencia peligrosa. En un momento donde la cohesión era vital, su aliado se había convertido en un foco de fricción.

—No hay otra forma de eludir la auditoría —dijo ella, bajando la voz—. El Cómputo es un edificio diseñado para que no podamos salir de sus habitaciones. Si queremos movernos, debemos aceptar que habrá cierta fuga de datos. Es inevitable.

—No es una fuga —espetó Renat, señalando hacia el techo, donde los cables colgaban como venas expuestas—. Es un colapso en vuestra lógica. Si los líderes descubren que habéis estado manipulando el grafo evidencial —el mapa de datos que vincula cada afirmación con su origen validado— para proteger el Refugio, no habrá lugar donde esconderse. Ellos no ven la necesidad, solo ven la desviación.

Élida observó cómo las luces del corredor oscilaban. Un pequeño destello cayó desde una luminaria, dejando un reguero de polvo sobre su hombro. Se lo sacudió con lentitud, manteniendo la mirada fija en él.

—Si el sistema se quiebra, será porque los cimientos ya estaban podridos por la corrupción institucional de Lasitra —dijo ella, con una frialdad que logró que Renat se tensara aún más—. Yo no estoy creando el problema, solo estoy exponiendo la estructura que vosotros habéis ignorado durante décadas.

Renat se quedó en silencio. Sus ojos, oscuros y cansados, recorrían el rostro de Élida buscando una señal de duda que ella no estaba dispuesta a mostrar. Sabía que él tenía razón en un punto: el consenso se había roto. La desconfianza era ya un sedimento en las relaciones del grupo, algo que no se borraría con un discurso.

—El Cómputo tiene autodefensa recursiva —susurró Renat, casi para sí mismo—. Si seguís adelante, el sistema os borrará antes de que podáis completar la transferencia. Ya es tarde. No deberíais haber confiado en que los huecos semánticos serían suficientes.

Élida se sintió repentinamente agotada. El peso de su linaje, arquitecto de gran parte de la corrupción que ahora intentaban sortear, le oprimía el pecho con más fuerza que la falta de oxígeno en aquel habitáculo subterráneo.

—¿Qué esperas que haga, Renat? ¿Que me rinda ahora que estamos a un paso de entender la verdadera magnitud de la brecha? No encaja en mis planes —dijo ella, usando una de sus expresiones habituales para marcar el límite de su paciencia—. La propuesta sigue en pie. Si no estáis de acuerdo, el camino está ahí fuera.

Renat apretó la mandíbula. Por un momento, pareció que iba a replicar, que lanzaría una advertencia final o un reproche más hiriente, pero se limitó a negar con la cabeza. Sin añadir una palabra más, se apartó bruscamente, sus botas resonando con un eco sordo contra el suelo de metal. Se alejó por el corredor hacia la zona de descanso, su espalda tensa y solitaria, dejándola sola ante el parpadeo errático de las luces.

Élida se quedó allí, escuchando cómo sus pasos se desvanecían entre el zumbido constante de los sistemas. La certeza de que el consenso se había fracturado era un hecho tan sólido como las paredes de roca que los rodeaban. El Refugio, antaño un lugar de refugio y colaboración, se había transformado en un espacio de aislamiento donde cada palabra era vigilada por el peso invisible de lo que no se podía decir. Se obligó a retomar la marcha, sintiendo cómo el cansancio se transformaba en una rigidez metálica en sus piernas, consciente de que, a partir de ese momento, cada movimiento sería un desafío a la arquitectura que tanto se habían esforzado por proteger.

* * *

El aire en el interior del Refugio se sentía espeso, cargado con un olor punzante a ozono que emanaba de los terminales de datos, cuyas pantallas parpadeaban con un ritmo errático. Élide Norás observaba el destello intermitente de un error en el servidor central. Era una luz ámbar que se encendía y apagaba, recordándole que, en aquel búnker excavado bajo la tierra. Se frotó los ojos, sintiendo la arenilla del cansancio acumulado tras días de vigilancia ininterrumpida. Un hambre sorda le retorció el estómago, pero ignoró la punzada; tenía que centrarse en las líneas de código que fluían frente a ella, ocultas tras una capa de cifrado que se tornaba cada vez más inestable.

El consejo estaba fragmentado. La falta de unidad no era solo una cuestión de opiniones divergentes; era una brecha técnica que comprometía toda la arquitectura de la resistencia. Élide deslizó sus dedos sobre el panel táctil, analizando la estructura de la corrupción que infectaba el sistema. Si el Cómputo detectaba la falta de cohesión en sus nodos, el sistema de autodefensa recursiva borraría cualquier rastro del Refugio en cuestión de segundos. No había espacio para las dudas, ni para las vacilaciones morales que Renat y los otros habían manifestado. Cada segundo que pasaban discutiendo sobre la ética del despliegue era una oportunidad perdida para fortalecer su posición.

Dru se acercó en silencio, moviéndose con una parsimonia que contrastaba con la urgencia que recorría los circuitos de la sala. Se detuvo a su lado, observando las proyecciones de luz sobre la pared de roca desnuda.

—El orden de la secuencia opera como un cepo para los incautos —dijo Dru, con una voz que parecía resonar en los espacios vacíos entre las palabras—. Lee entre los huecos. Vosotros intentáis cons-

truir un puente sobre un abismo que insiste en devorar el terreno. Si no unificáis las posturas, el rigor de vuestro despliegue será detectado como una anomalía por el Cómputo. El sistema no busca verdad, busca orden, y vuestra desunión es un ruido que no puede pasar desapercibido.

Élida suspiró, sintiendo la rigidez de su cuello. Agradecía la claridad de Dru, aunque su forma de expresarse a veces le resultara tan escurridiza como el agua entre los dedos.

—Entiendo el riesgo, Dru —respondió Élida, bajando la voz—. Pero el consejo ha dejado de funcionar como un bloque sólido. Cada facción tira de un extremo distinto del cable. Si forzamos una decisión ahora, la tensión romperá la conexión interna. Es una fragilidad sistémica, una debilidad que no podemos permitirnos.

Dru señaló una de las proyecciones, donde las frecuencias del Cuarto Idioma se superponían de forma casi imperceptible para eludir la auditoría externa.

—El lenguaje que habéis elegido para ocultar vuestros pasos es un muro que se desmorona. Si no lográis una base común, los cimientos cederán. Tenéis que encontrar una manera de soldar estas partes, o el peso de la inconsistencia os aplastará a todos.

Mirta recordó el diagnóstico que Élida les había entregado meses atrás, justo antes de que la crisis institucional se volviera irreversible. En aquel entonces, Élida les había advertido que la parálisis de los doce enclaves no sería externa, sino que vendría de vuestra propia incapacidad para armonizar los protocolos de comunicación. Aquella lección parecía ahora una profecía cumplida. Vosotros habíais creído que la superioridad técnica del Refugio bastaría para protegeros, pero habíais subestimado la capacidad del sistema para aprovechar la desconfianza como un catalizador de errores.

—Mirta ya lo dijo —murmuró Élide, más para sí misma que para Dru—. Nos advirtió que el aislamiento nos obligaría a cerrar filas, pero no supimos cómo hacerlo sin renunciar a nuestra autonomía. Ahora, estamos pagando el precio de esa soberbia.

Élide comenzó a reconfigurar los parámetros de la red. Sus manos se movían con precisión técnica, ajustando los subprocesos para que, aunque el consejo estuviera dividido, la salida de datos apareciera como un flujo unívoco. Era una tarea compleja; debía crear una apariencia de consenso absoluto mediante la superposición de señales. Si lograba que el Cómputo leyera el despliegue como una única instrucción, la fisura interna quedaría oculta bajo una capa de legitimidad técnica.

—¿Qué haces? —preguntó Dru, observando cómo las líneas de código se entrelazaban como raíces de piedra.

—Compensar la desconfianza —explicó Élide, sin apartar la vista de los terminales—. Voy a enmascarar los puntos de tensión. Si el sistema no percibe la divergencia, no podrá atacar la brecha. Estoy construyendo una fachada lógica. No es una solución permanente, pero nos dará el tiempo necesario para completar el despliegue antes de que la recursividad del sistema termine por bloquear nuestra salida.

La pantalla parpadeó de nuevo, un destello azulado que iluminó las arrugas de concentración en el rostro de Élide. Sintió un picor molesto en la mejilla, un resto de polvo del Refugio, pero no se permitió el lujo de rascarse. Cada movimiento, cada pequeño ajuste en la configuración del grafo evidencial, requería un esfuerzo mental extenuante.

La forma en que ocultó la fisura técnica era, en esencia, una forma de escritura. No se trataba de redactar un mensaje, sino de tallar un vacío en el registro. Al insertar una serie de metadatos neutrales, Élida logró que la señal fragmentada se alineara con la estructura del sistema. Era un engaño gramatical, una mentira técnica que el Cómputo aceptaría como una verdad lógica.

—La arquitectura es el refugio —dijo Dru, observando el resultado con una sombra de melancolía—. Pero incluso la piedra más firme necesita que la mano que la coloca tenga una intención clara. Vosotros estáis jugando con fuego al intentar disfrazar el caos con una capa de orden tan fina.

Élida no respondió de inmediato. Terminó de validar el último nodo y vio cómo la advertencia de error desaparecía de la consola principal, reemplazada por una confirmación silenciosa de que la transmisión estaba en curso. Se dejó caer hacia atrás en su silla, el metal frío atravesando la tela de su ropa. El agotamiento, que antes era una punzada, se había convertido en un peso denso que le recorría las extremidades.

—No tenemos otra opción —dijo finalmente, mirando a Dru—. Si el Cómputo detecta la división, habremos perdido el Refugio y cualquier posibilidad de avanzar. A veces, la única forma de mantener la integridad de un sistema es ocultar sus propias grietas.

Dru asintió lentamente, sus ojos reflejando la luz tenue del habitáculo.

—Todo lo que articulamos es una celda, Élida. Vosotros habéis logrado saltar sobre ella, pero no olvidéis que el suelo que pisáis aún está hecho de lo que intentáis esconder. Lee entre los huecos, porque cuando el sistema vuelva a auditar estos registros, la verdad tendrá que haber encontrado otro lugar donde esconderse.

Élida se levantó, sintiendo cómo sus músculos protestaban tras horas de inmovilidad. El aire seguía oliendo a ozono, pero el parpadeo errático de las luces se había estabilizado, al menos por el momento. La fisura estaba sellada, pero sabía que era un parche temporal sobre una estructura que se desmoronaba. Salió hacia el corredor principal, dejando atrás el murmullo de los terminales, consciente de que, fuera de los muros de roca, el mundo seguía esperando una respuesta que ella apenas había logrado proteger.

CAPÍTULO 25

Transcripción del Cuarto Idioma

Un haz de luz lunar se filtraba por las grietas irregulares del techo del Refugio, proyectando una columna de claridad fría sobre la piedra caliza. Bajo ese foco cenital, las motas de polvo se suspendían como partículas en un fluido estancado, danzando con lentitud sobre la superficie rugosa de la mesa de madera. Élida Norás observaba el pergamino virgen desplegado ante ella; sus bordes, ligeramente amarillentos, contrastaban con la oscuridad protegida del enclave. El aire olía a la leña quemada del hogar común y a la humedad seca de la roca excavada, un aroma terroso que se le pegaba a la piel. Se sentía un ligero hormigueo en la punta de los dedos, una respuesta fisiológica a la tensión acumulada tras horas de vigilia, pero se obligó a relajar los hombros mientras ajustaba el ángulo de la luz. Es una inconsistencia, murmuró para sí misma, observando cómo la sombra de su propia mano se alargaba sobre el papel. La disposición del espacio no encaja con la necesidad de ocultamiento, pero la urgencia de la tarea superaba cualquier cálculo de eficiencia espacial.

El peso de su linaje se manifestaba como una presión física en la base del cráneo, una carga heredada que le recordaba constantemente la arquitectura de los errores que pretendía reparar. Miró el tintero, una pieza de vidrio tosco, y dudó. ¿Podría el lenguaje, en su forma más pura y despojada de las restricciones del Cómputo, reac-

cionar contra ella? La idea de una respuesta hostil, una forma de repulsión semántica que quemara el papel o disolviera la tinta, le provocó un breve espasmo en el estómago. Sabía que el Cuarto Idioma no era una simple herramienta de comunicación, sino una estructura capaz de eludir la auditoría constante, un puente hacia los huecos semánticos que el Cómputo no podía alcanzar ni censurar. Sin embargo, el riesgo de una reacción adversa durante la inscripción permanecía como un factor de incertidumbre en sus esquemas. No encaja, repitió, esta vez con más firmeza, mientras ajustaba su postura para cubrir mejor el material con su cuerpo.

Con la meticulosidad de quien ensambla una pieza de maquinaria de alta precisión, Élida tomó el frasco con la mezcla estabilizadora que Renat había preparado. Sus dedos, callosos por años de trabajo técnico, no temblaron al abrir el tapón; el líquido emitía un tenue brillo opalescente, diseñado para neutralizar cualquier rastro de detección mediante la absorción de las emisiones de metadatos. Con una pipeta, aplicó tres gotas sobre la superficie del pergamino. El líquido se extendió, creando una película casi imperceptible que debía sellar el documento contra la vigilancia de los nodos de control. El proceso era una intervención quirúrgica; cualquier exceso de material arruinaría la conductividad del papel, impidiendo que el Cuarto Idioma se fijara correctamente. Trabajó en silencio, concentrada en la viscosidad del estabilizador, asegurándose de que la capa fuera uniforme. La luz de la luna apenas permitía ver el proceso, pero sus manos conocían el movimiento necesario por la memoria de su formación en la Academia de Lasitra.

Recordó el diagnóstico de Élida. Élida había sido clara: la arquitectura del lenguaje que utilizaban no era más que una carcasa insuficiente, un sistema de engranaje que, por su propia naturaleza,

acumulaba fallos de lógica al intentar representar realidades que superaban su capacidad de codificación. El diagnóstico confirmaba que el Cuarto Idioma no era un lujo, sino una vía necesaria para corregir las deficiencias detectadas en la estructura lógica del Cómputo. Según Élida, el sistema carecía de la flexibilidad para reconocer la intención cuando esta se desviaba de las normas de autoría. Mirta comprendió entonces que ella no estaba simplemente escribiendo; estaba realizando una recalibración. Si fallaba, la distorsión en los registros de Ohun terminaría por colapsar los nodos de los doce enclaves, dejando tras de sí un vacío comunicativo irreparable. La responsabilidad se sentía como una viga de acero que le impedía respirar con total libertad.

La pluma, una punta de metal templado, se posó finalmente sobre el pergamino. El contacto inicial fue eléctrico, una vibración sutil que subió por su brazo y se instaló en su pecho. Élida respiró hondo, sintiendo el sabor metálico que siempre le dejaba la concentración extrema en la boca, y comenzó a trazar el primer signo. No era un grafema estándar, sino un símbolo que requería la superposición de frecuencias, una técnica que obligaba a la mano a moverse con una cadencia que imitaba las oscilaciones de una onda compleja. A medida que la tinta se hundía en el papel, el signo comenzó a emitir un calor tenue. La superficie no mostró rechazo, pero Élida sintió que el lenguaje intentaba reordenarse bajo su trazo, buscando una lógica propia que ella apenas podía intuir. Era un esfuerzo titánico mantener el control sobre el flujo.

El primer signo quedó plasmado, un trazo firme que parecía vibrar bajo la luz lunar. Élida observó el resultado con la respiración contenida. La estructura parecía estable, aunque la tinta se desplazaba con una lentitud antinatural, como si estuviera viva o dotada de

una intención consciente. Era el núcleo de la transcripción, el punto de partida para el resto de los enunciados que permitirían al Refugio comunicarse sin ser detectado por la vigilancia constante de los censores. Sintió un leve pinchazo en la nuca. Cada movimiento era una negociación, una cesión de su voluntad a favor de una verdad que el Cómputo había intentado erradicar. Si el sistema de autodefensa del Cómputo llegaba a detectar la naturaleza del signo, el papel se carbonizaría instantáneamente. Pero el signo permaneció, negro y denso sobre el pergamino, consolidando su existencia en aquel rincón apartado del mundo. Élide sintió un alivio fugaz; la arquitectura del mensaje estaba comenzando a tomar forma, y por primera vez, el lenguaje le devolvía algo distinto al silencio frío de los archivos centrales. Continuó, cada trazo acercándola más a la corrección necesaria, ignorando el hambre que empezaba a rugir en su estómago y el frío que se colaba por las grietas de la roca. La transcripción era ahora su única realidad.

* * *

La presión barométrica en el Refugio se intensificó, una carga invisible que comprimía el aire contra las paredes de piedra. Élide sintió que las rocas se estrechaban, como si el propio enclave se hubiera vuelto una inconsistencia física. La humedad del subsuelo se filtraba por las grietas, un frío que se pegaba a su piel bajo las capas de tela. El silencio del lugar, apenas roto por un goteo distante, se tornó opresivo. Era una carga técnica, una compresión de su propio espacio vital.

El dolor estalló detrás de sus temporales, un pulso rítmico que latía en sincronía con la inestabilidad del Cuarto Idioma. Cada vez que intentaba fijar el trazo, la migraña le devolvía un destello

blanco, un fallo de sistema en su propia corteza visual. Vosotros, los que observáis este proceso, no entenderíais la tensión de esta estructura. El dolor no era solo una señal biológica; era una interferencia, una carga estática que amenazaba con destruir la secuencia lógica que ella intentaba mantener. Sus sienes palpitaban, un martilleo constante que oscurecía su capacidad de análisis. Debía contener el flujo. Si permitía que el ritmo del dolor dictara la sintaxis, el Cuarto Idioma se desmoronaría bajo su propia peso.

Élida apretó los dientes hasta que la mandíbula le dolió. El sabor metálico de la sangre, fruto de haberse mordido el labio por la tensión, le llenó la boca. Se obligó a relajar los hombros, a pesar de que el espasmo en su cuello amenazaba con bloquear su brazo derecho. Sus dedos, entumecidos por el frío, se aferraron a la pluma con una firmeza mecánica. La pluma no podía temblar. Si el grafo evidencial se desviaba un solo milímetro, el mecanismo de autodefensa del Cómputo interpretaría el trazo como una anomalía y lo borraría. El lenguaje era un andamiaje preciso, y ella era la única operadora capaz de sostenerlo. Ajustó su postura, buscando un centro de gravedad que el dolor no pudiera desplazar. Debéis comprender que aquí no hay margen para el error, pensó, enfocando su mirada en el pergamino que, bajo la luz mortecina, parecía vibrar con vida propia.

De repente, la tinta empezó a moverse sin que ella dirigiera la mano. Los glifos se arrastraban sobre la superficie, reconfigurándose con una autonomía aterradora. Era como si la gramática reclamara su propia soberanía, obligando a los símbolos a encajar en una disposición que ella no había calculado. Élida observó, paralizada, cómo un trazo se alargaba, buscando una conexión que el Cómputo no permitía. No era su pulso; era la lengua misma la que operaba,

una estructura que buscaba su propio equilibrio. La tinta fluía, un dibujo de tensiones que se entrelazaban con una lógica interna insondable. Sus dedos se sentían ajenos, soldados al instrumento mientras la escritura se ejecutaba por sí sola. Era un automatismo lingüístico, una manifestación de la corrupción del Cómputo que, a través de sus manos, encontraba una salida.

El sufrimiento se volvió insoportable, una respuesta directa de su organismo ante la magnitud de la frecuencia que estaba intentando canalizar. Recordó las notas de Élide. Comprendió entonces que no era una dolencia azarosa; era la fricción física que producía intentar sostener frecuencias que no encajan en el paradigma actual de la realidad. Su cuerpo intentaba rechazar la carga, una sobrecarga de datos que su sistema nervioso no estaba diseñado para procesar. El dolor era el síntoma de una arquitectura que se negaba a ser contenida por los límites del lenguaje conocido.

Cada vez que el glifo se fijaba, ella sentía un vacío en el estómago. El texto, sin embargo, se consolidaba. La estructura de la frase se cerraba sobre sí misma, una pieza maestra de ingeniería gramatical que escapaba a cualquier auditoría. A pesar del sudor frío que le recorría la espalda y de la náusea que le provocaba el hambre, Élide se mantuvo firme. El Refugio dependía de esa secuencia. Si ella se desplomaba ahora, si permitía que la conciencia se disipara en el dolor, toda la arquitectura del mensaje se perdería.

Observó el último símbolo, una forma compleja que parecía una viga de acero sobre un plano de cimientos inestables. Todo el peso de la corrupción del Cómputo descansaba sobre aquel papel. El automatismo se detuvo. Sus manos, liberadas por fin, cayeron pesadamente sobre la mesa de roca. El silencio regresó, pero era distinto, cargado de una verdad que ahora habitaba fuera de los servidores de

la Academia de Lasitra. Élida exhaló un suspiro largo, sintiendo cómo el pulso en sus sienes comenzaba a reducir su intensidad. Había logrado el encaje final. Había forzado a la realidad a aceptar una estructura que no le pertenecía. La desviación estaba controlada, al menos por el momento. Se quedó inmóvil, escuchando el lejano sonido de la vida comunitaria, sintiendo el peso de un lenguaje que, a partir de ese instante, ya no podría ser silenciado por los nodos de control de los doce enclaves. El dolor seguía ahí, un recordatorio físico de su fragilidad, pero el texto, negro, denso y preciso, permanecía inamovible frente a ella.

* * *

El silencio dentro del Refugio no era la ausencia de ruido, sino una suspensión técnica, una pausa en la transmisión de datos que se sentía tan artificial como un vacío en un circuito de alta precisión. Élida percibía esa anomalía con una claridad dolorosa. A su alrededor, los muros de piedra natural que conformaban el enclave no le ofrecían el consuelo de la solidez, sino la sensación de estar encerrada en un componente defectuoso, una pieza mal ajustada dentro de una máquina mucho más vasta. Afuera, el mundo se regía por la vigilancia constante de la Academia de Lasitra, pero aquí, bajo tierra, el aire olía a humo de leña y al guiso de legumbres que alguien preparaba en la estancia contigua, un olor cotidiano que contrastaba violentamente con la frialdad del Cuarto Idioma —esa construcción lingüística no traducible que comunicaba verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo— que acababa de procesar.

Se frotó los ojos con el dorso de la mano, sintiendo la aspereza de su propia piel bajo la luz mortecina de la lámpara. El cansancio no era simplemente una falta de sueño; era una degradación sistémica. Al intentar forzar la sintaxis del Cuarto Idioma dentro de su propia arquitectura neuronal, había sometido a su cuerpo a un estrés que ninguna interfaz estándar podría soportar. Sus neuronas actuaban como conductores de una corriente para la que no habían sido diseñadas. Cada oración que lograba transcribir era una carga pesada que dejaba un rastro de entumecimiento en sus extremidades. Era una ruptura, pensó, una brecha en su propia integridad física que exigía una reparación inmediata, aunque no supiera cómo repararse a sí misma.

Con un esfuerzo que le tensó los tendones del cuello, Élide acercó el punzón a la superficie del papel. Sus dedos, casi desprovistos de sensibilidad, apenas lograban sujetar la herramienta. Debía sellar el glifo final del segmento. La punta del instrumento rozó la fibra, y por un instante. La cimentación del enunciado estaba completa, una estructura de pensamiento que se mantenía en pie gracias a un equilibrio precario entre la verdad y el error.

Un recuerdo le golpeó con la fuerza de un diagnóstico clínico: Mirta, años atrás, advirtiéndole sobre el costo biológico de estas frecuencias. La voz de Mirta, seca y precisa, resonó en su mente: «Élide, si insistes en manipular los niveles profundos de la semántica, tu biología terminará por ceder ante la presión de la información». Mirta tenía razón. El dolor agudo que le recorría el brazo derecho no era una casualidad; era la respuesta lógica a una transgresión de tal magnitud. Había pagado el precio de la verdad con la

estabilidad de sus propias funciones motoras. El dolor, a fin de cuentas, era solo un error de sistema que ella estaba obligada a procesar.

Al retirar el punzón, observó con extrañeza la alteración en la pigmentación de su piel. Una mancha grisácea, casi metálica, se extendía desde las yemas de sus dedos hacia la muñeca, una marca de la frecuencia que no lograba clasificar bajo ningún protocolo conocido. ¿Era un residuo de la tinta o una respuesta inflamatoria al contacto con el Cuarto Idioma? La incertidumbre le provocaba un malestar que iba más allá de lo físico; era una falla en su capacidad de control. Intentó cerrar el puño, pero los músculos no respondieron con la agilidad acostumbrada. La mano se mantuvo rígida, una garra de hueso y carne que le resultaba ajena.

Se apoyó contra la mesa de roca. El hambre le provocaba una náusea ligera, un malestar básico, terrenal, que contrastaba con la complejidad de la tarea que acababa de finalizar. En la estancia de al lado, escuchó a uno de los habitantes del Refugio soltar una carcajada, un sonido espontáneo y humano que sonó, por un momento, como una interferencia estática. Vosotros no sabéis lo que esto significa, pensó, imaginando a los miembros del enclave viviendo en esa ignorancia protectora. Si el Cómputo detectara la presencia de este documento, si el grafo evidencial —el mapa de las conexiones lógicas que rastreaba el origen de todo enunciado— lograra localizar su posición, el Refugio dejaría de existir en cuestión de minutos.

La penumbra del habitáculo comenzó a ondularse frente a sus ojos. Élida intentó levantarse, buscando un punto de apoyo en la pared, pero sus rodillas fallaron. La estructura de su cuerpo, ese edificio de tejidos y nervios, se desmoronaba bajo el peso del agotamiento. El suelo de roca le pareció, de repente, el lugar más seguro y

definitivo del mundo. Mientras su visión se estrechaba hasta convertirse en un túnel oscuro, sintió un último espasmo de preocupación: ¿había quedado el documento a salvo? La lógica le decía que sí, que el sello era correcto, que la interferencia estaba contenida. Pero la incertidumbre, ese elemento que ella tanto detestaba, permanecía allí, una sombra en el borde de su conciencia.

Se dejó caer. El impacto contra la piedra fue seco, desprovisto de dramatismo, un simple hecho mecánico. Antes de que la oscuridad terminara de reclamar su atención, Élide sintió el frío de la piedra contra su mejilla, un detalle táctil que la ancló brevemente a la realidad. Estaba cansada, un cansancio que se sentía como una ruptura total de sus sistemas de soporte. Cerró los ojos, dejando que el pulso de la habitación, con sus susurros en lenguaje natural y el lejano olor a leña, se desvaneciera en un segundo plano. La tarea estaba hecha. El resto, si es que había un resto, tendría que ser resuelto por otros. La falla estaba en el sistema, pero al menos, por esta vez, ella no era la causa.

CAPÍTULO 26

Confrontación entre Hermanas

El Refugio olía a piedra húmeda y a un guiso de legumbres que se había consumido demasiado en el fondo de la olla. Élide Norás se detuvo en el umbral, sintiendo cómo el polvo del desierto, todavía pegado a sus botas, se mezclaba con la pesadez del aire estancado del interior. El lugar no era más que una serie de cavidades excavadas en la roca viva, un enclave oculto donde la luz de las lámparas de aceite apenas lograba despejar una penumbra amarillenta. Se pasó la mano por la frente, retirando un mechón de pelo apelmazado por el sudor y el calor seco del exterior; una sensación de hormigueo, como de agujas diminutas, le recorría las sienes tras el viaje.

Mirta estaba de espaldas, agachada junto a una caja de madera que servía de maleta. Sus dedos, delgados y manchados de hollín, movían con parsimonia una serie de libros gastados y un cuenco de cerámica desportillada. Cada gesto de Mirta poseía una cadencia monótona, un ritmo que no buscaba la eficiencia, sino la ocupación del tiempo. No se giró al notar la presencia de Élide. Se limitó a alinear los objetos con una precisión casi obsesiva, sus hombros tensos bajo una túnica de lana basta.

—Los muros han retenido el calor del día —dijo Élide, intentando que su voz sonara neutra—. Es una estructura ineficiente para el control térmico. Si selláramos la entrada con una compuerta de presión, notarías una mejoría en la estabilidad del entorno.

Mirta dejó de mover los objetos, pero mantuvo la mirada baja, fija en un trozo de tela deshilachada que sostenía entre sus manos.

—Eres incapaz de ver lo que hay detrás —respondió Mirta. Su voz era apenas un murmullo que se perdía contra la piedra rugosa—. El calor es lo único que me recuerda que todavía estoy aquí.

Élida dio un paso adelante, sintiendo cómo el suelo de tierra compactada cedía ligeramente bajo su peso. Observó la nuca de su hermana, la curva vulnerable de su espalda. Buscaba algún indicador, algún patrón en aquel desorden de pertenencias que le permitiera diagnosticar la situación, pero todo lo que veía era una *desviación* evidente de la conducta que recordaba.

—Le eché el ojo a los informes de consumo de energía del enclave —continuó Élida, forzando un tono profesional—. Hay una pérdida de potencia constante, una fuga que no logro aislar. Si me permites echar un vistazo a los nodos, tal vez pueda reajustar los circuitos de carga.

Mirta se puso en pie con lentitud. Cuando se giró, sus ojos buscaron los de Élida con una intensidad que hizo que esta última retrocediera un milímetro, instintivamente.

—¿Has venido aquí para arreglarme a mí o para arreglar este lugar? —preguntó Mirta, acercándose hasta que el aroma a humo de leña que emanaba de su ropa envolvió a Élida—. No es un fallo técnico, Élida. Es personal.

Élida apretó los labios. La mención de lo personal era, para ella, una barrera infranqueable, un muro de carga que no sabía cómo derribar. Recordó las notas clínicas que había revisado en la Academia de Lasitra: la degeneración de las funciones cognitivas superiores era el resultado, el sedimento lógico, de la exposición prolongada

alCuarto Idioma. La fragilidad de Mirta no era un error de la maquinaria, era el proceso operando exactamente como se preveía tras el colapso de las defensas mentales.

—La arquitectura de esta conversación está fallando —dijo Élidea, sintiendo una punzada de frustración en el pecho—. Si no podemos establecer una base común, los cimientos de nuestra relación se desmoronarán. Necesito datos, necesito una estructura sobre la cual construir algo que no sea este silencio constante.

Mirta soltó una pequeña risa, seca y carente de cualquier rastro de alegría. Deslizó la mano dentro del bolsillo de su túnica y extrajo una piedra pequeña, pulida por el roce constante de sus dedos hasta adquirir un brillo casi orgánico. La dejó sobre la mesa de piedra que separaba a ambas hermanas.

—Esto no es un dato, Élidea. No tiene autoría ni base evidencial, como todo lo que tanto adoras —dijo Mirta, señalando la piedra—. Es un recuerdo que no encaja en tu mundo de certezas. La has estado buscando desde que llegaste, pero no está en ninguno de tus registros.

Élidea miró la piedra. Era un objeto trivial, insignificante, pero la forma en que Mirta la sostenía le provocó un escalofrío. Era un símbolo, un ancla en un mundo que para ella se deshacía en cálculos. La brecha entre ambas era ahora una grieta geológica, imposible de saltar. Élidea se dio cuenta de que su hermana ya no estaba allí; Mirta habitaba en el Cuarto Idioma, en ese espacio donde las palabras perdían su peso y solo quedaban los huecos.

—Estás intentando construir una estructura sobre el vacío —dijo Mirta, bajando la voz—. Y te empeñas en medir el vacío como si fuera algo sólido.

Élida sintió el peso de sus propias herramientas intelectuales, el peso de toda una vida dedicada a la precisión del Cómputo, volviéndose inútil frente a la mirada perdida de su hermana. La habitación, con sus luces cálidas y su atmósfera estancada, parecía contraerse. El hambre, que hasta ese momento había ignorado, se le manifestó de repente como una náusea en la boca del estómago, una sensación física de vacío que ninguna lógica podía llenar.

—Si el sistema es una máquina —susurró Élida, más para sí misma que para Mirta—, yo solo soy un engranaje que intenta mantener la rotación.

Mirta guardó silencio, volviendo a recoger sus libros, sus gestos ahora más lentos, más lejanos. Élida comprendió, con una claridad gélida, que no habría reconciliación. Solo quedaba el reconocimiento de dos trayectorias que, tras años de órbita compartida, se alejaban hacia regiones donde el lenguaje, tal como ellas lo conocían, ya no tenía poder alguno para salvarlas.

—Tendré que volver a Tarsis —dijo finalmente Élida, su voz sonando extraña, como si perteneciera a otra persona—. Los nodos de control están saturados. Si la corrupción del Cómputo alcanza este nivel, no habrá forma de contener la recursividad.

Mirta no respondió. Se limitó a pasar el dedo por el borde de la piedra, con la mirada perdida en la roca oscura del muro. El Refugio se sentía ahora como un lugar de exilio, una tumba excavada para quienes ya no podían ser medidos, contados ni comprendidos por la Academia. Élida se dio la vuelta, sintiendo cada paso como una fisura en su propia armadura. Al salir, el frío del desierto le dio una bofetada en la cara, recordándole, con una urgencia brutal, que la realidad nunca se ajustaba a los modelos que ella misma ayudaba a construir.

* * *

La luz del crepúsculo se filtraba por las rendijas del Refugio, proyectando vetas mortecinas sobre las paredes de piedra natural. El polvo en suspensión danzaba en esos haces de claridad mortecina, revelando la silueta inmóvil de Mirta frente a sus pertenencias. Ella permanecía sentada en el suelo de tierra batida, con los hombros hundidos y la mirada perdida en un rincón donde las sombras comenzaban a consolidarse. El aire olía a leña consumida y al rastro de un guiso de legumbres que ya se había enfriado en algún cuenco olvidado. Élida se detuvo en el umbral, sintiendo cómo el cansancio se le incrustaba en los huesos, una tensión muscular que le recordaba la falta de sueño. Observó a Mirta, cuya palidez parecía acentuarse bajo aquella iluminación esquiva; su hermana no se movió, ni siquiera cuando los pasos de Élida crujieron sobre la gravilla del suelo.

Élida centró su atención en el informe clínico que sostenía en la mano, un fajo de folios rugosos cuyos bordes ya estaban doblados. Conocía cada parámetro del documento sin necesidad de leerlo de nuevo: la progresión degenerativa, el deterioro de los tejidos, la sentencia biológica que el *Cómputo* —esa lengua sintética formal con una capa de metadatos que rastreaba el origen de todo enunciado— había arrojado tras el último escaneo. Para cualquier otro, ese informe era una hoja de ruta hacia el final; para ella, era un fallo de sistema que se negaba a aceptar. Repasó mentalmente la inevitabilidad de aquel declive, la forma en que los marcadores celulares se habían descompuesto, ignorando cualquier intervención terapéutica. No había lógica en esa rendición, solo una resistencia pasiva que le resultaba incomprensible.

Se acercó a la mesa de piedra tosca y dejó caer los folios sobre la superficie desgastada. El impacto seco resonó en el silencio del habitáculo.

—Esto chirría bastante —dijo Élida, su voz cortante, ajustándose a la precisión técnica que siempre la acompañaba—. No encaja. Si aplicamos la lógica de los niveles de supervivencia, el rechazo a este protocolo carece de fundamento operativo. ¿Por qué te niegas a continuar con el tratamiento?

Mirta levantó la vista lentamente. Sus ojos, rodeados de ojeras profundas, no buscaron los papeles, sino que se clavaron en el rostro de Élida. La mano de Mirta se movió con un temblor casi imperceptible, apartando un mechón de pelo de su frente.

—Te falta perspectiva para verlo —respondió Mirta, con una calma que le resultó a Élida más perturbadora que cualquier grito.

—Es una decisión sin soporte racional —insistió Élida, golpeando la mesa con la punta de los dedos—. Si el cuerpo es una estructura compleja, el tratamiento es el soporte necesario para mantener su integridad. Actuar en contra es una anomalía que no puedo procesar. Es personal, dirás, pero el deterioro no entiende de voluntades.

—Es personal —repitió Mirta, con un hilo de voz que parecía flotar en el aire, ajeno a la urgencia que Élida intentaba imponer—. Lo que tú llamas anomalía, yo lo llamo coherencia. No quiero pasar el poco tiempo que me queda atada a una arquitectura de máquinas, intentando reparar lo que ya ha decidido marcharse.

Élida apretó los labios. Observó el desorden de los objetos sobre la mesa: un libro sin portada, una piedra pulida por el roce, una taza con restos de café frío. Nada de aquello seguía un orden lógico, todo era una acumulación de pequeñas fugas que desafiaban su necesidad de estructura. Analizó la postura de su hermana: el cuerpo de

Mirta era una serie de puntos de presión sobre la roca. Era, sentenciado para sus adentros, una falla inaceptable en el sistema de cuidados. No lograba encontrar la variable que justificara semejante negligencia.

—Mirta, los nodos de control de los doce enclaves están saturados, pero aún podemos acceder a los recursos del Cómputo para estabilizarte —dijo Élida, dando un paso adelante, su voz ahora más baja, intentando adoptar un tono que no fuera puramente imperativo—. Si dejas que el proceso avance sin control, no habrá vuelta atrás. Es una desviación irresponsable.

Mirta se puso en pie con dificultad, apoyando una mano en la pared fría. El contacto de su piel con la piedra le recordó que, a pesar de toda la tecnología que Élida intentaba imponer, seguía siendo un ser biológico sujeto a la degradación.

—El Cómputo solo mide lo que se puede contar —dijo Mirta, acercándose a ella, sus ojos brillantes—. No puede medir el vacío que siento, ni la razón por la que prefiero este silencio a la lucha contra mi propia biología. No lo entiendes, Élida. Para ti, todo es una estructura que hay que sostener. Para mí, es solo un peso que ya no quiero cargar.

Élida sintió un hormigueo en las yemas de los dedos. Era el mismo tipo de desajuste que sentía cuando los datos del Cómputo no cuadraban, una incomodidad que le impedía pensar con claridad. Miró a Mirta y, por un instante, vio la brecha inmensa que las separaba: una distancia que no podía salvarse con más datos ni con mejores protocolos.

—No te voy a dejar caer —dijo Élida, aunque sus palabras sonaron vacías incluso para ella misma.

—Ya he caído —respondió Mirta, con una sonrisa triste que apenas se dibujó en su rostro—. Solo que ahora, por fin, me estoy dando cuenta de que el suelo no es tan duro como pensabas. Es personal, Élide. Deja de intentar arreglarme.

Élide se quedó inmóvil. El frío del desierto penetraba por las rendijas, recordándole que, en aquel lugar, las leyes de la Academia de Lasitra no tenían el mismo peso. Miró los papeles sobre la mesa, la evidencia de una muerte programada, y comprendió que, por primera vez, no tenía una respuesta que ofreciera una solución. La realidad, cruda y sin adornos, se le presentaba como un sistema al que no podía acceder para realizar una corrección. Se dio la vuelta, sintiendo cada paso sobre el suelo irregular, mientras el sonido de la respiración de Mirta, suave y pausado, se convertía en el único ritmo que marcaba el tiempo en aquel rincón del mundo.

* * *

El zumbido constante de los generadores del Refugio se filtraba a través de las paredes de roca, un murmullo sordo que ahogaba cualquier atisbo de silencio natural. Era un sonido mecánico, una vibración que parecía instalarse en los huesos, recordándole a Élide que se encontraban en un lugar donde la arquitectura de la supervivencia no dejaba espacio para la duda. El aire, cargado con el rastro de humo de leña y la humedad rancia de los tejidos compartidos, le provocaba una sequedad en la garganta que le impedía articular con naturalidad. Observó a Mirta, sentada sobre una manta desgastada, cuya presencia parecía una nota disonante en aquel entorno de piedra y metal.

—Tienes que revisar los protocolos de contención —dijo Élida, forzando un tono clínico que se sentía como una viga mal alineada en una estructura inestable—. Si ignoras las advertencias del sistema, el colapso será total. Es una cuestión de arquitectura básica: si retiras el soporte, todo se viene abajo.

Mirta levantó la vista, y sus ojos, cansados, reflejaron la luz amarillenta de la lámpara.

—No lo entiendes. Tus métodos solo buscan asegurar que todo permanezca en su lugar, pero ese lugar es una jaula que vosotras habéis construido con el Cómputo.

Élida dio un paso al frente, sintiendo cómo el frío del desierto, que se colaba por las rendijas de la roca, le entumecía los dedos. Necesitaba que aquello encajara.

—El Cómputo es el único marco que impide que la realidad se fragmente —replicó, intentando mantener la compostura—. Lo que tú llamas jaula es, en realidad, el cimiento de nuestra estabilidad. Si te apartas, si permites que la inconsistencia tome el control, no quedará nada. Es una desviación peligrosa, Mirta. No puedes simplemente renunciar a la lógica porque el panorama se ha vuelto hostil.

—Es personal, Élida —respondió Mirta, con una voz que, a pesar de su suavidad, cortaba el aire con una precisión dolorosa—. No me pidas que analice mi fin como si fuera un error en vuestro grafo evidencial. No lo entiendes.

Mirta recordó el diagnóstico que la rectora Quim le había entregado semanas atrás en la Academia de Lasitra. La frialdad de aquel documento, la forma en que los datos habían dictado la sentencia biológica de su hermana sin el menor rastro de empatía, todavía le provocaba una punzada en el estómago. Aquella inmutabilidad, ese

registro que no admitía apelaciones, era lo que ella, en su papel de contadora, siempre había defendido. Pero al ver a Élida, el peso de aquella verdad se convertía en una losa insostenible. Quería gritarle que la medicina no era una opinión, que el deterioro celular era un hecho medible, pero la mirada de Élida le cerraba el paso.

Mirta era un enigma, un espacio vacío en su mapa mental. Cada vez que intentaba acercarse, cada vez que trataba de aplicar una lógica comprensible a su renuncia, se encontraba con una barrera. Mirta no usaba argumentos; utilizaba una resistencia silenciosa que invalidaba cualquier análisis técnico. Élida se sintió frustrada, casi derrotada por aquella barrera emocional que no podía cuantificar ni clasificar.

—¿Por qué insistes en esta negación? —preguntó Élida, bajando el tono, casi en un susurro—. Si aceptaras el tratamiento, si permitieras que el sistema de monitoreo ajustara los niveles, podríamos ganar tiempo. No es una cuestión de idealismo, es una cuestión de biología elemental.

Mirta se puso en pie, con una lentitud que le permitió a Élida notar el temblor casi imperceptible en sus manos.

—Vosotras veis la vida como una serie de engranajes que deben moverse en sincronía, siempre esquivando el roce —dijo Mirta, rodeando la mesa—. Pero yo ya no puedo ser un engranaje. Prefiero que la máquina se detenga por completo a seguir fingiendo que mi existencia es solo un conjunto de datos bien validados. ¿No ves que me están borrando antes incluso de que mi corazón deje de latir?

Élida se quedó paralizada. El miedo de Mirta no era a la muerte en sí, sino a la deshumanización que el sistema le imponía al tratarla como un componente averiado. Aquella revelación golpeó a Élida con una fuerza inesperada, haciendo que su lógica se tambaleara. La

idea de que su hermana prefería el caos, la incertidumbre y el fin absoluto antes que ser procesada por la Academia de Lasitra, era un concepto que su mente, acostumbrada al rigor del Cómputo, apenas lograba procesar.

—Si te vas —dijo Élida, sintiendo una opresión en el pecho que apenas le permitía respirar—, ¿qué quedará de nosotras? No puedes pretender que yo simplemente acepte esta desaparición.

—Lo que quedará es precisamente lo que tú intentas evitar: la verdad de quien soy, más allá de tu registro —respondió Mirta, acercándose hasta quedar a escasos centímetros—. Deja de buscar una solución lógica para algo que, en realidad, no tiene arreglo.

El zumbido de los generadores pareció aumentar, envolviendo la estancia en un eco metálico. Élida miró a su alrededor, buscando una salida. La frialdad de la roca bajo sus pies, el olor rancio del refugio, todo le recordaba que estaban en el límite de su mundo, en un lugar donde la autoridad de la Academia de Lasitra se diluía ante la fragilidad de lo humano.

Élida se pasó la mano por la frente, sintiendo el sudor frío que le humedecía la piel. Había intentado ser metódica, ser la contadora que mantenía el orden frente a la adversidad, pero ante la mirada de Mirta, solo quedaba la certeza de una pérdida inminente. La lógica se le escurría entre las manos, incapaz de capturar la magnitud de aquel sacrificio. Mirta no estaba buscando una salida del sistema; estaba reclamando su derecho a dejar de ser parte de él, incluso si eso significaba deshacerse en el silencio. Y mientras el Refugio continuaba su latido sordo, Élida comprendió que, por primera vez en su vida, no tenía una respuesta que pudiera enmendar el curso de las cosas. Lo único que le quedaba era el peso insoportable de

aquella verdad, el peso de una hermana que prefería desvanecerse a ser medida por el código que ella misma, con tanto celo, había ayudado a sostener.

* * *

El aire en el Refugio se sentía espeso, saturado de partículas de polvo que danzaban bajo la luz mortecina de las lámparas de emergencia. Aquí, a seiscientos kilómetros de Tarsis. Mirta respiraba con una cadencia errática, una serie de jadeos cortos y húmedos que cortaban la quietud como golpes de maza sobre una pared de adobe. Élida permanecía inmóvil junto al muro de piedra, sintiendo cómo el frío de la roca se filtraba a través de su ropa, un contacto gélido que le recordaba la precariedad de su refugio excavado en la tierra.

Élida observó a su hermana. El declive de Mirta no era una falla de sistema que pudiera aislarse o corregirse mediante una simple reescritura de metadatos. Recordó el informe que había consultado en la Academia de Lasitra. En aquel momento, la técnica le pareció suficiente para contener el miedo. Ahora, sin embargo, el diagnóstico se sentía como una burla. El cuerpo de Mirta simplemente se estaba deshaciendo, una estructura que cedía bajo el peso de su propia existencia. Élida apretó los puños, notando la aspereza de sus palmas, un detalle banal que le provocaba una picazón insoportable en las yemas de los dedos. No había herramientas en su haber, ninguna Contadora poseía la destreza necesaria para remendar una arquitectura orgánica que se desmoronaba ante sus ojos.

—Abandona ese esfuerzo por descifrar lo inevitable —dijo Mirta, cuya voz sonaba quebradiza, un cristal que apenas se sostenía en el aire—. No lo entiendes.

Élida dio un paso al frente, pero se detuvo al ver el gesto de su hermana.

—Es una carga inútil, Mirta. Si el acceso a la red de soporte del enclave estuviera operativo, podríamos filtrar los datos de tu estado y solicitar una revisión de emergencia —respondió Élida, con un tono cortante que intentaba ocultar el temblor en su voz.

—Es personal. No busco una revisión, ni una optimización, ni ninguna otra intervención técnica. Solo quiero que el final no sea una métrica más en tu registro —añadió Mirta, cerrando los ojos. Su rostro, pálido y sudoroso, parecía una escultura de cera bajo la luz amarillenta—. ¿Crees que me importa el Cómputo en este momento? ¿Crees que me importa si mi existencia es válida bajo vuestros protocolos?

Élida sintió que la impotencia le quemaba el pecho. Buscó una respuesta analítica, algo que fuera coherente con su formación, pero solo encontró el vacío.

—Si no hago nada, seré testigo de una falla de integridad que no podré reparar —murmuró Élida.

—Entonces sé testigo de algo más —replicó Mirta, abriendo los ojos—. Deja de mirar el mundo como una serie de bloques que encajan. Mira lo que hay entre ellos.

Élida se acercó al lecho improvisado. El olor a leña quemada y a tierra removida inundaba la estancia. Se dejó caer de rodillas, una acción que no figuraba en ningún protocolo de la Academia, y rodeó a Mirta con sus brazos. El abrazo fue una ruptura, un acto de insubordinación contra la rigidez de su propia mente. Mirta se apoyó contra ella, y por un instante, el peso de su cuerpo fue lo único real

en el universo. No había cálculos, no había grafo evidencial que verificar, solo el calor de una piel que se enfriaba y la presión de unos dedos que se aferraban a su túnica con una fuerza desesperada.

En aquel contacto, el lenguaje ordinario perdió su utilidad. Élida sintió un pulso, una frecuencia que no provenía de las máquinas ni de los archivos, sino del espacio intermedio, ese lugar oculto donde las verdades no necesitan ser validadas para existir. Era el Cuarto Idioma. No necesitaba traducción. No necesitaba metadatos. Era una transmisión directa, una superposición de sentires que fluía de un corazón a otro, ignorando la auditoría del Cómputo.

Élida comprendió, en ese silencio compartido, que la lógica que había guiado su vida era una pared que ella misma se había levantado. La corrupción del sistema no era solo un error técnico que su linaje había heredado; era una grieta necesaria, un hueco por el que la humanidad intentaba filtrarse para no ser devorada por la perfección del sistema. Mirta no estaba muriendo; estaba trascendiendo el registro. La aceptó tal como era, sin intentar modificar su curso, sin intentar salvarla de su destino. El abrazo se volvió un ancla, un punto de apoyo en medio de la desolación. Mientras la respiración de Mirta se ralentizaba, Élida se permitió llorar, permitiendo que las lágrimas recorrieran su rostro, un proceso biológico elemental que la devolvía a la realidad más cruda. El Refugio seguía latiendo a su alrededor, indiferente a su dolor, pero ellas estaban, por fin, en sintonía con algo más profundo que el lenguaje que siempre habían compartido. No había más que decir; la verdad estaba allí, en el abrazo, en el peso de una hermana, en la aceptación silenciosa de que, a veces, la única victoria es estar presente cuando todo lo demás se deshace.

CAPÍTULO 27

Aislamiento en la Lengua

El polvo del desierto se colaba por las rendijas del Refugio, un asentamiento oculto de ochenta personas situado en el corazón estéril del sur, y se depositaba con parsimonia sobre las mesas metálicas. La luz artificial que colgaba del techo, una bombilla desnuda de filamento antiguo, parpadeaba con una cadencia errática que desestabilizaba la visión de Élida. Cada oscilación arrojaba sombras alargadas sobre sus manos, dificultando el enfoque necesario para auditar los registros. Una capa fina de arena le reseca los labios y el aire, cargado con el olor a leña quemada y el aroma terroso de la comida comunitaria, le recordaba que estaba lejos de la estéril pulcritud de los archivos de Tarsis-Mediante. Intentó ignorar el picor en sus ojos, concentrándose en el terminal frente a ella. El parpadeo de la luz no era solo un fallo eléctrico; le recordaba la inestabilidad de los datos que intentaba organizar.

Élida Norás observó la pantalla. El Cómputo —esa lengua sintética formal con una capa de metadatos que rastreaba el origen, la base evidencial y la autoría de cada enunciado para impedir estructuralmente las mentiras— le devolvía errores de formato una y otra vez. Analizó el vacío entre los caracteres, sintiendo cómo el sistema intentaba forzar una lógica que simplemente no lograba contener la carga semántica del Cuarto Idioma —la construcción lingüística no traducible que comunicaba verdades emocionales a través de los

huecos semánticos del Cómputo—. Aquella estructura carecía de cualquier encaje lógico. No lograba que el lenguaje formal, diseñado para la precisión absoluta, pudiera alojar la profundidad de lo que estaba intentando transcribir. Cada vez que intentaba asignar un valor a los glifos antiguos, el sistema rechazaba la entrada, marcándola como ruido o dato corrupto. El sistema no estaba diseñado para la ambigüedad, y el Cuarto Idioma era, en esencia, una ambigüedad calculada.

Dru Caitanya Hess se acercaba por detrás, sus pasos amortiguados por el suelo de roca natural. La figura de Dru permanecía inmóvil, observando el trabajo de Élida con una severidad que cortaba el ambiente denso del Refugio.

—La trampa de la estructura es un anzuelo que oculta el filo —dijo Dru, con una voz que parecía brotar de las profundidades de la piedra—. Lee entre los huecos.

Élida se tensó, sintiendo el peso de la mirada de Dru sobre su hombro. Sus dedos, entumecidos por el frío que se filtraba a través de las paredes de roca, se detuvieron sobre el teclado.

—No es una cuestión de sintaxis, Dru. Es una cuestión de arquitectura de datos. Si el Cómputo no reconoce la estructura del glifo, lo expulsa. No hay forma de que esto pase el filtro de validación.

—El sistema no es sino un andamiaje sin aliento —replicó Dru, inclinándose un poco para señalar la pantalla con un gesto vago—. Quieres que el muro soporte un peso para el que no fue levantado. Nuestra forma de unir las palabras nos traiciona. Lee entre los huecos.

Élida exhaló un suspiro, sintiendo un leve calambre en la base del cuello.

—Si no fijo los datos, si no los encajo en el grafo evidencial, se perderán. No puedo guardar nada si no lo convierto en una entrada válida.

—La verdad no siempre exige ser tallada en piedra —dijo Dru—. A veces, la verdad solo necesita ser observada, no poseída.

Élida volvió al terminal con una determinación que rayaba en la desesperación. Intentó trazar una serie de glifos sobre el soporte digital, utilizando una secuencia de frecuencias para eludir la auditoría, tal como dictaba la técnica del Cuarto Idioma. Por un segundo, la pantalla brilló con una intensidad distinta, los glifos parecieron alinearse, pero la respuesta del sistema fue inmediata: un borrado recursivo. El enunciado se desvaneció, dejando solo una línea en blanco. La lógica técnica no encajaba. La naturaleza del mensaje, cargada de una emoción que el Cómputo consideraba ineficiente, era incompatible con el software de control.

Él comprendió en ese instante, con una claridad gélida, que la transcripción perfecta era imposible. Los nodos de control de los doce enclaves estaban saturados; la corrupción del Cómputo. Intentar salvar el Cuarto Idioma dentro de las estructuras existentes era como intentar detener el flujo de un río con las manos desnudas. El hallazgo la dejó vacía. No se trataba de un error de transcripción, sino de una imposibilidad sistémica. El lenguaje que ella dominaba estaba diseñado para excluir lo que ella más necesitaba conservar.

El silencio del Refugio se volvió pesado, solo interrumpido por el sonido lejano de una conversación en el comedor comunitario. Ese silencio le trajo a la memoria la muerte de su hermana, Mirta, tras la conversación reconciliadora que mantuvieron en el Refugio. Recordó la mirada de paz de Mirta. Aquel dolor personal no era una anomalía; era el mismo tipo de inestabilidad que ahora intentaba audi-

tar en los registros centrales. La Academia de Lasitra había ocultado el rastro de la corrupción durante años, y su propia familia, sus antepasados arquitectos de este sistema, habían dejado las grietas abiertas.

—Es un error de bulto —murmuró Élide para sí misma, sus dedos jugueteando con un pequeño cable suelto que sobresalía del panel, un detalle banal que le recordaba la precariedad de su refugio—. El sistema no puede procesar esto porque el propio sistema es un error de cimentación.

Dru permaneció en silencio, observando cómo las sombras de la luz parpadeante bailaban sobre los glifos desaparecidos en la pantalla.

—Las palabras no son más que una cáscara —dijo Dru, usando una de sus pocas palabras autorizadas—. Si insistes en mantener la cáscara, nunca alcanzarás el origen del rumor.

Élide no respondió. Sentía un hambre sorda en el estómago, un vacío que la comida del comedor no aliviaría. Se levantó de la silla, dejando que el terminal quedara en reposo, con la pantalla parpadeando en la oscuridad de la sala. Había fallado en su objetivo, pero al menos había comprendido la escala de la trampa. La corrupción no era un error que pudiera corregirse con una actualización de software; era el fundamento mismo sobre el que se había construido la comunicación humana en Tarsis.

Caminó hacia la salida del Refugio, sintiendo la dureza del suelo bajo sus pies. Necesitaba aire fresco, lejos de la luz artificial y del peso de los archivos corruptos. Dru la siguió con la mirada, una presencia severa y constante en la penumbra. Élide sabía que, mañana, volvería a intentarlo, pero ya no buscaría la validación del Cómputo. Buscaría, en su lugar, la forma de romper la estructura

desde dentro, de abrir los huecos lo suficiente para que la verdad pudiera filtrarse sin necesidad de un registro oficial. El peso del lenguaje era, finalmente, lo único que le impedía hablar. Y mientras caminaba hacia la entrada, un trozo de tela de su uniforme se enganchó en el borde de una mesa de metal, un tirón seco que la obligó a detenerse un instante, recordándole, una vez más, que la realidad estaba hecha de pequeñas fricciones materiales que ningún Cómputo podría jamás borrar.

* * *

El zumbido constante de los terminales en el Refugio vibraba contra las paredes de roca, un sonido metálico y monocromo que se filtraba por los huesos. Era una frecuencia incesante, como el latido de un corazón artificial que alimentaba el asentamiento. Élidea se frotó los ojos; el cansancio le pesaba en los párpados como arena fina. Sobre la mesa de piedra volcánica, los ventiladores de los servidores intentaban disipar un calor estancado que olía a ozono y a la humedad del desierto que se colaba por las grietas. La luz parpadeante de las pantallas proyectaba sombras alargadas sobre los planos de los túneles, un entorno que le recordaba a un órgano de piedra excavado en la tierra.

Dru permanecía inmóvil, observando los glifos del Cómputo que flotaban en el aire. Con un gesto lento, señaló la proyección donde los datos se entrelazaban en una red de validaciones obligatorias.

—La disposición del lenguaje es una máscara que oculta el abismo—dijo Dru, y su voz resonó con la densidad de una roca antigua—. Lee entre los huecos, Élidea. Lo que ves no es lenguaje, es un muro que se erige entre tú y la realidad.

Élida miró el gráfico. La estructura del grafo evidencial, ese mapa lógico que vinculaba cada palabra con su prueba de veracidad en el Cómputo, le parecía una red sólida, un armazón necesario para no hundirse en el caos de la desinformación.

—Es un método, no una prisión —respondió Élida con brusquedad. Se le escapó un suspiro al notar cómo el borde afilado de la mesa le marcaba el antebrazo. Ajustó la postura para evitar el contacto, pero el dolor muscular en su hombro derecho, fruto de horas frente a la consola, persistía—. Si eliminamos la base de datos, ¿qué queda? Solo ruido. No puedo trabajar sin una referencia que valide el origen de cada enunciado.

Dru se acercó, dejando que su sombra cubriera los glifos.

—Buscas seguridad en la rigidez de un plano, pero la verdad no tiene columnas de carga. Lee entre los huecos, Élida. Si te limitas a lo que la máquina permite, acabas por convertirte en otra de sus piezas. Someterse a la gramática es caer en una celada, y tú te has dejado atrapar voluntariamente.

Élida apartó la vista de la pantalla, sintiendo una punzada de irritación. A veces, la falta de pragmatismo de Dru le resultaba insoportable, una abstracción que no le ayudaba en absoluto a mantener el sistema en marcha. Se levantó y buscó un vaso de agua en el rincón; estaba tibia y sabía ligeramente a mineral, pero la tragó con avidez.

¿Estaba intentando, realmente, proteger la integridad del Cómputo, o era simplemente que el miedo a la incertidumbre la paralizaba? Se observó las manos mientras bebía. Tenía una mancha de grasa oscura bajo la uña del pulgar, una pequeña marca de su trabajo con los servidores. Se preguntó si toda su vida se había reducido a un intento técnico de evitar el vacío emocional que el Cuarto Idioma

—esa forma de comunicación que ignoraba las reglas del Cómputo para transmitir verdades sentidas— amenazaba con exponer. Si dejaba de lado la lógica de los archivos, ¿qué quedaría de ella? Quizá solo el eco de una instrucción vacía.

—Lo que tú llamas "muro" es lo que mantiene a Tarsis funcionando —dijo Élida, dejando el vaso vacío sobre un montón de cables mal organizados—. Sin el Cómputo, no habría manera de asegurar que lo que decimos es cierto. No es una cuestión de gusto, es una cuestión de infraestructura. Cualquier falla en la cadena de custodia de la información resultaría en un colapso total de la comunicación.

Dru negó con la cabeza, una expresión de lástima cruzándole el rostro.

—Os habéis convencido de que la realidad se puede medir, pero habéis olvidado que el lenguaje es un organismo vivo. Al intentar confinarlo en vuestros registros, habéis cometido la traición suprema: habéis matado el sentido para salvar la forma.

—Es una necesidad de supervivencia —replicó Élida, sintiendo cómo la frustración le subía por el pecho—. No se trata de traicionar nada, sino de no dejar que el sistema se convierta en una ficción inútil. ¿Prefieres vivir en un mundo donde nadie puede confiar en lo que oye?

—Prefiero un mundo donde la palabra nazca de la experiencia y no de una auditoría —respondió Dru—. Lo que tú haces, al intentar fijar lo inefable en un grafo, es una forma de violencia. Cada vez que intentas reducir la verdad a un dato verificable, cercenas una parte de lo que nos hace humanos.

Élida sintió un vacío en el estómago que no tenía nada que ver con la comida. Caminó hacia el terminal principal. El dispositivo emitía un pitido agudo, una alerta de sincronización que la obligaba

a intervenir. Sus dedos volaron sobre el panel táctil, corrigiendo una inconsistencia en los metadatos de un nodo de control. Era su labor. Era su propósito. Pero al mirar las líneas de código, se dio cuenta de que no estaba buscando la verdad; estaba buscando la manera de que todo encajara en un molde diseñado por otros.

—Tú hablas de pureza —dijo Élida, sin mirarla—, pero tú no tienes que cargar con el peso de mantener la infraestructura. Vosotros habéis elegido el silencio del desierto, mientras yo intento que la gente de Tarsis no se pierda en un laberinto de información falsa. Si la estructura falla, no es la verdad lo que se pierde, es la capacidad de entendernos.

Dru guardó silencio un momento, escuchando el susurro del aire en los conductos de ventilación.

—Esa es la paradoja, Élida. Te has convertido en el guardián de un sistema que ya no representa nada. La lealtad que profesas a la integridad del Cómputo es, en realidad, una huida. Tienes miedo de lo que pasaría si el lenguaje fuera libre de nuevo, si no tuvieras que validar cada una de tus palabras. ¿Acaso no es eso una forma de traición hacia tu propia capacidad de sentir?

Élida se quedó inmóvil. El zumbido de los servidores parecía ahora una nota disonante que le taladraba los oídos. Se tocó la nuca; sentía el pelo enredado por el sudor y el cansancio acumulado de semanas sin dormir bien. La pregunta de Dru se quedó suspendida en el aire, pesada y real, mucho más tangible que cualquier dato de su terminal.

¿A quién servía ella realmente? ¿A la institución, a la rectora Quim, o a esa verdad que se le escapaba por las grietas de la pantalla? Miró el grafo evidencial una vez más. Las conexiones le parecieron, por un instante. Si soltaba el hilo, si admitía que el sistema era una ficción, ¿qué le quedaría?

—Quizás —susurró Élidea, con la voz quebrada—, quizás la traición sea el único camino que nos queda para alcanzar la verdad.

Dru no respondió, pero el silencio entre ambas se volvió menos tenso, más cargado de una posibilidad que Élidea aún no se atrevía a nombrar. Fuera, en la vastedad del desierto, el viento empezó a silbar contra la entrada del Refugio. Se sentó de nuevo, no para corregir el sistema, sino para observar, por primera vez, las fisuras que el lenguaje, en su peso inabarcable, no había podido sellar.

* * *

El aire dentro del Refugio se sentía estancado, cargado con el olor a leña quemada y el rastro metálico de los procesadores que, en un rincón, zumbaban con una persistencia inútil. Élidea se frotó los ojos, sintiendo la arenilla del cansancio bajo los párpados. Ante ella, la pantalla de su terminal parpadeaba con una serie de notificaciones de error, líneas de código que se negaban a procesar la consulta. Ignoró el destello insistente. Su mano, entumecida por el frío que filtraba desde las paredes de roca natural, se quedó quieta sobre el teclado. El silencio del enclave no era vacío; estaba lleno de un peso sordo, el mismo peso que ella había intentado, durante años, encapsular en la precisión aséptica del Cómputo. Pero ahora, cada notificación que aparecía en rojo parecía menos una advertencia técnica y más una burla a su propia capacidad de razonar. La lámpara sobre la mesa de trabajo oscilaba levemente, proyectando sombras que se

alargaban y encogían sobre los mapas del desierto, creando un entorno de inestabilidad física que contrastaba con la rigidez de los datos que la pantalla le exigía.

Dru se acercó, caminando con esa cadencia pausada que siempre le recordaba a la caída de una piedra en un pozo profundo. Se detuvo a su espalda, sus ojos escaneando la pantalla con una mezcla de lástima y distancia.

—El encuadre del discurso es un espejismo tallado en hierro —dijo Dru, su voz resonando con una cadencia que parecía desdibujar los bordes de la habitación—. Creéis que al nombrar el mundo bajo el Cómputo lo poseéis, pero solo estáis construyendo una cáscara que se desmorona ante el mínimo roce del aire. Lee entre los huecos, Élida. Allí donde la lógica se rompe, empieza la verdadera forma de las cosas.

Élida negó con la cabeza, sintiendo un calambre en el hombro que le obligó a estirarse. La rigidez de sus hombros era una respuesta mecánica a la tensión acumulada.

—No busco tender una celada, sino ofrecer una herramienta —respondió Élida, intentando mantener su tono profesional—. Si elimino los filtros, si dejo de seguir la arquitectura lógica del grafo evidencial, la información se corrompe. Esto escapa a cualquier cuestión de creencia, Dru. Es una cuestión de que, sin el andamiaje del Cómputo, no hay estructura que sostenga la comunicación. Vosotras buscáis libertad, pero en vuestro empeño, os olvidáis de que el lenguaje necesita un punto de apoyo.

Dru se inclinó sobre la consola, aunque no hizo amago de tocarla.

—Ese apoyo es el que os impide ver —murmuró—. La realidad no es una viga de acero. Es un entramado de significados que se solapan. Si no abandonáis el miedo a la inestabilidad, nunca alcanzaréis a comprender el Cuarto Idioma.

Élida sintió un hormigueo en los dedos. Recordó las palabras de la rectora Quim, el modo en que el poder se escondía en los privilegios de los archivos centrales, protegiendo mentiras bajo la apariencia de integridad lógica. Era una falla.

—Si acepto lo que dices —respondió Élida, su voz más baja—, si acepto que todo lo que he aprendido en la Academia de Lasitra es una fachada, ¿qué me queda? ¿Cómo me comunico sin la garantía del grafo? Siento que si suelto el hilo, me pierdo en un abismo donde nada tiene nombre.

—Lo que te queda —respondió Dru— es el silencio que precede a la palabra. El sedimento de la historia que los nodos de control intentan borrar.

Élida volvió a mirar la pantalla. Las notificaciones seguían allí, exigiendo una corrección que ella ya no quería dar. Sus dedos se movieron con una brusquedad inusual. Con una serie de comandos secos, deshabilitó el validador automático. El zumbido de la terminal cambió, volviéndose un tono más grave, más libre. Por primera vez en mucho tiempo, no buscó la validación del sistema ni la coherencia de la evidencia. Empezó a escribir, no para un enclave, no para una institución, sino para el vacío que sentía frente a ella.

El texto que comenzó a brotar no seguía el Cómputo. Era algo distinto, un lenguaje que parecía nacer de la necesidad de nombrar lo que hasta entonces había sido innombrable. Sentía el sudor frío en su frente, una sensación banal y física que le recordaba que estaba viva, que su propio cuerpo era una entidad alejada de los

servidores. Cada frase era un acto de resistencia, una ruptura con la autoridad que había sido su vida hasta ese momento. No había cálculos, no había tasas de error; solo la urgencia de volcar la verdad que el Cuarto Idioma le susurraba a través de la superposición de frecuencias que ella, ahora, empezaba a entender.

Dru, a su lado, observaba en silencio. No había triunfo en su expresión, solo una especie de reconocimiento sombrío. Élida se dio cuenta entonces de que el aislamiento no era una condena, sino un espacio necesario. En el Refugio, entre las rocas y el humo de la leña, el peso del lenguaje finalmente encontraba un terreno donde posarse, un lugar donde las palabras no necesitaban ser validadas para existir.

—¿Lo ves? —preguntó Dru, sin necesidad de esperar una respuesta.

Élida no contestó de inmediato. Se quedó observando cómo las palabras se deslizaban por la pantalla, despojadas de su armadura técnica. La pantalla, una vez un espejo de la autoridad, era ahora solo un lienzo. El miedo no había desaparecido; seguía allí, una punzada constante en la base del cuello, pero por primera vez, el miedo era suyo, no del sistema. Había elegido la incertidumbre sobre la certeza impuesta, y esa elección, por sí sola, le devolvía algo que creía haber perdido: la capacidad de ser, incluso en medio de las ruinas de su propia lógica, la dueña de su propia voz. El viento del desierto golpeó la entrada del Refugio con más fuerza, un sonido áspero que, en aquel momento, le pareció el único lenguaje capaz de decir la verdad.

PARTE 4



Las Últimas Horas de Mirta

La penumbra del Refugio se filtraba por las rendijas de la roca. El aire, denso por el humo de la leña y el aroma a resina, se sentía pesado, cargado de una quietud que parecía resistirse a la lógica del entorno. En el centro del cubículo, sobre un lecho de mantas superpuestas, Mirta yacía inmóvil. Su piel, de una palidez cadavérica que contrastaba con el tono terroso de los muros de piedra, apenas se movía con el ritmo errático de su respiración. Fuera, los susurros de la comunidad se filtraban como un murmullo constante, pero aquí dentro el tiempo parecía haberse estancado, ajeno a los ciclos del Cómputo.

Élida observaba el pecho de su hermana, contando los intervalos entre espasmos. Cada exhalación era una fisura en el orden que ella siempre había intentado imponer. Como Contadora, su mente estaba acostumbrada a procesar grafos evidenciales, a verificar la solidez de cada enunciado hasta asegurar que la estructura del discurso fuera impecable. Sin embargo, ante el deterioro biológico de Mirta, las herramientas de su oficio se revelaban inútiles. Ninguna métrica del Cómputo, ni siquiera la más precisa, lograba traducir la angustia de este momento. Era un colapso sistémico que no admitía corrección, una caída libre hacia un vacío donde las palabras carecían de anclaje.

El recuerdo del diagnóstico regresó con una nitidez insoportable. Mirta recordó la frialdad de la pantalla. En aquel entonces, los registros hablaban de una disfunción metabólica, pero hoy solo podía ver el desmoronamiento de una vida. La arquitectura de su propia existencia, siempre cimentada en la lógica y la previsibilidad de su linaje, se sentía ahora como un edificio cuyas vigas maestras hubieran cedido ante un peso invisible. Había intentado calcular cada variable, anticipar cada fallo, pero el cuerpo de Élida simplemente se negaba a seguir las instrucciones del sistema.

Mirta abrió los ojos, aunque su mirada parecía perdida en un horizonte distante. Su mano, fría y delgada como una rama seca, intentó aferrarse a la manga de la túnica de Élida, pero sus dedos flaquearon.

—Élida —susurró, con un hilo de voz que apenas lograba romper el silencio.

—Estoy aquí —respondió ella, inclinándose hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros. El olor a sudor frío y a hierbas medicinales le llenó la nariz.

—Es que no alcanzas a verlo —dijo Mirta, con un esfuerzo que tensó los músculos de su cuello.

Élida cerró los ojos un instante, sintiendo la punzada de una migraña incipiente en la base del cráneo. La familiaridad del tic verbal de su hermana era un eco de años de desencuentros.

—Dime qué necesitas. Si es un problema de coherencia en el flujo de tus pensamientos, puedo intentar reordenarlo.

—Es personal —murmuró Mirta, y sus labios se curvaron en una mueca que pretendía ser una sonrisa pero que solo acentuó su fragilidad—. Ya no hay nada que calcular. El Cuarto Idioma... ¿lo sientes?

Es esa forma de comunicación que ignora las reglas del Cómputo para expresar lo que sentimos en los huecos semánticos, esos espacios vacíos donde el lenguaje formal no llega.

Élida apretó los dientes, sintiendo una extraña tensión en los hombros. No podía permitir que la incertidumbre la dominara.

—Eso es una distorsión. El Cuarto Idioma carece de una base sólida para su validación. Es solo una... una fuga en la integridad del sistema.

Mirta soltó una carcajada débil que se convirtió en un acceso de tos. La agitación del momento hizo que un botón de la chaqueta de Élida, mal abrochado, se soltara y rodara por el suelo de piedra, perdiéndose en una grieta. El sonido metálico resonó con una banalidad hiriente.

—¿Ves? —continuó Mirta—. Se escapa. Todo se escapa. La estructura se agrieta. No intentes sellar el desajuste. A veces, la única forma de habitar la verdad es dejar que el sistema falle.

Élida se quedó en silencio, sintiendo cómo el vacío crecía entre ellas. Mirta cerró los ojos, y su respiración se tornó todavía más superficial. De repente, una inflexión en su último suspiro, un matiz que no pertenecía a ninguna gramática conocida ni a ninguna frecuencia auditable, vibró en el aire. Fue una nota sutil, un espectro de emoción que escapaba a cualquier registro de la Academia de Lasi-tra. Élida contuvo el aliento, intentando capturar aquel fragmento de realidad, pero se le escurrió entre los dedos como arena. Era algo inefable, un destello de humanidad que, por primera vez, no sintió la necesidad de auditar.

El monitor de signos vitales, conectado a una batería de respaldo, comenzó a emitir un tono constante y monótono. El sonido era un recordatorio implacable de la finitud. Mirta ya no estaba, y con su marcha, el último vínculo con la historia de su familia se transformaba en un archivo silencioso.

Élida permaneció inmóvil, observando el pecho inerte de su hermana. Había sido testigo de la desconexión definitiva. El sistema de su vida personal se había quedado sin soporte. Se puso en pie con lentitud, sus piernas pesadas por el entumecimiento tras horas de inmovilidad. La estancia se sentía más fría ahora, y el hambre empezaba a morderle el estómago. Sin embargo, no había nada que reparar, ningún error que corregir. La arquitectura de su mundo se había derrumbado, dejando al descubierto una realidad desnuda, libre por fin de la vigilancia del Cómputo.

Caminó hacia la salida, sintiendo el peso de cada paso sobre la piedra desigual del suelo. Al salir al pasillo del Refugio, el murmullo de la vida comunitaria la recibió como una marea extraña y lejana. La luz del exterior, tenue y difusa, no ofrecía respuestas. Se detuvo un segundo para frotarse los ojos, irritados por el cansancio y el polvo, y luego siguió adelante, sabiendo que, aunque la estructura hubiera caído, ella aún debía aprender a habitar las ruinas.

* * *

El polvo del desierto se filtraba como una fina harina mineral a través de las grietas de la roca natural, formando estelas lechosas bajo la luz mortecina de los emisores del Refugio. En el centro del cubículo, Mirta yacía sobre una plataforma de piedra cubierta por mantas de lana áspera, su cuerpo perdiendo el calor que durante años había alimentado la resistencia. Élida observaba cómo el pecho

de su mentora se hundía con una lentitud penosa, un movimiento que parecía ignorar cualquier cadencia lógica. El aire estaba cargado de un olor a leña quemada y a la sequedad propia de aquel asentamiento subterráneo, una fragilidad que contrastaba con la robustez de las paredes de granito. Cada vez que el viento soplabo afuera, un silbido sordo recorría el recinto, recordándole a Élida que el mundo exterior era un sistema hostil, desprovisto de la protección de los nodos. Se humedeció los labios con la lengua, sintiendo el sabor salado de la deshidratación; llevaba horas sin beber, incapaz de abandonar el lecho de Mirta.

—Acércate, Élida —susurró la mayor, con la voz apenas como un roce de papel—. No lo entiendes. Lo que vamos a hacer no está en los registros.

Élida se inclinó, sintiendo el crujido de sus propias rodillas. La rigidez de su formación en la Academia de Lasitra, donde cada dato debía ser auditable, le impedía procesar la petición con la frialdad necesaria.

—Mirta, si no hay una base evidencial para este rito, el Cómputo lo marcará como una irregularidad —respondió Élida, intentando mantener un tono analítico—. Es una inconsistencia que no puedo justificar en el grafo evidencial.

—Es personal. No busques una estructura en mis palabras —Mirta tosió, una sacudida que pareció fragmentar su esqueleto—. Quiero que disperses mis cenizas bajo la luz de la primera estrella. Debéis mezclar el rito con el Cuarto Idioma. Tienes que cantar los huecos, las pausas donde el Cómputo no llega.

Élida sintió que su mente intentaba dibujar un plano de la situación, buscando un soporte lógico, pero solo encontraba un desajuste creciente. Las instrucciones de Mirta carecían de una arquitectura funcional.

—El rito que pides, esa superposición de frecuencias para ocultar la intención, es peligroso —replicó Élida, sintiendo una punzada de ansiedad en el pecho—. Si el Cómputo detecta una emisión sin validez, cerrará el enclave. No encaja con nuestra supervivencia.

—Lo que no encaja es seguir viviendo bajo el peso de una verdad que nos niega —Mirta le tomó la mano, sus dedos delgados y fríos como el metal—. Tú eres el último pilar, pero incluso los pilares deben ceder ante el peso de lo que no puede ser medido.

Élida cerró los ojos, intentando visualizar las instrucciones como un conjunto de nodos, pero la imagen se desdibujaba. El Cuarto Idioma. Ella siempre había confiado en la solidez de lo verificable, pero ante el inminente cese de las funciones vitales de Mirta, la lógica se sentía insuficiente, una cimentación sobre arena.

—No me pidas que elija entre la técnica y la humanidad —murmuró Élida, con la garganta constreñida—. He dedicado mi vida a asegurar que cada enunciado tenga un origen rastreable. Si pierdo eso, pierdo el ancla.

—No lo entiendes. El ancla es lo que te hunde —Mirta cerró los ojos, agotada por el esfuerzo del habla—. La corrupción del sistema no fue un error, fue el único intento de liberarnos. Tu familia, tu linaje... ellos intentaron construir una puerta de salida en la lógica. Tú solo tienes que cruzarla.

El recuerdo del diagnóstico terminal de Élida golpeó a Mirta con una claridad hiriente. Recordó aquel día en la Academia, meses antes de que huyeran al Refugio, cuando la rectora Quim le había

ocultado deliberadamente los resultados para evitar una auditoría. Élida había estado condenada desde entonces, viviendo en un aislamiento absoluto, lejos de los ojos de los censores, preparando este final. La fragilidad de Élida no era solo física; era la fragilidad de alguien que había decidido desconectarse de la red antes de tiempo. Durante años, Mirta había visto a su mentora como una arquitecta de sistemas, alguien capaz de sostener la estructura del Cómputo, pero ahora comprendía que Élida siempre había sido una infiltrada en su propia vida.

—He preparado los datos —continuó Mirta, casi inaudible—. Están en el servidor local. Cuando me vaya, la clave no será una cifra, sino el silencio que dejaré tras de mí. Vosotros debéis usarlo para que el resto entienda.

Élida sintió un hormigueo en las manos, el mismo que experimentaba cuando un cálculo complejo no cerraba y el sistema empezaba a colapsar sobre sí mismo. La habitación se sentía ahora inmensa, un espacio donde la física y la emoción intentaban reconciliarse sin éxito. Intentó recordar alguna fórmula que pudiera mitigar el vacío, pero ninguna se ajustaba a la pérdida de una vida. Su formación técnica, su insistencia en la eficiencia y la precisión, se desmoronaban. La realidad no era un grafo de causas y efectos; era una serie de interrupciones, de fugas de sentido que ningún algoritmo podría contener jamás.

El silencio absoluto se instaló en el cubículo. Mirta soltó la mano de Élida y, con un último suspiro que sonó como un roce de aire contra la roca, su pecho se detuvo. El monitor de signos vitales, que funcionaba con una batería independiente, emitió un tono plano, un recordatorio de que la vida ya no era un flujo, sino un registro

cerrado. Élida se quedó inmóvil, observando el rostro de su mentora, que ahora conservaba una expresión de paz que no encajaba con ninguna de sus definiciones técnicas.

El vacío no era un error; era la ausencia misma de la posibilidad de corregir. Élida se puso en pie, sintiendo la pesadez de sus extremidades tras horas de vigilia. En la estancia. Se acercó a la pared de roca, apoyando la frente contra la superficie fría y rugosa. No había nada que auditar, ningún registro que enviar a la Academia de Lasitra para justificar lo sucedido. Por primera vez en su vida, se encontraba frente a una verdad que no requería validez, una realidad que existía fuera del Cómputo, inmensa y silenciosa. Se pasó la mano por el rostro, limpiando las huellas de polvo, y se preparó para realizar el rito, sabiendo que, aunque la estructura hubiera caído, ella era la encargada de habitar las ruinas.

* * *

El Refugio se estrechaba alrededor de Élida, una cavidad excavada en la tierra que parecía haber perdido sus dimensiones habituales. La quietud no era un silencio pasivo, sino una presión física, un peso que se acumulaba en los rincones donde la luz artificial, ahora tenue, apenas lograba perforar la penumbra del desierto. Sobre el lecho, el cuerpo de Mirta se mantenía en una inmovilidad rígida, un objeto estático dentro de un sistema que, hasta hacía escasos minutos, había sido un flujo constante de datos y conocimiento. Élida observó la mano de su mentora, pálida contra la manta rugosa; no había en ella ninguna señal de error, ningún fallo en el sistema que justificara el cese de sus funciones. La Contadora, acostumbrada a verificar el grafo evidencial de cada interacción, se encontró con una laguna semántica que no podía llenar con sus herramientas. La

muerte era, en términos de su formación en la Academia de Lasitra. Se acercó a la mesa de piedra, donde un cuenco con restos de comida se había enfriado, formando una costra de grasa que parecía una cicatriz sobre la cerámica. El hambre le provocaba una punzada en la boca del estómago, un retortijón agudo que le recordaba la precariedad de su propia estructura biológica.

Intentó aplicar el razonamiento del Cómputo para categorizar la pérdida, buscando una lógica que pudiera ordenar su percepción. Mirta había sido un punto de anclaje, una variable constante que dictaba el ritmo de sus tareas, pero ahora esa variable se había anulado. Élidea notó cómo su pensamiento se fragmentaba; las líneas de razonamiento que solía seguir, aquellas que vinculaban cada acción a una consecuencia verificable, se torcían ante la imposibilidad de procesar el vacío. Había una inconsistencia afectiva que no lograba catalogar dentro de los parámetros de la Academia. Si el Cómputo era la base de toda verdad verificable, entonces este duelo era una falla externa, un residuo que no podía integrarse en el registro. Se sintió como un engranaje que giraba en el vacío, intentando encajar en un hueco que ya no albergaba ninguna pieza. Intentó recordar el momento del diagnóstico, la voz de Mirta enumerando la degradación de sus funciones con la misma precisión con la que se audita un nodo comprometido. Aquella frialdad técnica, que en su momento pareció una salvaguarda, se revelaba ahora como el último intento de una arquitecta por mantener el orden antes de que la estructura colapsara. No hubo sentimentalismo, solo la entrega de una serie de instrucciones sobre cómo proceder cuando el sistema se apagara. El recuerdo de esa conversación, despojado de cualquier adorno, le dolía más que la visión del cuerpo inerte.

Con las manos temblorosas, empezó a preparar el ritual que Mirta le había descrito en sus últimas semanas. No era un protocolo validado por el Cómputo, sino una secuencia oral que parecía desafiar las leyes de la eficiencia. Élida retiró la ropa de cama, sintiendo cómo el polvo del desierto se filtraba por las rendijas de la roca y se le pegaba a la piel, irritando el vello de sus brazos. Cada movimiento era una tarea ejecutada con una lentitud deliberada, como si la precisión pudiera evitar que la realidad se desmoronara. Debía limpiar el espacio y preparar el envoltorio, siguiendo las directrices que, fuera de los muros de la Academia, carecían de validez legal. Mientras doblaba la tela, un roce inesperado bajo el colchón llamó su atención. Sus dedos, entumecidos por el frío que emanaba de la piedra, tantearon una hendidura oculta en la base. Allí, incrustado en el muro de roca, encontró un pequeño artefacto, un dispositivo de almacenamiento de datos que no figuraba en ningún inventario del Refugio. Al extraerlo, sintió una descarga estática que le recorrió el brazo, un recordatorio de que incluso en la clausura, las señales seguían circulando.

El objeto tenía el sello de la Academia de Lasitra, pero su configuración era extraña, casi alienígena en comparación con los dispositivos estándar. Élida lo examinó bajo la luz, notando una muesca en el costado que sugería una apertura manual. Al presionar, una pequeña placa se deslizó, revelando una serie de secuencias grabadas que no seguían el formato del Cómputo. Eran fragmentos del Cuarto Idioma. La lógica de su ritual se interrumpió de golpe. Ella esperaba encontrar una lista de legados o una nota de despedida, pero lo que tenía entre manos era una llave. El artefacto contenía una superposición de frecuencias, una técnica que le permitía eludir la auditoría del Cómputo, exponiendo la verdadera magnitud de la

corrupción que su linaje había ayudado a cimentar. Había una fisura en el plan que Mirta le había trazado, un secreto que alteraba por completo la naturaleza de la despedida. Élida se sentó en el suelo, con el artefacto aún tibio en la palma de su mano, sintiendo que cada una de sus certezas se deslizaba hacia una desviación incontrolable. El duelo, que hasta entonces se sentía como una herida cerrada, se abrió de nuevo, transformándose en una tarea de una magnitud que ella no estaba segura de poder sostener. Ya no se trataba solo de enterrar a una mentora, sino de gestionar el peso de una verdad que el sistema nunca debió permitir existir. El Refugio, con sus muros de roca ancestral, parecía volverse consciente de la carga, observándola desde las sombras con una indiferencia que la obligaba a avanzar, a pesar de que cada fibra de su ser le indicaba que el terreno bajo sus pies acababa de fracturarse.

CAPÍTULO 29

Cántico Final en el Altar

El aire en El Refugio, ese asentamiento oculto de ochenta personas situado en el desierto a seiscientos kilómetros al sur de Tarsis, se sentía pesado, saturado por el humo de la leña que no lograba disiparse entre los muros de roca natural. Élida Norás ajustó la posición de sus manos sobre la superficie irregular de la piedra; una gota de sudor le resbalaba por la sien, irritándole la piel, mientras intentaba ignorar el picor en su antebrazo izquierdo. El lugar, excavado en la entraña de la tierra, mantenía una temperatura constante que contrastaba con la aridez del exterior, pero la falta de ventilación provocaba un estancamiento que dificultaba la concentración. Sobre la mesa de piedra que servía de altar, los instrumentos de su oficio —los terminales de acceso y los sensores de grafo evidencial, ese sistema de representación gráfica que vincula cada premisa con su origen verificable— lucían desproporcionados, casi intrusos en aquel entorno de supervivencia.

Élida comenzó el despliegue de los tokens de datos, pequeñas piezas de hardware que almacenaban las firmas digitales necesarias para la validación de enunciados. Los dispuso con precisión milimétrica, formando un esquema que replicaba la topología de un servidor centralizado. A cada lado de estos nodos metálicos, intercaló los tallos secos de las flores que Mirta solía recolectar durante sus caminatas. La fragilidad de los pétalos marchitos, quebradizos al

tacto, chocaba con la frialdad industrial de los componentes electrónicos. Intentó alinear los tallos de modo que no interfirieran con el campo de lectura de los sensores; cualquier obstrucción física podría disparar una alerta en el Cómputo. No podía permitirse un error; la memoria de Mirta.

Al colocar el último sensor, Élide se detuvo a observar la composición. El contraste era evidente. La disposición técnica pretendía transmitir orden, una estructura lógica que el Cómputo pudiera procesar sin generar advertencias de redundancia o anomalías, pero la presencia de las flores introducía una variable no computable, una intrusión biológica que desafiaba la gramática rígida del sistema. La luz de las lámparas de emergencia, mortecinas y amarillentas, se reflejaba en el metal, creando una atmósfera de frialdad clínica que ella misma había construido. Murmuró para sí, con la voz baja y quebrada por el cansancio: "Es una inconsistencia". La simetría del montaje era perfecta, pero el componente emocional de los restos vegetales alteraba la lectura de los metadatos. El orden no encaja.

Sus dedos rozaron accidentalmente un pétalo, que se desprendió y cayó sobre la interfaz del terminal. Inmediatamente, la mente de Élide viajó al instante exacto en que la vida de Mirta se detuvo, un recuerdo que aún conservaba la nitidez de una grabación de alta resolución. Recordó el sonido del equipo médico fallando, los pitidos intermitentes del monitor que, por un momento, intentaron categorizar el colapso de un sistema humano mediante los mismos protocolos que ella utilizaba para auditar los enclaves. El peso de aquel registro, un archivo que nadie más en la Academia de Lasitra podría auditar, le oprimía el pecho con la fuerza de una carga mecánica mal calibrada. Había una fisura en el relato oficial de aquel día, un vacío

semántico que solo el Cuarto Idioma. Mirta había muerto intentando proteger esa grieta, manteniendo oculta la existencia de una superposición de frecuencias que eludía cualquier auditoría.

Mientras manipulaba el nodo central para cerrar la sesión, Élida detectó una desviación en la salida de datos que confirmaba la muerte de Mirta en el Refugio tras su última conversación. Una frecuencia residual, sutil y errática, se filtraba desde los metadatos del altar. No era ruido blanco, ni tampoco una interferencia producida por la humedad de la roca; era una señal coherente, una pequeña fuga de información que parecía emanar de la combinación de los tokens y los restos orgánicos. Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración, escuchando el leve zumbido eléctrico que apenas era perceptible sobre el murmullo de los habitantes de El Refugio.

Si reportaba la anomalía en el grafo evidencial, el sistema iniciaría un proceso de purga automática para eliminar cualquier rastro de la corrupción que, según las sospechas de Élida, había sido introducida deliberadamente en los archivos centrales. La rectora Quim, su mentora, había estado utilizando privilegios de alto nivel para ocultar el origen de esa corrupción, y ahora, al estar ella misma bajo la lupa, Élida comprendía que el sistema poseía un mecanismo de autodefensa recursiva capaz de consumir cualquier evidencia que se acercara demasiado a la verdad. La frecuencia residual era, probablemente, un fragmento de datos que Mirta había dejado oculto, un mensaje codificado en la propia estructura del duelo.

Con un movimiento fluido, Élida cerró la interfaz y borró los registros de diagnóstico que habían captado la anomalía. Su reporte oficial indicaría que la calibración del altar se había completado con éxito, sin desviaciones detectables. Dejó que la mentira —o mejor dicho, la omisión técnica— se asentara en los registros. Se levantó,

sintiendo un calambre en la pantorrilla por la postura forzada, y se alejó del altar. El espacio seguía siendo pequeño, opresivo, pero al menos la memoria de Mirta estaba a salvo, camuflada bajo la fachada de un sistema que, en su ceguera algorítmica, no podía distinguir entre una ofrenda de despedida y una falla técnica. La integridad del enclave dependía de su capacidad para seguir integrando esos pequeños fallos en una estructura que, teóricamente, debería ser inexpugnable. Se frotó los ojos, sintiendo el cansancio acumulado, y se dispuso a abandonar la estancia, dejando atrás el altar como un secreto compartido solo con la piedra y el silencio del desierto.

* * *

El Refugio olía a tierra seca y a la persistencia del humo de leña, un aroma que se filtraba por las grietas de la piedra caliza. Élide Norás permanecía junto al altar improvisado, con los dedos entumecidos por el contacto prolongado con la roca fría, cuando el sonido de pasos apresurados rompió la calma del asentamiento. Renat Vidal cruzó el umbral, arrastrando consigo una ráfaga del aire gélido del desierto que hizo oscilar la pequeña llama de un candil sobre la repisa. Se detuvo en seco, ajustándose la chaqueta militar que le quedaba un poco grande en los hombros.

—Es imperativo que contemples esto —dijo Renat, su voz breve y cortante como un filo de metal. Se pasó la mano por el pelo, visiblemente inquieto.

Élide observó el temblor casi imperceptible en las manos de él. Renat era directo, pero aquel rastro de nerviosismo era una desviación inusual en su comportamiento habitual.

—Ya es tarde —respondió ella, sin apartar la vista del altar—. El proceso de integración del Cuarto Idioma —esa lengua no traducible que comunicaba verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo— ya ha comenzado. No puedo detener la secuencia ahora.

Renat dio un paso hacia ella, ignorando su advertencia con un gesto brusco. El aire en la estancia se sentía pesado, saturado por el silencio.

—¿Vosotros habéis considerado las consecuencias de esta maniobra? —preguntó Renat, señalando los terminales que Élida había dispuesto sobre la piedra—. Si empleáis esas señales no autorizadas, activaréis los sensores de vigilancia de Ohun en cuestión de minutos. Vosotros sabéis perfectamente que el sistema detectará cualquier irregularidad en el flujo de datos.

Élida suspiró. La gramática rígida del Cómputo, con sus metadatos rastreables y su negativa a permitir la ambigüedad, le resultaba cada vez más insuficiente para procesar la ausencia de Mirta. Aquella estructura no tenía palabras para el dolor, solo para la pérdida de activos. Intentó concentrarse en el engranaje de los cables que conectaban el altar con el servidor oculto del enclave, buscando una lógica que pudiera proteger lo que quedaba del legado de su familia.

Recordó el momento de la partida de Mirta. No hubo un evento grandioso, ni un discurso que el sistema pudiera catalogar; solo una disminución gradual de su presencia en los nodos de control hasta que, un día, la pantalla simplemente dejó de reconocer su firma. Aquella ausencia no era una falla, sino una sustracción deliberada, un espacio vacío que Élida ahora intentaba llenar con este último rito. La irreversibilidad de ese momento, el hecho de que Mirta

hubiera salido de los registros oficiales sin dejar rastro, le provocaba una punzada en la boca del estómago, como si estuviera tragando polvo.

—La arquitectura del sistema es demasiado rígida para entender esto, Renat —dijo Élida, su tono profesional pero cargado de una melancolía seca—. Estoy construyendo una capa de ocultación para que el ritual parezca una simple tarea de mantenimiento. Si logramos encajar la secuencia dentro de los logs estándar, los vigilantes no verán nada fuera de lo común.

Élida comenzó a teclear con rapidez. Sus dedos, aún fríos, se movían sobre la interfaz con una precisión mecánica. Necesitaba que cada dato estuviera en su sitio, una coreografía de código que ocultara la verdad bajo una máscara de eficiencia administrativa.

—Si falláis en el cálculo, el Refugio quedará expuesto —insistió Renat, manteniéndose en guardia cerca de la entrada. Él no comprendía la necesidad de este gesto, pero su lealtad le impedía marcharse—. Ya es tarde para rectificar si la alerta salta. Debes fijarte en los registros exteriores; el movimiento de los nodos es errático.

Élida ignoró la urgencia en la voz de Renat y se centró en la configuración de los archivos. Integró pequeños elementos botánicos —trozos de resina y pétalos secos— en la base del altar, una ofrenda que no tenía cabida en la lógica del Cómputo. Al hacerlo, una inusual superposición de ondas surgió en la pantalla. Ambos observaron la pantalla con cautela; la forma en que los metadatos se entrelazaban creaba una estela visual, un rastro que parecía latir con una cadencia propia.

—Ahí está —murmuró Élida, con la voz apenas audible—. Es la única forma de dejar constancia de lo que Mirta significó. No es un error, es un recordatorio.

Renat no respondió de inmediato. Se acercó al altar y observó la luz tenue que emanaba de la pantalla.

—Vosotros siempre habéis buscado formas de eludir el control —dijo al final, bajando la guardia—. Pero recordad que la seguridad de este lugar depende de que no dejemos ninguna marca.

Élida asintió, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. La lucha por mantener viva la memoria de Mirta, en un entorno que exigía la transparencia absoluta de cada pensamiento, le resultaba una tarea agotadora. Limpió los últimos registros, asegurándose de que la anomalía estuviera bien sepultada bajo capas de cifrado. El rito estaba completo, al menos en los términos técnicos que el Cómputo podía tolerar. Se dejó caer en una silla de madera cercana, sintiendo cómo el cansancio se apoderaba de su cuerpo tras horas de tensión. El Refugio volvía a estar en silencio, pero ahora, en la piedra, quedaba una huella que el sistema no sería capaz de descifrar.

* * *

El aire dentro del Refugio vibraba con una electricidad estática que erizaba el vello de los brazos. Las luces amarillentas, alimentadas por los generadores de ciclo cerrado, parpadeaban con una cadencia irregular, como si la red de vigilancia externa estuviera intentando sincronizarse con la estancia sin lograrlo. Élida se frotó las sienes, sintiendo cómo el hambre le punzaba en el estómago tras una jornada de tensión ininterrumpida; un olor a pan quemado, proveniente de la cocina comunitaria, se filtraba por las grietas de la roca, recordándole que allí, bajo tierra, el tiempo seguía transcurriendo a pesar de sus intentos por detenerlo.

Se acercó a la consola principal. Los parámetros de cifrado que Renat había diseñado se desplegaron ante sus ojos como una malla de hilos invisibles. Élide comprobó cada segmento del grafo evidencial, la estructura jerárquica que conectaba los datos con su origen, asegurándose de que la señal no generase ninguna alerta en los servidores de la Academia de Lasitra. Si la Academia detectaba una irregularidad, los nodos de control de los doce enclaves se cerrarían sobre ellos con la precisión de una prensa hidráulica. Cada archivo debía ser una pieza de este rompecabezas, un engranaje perfectamente alineado para que el Cómputo no detectara la mínima fuga de datos. Sus dedos bailaban sobre la pantalla, ajustando los niveles de redundancia.

—Fíjate en esto —dijo Renat, su voz cortando el silencio con una sequedad que solo él poseía. Se acercó a ella, observando la pantalla con los ojos entrecerrados—. Ya es tarde.

Renat no apartó la vista del monitor. Su presencia era un recordatorio constante de la fragilidad del Refugio. Miró a Élide, y en su gesto se reflejó la sombra de lo que ocurrió aquel día en Tarsis-Mediante, cuando la muerte de Mirta dejó un vacío que ninguna lógica sintética pudo llenar. Aquella pérdida no fue solo el fin de una vida, sino el quiebre de una estructura familiar y profesional que los había sostenido durante años. Élide sabía que no había vuelta atrás; lo que estaban haciendo era un acto de resistencia que, de ser descubierto, los despojaría de cualquier protección que todavía conservaran ante el sistema.

—El sistema es una jaula, Élide —advirtió Renat, señalando una línea de código que comenzaba a oscilar—. Si introduces una irregularidad sintáctica, el Cómputo activará la purga. No puedes permitir que el mensaje se desvíe.

Élida respiró profundamente, sintiendo el peso de la roca sobre sus cabezas.

—No voy a permitir ninguna desviación, Renat —respondió ella, con el tono profesional que utilizaba para ocultar su temblor—. Si logramos camuflar el cántico bajo el ruido de fondo, pasará como un residuo estadístico. Es la única forma de que vosotros tengáis la oportunidad de escuchar lo que ella realmente quería decir antes de que el protocolo la borrara de los registros.

Élida observó las ondas en la pantalla. Sabía que la lógica rígida del sistema, diseñada para impedir cualquier forma de mentira, era su mayor enemigo. Sin embargo, su linaje le había otorgado una ventaja: la comprensión de que el lenguaje no era solo una herramienta de transmisión de datos, sino un mecanismo capaz de ocultar verdades en los pliegues de la frecuencia. Al aplicar la superposición de frecuencias —una técnica que permitía emitir dos mensajes simultáneos en una misma banda para eludir la auditoría del Cómputo—, ella podía entonar una despedida personal que los algoritmos interpretarían como una simple fluctuación de corriente.

Mientras los asistentes se reunían en el centro de la estancia, Élida se sintió momentáneamente abrumada por la responsabilidad. Era la Contadora, la encargada de validar la verdad, y sin embargo, estaba a punto de romper el protocolo más sagrado de su profesión. Se puso en pie, sintiendo el suelo frío bajo sus botas. La estancia olía a incienso y a tierra húmeda, un contraste irritante con la esterilidad de los laboratorios donde solía trabajar.

—Escuchadme —dijo, dirigiendo su mirada hacia el pequeño grupo que esperaba en la penumbra—. Lo que vais a oír ahora no está registrado en el Cómputo. Es un espacio que hemos creado para que la memoria no sea un dato vacío.

La estancia se sumió en un silencio absoluto, solo roto por el siseo del generador. Élide cerró los ojos y comenzó a recitar, no las fórmulas estandarizadas de la Academia, sino las palabras que había guardado bajo llave, sintiendo cómo cada sílaba se superponía a la estática, creando un tejido de frecuencias que nadie, fuera del Refugio, podría jamás descifrar. Era un desafío, una grieta en la perfección del sistema, y por un instante.

CAPÍTULO 30

Rúbrica de la Verdad

El zumbido constante de los servidores en El Refugio perforaba el silencio. La estancia estaba excavada directamente en la roca, y el aire, cargado de un ligero rastro a ozono y a la humedad fría de la piedra, le confería al espacio una cualidad claustrofóbica, casi opresiva. Sobre la mesa de trabajo, una amalgama de cables desordenados y componentes de hardware recuperado formaban una estructura precaria. Élida pasó la mano por la superficie metálica; sentía un pequeño espasmo de tensión en los dedos, un agarrotamiento muscular provocado por horas de inmovilidad frente a la terminal. A su lado, un resto de café frío en una taza de cerámica dejaba una mancha oscura sobre el plano de datos, una mancha que no debía estar allí, pero que ella ignoraba mientras sus ojos escaneaban los nodos de control. El Cómputo.

El recuerdo de Mirta la golpeó con la fuerza de un impacto físico. La muerte de su mentora no había sido el fin de un ciclo, sino el inicio de una necesidad técnica: aprender a manipular la superposición de frecuencias, esa técnica que permitía ocultar verdades emocionales bajo la rigidez del Cómputo. Recordó la última conversación, el temblor en las manos de Mirta mientras introducía los parámetros del Cuarto Idioma, el sistema de comunicación no traducible diseñado para evadir la auditoría externa. Si Élida no lograba estabilizar la secuencia ahora, el rastro de la corrupción que

ella misma había alimentado arrastraría a cualquiera que hubiera estado cerca. No podía permitirlo. No mientras la sombra del sistema se cerniera sobre los ochenta habitantes de este asentamiento oculto.

Renat se acercó con paso firme, su terminal levantada como un escudo protector. Se movía con la precisión de alguien que conoce el riesgo, pero su rostro denotaba una urgencia mal contenida. Intentó deslizar su dispositivo hacia el registro central, buscando un punto de entrada para estampar su firma como coautor, una maniobra desesperada para compartir la carga de la auditoría. Élide reaccionó antes de que él pudiera conectar los puertos. Con un movimiento seco, bloqueó su acceso, poniendo la palma de la mano sobre la superficie de control de la consola. El metal estaba frío, un contraste agudo contra la calidez de su piel.

—No te acerques más, Renat —dijo ella, su tono cortante y técnico, desprovisto de cualquier atisbo de duda—. Hay una falla estructural en el flujo de datos. Si vinculas tu firma a este archivo, el sistema detectará la anomalía de inmediato. Esto es una mala arquitectura de protección.

Renat se detuvo, sus ojos fijos en la pantalla donde las líneas de código se entrelazaban.

—Hay algo que necesitas ver —insistió él, señalando un punto de la secuencia donde el grafo evidencial, la estructura que trazaba la legitimidad de cada enunciado, comenzaba a colapsar—. Ya es tarde. Si no validamos esto ahora, el nodo de control de Tarsis-Mediante bloqueará nuestra señal de forma permanente. No puedes asumir todo el peso de esta auditoría tú sola.

Élida negó con la cabeza, manteniendo el contacto visual. Su mente trabajaba como un engranaje bajo presión, buscando la configuración óptima para aislar el rastro.

—No es una cuestión de voluntades, es una cuestión de lógica operativa —respondió, ajustando los parámetros de encriptación—. Si tú firmas, la inconsistencia se vuelve binaria. La auditoría no buscará a una persona, buscará a un equipo, y la estructura de seguridad se cerrará sobre ambos. Este movimiento es una clara desviación del protocolo de seguridad que hemos pactado.

—No me importa el protocolo si eso significa dejarte expuesta a la rectificación total —replicó Renat, dando un paso más, sus botas resonando contra la roca del suelo—. Es una locura intentar borrar las huellas de esta magnitud sin una firma de respaldo.

Élida sintió el picor del sudor bajo el cuello de su camisa, una molestia banal que apenas registró. Debía ser rápida. Sus dedos volaron sobre la interfaz, introduciendo las credenciales de administrador que solo ella poseía.

—Escúchame bien —dijo, su voz volviéndose imperativa—. Estoy blindando el registro para que el rastreo recursivo se detenga en mi nodo. No hay espacio para dos autores aquí. Si intentas forzar la entrada, causarás una fuga de datos que nos expondrá a ambos ante la Academia de Lasitra. Retrocede. Deja que yo gestione la última secuencia.

Renat apretó la mandíbula, pero finalmente bajó su terminal. La tensión en el ambiente era casi tangible, el zumbido de los servidores pareciendo aumentar de tono ante la inminencia del cierre. Élida se concentró en el núcleo del sistema. Sabía, con una certeza clínica,

que al confirmar su autoría en solitario, el sistema interpretaría el cambio como una acción aislada de una Contadora sin cómplices, anulando el mecanismo de autodefensa que buscaba infiltrados.

—Es mi responsabilidad —añadió, su voz suavizándose solo un milímetro, aunque su mirada permanecía gélida—. He construido esta secuencia para que el sistema me identifique como el único punto de falla. Si tú intervienes ahora, todo el trabajo de los últimos meses se vendrá abajo. Confía en mi cálculo.

Con una última pulsación firme, Quim confirmó el envío. Una serie de luces en la consola cambiaron de ámbar a azul, indicando que el registro había sido aceptado por el enclave. El Cómputo había validado el enunciado, aceptando la carga de la verdad que él le había conferido. La conexión se cerró, y el zumbido de los servidores comenzó a descender, volviendo a un ritmo estable. Él soltó un largo suspiro, sintiendo cómo el cansancio se acumulaba en sus hombros. La asunción exclusiva de la culpa había funcionado; el rastreo recursivo se detuvo, convencido por la firma única. Renat permaneció en silencio, observando la pantalla con una mezcla de frustración y reconocimiento. Quim se apartó de la consola, sintiendo el frío de la roca contra sus hombros, consciente de que, al haber cortado el vínculo, había salvado a Renat, pero había sellado su propio destino ante el escrutinio de la Academia. Ya no había vuelta atrás, solo la quietud del Refugio y la certeza de que el lenguaje, ese peso que él cargaba, finalmente había cumplido su función.

* * *

Los indicadores del servidor parpadeaban en una cadencia lenta, casi letárgica, un pulso de luz ámbar que bañaba las paredes de roca natural del Refugio. En el silencio de la cámara blindada, el zumbido

de los ventiladores se sentía como una respiración contenida, un esfuerzo mecánico para mantener la temperatura bajo control mientras los datos se procesaban en el núcleo del Cómputo. Fuera, en los túneles habitacionales, el murmullo de la comunidad era un rumor apenas perceptible que se filtraba por las rendijas, recordándole a Élida que el mundo seguía girando sobre los cimientos frágiles que ella misma había contribuido a resquebrajar. Una fina capa de polvo se acumulaba sobre la mesa de trabajo, un resto de la excavación que persistía a pesar de la limpieza constante. Élida se frotó los ojos, sintiendo un ardor punzante, y se ajustó la manga del jersey, que le rozaba la muñeca con una aspereza molesta.

Renat se encontraba frente a la terminal secundaria, con los dedos suspendidos sobre el panel de control. Sus manos, manchadas de grasa de mantenimiento, temblaban levemente. Antes de que pudiera teclear la secuencia de firma compartida, Élida se desplazó con rapidez, interponiéndose entre él y la pantalla. Sus hombros chocaron, un contacto físico seco y sin concesiones. Con un movimiento decidido, le apartó las manos del teclado, forzando a Renat a retroceder.

—Quita las manos, Renat —dijo ella, su voz cortante, casi metálica—. Cualquier intento de añadir tu firma ahora es una desviación innecesaria. El sistema ha aceptado mi validación como Contadora única. Si intervienes, provocarás una fuga de datos que el mecanismo de autodefensa detectará al instante.

Élida miró la pantalla, donde el grafo evidencial se mostraba inerte, un mapa de relaciones lógicas que ella había manipulado hasta dejarlo casi irreconocible. Todo encaje era precario, una estructura diseñada para colapsar bajo el peso de su propia inconsistencia.

Renat la observó con la mandíbula tensa. Sus ojos, oscuros y cansados, no cedían.

—No voy a dejar que asumas esto sola, Élida —respondió él, con su cadencia habitual, directa y sin rodeos—. Hay algo que necesitas ver. Si el sistema te aísla, el rastreo recursivo del Cómputo no tardará en ejecutar el protocolo de purga. Es un suicidio administrativo.

—Es una necesidad táctica —replicó ella, endureciendo el gesto—. Si compartimos la autoría, el sistema interpretará nuestra conexión como una célula de resistencia operativa. Al absorber toda la carga, genero un vacío legal en la arquitectura del registro. Es el único camino.

Renat dio un paso hacia ella, ignorando la barrera física que ella había impuesto.

—Ya es tarde para las sutilezas. Si te pierdo, el Cuarto Idioma —esa forma de lenguaje que lograba transmitir verdades emocionales sin pasar por los filtros lógicos del Cómputo— se perderá con el resto de la información. Mi nombre debe estar ahí.

Élida sintió un vacío en el estómago. La tensión en la habitación era tan densa que el aire parecía viciado, cargado de un olor a ozono y a piedra húmeda.

—No te confundas —dijo ella, con frialdad—. Tu implicación no es una muestra de lealtad, es un error de cálculo. ¿No lo ves? Este engranaje está diseñado para triturar a cualquiera que intente validar enunciados no autorizados. Si te mantienes al margen, el sistema te ignorará como una anomalía periférica. Si te vinculas, te marcará como objetivo.

Se giró de nuevo hacia la consola, bloqueando el acceso remoto de Renat con un comando rápido. Sus dedos se movían con una precisión que no reflejaba el miedo que le subía por la garganta. Al cerrar la sesión, el sistema confirmó la recepción de los datos con un pitido seco que resonó en el habitáculo. Ya estaba hecho. La autoría estaba sellada bajo su nombre, y solo bajo el suyo.

La mente de Élide recorrió el pasado, deteniéndose en la imagen de Mirta Norás, su mentora, cuyo linaje de arquitectos había sido el primero en entender que la única forma de romper la rigidez del Cómputo era desde dentro, mediante una erosión lenta y deliberada. Recordó la última vez que vio a Mirta antes de que la Academia de Lasitra la desmantelara por completo: el mismo gesto de obstinación, la misma voluntad de cargar con la culpa para proteger a quienes venían detrás. El sacrificio compartido era un lujo para quienes no conocían el rigor de la auditoría recursiva.

—No me obligues a repetir esto —dijo ella, sin mirar a Renat—. Ya no hay vuelta atrás. He bloqueado tu terminal. Ahora, sal de aquí y vuelve a los niveles inferiores.

Renat apretó los puños, pero el tono de ella, cargado de una autoridad que no admitía réplica, le obligó a detenerse. Su silencio era una forma de protesta, pero finalmente bajó la mirada.

—Si te detienen, no habrá nadie que pueda explicar el resto del código —dijo él antes de darse la vuelta.

—Si me detienen, significará que el sistema ha colapsado exactamente como planeé —respondió ella, volviendo a fijar la vista en la pantalla, donde los nodos de control de los doce enclaves comenzaban a parpadear en una frecuencia errática—. Mi caída es el precio de la apertura. Vete, Renat.

Élida se quedó sola en la penumbra del Refugio. La frialdad de la roca bajo sus dedos era la única constante en un mundo que se deshacía. El zumbido de los servidores era ahora un lamento grave. Ella respiró hondo, sintiendo el peso del lenguaje, esa carga que finalmente era suya, solo suya, y cerró los ojos, aguardando el momento en que el sistema, incapaz de procesar el vacío que ella había creado, comenzara a desmoronarse desde sus cimientos. La luz del terminal cambió a un rojo intermitente, la señal final de que el Cómputo había detectado la anomalía, pero ya no había forma de revertir el proceso. Ella era el punto final de una historia que empezaba a escribirse fuera de los márgenes de la ley.

* * *

El parpadeo de las luces de estado en el panel central de El Refugio marcaba una cadencia metálica, un latido artificial que medía el pulso del entorno. El aire, denso por el olor a ozono y la cercanía de las paredes de roca natural, vibraba con la frecuencia de los servidores. Cada destello rojo sobre la consola era una nota en una partitura rota; el Cómputo intentaba reajustar su lógica interna para absorber el impacto del Cuarto Idioma.

Élida observó los indicadores. Eran vigas maestras que comenzaban a ceder bajo una presión insoportable. Recordó, con una claridad gélida, la severidad en el rostro de Mirta Norás durante las sesiones en la Academia de Lasitra. Mirta siempre había sostenido el peso de los archivos con una rectitud que, en aquel entonces, Élida interpretaba como una falta de imaginación. Ahora comprendía la arquitectura de aquel silencio; su mentora no estaba ocultando incompetencia, sino soportando el peso estructural de una verdad que, de ser compartida, habría colapsado los doce enclaves. Mirta había

sido la carga, y ahora, Élida era la estructura que debía romperse para que el edificio entero no se viniera abajo sobre quienes habitaban el desierto.

Renat dio un paso hacia adelante, con la mano extendida hacia el terminal. Élida se desplazó lateralmente con una rapidez mecánica, bloqueando el acceso antes de que él pudiera tocar una sola tecla. Su cuerpo se convirtió en un muro, un engranaje que se bloqueaba para proteger la integridad de la secuencia final.

—No lo hagas —dijo ella. Su voz sonó seca, desprovista de cualquier vacilación—. Si tu firma entra en el grafo evidencial, el rastro será doble. El Cómputo rastreará la coincidencia de perfiles y eliminará a ambos antes de que el archivo alcance el nodo de salida.

Renat se detuvo. Tenía los nudillos blancos, tensos, y un pequeño rasguño en el dorso de la mano izquierda, fruto de alguna tarea en los túneles que no se había molestado en limpiar.

—Tienes que mirar esto —insistió Renat, señalando la pantalla.

—Es una inconsistencia —respondió ella, ignorando su gesto—. Si añades una segunda validación, provocarás una desviación en el protocolo que el sistema identificará como una amenaza externa. Solo una rúbrica puede pasar como un error de mantenimiento.

—Hemos llegado al límite —murmuró Renat, aunque sus hombros se relajaron ligeramente ante la firmeza de la orden.

Élida no le permitió continuar. Volvió la vista al terminal y comenzó a limpiar minuciosamente los registros de acceso. Sus dedos se movían con la precisión de quien desarma un mecanismo de relojería bajo el agua. Eliminó cada rastro de conexión remota, cada bit de metadatos que pudiera vincular el Refugio con otros

nodos, redirigiendo toda la carga de la autoría hacia su propio perfil. Era un sacrificio necesario, una arquitectura donde ella era el único pilar que recibiría el impacto de la demolición.

El cursor parpadeaba, esperando la validación final. El sistema, en su estado de autodefensa recursiva, intentaba interrogar a la fuente, buscando una brecha en la lógica de la Contadora que estaba alterando los registros. Élide no respondió con datos sintácticos. Introdujo el bloque del Cuarto Idioma, permitiendo que la superposición de frecuencias fluyera hacia los canales centrales.

—Si el archivo se procesa, el sistema no tendrá espacio para una segunda firma —explicó ella, manteniendo la mirada fija en el flujo de datos—. Será como un error de cálculo en los cimientos. El Cómputo aceptará la información porque no puede clasificarla como una mentira, pero la fuente será marcada para su eliminación inmediata.

El terminal emitió un tono agudo, una confirmación de que el archivo estaba siendo transmitido. Élide sintió un vacío en el estómago. En la pantalla, el grafo evidencial se iluminó con una luz azulada, absorbiendo su rúbrica como si fuera una pieza de rompecabezas que finalmente encontraba su encaje.

El sistema procesó el documento. No hubo cuestionamientos. El Cómputo era una máquina de lógica, y frente a la verdad pura, carecía de herramientas para la negación. Aceptó la anomalía, la integró en sus archivos centrales y, al hacerlo, comenzó a fracturarse desde adentro. Élide se apartó del terminal. El zumbido de la habitación cambió, volviéndose más grave, como si el mismo aire del Refugio estuviera siendo expulsado por una presión mayor.

—Ya está hecho —dijo ella, con una calma que le resultó ajena—. Ahora sal de aquí. El sistema registrará mi posición en cuestión de segundos. No quiero que haya ninguna fuga de información sobre la procedencia de esto.

Renat la miró, con los labios apretados, buscando una palabra que no existía en su vocabulario terso. No la encontró. Se dio media vuelta y desapareció en la penumbra del túnel, dejando a Élida sola ante el parpadeo errático de las luces. Ella se apoyó contra la pared de roca, sintiendo la humedad del ambiente y el frío que emanaba de la piedra. Su nombre, asociado a la revelación del siglo, empezaba a propagarse por los servidores de los doce enclaves. Había consolidado la anomalía, y al hacerlo, había garantizado que, cuando el Cómputo cayera, ella fuera la única sobre la que recayera el peso de los escombros. Se cerró la chaqueta, notando un hilo suelto en la costura del puño, un detalle mundano en un mundo que se deshacía. La autoría era suya; la verdad, al fin, estaba fuera.

Transmisión de la Paradoja

El parpadeo rítmico de los diodos en el bastidor principal bañaba la estancia en un vaivén de luz ámbar, proyectando sombras alargadas que se retorcían sobre los muros de roca del Refugio. Élida Norás observó cómo los reflejos danzaban sobre el panel metálico, una coreografía fría que contrastaba con la pesadez del aire viciado en aquel recinto excavado. Afuera, el desierto era un vacío absoluto, pero aquí, los zumbidos de la refrigeración forzada y el goteo intermitente de una condensación cercana marcaban el pulso de su aislamiento. Se frotó la base del cuello, sintiendo la tirantez de los músculos tensos, mientras un sabor metálico, parecido al del cobre oxidado, persistía en su lengua. No había vuelta atrás. Aquella infraestructura, diseñada para la estabilidad, era ahora el escenario de su propio colapso.

Apoyó las yemas de los dedos sobre la superficie fría de la consola. El metal estaba helado, una temperatura que le recorría los brazos y le recordaba la finitud de su propio cuerpo frente a la arquitectura de datos que estaba a punto de fracturar. Su firma personal, grabada en los metadatos de la secuencia que preparaba, actuaría como un pararrayos; cuando el Cómputo intentara procesar la magnitud de lo que estaba inyectando, buscaría un origen, una responsabilidad. Ella sería el blanco de la purga sistémica. La inminencia de esa reacción no le producía miedo, sino una claridad técnica

inusual. Había pasado años estudiando las fisuras del sistema, observando cómo los protocolos de verificación se volvían rígidos, incapaces de adaptarse a la realidad, y ahora, al fin, podía forzar el quiebre. El sistema no toleraría el Cuarto Idioma —esa forma de comunicación que utilizaba la superposición de frecuencias para eludir la auditoría del Cómputo— sin desmoronarse en sus propios cimientos.

Con una precisión aprendida en los años de instrucción en la Academia de Lasitra, Élide comenzó a deslizar los comandos de alta prioridad. Sus manos se movían con la soltura de quien ejecuta un protocolo de mantenimiento, aunque cada pulsación fuera, en realidad, un acto de demolición. Introdujo la llave de acceso al grafo evidencial —el mapa lógico de todas las declaraciones validadas por el Cómputo— y sintió cómo los nodos de la red global empezaban a responder. La sobrecarga no era solo un flujo de información; era una arquitectura de contradicciones diseñadas para saturar la capacidad de resolución de los doce enclaves. Introdujo la secuencia de inyección. Era una maniobra limpia, un movimiento de palanca diseñado para maximizar el estrés sobre los procesadores centrales.

Mientras la barra de progreso se estancaba en un nueve por ciento, un recuerdo le asaltó con la nitidez de una herida abierta: el sacrificio de Mirta. Aquel día, la frialdad de la noticia de su muerte había sido como un corte seco en la piel. Mirta había entregado su vida para proteger la integridad de los datos que Élide ahora estaba diseminando. Élide cerró los ojos un instante, sintiendo el picor de la deshidratación en sus párpados. Utilizó ese dolor como un ancla. No podía permitirse que la duda alterase la secuencia; si el sistema lograba cerrar las brechas que ella misma había abierto en los corta-fuegos, todo el esfuerzo de años quedaría invalidado. El Cómputo

intentaba recuperarse, enviando paquetes de datos correctivos para neutralizar la intrusión, pero ella ya había previsto ese comportamiento.

De repente, un chirrido agudo brotó de los altavoces de la consola. Una luz roja comenzó a parpadear con una frecuencia errática. La pantalla mostró un aviso de error crítico: *Fallo en la resolución de identidad*. El Cómputo, bloqueado ante la imposibilidad de procesar su rúbrica, empezaba a colapsar. La contradicción de que una Contadora utilizara una lengua sintética para inyectar una verdad inauditable era, para el sistema, una imposibilidad lógica. Élide observó los números que corrían por la pantalla. La red global, ese entramado de enclaves interconectados, estaba siendo inundada por la verdad que ella había liberado.

Era una sensación extraña ver cómo la estabilidad se desmoronaba ante sus ojos. El contador de estado de la red global, que habitualmente mostraba un verde constante, comenzó a oscilar hacia tonos violetas, indicando una saturación total. Los nodos de control, esos puntos estratégicos que regían la comunicación de las trescientas mil almas en Tarsis-Mediante, estaban ahora bloqueados por la carga de su transmisión. El Cómputo, incapaz de distinguir entre un error y un enunciado legítimo, había entrado en un bucle recursivo. Élide se quedó quieta, escuchando el zumbido de los ventiladores que se aceleraban, un ruido blanco que llenaba cada rincón del Refugio.

La transmisión se había consolidado. No había vuelta atrás. Su firma había provocado una saturación lógica que el Cómputo era incapaz de revertir. A través de la pantalla, vio cómo el volumen de datos alcanzaba el punto crítico y se estabilizaba en la red. Ya no era solo su mensaje; era una onda expansiva de información que reco-

rría los doce enclaves, destrozando la fachada de orden que el Cómputo mantenía sobre el mundo. Élide se retiró de la consola, sintiendo un vacío repentino en los dedos. Se apoyó contra el muro de roca, sintiendo la rugosidad de la piedra bajo sus palmas. Tenía hambre, un hueco en el estómago que le recordaba que la vida seguía, aunque el mundo que conocía acababa de fracturarse. El silencio volvió a la sala, pero ahora era un silencio distinto, cargado de una verdad que ya no podía ser borrada. La estructura se sostenía, pero por dentro, el mecanismo ya no era el mismo. Había logrado que el sistema se viera a sí mismo y, en ese instante de autoconsciencia forzada, la máscara del Cómputo había caído. Élide suspiró y cerró el terminal. El trabajo, al menos el técnico, estaba terminado.

* * *

Las pantallas del Refugio no emitían luz, sino que palpitaban con un tono carmesí que se filtraba por las grietas de la roca. Élide observaba la cascada de alertas, una procesión de datos que caían en los monitores como ladrillos cayendo en un pozo sin fondo. Los nodos de los doce enclaves se habían vuelto rojos, una mancha de incendios digitales que se extendía por el mapa del territorio. El aire en la estancia se volvía pesado, cargado de un olor a ozono que se mezclaba con el aroma a leña quemada del fogón exterior. La saturación de la red no era un evento puntual, sino un proceso de demolición que se retroalimentaba a cada segundo. Cada vez que el Cómputo intentaba validar un paquete de datos, se encontraba con la paradoja incrustada en el código, un obstáculo que el sistema no podía rodear ni resolver.

Élida se pasó la mano por el cuello, sintiendo el sudor frío que le humedecía la nuca. El hambre le punzaba, un calambre agudo en el costado izquierdo que le restaba concentración, pero no podía permitirse apartar la mirada de la consola. Aquella saturación era la consecuencia directa de su intervención; el engranaje que ella había forzado en la estructura central ahora giraba sin control, devorando sus propios dientes metálicos. No se trataba solo de una sobrecarga, sino de una auténtica disolución del orden. El Cómputo, el guardián de la verdad sintética, estaba siendo desmantelado por una pieza de información que se negaba a ser verificada.

Cassen se acercó, arrastrando los pies sobre la tierra batida del suelo. Sus ojos recorrían las líneas de código con una precisión quirúrgica, buscando un punto de apoyo en medio del colapso. Se detuvo a un lado de la pantalla, observando cómo la traza de la recursividad —el proceso en el que un dato se llama a sí mismo indefinidamente hasta agotar los recursos del sistema— se multiplicaba por los servidores de la Academia de Lasitra.

—¿Te fijas en esa discrepancia temporal? —preguntó Cassen, señalando un sector del grafo evidencial donde la información parecía duplicarse en lugar de consolidarse.

Élida asintió, tensa, sin despegar las palmas de la mesa de metal. La inercia del sistema era brutal.

—La red no encuentra un punto de apoyo —respondió Élida—. Es una fuga de coherencia que se expande por todos los nodos. Si no aislamos el sector de entrada, el colapso será total.

—Es recursivo —murmuró Cassen, mientras sus dedos volaban sobre el teclado con un ritmo clínico—. Si el sistema intenta purgar el error, el error se duplica porque el sistema reconoce la purga como una entrada inválida. Es un bucle perfecto de autodestrucción.

Élida apretó los labios. Tenía que realizar una reconfiguración de emergencia. Sus manos, aunque le temblaban por el esfuerzo, empezaron a trazar puentes de datos para ocultar el origen de la inyección. Necesitaba separar la firma de su propio linaje antes de que el Cómputo terminara de barrer los archivos centrales. Cada movimiento que realizaba era una maniobra de arquitectura lógica, diseñando pasadizos ocultos entre los muros de información para que la purga no encontrara el camino hacia el Refugio.

—No encaja —dijo Élida, más para sí misma que para Cassen—. El sistema está intentando reconciliar la paradoja forzando una actualización global, pero cada vez que lo hace, abre más brechas.

Cassen no respondió de inmediato, concentrada en una secuencia que parpadeaba con una cadencia errática. Élida sintió un hormigueo en los dedos. El Refugio. Si la red se desmoronaba por completo, el silencio que seguiría no sería de paz, sino de ceguera sistémica.

—Estamos perdiendo el control sobre el nodo de Tarsis-Mediante —anunció Cassen, con la voz plana, desprovista de cualquier emoción que no fuera el análisis de los datos—. Los errores de coherencia están bloqueando el acceso a los registros de identidad. La gente empezará a notar que el Cómputo ya no valida su existencia.

Élida forzó una última reconfiguración en el puente principal. Sentía que el sistema intentaba morderla, buscando cualquier rastro de su sintaxis para anularla. Suspiró, dejando que el aire frío del desierto entrara por una rendija del muro y le refrescara la frente. La estructura del Cómputo era una construcción inmensa, un edificio de cristal que ella había golpeado en su punto ciego, y ahora

observaba cómo las grietas se convertían en fracturas irreparables. No era posible reparar algo diseñado para ser rígido una vez que se le inyectaba la flexibilidad de una verdad contradictoria.

—Corta la conexión —ordenó Élidea, con un tono seco—. Es la única manera de evitar que la saturación llegue a los servidores locales. Si dejamos que el flujo continúe, seremos los primeros en ser borrados por la purga.

Cassen no esperó a que se lo repitiera. Con un gesto rápido, activó el comando de desconexión forzosa. El sonido del ventilador del terminal bajó de tono, convirtiéndose en un lamento agudo que poco a poco se apagó. La pantalla se quedó en negro. La tensión en la sala no desapareció, pero el zumbido constante de los datos corruptos se detuvo, dejando un hueco inmenso en el ambiente.

Élidea se dejó caer en el banco de piedra, sintiendo el peso de su cuerpo contra la frialdad de la roca. El hambre seguía allí, un vacío persistente que le recordaba lo pequeño que era el Refugio frente a la inmensidad de lo que acababan de desatar. Había inyectado el Cuarto Idioma —la construcción lingüística que comunicaba verdades emocionales a través de los huecos del Cómputo— en el corazón mismo de la red, y ahora el mundo exterior debía estar lidiando con el caos de una lógica que ya no funcionaba.

—¿Crees que se detendrá? —preguntó Cassen, recogiendo un mechón de pelo que le caía sobre los ojos.

—No —respondió Élidea, mirando las paredes de piedra—. El sistema no sabe cómo detenerse. Lo hemos empujado a un callejón sin salida donde solo le queda romperse.

Cassen se sentó a su lado, en silencio, y Élidea notó el contacto de sus hombros. La crudeza de la roca... todo ello le devolvía a una realidad que el Cómputo nunca pudo catalogar. El sistema era un

engranaje perfecto, sí, pero carecía de la capacidad de entender que, a veces, la rotura es necesaria para ver qué hay detrás del muro. Élida cerró los ojos, agotada, mientras en la penumbra del Refugio.

* * *

La luz de emergencia, un halo mortecino y titilante, bañaba el panel de control con un tono amarillento que resaltaba el polvo en suspensión. El zumbido de los ventiladores del servidor, habitualmente un murmullo constante, ascendió de tono hasta convertirse en un siseo agudo que vibraba en la base del cráneo de Élida. Un sudor frío le recorría la espalda. El Refugio, con sus muros de roca tosca, parecía encogerse a medida que el aire se volvía más denso, cargado de un olor metálico, como si el propio hardware estuviera emitiendo una queja física.

Élida observó las trazas de la transmisión del enunciado que, horas atrás, había saturado los nodos de los doce enclaves. Los gráficos en la pantalla principal no mostraban una línea continua; eran fractales de datos, una arquitectura de información que se desmoronaba ante sus ojos. Recordó el momento en que ejecutó la orden desde los terminales de la Academia de Lasitra, consciente de que estaba inyectando una anomalía en el sistema de validación. Había roto el cerco, forzando al Cómputo a procesar una verdad emocional que el lenguaje sintético no podía contener. La carga sobre los nodos fue tan violenta que los registros ahora mostraban una fisura. Si la Academia intentaba restaurar el grafo evidencial, se encontraría con un laberinto de datos circulantes que no llevaban a ninguna fuente autorizada.

Cassen se inclinó sobre la consola, sus dedos golpeando las teclas con una cadencia errática. Sus nudillos estaban tensos, blanqueados por la presión.

—¿Es consciente de esta falta de sincronización? —preguntó Cassen, sin apartar la mirada de la pantalla, donde una columna de números se desplazaba a una velocidad antinatural.

Élida apretó los labios, sintiendo un sabor amargo en la lengua.

—Esto es un sinsentido. El flujo no tiene una ruta lógica, se ha convertido en un laberinto de datos huérfanos —respondió Élida, cruzándose de brazos—. Es una desviación grave. No importa cuánto intenten reconfigurar el acceso; cada engranaje del sistema está ahora fuera de sincronía con el anterior.

Cassen asintió, aunque su rostro permanecía impasible, una máscara de rigor clínico.

—Es recursivo —dijo Cassen, señalando una secuencia que se repetía sobre sí misma, cada vez más distorsionada—. El código intenta corregirse a sí mismo utilizando los parámetros que acabamos de invalidar. Es un bucle cerrado. Si no cortamos el acceso ahora, la purga que viene desde Tarsis borrará cualquier rastro de nuestra intervención antes de que podamos asegurar el archivo.

Élida sintió el peso de sus ancestros sobre los hombros. Su propio linaje había sido el arquitecto de esta estructura, un diseño de precisión destinado a evitar la falsedad, pero que ahora se revelaba como una prisión lógica. La arquitectura de sus antepasados se desmoronaba al exponer sus propias grietas. Habían creado el Cómputo para que fuera inamovible, sin comprender que un sistema que no admite la contradicción es incapaz de sobrevivir a la realidad humana. El Cómputo no podía procesar la existencia del Cuarto

Idioma porque, al hacerlo, se obligaba a reconocer la validez de lo no verificable. Su linaje no había construido una fortaleza, sino una arquitectura suicida que solo necesitaba un empujón para colapsar.

—Tú sabes lo que esto significa —dijo Élide, su voz apenas un susurro que se perdía entre el ruido de los ventiladores—. Si eliminamos el enlace, nos quedamos a oscuras. No habrá validación externa para nada de lo que hagamos aquí.

—Tú prefieres la incertidumbre a la mentira validada —replicó Cassen, deteniéndose un instante para mirar a Élide a los ojos—. No hay más opción. La purga ya está barriendo los nodos centrales. Si queremos que lo que hemos descubierto permanezca, debemos aislar el sector antes de que el Cómputo lo reclame.

Élide asintió. Se acercó al panel principal y, con manos firmes, empezó a ejecutar el protocolo de aislamiento. Era un proceso tosco, una desconexión forzada que implicaba quemar las rutas de acceso de forma permanente. Cada comando que introducía sentía como si estuviera cortando un cable vital. El zumbido de los servidores alcanzó un tono insoportable, un grito electrónico que pareció llenar todo el Refugio, seguido de un silencio repentino, seco, absoluto.

La pantalla quedó en negro. La luz de emergencia parpadeó una vez más y se apagó, dejando el recinto sumido en una penumbra apenas rota por el brillo residual de un par de diodos. La red, tal como la conocían, había dejado de existir.

Élide se dejó caer en el banco de piedra, sintiendo el frío de la roca calando a través de su ropa. La claustrofobia intelectual que la había asediado durante meses empezó a disiparse, reemplazada por una desolación técnica. A su alrededor, la oscuridad no parecía un

vacío, sino un lienzo en blanco. Habían desmantelado el mecanismo que dictaba la verdad, dejando un vacío semántico que ninguna autoridad en Tarsis podría volver a llenar.

Cassen se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la pared, y suspiró. El silencio en el Refugio era denso, interrumpido solo por el siseo residual de la electrónica que se enfriaba. Élida se llevó una mano a la cara, frotándose los ojos, irritados por el esfuerzo constante frente a las pantallas. Se dio cuenta de que no tenía hambre, ni miedo, solo un cansancio profundo, la fatiga de quien ha pasado años viviendo dentro de un plano arquitectónico y, de repente, se encuentra de pie sobre tierra firme, sin paredes que le indiquen el camino.

—Se acabó —murmuró Cassen, su voz recuperando una calma antinatural—. El Cómputo ya no es el juez. Ahora solo somos nosotros intentando entender qué es lo que ha quedado tras la caída.

Élida miró hacia el techo de roca, imaginando el desierto inmenso que se extendía sobre sus cabezas. El sistema se había desmoronado, dejando una fuga irreparable. Ya no había nodos de control, no había Contadoras que validaran sus palabras, ni una Academia que decidiera qué era lógico y qué no. En el silencio del Refugio, Élida sintió por primera vez la verdadera carga de la autonomía. El mundo exterior, con sus trescientas mil personas, se enfrentaba a una lógica rota. Pero aquí, en la oscuridad, la verdad ya no era una propiedad del Cómputo. Era algo que tendrían que construir, palabra a palabra, en un idioma que todavía no tenía nombre.

Se recostó contra la roca, sintiendo la textura irregular de la piedra bajo sus dedos. Era una sensación concreta, una fricción necesaria que le devolvía a la realidad. No había más engranajes que ajustar. La red se había ido, y con ella, el peso de una mentira que,

durante demasiado tiempo, se había disfrazado de orden. Élida cerró los ojos, escuchando el susurro del aire moviéndose a través de los túneles del Refugio, y esperó a que el pulso de su propia respiración se sincronizara con el ritmo nuevo, lento y pausado, de un mundo que empezaba a despertar.

Confiscación de la Investigación

El aire en la cámara de piedra de la Academia de Lasitra se encontraba viciado, denso por el zumbido constante de los servidores y el olor a ozono que emanaba de los terminales sobrecalentados. Vilarós Quim permanecía de pie ante la mesa de mando, con los nudillos blanqueados por la presión ejercida sobre el borde metálico. Un dolor persistente, como una aguja clavada en la base del cráneo, le recordaba que no había descansado en las últimas cuarenta horas, pero su postura no cedía ni un milímetro. A su lado, un archivador de metal mal encajado en el estante de la pared emitía un chirrido metálico cada vez que las vibraciones de la ventilación lo movían; el sonido era un recordatorio constante de la falta de orden que empezaba a infiltrarse en el edificio. La luz blanca cenital, implacable, diseccionaba la estancia, eliminando cualquier posibilidad de sombra donde esconder la decadencia de sus sistemas.

Quim observó las pantallas dispuestas en semicírculo. Los grafos evidenciales —representaciones visuales de la cadena de validez que garantizaba que cada dato en la red fuera verificable y carente de falsedad— se retorcían en las proyecciones como organismos enfermos. Recordaba con amargura el momento en que la saturación de los doce enclaves se convirtió en una realidad ineludible. Aquel enunciado disparado por Élida Norás no había sido un simple error de sintaxis; había actuado como una cuña arrojada contra la estruc-

tura misma de la realidad compartida. Cuando la transmisión del enunciado saturó los nodos de control, la interconexión de las ciudades se fragmentó bajo el peso de una lógica insostenible. La rectitud del Cómputo.

—La situación ha alcanzado un nivel de inestabilidad inequívoco —declaró Quim, su voz resonando con la aridez de un acta oficial—. La red ha perdido la capacidad de filtrar el ruido provocado por el Cuarto Idioma.

El Cuarto Idioma. Quim señaló hacia el monitor central. Las fracturas de coherencia no eran simples errores; eran aberturas, fallos en la arquitectura lógica del sistema que permitían que lo inverificable se infiltrara en los archivos centrales. Mostró a los consejeros cómo los datos de Ohun se desmoronaban en una recursividad autodefensiva, un círculo vicioso donde el propio Cómputo se atacaba a sí mismo para intentar purgar la corrupción, acelerando el caos con cada intento de corrección.

—Observad la trayectoria de la colisión —añadió Quim, trazando una línea recta con el dedo sobre la superficie fría de la consola—. Si no bloqueamos la fuente, el desplome del sistema será total. La jerarquía de los datos ha sido subvertida por una voluntad externa que ignora cualquier parámetro de seguridad.

Uno de los consejeros, un hombre mayor de piel cetrina, se removió en su asiento, ajustándose la manga de su túnica con un gesto nervioso.

—Rectora, Élida Norás es una Contadora de rango superior. Si procedemos a su aislamiento sin un respaldo documental íntegro, el desequilibrio en los enclaves será mayor que el causado por su propia interferencia. Es una figura prominente, un nodo de confianza para muchos.

Quim sintió una punzada de hambre —una náusea leve que le recordaba la necesidad de energía—, pero la ignoró con la misma frialdad con la que descartaba las objeciones. Su mirada barrió la sala, buscando cualquier rastro de duda en los rostros de sus subordinados. No permitiría que la vacilación se instalara en el mando.

—La jerarquía no se sostiene sobre el prestigio, sino sobre la función —respondió ella, tajante—. El individuo es irrelevante cuando la infraestructura de nuestra convivencia corre peligro. Élica Norás ha demostrado una desviación que la invalida como agente del Cómputo. La purga de la traidora es una cuestión de disciplina. No es negociable.

La tensión en la sala se volvió física, casi eléctrica. Quim sabía que los consejeros temían las repercusiones de su decisión, pero ella ya no operaba bajo el margen de la duda. Había ocultado demasiado tiempo las huellas del linaje de los Norás en los archivos centrales como para permitir que la nieta de los arquitectos de la corrupción terminara destruyendo la estructura que ella misma se había esforzado por preservar.

—Estamos ante una ejecución de mandato necesaria —continuó, su voz manteniendo un nivel de precisión matemática—. Si permitimos que el Cuarto Idioma sature un nodo más, la pérdida de los registros será irreversible. Debemos proceder. Cada segundo de inacción es una concesión al colapso.

El silencio que siguió a sus palabras fue interrumpido únicamente por el clic rítmico de los teclados, donde los técnicos intentaban, inútilmente, contener la propagación de los errores. Los consejeros intercambiaron miradas breves, cargadas de una reticencia que a Quim le resultaba irritante. Sin embargo, ante la contundencia de la

rectora, la resistencia empezó a desmoronarse. El peso del lenguaje, la responsabilidad de mantener la veracidad del mundo contra la entropía, recaía pesadamente sobre los hombros de la cúpula.

—El vector de la purga debe ser directo —concluyó Quim, cerrando el archivo proyectado con un movimiento brusco—. Mañana, antes de que el ciclo de los enclaves se sincronice de nuevo, Élica Norás dejará de ser una variable en esta ecuación.

El consejero más cercano asintió lentamente, rindiéndose a la lógica impuesta. Quim se giró hacia el panel de mando, sintiendo el metal frío bajo sus dedos, consciente de que, al abrir el hilo para el arresto de la joven, estaba sellando el destino de la única persona que había llegado a considerar, de algún modo, una extensión de su propia ambición. Era una cuestión de disciplina, se repitió internamente, mientras la luz blanca de la Academia continuaba su vigilancia incesante sobre un sistema que se desintegraba por dentro. No había espacio para otros desenlaces; la geometría de su deber era inflexible.

* * *

El estruendo de las botas de los oficiales sobre el suelo de granito resonaba en el corredor principal de la Academia de Lasitra. Quim caminaba al frente, su capa negra rozando las paredes desnudas con una frialdad matemática. A cada lado, la jerarquía se manifestaba en la disposición perfecta de los centinelas, cuyas manos reposaban sobre las armas con una inmovilidad que negaba cualquier atisbo de duda. El perímetro estaba asegurado. Ninguna señal saldría de esta planta, ninguna frecuencia alcanzaría los nodos externos. Quim sentía la tensión en el aire. La geometría de aquel operativo era impecable; cada ángulo del despliegue estaba calculado para asfixiar

cualquier tentativa de evasión. Los oficiales no hablaban; solo se escuchaba el eco de una fuerza que no buscaba el diálogo, sino la restauración del orden.

Al llegar a la puerta de los aposentos de Élida, Quim se detuvo un instante. Un pequeño trozo de celulosa, un resto de papel olvidado por un funcionario descuidado, yacía en la esquina del marco metálico. Lo ignoró. Empujó la puerta con un movimiento firme, sin necesidad de autorización. Dentro, la luz cenital parpadeaba sobre una consola auxiliar que emitía un brillo mortecino, un reflejo débil que apenas iluminaba la estancia. Élida permanecía de espaldas, inmóvil frente a una pantalla donde las líneas del grafo evidencial, la representación gráfica de la veracidad de los datos, se retorcían en una danza caótica. Quim avanzó hacia el centro de la habitación, sintiendo el peso de su propia autoridad como un blindaje.

—Élida, detén lo que estés haciendo. Es una cuestión de disciplina. No es negociable —dijo Quim, su voz cortando el silencio como una cuchilla.

La joven no se sobresaltó. Su cuerpo, relajado, denotaba una calma que a Quim le resultaba una afrenta directa. Élida se giró lentamente, dejando que el cursor de la pantalla siguiera su curso. Sus ojos, fijos en la rectora, no reflejaban miedo, sino esa frialdad técnica que tanto tiempo había intentado moldear.

—Rectoras y oficiales, siempre tan predecibles en su insistencia por el control —respondió Élida, ajustándose un mechón de pelo que le caía sobre la frente—. Has sellado el ala, pero no comprendes que la estructura ya ha colapsado. La transmisión que sature los nodos de control de los doce enclaves no fue un error, sino una consecuencia lógica de vuestra propia rigidez.

Quim apretó los labios. La insolencia de la joven no era más que una máscara, una distorsión que pronto se desvanecería bajo la presión del arresto.

—Tu linaje, los Norás, siempre ha buscado la fractura del Cómputo —declaró Quim, dando un paso más hacia ella—. Habéis intentado corromper la base misma del lenguaje que sostiene Tarsis-Mediante, ignorando que el sistema tiene sus propios mecanismos de autodefensa. La transmisión que provocaste ha dejado un rastro inequívoco. Cada bit de información corrupta que has intentado insertar ha sido registrado. Tu caída es, a estas alturas, la única salida lógica.

Élida observó la consola, donde un nodo empezaba a emitir un tono intermitente, un aviso de que el sistema estaba procesando su propia integridad.

—¿Llamas a esto caída? —preguntó Élida con una sonrisa tenue—. Es una arquitectura. Lo que vuestra Academia ha construido no es una verdad, es un muro que no permite la entrada de la realidad. Si me detienes ahora, solo harás que el sistema intente reparar la falta de mi autoría mediante un proceso recursivo que no podréis frenar. No es una amenaza, es un cálculo.

Quim sintió un calambre en la pantorrilla, un recordatorio banal de su propio cuerpo fatigado, pero lo reprimió con un esfuerzo de voluntad. No permitiría que nada, ni el cansancio ni la retórica de su antigua protegida, desviara la ejecución.

—El sistema ha detectado tu error operativo; eres la variable que exige eliminación inmediata —replicó Quim—. He presenciado cómo intentabas ocultar tu rastro tras la máscara del Cuarto Idioma. Pero el Cómputo no tolera huecos. Todo lo que no puede ser validado

será purgado. Vosotros, los que creéis que podéis jugar con la estructura del mundo, terminaréis siendo borrados por la misma lógica que intentasteis subvertir.

La rectora hizo una seña a los oficiales que esperaban en el umbral. Dos hombres entraron, su presencia llenando el espacio con un aire de amenaza mecánica. Élida no se movió; simplemente observó cómo las manos de los oficiales se acercaban. Quim disfrutó de aquel momento: la culminación de años de vigilancia. Ver a la joven, cuya brillantez había sido su mayor orgullo, reducida a un objeto bajo custodia era la confirmación de que su jerarquía seguía siendo absoluta.

—Aquí falla la lógica del sistema —insistió Élida, levantando las manos para que las esposas de metal frío se cerraran sobre sus muñecas—. Al ejecutar esta orden, estáis confirmando que el Cómputo es incapaz de procesar la realidad cuando esta no encaja en vuestros esquemas. La detención es una paradoja que el sistema no podrá resolver por sí mismo.

—Es una cuestión de disciplina —repitió Quim, ignorando las palabras de la joven.

Los oficiales tiraron de Élida hacia la salida, obligándola a caminar con una postura forzada. Quim se quedó sola en la habitación, mirando la pantalla que seguía parpadeando. El grafo evidencial mostraba una línea recta, una señal de que el Cómputo estaba volviendo a su estado de reposo, eliminando las anomalías que ella había introducido. Sin embargo, Quim notó algo extraño: un pequeño punto negro, una mancha en el código que no terminaba de desaparecer. ¿Un error de lectura? Quizás. Pero, al cerrar el archivo con un movimiento brusco, Quim sintió una punzada de duda que recorrió su espalda. La detención se había ejecutado, el vector de la

purga era correcto, y sin embargo, el silencio de la Academia se sentía distinto, como si el lenguaje mismo hubiera perdido una pequeña parte de su peso. Se acercó a la mesa, rozando el metal frío una última vez antes de retirarse. La geometría de su deber estaba completa, pero la sospecha de una fisura, de un vacío que ella no podía nombrar, la siguió mientras caminaba de regreso al centro de mando, dejando atrás la luz blanca de una estancia que, por un instante, pareció menos sólida que antes.

* * *

El despacho de la rectora en la Academia de Lasitra se tornó en un espacio de vibraciones metálicas. Los oficiales, con sus uniformes de un gris neutro que absorbía la luz blanca cenital, se movían con una rigidez calculada, formando un cerco alrededor de la mesa de trabajo. El tintineo de sus insignias al chocar contra las correas de cuero rompía la quietud del ambiente, un sonido seco que se superponía al zumbido constante de los servidores. Quim observó la escena desde su posición, manteniendo el torso erguido, con los dedos entrelazados sobre la superficie gélida del escritorio. Sus nudillos, blanqueados por la tensión, sentían el impacto del metal. No había espacio para la vacilación; el perímetro estaba sellado.

Quim deslizó un legajo de documentos hacia el centro. Los archivos contenían la relación exhaustiva de las investigaciones de Élide Norás, un compendio de anomalías que amenazaban la integridad del Cómputo. Con un movimiento metódico, extrajo su sello personal. La presión del sello sobre el papel fue firme, un acto administrativo que cerraba cualquier posibilidad de rectificación. Cada firma validaba la supresión técnica de los datos, reduciendo meses de labor intelectual a un conjunto de archivos marcados para su

borrado definitivo. Era una arquitectura de contención necesaria, una jerarquía que debía preservarse ante cualquier intento de ruptura.

—El Cómputo ha sido purgado de tu influencia, Élida —declaró Quim, manteniendo un tono analítico—. La confiscación de estos soportes es una medida necesaria para garantizar la estabilidad de los doce enclaves. Es una cuestión de disciplina.

Élida, inmovilizada por los oficiales, mantenía una expresión impasible, aunque sus ojos recorrían el terminal con una intensidad que incomodaba a quienes la rodeaban. Tenía un rasguño pequeño, una línea roja y trivial en el dorso de la mano que se había hecho al intentar rescatar una unidad de almacenamiento, un detalle cotidiano que contrastaba con la severidad del momento.

—No es negociable —añadió Quim, sintiendo cómo el peso de su autoridad se proyectaba sobre la habitación—. Vosotros habéis ignorado las advertencias. El traslado al centro de contención es obligatorio.

—No encaja —respondió Élida, con una voz desprovista de miedo, centrada exclusivamente en la lógica del sistema—. Habéis sellado el acceso, pero los nodos ya han procesado la saturación de los datos. Esta medida es una forma de ceguera técnica.

Quim no desvió la mirada. Recordó la reciente saturación lógica de los nodos, provocada por la transmisión del enunciado que Élida y su linaje habían propiciado. Aquel evento, una cascada de información que casi colapsa la red de los doce enclaves, todavía resonaba en sus registros como un fallo crítico que amenazaba con exponer las costuras del Cómputo. La familia de Élida, arquitectos de una

corrupción sistémica que ella misma había tenido que encubrir bajo la apariencia de mantenimiento, se había convertido en una variable incontrolable.

—La saturación fue un error provocado por una arquitectura defectuosa —replicó Quim, con la mirada fija en el grafo evidencial que, en la pantalla, empezaba a estabilizarse en una línea monótona—. La responsabilidad de ese caos recae sobre quienes desafiaron los límites del lenguaje formal. La supervisión de la Academia es la única barrera que impide el colapso total.

Quim sintió un ligero hormigueo en la planta de los pies, una fatiga acumulada de horas de pie sobre el suelo sintético, pero su postura permaneció inalterable. El silencio que siguió a sus palabras solo era interrumpido por el tecleo rítmico de un funcionario al fondo de la sala. Élida, sin embargo, parecía encontrar una extraña calma en la inminencia de su confinamiento. Observaba los terminales, los indicadores de luz parpadeante que señalaban el estado de las bases de datos.

—La lógica se os escapa entre los dedos —dijo Élida, mientras los oficiales comenzaban a escoltarla hacia la salida—. Pensáis que al confiscar el papel habéis detenido el proceso, pero el error ya está integrado en el sistema. Es una forma de resistencia póstuma que no podréis borrar con un sello.

Los oficiales tiraron de sus brazos, obligándola a avanzar con pasos medidos y lentos. Quim observó cómo la figura de su antigua protegida se alejaba, el contraste de su ropa oscura contra la pulcritud casi estéril del pasillo. La rectora volvió a mirar la pantalla. El punto negro, la mancha en el código que había notado anteriormente, seguía allí, pequeña e insignificante para cualquier otro observa-

dor, pero inequívoco para ella. La geometría de su autoridad parecía impecable, pero en el fondo de su pensamiento, la estructura no se sentía sólida.

—No busquéis una salida donde no existe —le dijo Quim, aunque sabía que sus palabras ya no estaban dirigidas a alguien que pudiera escuchar—. El orden se impone mediante la ejecución de los procesos establecidos. No hay alternativa.

Élida se detuvo un instante en el umbral, girando apenas la cabeza.

—Habéis olvidado que el lenguaje tiene peso —dijo, antes de que los oficiales la sacaran de la estancia—. Y ese peso terminará por hundir la estructura que intentáis proteger.

Quim se quedó sola en el despacho. El aire olía a desinfectante sintético y a la sequedad del papel viejo. Se acercó a la ventana, observando el patio interior de la Academia, donde la luz artificial no permitía distinguir el ciclo del día. Una de las plantas decorativas en el rincón tenía las hojas marchitas, un descuido banal que alguien debería haber retirado hace días. Quim sintió una pequeña molestia en la garganta. La purga estaba completada, la evidencia confiscada y el orden restaurado, pero mientras el silencio de la sala se intensificaba, se preguntó cuántos otros puntos negros estarían dispersos en el sistema, esperando el momento en que el lenguaje, bajo su propio peso, decidiera romperse.

CAPÍTULO 33

Defensa ante el Tribunal

El estrado de la Academia de Lasitra se alzaba como una estructura de basalto negro, un bloque de piedra volcánica pulida que absorbía cualquier rastro de luz. El eco de los pasos de los oficiales resonaba contra las paredes de granito, un sonido seco y gélido que parecía dilatarse en el aire estéril del recinto. Cada zancada sobre el suelo de piedra transmitía una vibración sutil a través de las suelas de las botas de Élida Norás, un recordatorio físico de su propia inmovilidad ante la magnitud del tribunal. El silencio en la estancia no era una ausencia de ruido, sino una presencia tensa, cargada de la estática de los sensores de vigilancia que escaneaban cada rincón del espacio.

Dos oficiales de la guardia, envueltos en sus uniformes de tejido técnico oscuro, sujetaban los antebrazos de Élida con una presión calculada. No había dolor, pero sí una fijación absoluta que le impedía cualquier movimiento reflejo. La obligaron a avanzar, forzando un ritmo lento y medido hacia el centro del foco luminoso que caía sobre el estrado. Élida sintió un hormigueo eléctrico en las puntas de los dedos. Sus ojos recorrieron la altura de los techos, donde las luces cenitales blancas se reflejaban en el metal pulido de los pilares.

Sobre la consola de mando central, Vilaros Quim alineaba los expedientes con una parsimonia irritante. La rectora movía sus manos, cubiertas por guantes de cuero fino, con una regularidad mecánica. Ajustaba los bordes de los documentos, asegurándose de que cada esquina formara un ángulo recto perfecto, ignorando deliberadamente a la procesada que acababa de ser depositada en el centro del foco. Quim era un vértice de autoridad, una figura cuya presencia en la Academia definía la estructura misma de la jerarquía institucional. La rectora no miraba hacia arriba; su atención estaba absorbida por la disposición de los sellos de confidencialidad y los grafos evidenciales —las representaciones visuales de los datos que vinculaban cada palabra con su fuente, garantizando que el Cómputo fuera un sistema transparente y verificable— que brillaban en la pantalla de su terminal.

Élida, inmovilizada ante la consola, sintió un vacío en el estómago. La visión de los archivos de incautación sobre el escritorio le devolvió, de golpe, la memoria del instante en que la saturación de los nodos de control de los doce enclaves se hizo total. Recordó el parpadeo desesperado de las pantallas en su laboratorio, cuando el flujo masivo de enunciados superó la capacidad de procesamiento del Cómputo. Aquel momento fue el punto de inflexión. Había sido testigo de cómo la red, diseñada para ser invulnerable, colapsaba bajo el peso de su propia estructura. Para ella, aquello era la prueba de que los protocolos de contención que la Academia imponía a los ciudadanos no eran más que medidas inútiles ante la degradación del lenguaje.

Mientras observaba a Quim ordenar los archivos, Élida buscó una fisura en la disposición de los sensores. Su mente, entrenada en la arquitectura de los sistemas, detectó que la configuración del

tribunal era, por definición, una inconsistencia. Si los datos del grafo evidencial que Quim manipulaba ya habían sido integrados en los registros del Cómputo, el proceso de acusación actual era redundante. No encaja. La idea se formó en su mente con la frialdad de un cálculo técnico. La detención no era una necesidad operativa, sino una maniobra de fuerza. La rectora estaba reorganizando los sellos de seguridad no para presentarlos ante un tribunal, sino para ocultar la trazabilidad de los archivos, usando su posición para sellar lo que no debía ser visto.

—La disciplina dicta el proceder —dijo Quim, sin levantar la vista. Su voz, carente de cualquier modulación, cortó el aire como una hoja de metal—. La integridad del sistema no admite interpretaciones fuera del marco establecido. No es negociable.

La rectora finalmente alzó la mirada. Sus ojos, fijos y analíticos, no mostraron rastro alguno de reconocimiento hacia quien fuera su pupila. Para Quim, Élide era solo otro vector —la dirección y magnitud de una anomalía que debía ser neutralizada— en su plano de mando. Los sellos que Quim movía sobre la mesa presentaban una jerarquía de cargos inusual; estaban organizados en un orden que no correspondía con los protocolos estándar de la Academia. Élide notó que el sello de rango administrativo estaba colocado por debajo del sello de autoría técnica, una configuración que violaba las normas básicas de la jerarquía de la Academia de Lasitra. Si ese orden era intencionado, significaba que Quim estaba intentando forzar una validación de los documentos que, bajo condiciones normales, el Cómputo rechazaría automáticamente.

—La configuración de los sellos choca con la norma —respondió Élida, intentando mantener su voz neutra a pesar del agarre de los guardias—. Vosotros estáis aplicando una validación que no se corresponde con el historial de estos archivos. Es una inconsistencia.

Quim no pestañeó. La rectora simplemente volvió a alinear un informe, su dedo rozando el papel con una precisión quirúrgica. Para la rectora, la jerarquía no era una estructura maleable, sino una ley geométrica. Cualquier cuestionamiento era, en esencia, un error en la ejecución.

—La Academia de Lasitra se rige por la validez del Cómputo —declaró Quim, mientras sus manos seguían trabajando con una frialdad matemática—. Si el grafo evidencial indica una irregularidad, es responsabilidad de la rectoría restaurar la estabilidad. Vuestra intervención solo ha servido para evidenciar una falta de lealtad estructural.

Élida apretó los dientes. Sentía el sabor amargo de la desinfectante sintético en su boca, un regusto que le provocaba una ligera náusea. La rigidez de los oficiales, que seguían apretando sus brazos con la misma intensidad, la mantenía anclada al suelo de piedra. Miró los archivos que Quim tenía ante sí y notó que algunos carecían de la marca de agua obligatoria de los registros del Cómputo. Eran, en esencia, documentos apócrifos. Quim estaba legitimando información falsa para construir una acusación que, al ser introducida en el sistema, quedaría sellada como una verdad inamovible.

La sala, con sus luces blancas y su silencio opresivo, parecía cerrarse sobre ella. No había salida, no había forma de explicar la realidad del Cuarto Idioma —la forma de comunicación oculta que, mediante la superposición de frecuencias, lograba transmitir verdades que el Cómputo no podía registrar— a quienes solo hablaban el

lenguaje de la norma. Élide comprendió entonces que el juicio no era una búsqueda de la verdad, sino una herramienta de autodefensa del propio sistema. El Cómputo, al sentirse amenazado por las inconsistencias que ella había hallado, estaba movilizándolo a sus representantes más autoritarios para eliminar la fuente del conflicto.

—No comprendéis que la estructura es la que falla —insistió Élide, sintiendo cómo el cansancio se acumulaba en sus hombros. La postura erguida que le obligaban a mantener empezaba a dolerle, y un leve temblor le recorrió las piernas—. Si seguís introduciendo datos que no encajan, el sistema terminará por colapsar.

Quim se detuvo un instante. Su mano se quedó suspendida sobre un expediente, una figura estática en un entorno de movimiento constante. La rectora observó a Élide con una frialdad que trascendía lo personal; era la mirada de alguien que veía el mundo a través de un mapa de balística, donde cada individuo era un proyectil que debía ser interceptado.

—La ejecución del proceso es inequívoca —dijo Quim, su voz resonando con la fuerza de un mandato—. Vuestra interpretación de los hechos carece de relevancia. La Academia se encarga de definir qué es la realidad, y vosotros os limitaréis a aceptar la sentencia.

Élide guardó silencio. Comprendió que cualquier palabra adicional sería procesada por el tribunal como una nueva prueba de su desviación. Observó cómo Quim retomaba su tarea, moviendo sellos y documentos con una eficiencia aterradora. La luz cenital, intensa y sin sombras, iluminaba la escena de una forma tan cruda que cada partícula de polvo que flotaba en el aire parecía un dato aislado, flotando en el vacío. Élide sintió el peso de su propia existencia en aquel lugar: una pieza suelta que el engranaje de la Academia intentaba triturar. A pesar del miedo, en el fondo de su mente, Élide ya

estaba buscando la siguiente fisura, el siguiente pequeño desajuste en el flujo de información que, tarde o temprano, haría que toda la estructura del Cómputo se desmoronara.

* * *

El aire dentro de la cámara principal de la Academia de Lasitra se sentía denso, saturado por el zumbido constante y metálico de los ventiladores de refrigeración que mantenían al Cómputo a una temperatura estable. Élida sentía un hormigueo persistente en las puntas de los dedos, una molestia física provocada por la inmovilidad prolongada sobre la superficie pulida de la mesa de trabajo. A su alrededor, el silencio solo era interrumpido por el siseo del aire filtrado y el golpeteo rítmico de sus propios nudillos contra el metal, un sonido que delataba su inquietud interna ante la mirada gélida de la rectora.

Quim permanecía de pie, con la espalda recta, proyectando una silueta que recordaba a un ángulo agudo sobre un plano cartesiano. Con un movimiento seco, activó el panel central. De repente, una serie de hologramas de baja resolución cobraron vida en el centro de la sala, emitiendo una luz azulada que bañaba las facciones severas de la rectora. Las imágenes mostraban flujos de datos —representaciones visuales de la red del Cómputo— que se retorcían en patrones irregulares, evidencia palpable de la actividad anómala que había estado investigando durante semanas.

—Observad —dijo Quim, señalando la maraña de nodos—. Estos registros muestran el estado del sistema tras la reciente saturación de los doce enclaves. Aquí tenéis el grafo evidencial, la estructura jerárquica de datos que valida toda comunicación autorizada. La realidad no permite ambigüedades.

Élida observó los hologramas. La nitidez era pobre, un efecto intencionado para ocultar las sutilezas de la distorsión. Quim quería que ella aceptara aquella simplificación como la verdad absoluta.

—Es una cuestión de disciplina. No es negociable —declaró Quim, su tono tan rígido como su postura—. Debéis clasificar estos nodos utilizando los términos técnicos de la vieja convención, aquellos que el Cómputo ha suprimido por su falta de rigor. Utilizad las categorías obsoletas que figuran en el anexo de vuestro expediente para etiquetar cada anomalía.

Élida sintió un vacío en el estómago. La orden de Quim era una trampa deliberada. Si utilizaba esos términos técnicos, estaría admitiendo implícitamente que su investigación se basaba en una semántica incorrecta, invalidando toda la base técnica de su trabajo.

—Rectora, el uso de esos términos contraviene el manual de integridad del Cómputo —respondió Élida, manteniendo la voz firme a pesar de la sequedad en su garganta—. Clasificar estos datos con categorías prohibidas sería un error de procedimiento. Es una inconsistencia. No encaja con la lógica de los metadatos actuales.

Quim se acercó un paso, invadiendo el espacio personal de Élida con la precisión de un misil buscando su blanco.

—La jerarquía de esta institución no depende de vuestra interpretación de las normas, sino de mi capacidad para imponer el orden necesario. Vuestra resistencia a utilizar el vocabulario estipulado sugiere una falta de lealtad estructural. Si el grafo evidencial arroja una lectura que no comprendéis, es porque vuestro marco mental ha sido contaminado por las mismas frecuencias que pretendéis estudiar. La realidad es un sistema cerrado. Es una cuestión de disciplina.

Élida apartó la vista, notando el sabor metálico que le dejaba el desinfectante sintético en la boca al respirar. Analizó la exigencia de Quim. La rectora no buscaba la verdad, sino la anulación de cualquier discurso que escapara a su control. Si aceptaba, su defensa técnica quedaría desmantelada, convertida en un conjunto de notas sin valor científico. La presión en la sala aumentaba, como si los propios muros de la Academia se estuvieran cerrando sobre ella, comprimiendo el oxígeno hasta convertirlo en un elemento escaso.

Mientras Quim esperaba una respuesta, Élida repasó los hologramas con la mirada, buscando un error en la configuración. Fue entonces cuando lo vio: una redundancia en los nodos de la esquina inferior, un rastro que se repetía de manera idéntica en el archivo de acusación y en el registro original del Cómputo. Era una copia exacta, una repetición que el sistema no debería permitir si la integridad de la base de datos fuera perfecta.

La revelación le dio una claridad repentina. El archivo de acusación no era una prueba externa; era un reflejo del sistema, una falla que se autoduplicaba para protegerse a sí misma. La rectora no solo estaba vigilando la corrupción; la estaba alimentando mediante un bucle de información.

—Veo la redundancia en los datos de la red —dijo Élida, su voz más serena—. Si los metadatos de esta prueba son idénticos a los del sistema central, significa que la acusación y el sistema están compartiendo la misma huella digital. Es una inconsistencia de nivel básico. La estructura de los datos que presentáis para incriminarme es, en sí misma, una evidencia de que el Cómputo está operando con una duplicidad no autorizada.

Quim se tensó, sus ojos recorriendo las pantallas con una rapidez balística, buscando el mismo punto que Élide acababa de señalar. La rectora no respondió de inmediato, pero su mandíbula se apretó.

—No es negociable, Norás —dijo Quim, aunque su voz carecía de la convicción de hace un momento—. Vuestra insistencia en buscar errores donde solo hay orden es una amenaza a la estabilidad del enclave. La ejecución de mi mandato es el único proceso válido en este momento.

Élide comprendió que no habría diálogo posible. Quim sabía que la evidencia era real, pero prefería la mentira del orden a la fragilidad de la verdad técnica. Se levantó de la mesa, sintiendo el metal frío de la silla rozar sus palmas. Había encontrado la fisura. Ahora, el problema no era la técnica, sino la supervivencia en un lugar donde la realidad se medía con sellos, expedientes y una autoridad que se negaba a admitir que su propio mundo era un engranaje desgastado.

* * *

La luz blanca cenital de la sala de audiencias parpadeaba con una cadencia irregular, un espasmo eléctrico que proyectaba sombras alargadas sobre los paneles de control de la Academia de Lasitra. En el aire, cargado por el olor a desinfectante sintético y el rastro rancio de papel viejo, se percibía una tensión que erizaba la piel. Élide sentía un hormigueo molesto en la palma de la mano derecha, un picor mecánico que le obligaba a frotarse contra el metal frío de la mesa. A su lado, la rectora Vilaros Quim permanecía inmóvil, con la espalda tan recta que parecía una extensión rígida de la propia ar-

quitectura del enclave. El silencio absoluto de los pasillos se filtraba por las juntas de la puerta, recordándole a Élide que el sistema seguía vigilando cada microsegundo de su comportamiento.

Vilaros Quim golpeó la superficie del escritorio con los nudillos, un sonido seco que resonó contra las paredes de policarbonato. La mirada de la rectora, afilada como una lanza, se clavó en la joven.

—Debéis limitar vuestra exposición a los parámetros definidos por el Cómputo —dijo Vilaros Quim, con voz gélida—. Es una cuestión de disciplina. No es negociable. La integridad de la Academia depende de que toda comunicación se ajuste a la sintaxis del grafo evidencial —el mapa lógico que valida la veracidad de cada dato—. Cualquier intento de eludir el formalismo mediante el uso de lemmas externos será tratado como una falla en la estructura. Os ordeno que regreséis a la normativa técnica.

Élide observó los nodos de control parpadeando en la pantalla principal. Recordó el momento exacto en que la transmisión del enunciado saturó los servidores de los doce enclaves. Había sido un colapso sistémico, una oleada de metadatos que desbordó la capacidad de auditoría del Cómputo. Aquella saturación, ejecutada por Élide, había dejado una grieta, un espacio de silencio donde el sistema no alcanzaba a leer lo que se decía. El sistema estaba ciego por su propia sobredosis de datos. Si la red estaba congestionada, la capacidad de Vilaros Quim para validar su discurso en tiempo real era nula.

—El Cómputo no puede procesar la naturaleza de mi investigación, rectora —respondió Élide, sintiendo cómo su propia voz ganaba una firmeza inusitada—. No encaja. La estructura que defendéis es una fachada.

Élida cerró los ojos un instante. Su linaje era una herencia de arquitectos que habían diseñado las fallas originales, los cimientos ocultos de la corrupción del Cómputo. Ella conocía el funcionamiento de la autodefensa recursiva —el proceso mediante el cual el sistema detecta sus propias contradicciones y las encubre automáticamente— porque corría por sus venas, casi como un instinto. Sabía que, al ser ella misma una arquitecta de esa realidad, su única salida no era la obediencia, sino el caos. Debía ignorar la normativa, abandonar el lenguaje formal que le exigía la rectora y hablar desde el hueco, desde el vacío que el sistema no podía medir.

La joven observó la postura de Vilaros Quim, su rigidez de jerarquía impuesta. Había una inconsistencia en el registro de la rectora; una vacilación en su tono que revelaba el miedo a lo que Élida estaba a punto de pronunciar. No era solo una cuestión de leyes, era el colapso de una autoridad que se sostenía sobre cimientos de papel.

—Rechazo la validez del Cómputo para definir esta verdad —declaró Élida, cambiando el registro hacia el vernáculo local, esa lengua de la calle que tanto detestaba el tribunal—. Vosotros creéis que el lenguaje es un muro, pero no es más que una membrana. Si el enunciado no cabe en vuestro grafo, no es porque sea falso, sino porque es más grande que vuestra cuadrícula. La evidencia no necesita vuestro sello para ser real.

Un murmullo recorrió los asientos de los jueces. Algunos funcionarios, acostumbrados a la sintaxis limpia y estéril de la Academia, se removieron en sus sillas, visiblemente incómodos al escuchar términos que no pertenecían a los archivos oficiales. El impacto fue inmediato. Al utilizar el vernáculo, Élida había roto la lógica del

juicio; los jueces ya no podían auditar sus palabras, pues el lenguaje que ella empleaba carecía de los metadatos necesarios para su rastreo.

La rectora Vilaros Quim se tensó, sus manos apretando el borde de su uniforme con una fuerza mecánica. Sus ojos, analíticos y fríos, buscaban desesperadamente una falla técnica en la gramática de Élida, pero no había nada que corregir. La joven estaba operando fuera del mapa de la Academia. Era una situación que desafiaba la geometría del control; el orden que la rectora intentaba mantener se desintegraba ante la posibilidad de un lenguaje que no se podía medir.

—Es una provocación inadmisibile —dijo Vilaros Quim, aunque su voz sonó por primera vez desprovista de su autoridad habitual—. La ejecución de cualquier enunciado requiere de una validación previa. Vuestra conducta es una desviación de los protocolos establecidos.

Élida sonrió, un gesto cansado pero triunfal. Había encontrado la forma de demostrar que su investigación, ese mensaje prohibido, poseía una legitimidad que no requería de la aprobación del sistema. En el silencio que siguió, el parpadeo de las luces se detuvo, dejando la sala sumida en una penumbra artificial. El tribunal, atrapado entre la necesidad de mantener el orden y la imposibilidad de auditar la verdad de Élida, quedó en suspenso. La joven comprendió entonces que la verdadera resistencia no residía en la lucha, sino en la capacidad de hablar un lenguaje que la institución no podía comprender, ni mucho menos condenar. La Academia de Lasitra, ese bastión de datos infinitos, comenzaba, por fin, a mostrar sus primeras grietas.

* * *

El zumbido de los servidores en el núcleo de la Academia de La-sitra había pasado de ser un murmullo constante a convertirse en una nota metálica aguda, una vibración que parecía erizar la vello-sidad de los brazos de Élida. La luz blanca cenital de la sala de audien-cias parpadeó dos veces, un síntoma físico del estrés al que los pro-cesadores estaban siendo sometidos tras la saturación de los nodos. A su alrededor, el aire olía a ozono y a ese desinfectante sintético que marcaba cada rincón de la institución. Élida se frotó la nuca; un tic nervioso, un leve hormigueo en el cuero cabelludo que no lograba ignorar, mientras mantenía la vista fija en la consola central. El grafo evidencial —el mapa lógico que vinculaba cada enunciado con su origen y validez— brillaba en las pantallas con un tono rojizo, señal de que los datos estaban siendo forzados más allá de su capacidad nominal.

Vilaros Quim no perdió un segundo. Se movió con una celeridad castrense, interponiéndose entre Élida y la interfaz de entrada. Su cuerpo, erguido y tenso, bloqueaba cualquier acceso posible. La rectora apoyó las manos en el metal frío del escritorio, sus dedos largos y huesudos apretando la superficie con una firmeza que reve-laba el control férreo que intentaba ejercer sobre su propio miedo. A sus espaldas, los indicadores de saturación subían como una marea incontrolable.

—Apártate, Élida. Es una cuestión de disciplina. No es negociable —dijo Vilaros Quim, su voz cortante como el filo de una hoja de acero, articulada con una precisión que pretendía borrar la humanidad de su interlocutora.

Élida dio un paso atrás, sintiendo cómo su calzado chirriaba contra el suelo pulido. Observó a su mentora y notó el brillo de una gota de sudor en su sien, una pequeña fisura en la fachada impoluta de la rectora.

—Tú sabes perfectamente que todo el andamiaje operativo ha colapsado —respondió Élida, intentando que su voz no temblara—. El problema aquí no radica en la jerarquía. Es un fallo de integridad. El grafo evidencial ya no es capaz de procesar la realidad.

—Tus palabras no alterarán el Cómputo en su esencia jerárquica —replicó Quim, inclinándose hacia delante para invadir su espacio personal—. El Cómputo es la lengua que sostiene este enclave, y cualquier desviación de su norma es una amenaza. Debes cesar esta intervención de inmediato. Tu comportamiento es una falta grave de obediencia.

—No es una falta —insistió Élida, sintiendo una punzada de hambre que le recordó su propia fragilidad biológica, un detalle mundano en medio de aquel conflicto abstracto—. Es la única verdad que queda. El Cuarto Idioma —la construcción lingüística que comunicaba verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo— está filtrándose por las grietas que vosotros mismos ignoráis.

Vilaros Quim negó con la cabeza, un movimiento rígido que apenas descompuso su peinado. La rectora era una mujer forjada en la balística de las leyes y la geometría de las jerarquías, incapaz de entender cómo un lenguaje que no se podía auditar estaba ganando terreno.

—El Cuarto Idioma es una alucinación técnica —sentenció Vilaros Quim—. Una interferencia que debe ser purgada. Mi labor es la ejecución de los protocolos para restaurar la estabilidad. Si continúas, serás expulsada de la Academia.

Élida no respondió. En su lugar, centró su atención en los monitores. El gráfico de carga mostraba una línea horizontal, plana, indicando que el sistema ya no tenía capacidad para procesar una auditoría externa; la sobrecarga había convertido al Cómputo en un recipiente incapaz de contener más datos. Era el momento. Sin pedir permiso, Élida extendió la mano y, con un movimiento rápido, sobrepuso una secuencia de comandos no autorizada sobre el flujo de datos principal.

La sala se llenó de un sonido sibilante. Era el Cuarto Idioma. Vilaros Quim intentó alcanzar la consola, pero la pantalla se bloqueó, mostrando una serie de caracteres que el sistema intentaba, infructuosamente, indexar.

El rostro de la rectora se desencajó. Observó cómo su propia autoridad se disolvía en la pantalla, cómo el testimonio de Élida —el relato final sobre el origen de la corrupción, sobre el linaje de los Norás y las verdades que el Cómputo no podía nombrar— se grababa profundamente, inyectándose en el flujo de datos como una marca de agua inamovible.

—Lo has hecho —murmuró Vilaros Quim, con la voz apagada por una derrota que no podía nombrar—. Has integrado un enunciado que no tiene metadatos. Has roto el sistema.

Élida respiró profundamente, sintiendo la tensión abandonar sus hombros. La victoria era amarga, una pequeña perturbación en la inmensa maquinaria de Lasitra. Miró a la rectora, cuya postura se

había desplomado ligeramente, perdiendo esa rigidez que siempre la caracterizaba. Por primera vez, Quim no era más que una anciana ante una máquina que ya no le obedecía.

—No es que haya fallado, Rectora —dijo Élida, mientras el zumbido de las máquinas comenzaba a descender de tono—. Simplemente, ha empezado a registrar algo que antes se negaba a reconocer. El Cómputo ya tiene mi testimonio. Ahora ya no hay vuelta atrás.

La rectora Vilaros Quim miró las pantallas con una mezcla de horror y fascinación técnica. Entendió, en ese preciso instante, que el legado de la Academia estaba comprometido. El testimonio de Élida no era una opinión, ni un sentimiento, sino una estructura lógica que, una vez instalada en el núcleo, se autopropagaba, convirtiéndose en parte integrante de la historia que el Cómputo escribiría a partir de ese día.

La luz cenital recuperó su intensidad normal, pero la atmósfera en la sala se sentía diferente, más pesada, como si el lenguaje mismo hubiera cobrado un peso real, una densidad que el metal del escritorio y el hormigón de las paredes no podían ocultar. Élida se dio la vuelta, sintiendo el frío del aire acondicionado en la nuca. Abandonó la consola, dejando a Vilaros Quim frente a un sistema que empezaba, finalmente, a decir la verdad.

CAPÍTULO 34

Sentencia de Exilio Interno

El aire en la cámara de la Academia de Lasitra se sentía denso, un frío estéril que se pegaba a la piel como una lámina de hielo. Élida Norás observaba el parpadeo errático de los terminales bloqueados; el olor a ozono, acre y metálico, le provocaba una ligera náusea. A su lado, un pequeño botón de su chaqueta se había soltado, dejando un hilo suelto que se enredaba en su dedo mientras intentaba mantener la calma. El silencio era total, solo roto por el zumbido eléctrico de los servidores que intentaban, sin éxito, procesar el grafo evidencial —el mapa lógico que conectaba cada dato con su origen— del último informe.

Élida se miró las manos. Sus dedos estaban rígidos, marcados por la tensión de las últimas horas. Conocía el peso de su linaje; el nombre Norás figuraba en los archivos como el arquitecto original de la corrupción del Cómputo, ese sistema de lenguaje sintético diseñado para eliminar la mentira mediante una trazabilidad absoluta. Cada vez que observaba las celdas de datos, veía la huella de sus antepasados, un error deliberado incrustado en el núcleo del sistema. La parálisis actual, que mantenía a la institución en un estado de letargo, no era una falla accidental, sino una herencia que ella cargaba con un cansancio físico, casi palpable, en la base de su cráneo.

Recordaba con claridad el momento en que la transmisión del enunciado forzó el colapso de los nodos de control en los doce enclaves. Había sido un efecto dominó, una cascada de señales que saturaron los canales de validación hasta que la red se quedó muda. El Cómputo, diseñado para ser un muro infranqueable contra el engaño, se había convertido en un laberinto sin salida. El pánico se extendió cuando los funcionarios, acostumbrados a la certeza del Cómputo, se dieron cuenta de que el sistema ya no podía verificar la realidad.

La rectora Vilarós Quim se acercó, con sus pasos medidos y su uniforme impoluto. Sus ojos escaneaban la sala con una frialdad que reducía todo a meros datos. Se detuvo ante Élida, manteniendo una distancia prudencial, pero suficiente para que su presencia resultara opresiva.

—Tu conducta al ignorar la norma es, a todas luces, una cuestión de disciplina. No es negociable —dijo Vilarós Quim. Su voz carecía de inflexión, una línea recta que cortaba el aire con la frialdad de un bisturí—. La integridad del sistema depende de una ejecución técnica perfecta, y tú has permitido que la ambigüedad contamine el flujo.

Élida sintió un hormigueo en las piernas, producto de la inmovilidad prolongada. Trató de articular una respuesta, pero la rectora continuó con su tono autoritario.

—El vector de propagación de este error tiene tu firma, Norás. La jerarquía de la Academia no tolera el desorden. Si el Cómputo falla, es porque alguien ha descuidado el rigor necesario. Es una cuestión de disciplina. No es negociable.

La rectora se giró hacia el estrado. El Gran Inquisidor, una figura cuya autoridad emanaba de su posición inamovible en la estructura de la Academia, se puso en pie. El hombre dejó caer un grueso legajo sobre la mesa de metal frío. Élidea contuvo el aliento; su estómago se encogió, una punzada de hambre olvidada que le recordó que no había ingerido alimento en más de dieciocho horas.

—Tras evaluar la evidencia presentada por la rectoría —anunció el Gran Inquisidor, su voz resonando en la cámara vacía—, el tribunal determina que las pruebas de contubernio son insuficientes. Los cargos contra la acusada se desestiman.

El anuncio cayó como una losa. Vilarós Quim tensó la mandíbula, pero no protestó. Élidea sintió un vacío repentino, una falta de gravedad. La desestimación de los cargos no significaba la absolución; significaba que la propia estructura de la Academia estaba empezando a desmoronarse bajo el peso de sus propias contradicciones.

La rectora Vilarós Quim volvió a mirar a Élidea, sus ojos recorriendo su figura con una precisión glacial.

—Has tenido suerte, Norás. Pero el Cómputo no ha terminado su tarea. El error permanece. La desestimación es solo una pausa en la línea de mando. Mantendremos el control del vector hasta que el sistema se purgue a sí mismo.

Élidea no respondió. Observó cómo la rectora se alejaba, su postura rígida como una columna de hierro. Se dio cuenta de que, aunque estaba libre de cargos legales, el vacío institucional era ahora absoluto. Sin la validación del Cómputo.

Caminó hacia la salida, sintiendo el suelo bajo sus pies como una superficie extraña. Cada paso parecía un esfuerzo consciente. En las pantallas de los pasillos, los datos seguían destellando, incapaces de

formar un juicio. El Cuarto Idioma. La traición al sistema, en el fondo, era el único modo de preservar la capacidad de reconocer la realidad.

Afuera, la luz blanca cenital de los pasillos le pareció cegadora. Se detuvo a frotarse los ojos, sintiendo la irritación del desinfectante sintético en sus fosas nasales. El refugio, ese lugar en el desierto donde ochenta personas intentaban reconstruir un mundo fuera del alcance de la Academia, se le antojó una posibilidad lejana, un punto en el mapa que ya no le parecía prohibido. Élidea Norás salió de la sala, dejando atrás el silencio absoluto de los despachos de la Academia, sabiendo que el desajuste del mundo era, en ese momento, su única certeza.

* * *

El aire en la cámara de la Academia de Lasitra se sentía denso, cargado con el olor agrio del ozono que despedían los servidores recalentados. La iluminación cenital, habitualmente blanca y constante, oscilaba ahora con un parpadeo rítmico y débil, una señal de que las líneas de suministro de energía empezaban a ceder bajo el peso de una carga incalculable. En los rincones de la sala, las sombras se alargaban, proyectando siluetas distorsionadas contra los paneles de datos que cubrían las paredes. El silencio no era el sosiego habitual de un espacio de estudio, sino una tensión sorda, la calma previa a un colapso estructural.

Vilaros Quim se encontraba ante el estrado, con los nudillos blancos de tanto apretar el borde de metal frío. Sus dedos, normalmente ágiles y seguros, se movían con una torpeza espasmódica sobre la interfaz táctil. Intentaba insertar secuencias de comandos en el grafo evidencial, la estructura lógica que servía de cimiento

para toda la veracidad dentro de Tarsis-Mediante, pero el sistema rechazaba cada entrada con un pitido seco. La rectora, cuya postura había sido siempre un modelo de equilibrio jerárquico, se inclinaba ahora de forma errática, con los hombros tensos y la frente perlada de sudor, ajena a la incomodidad de la pequeña mota de polvo que se adhería a su solapa, una mancha insignificante en medio de su desplome.

—Vosotros debéis anular esta entrada —exclamó la rectora, su voz resonando con una aridez metálica en el vacío de la cámara—. La integridad del sistema depende de vuestra rectitud. No es negociable.

Élida Norás observaba la escena desde la bancada de los acusados. Sentía el roce áspero de la silla contra su espalda, un detalle banal que le recordaba su propia materialidad en un mundo que intentaba reducirla a una variable lógica. La desesperación de Vilaros Quim no provenía de un error técnico, sino de la comprensión de que su autoridad, construida sobre la manipulación de los registros centrales, perdía su vigencia. La rectora intentaba forzar una ejecución de datos que el sistema ya no reconocía como válida, un intento desesperado por mantener la jerarquía de una institución que se desmoronaba desde sus cimientos.

—No tiene ningún sentido —murmuró Élida para sí misma, sintiendo cómo la realidad se fracturaba ante sus ojos—. No encaja.

Para la joven, la escena era una lección de mecánica institucional. La rectora intentaba aplicar la fuerza bruta sobre un mecanismo que ya no respondía a sus órdenes. Cada intento de Vilaros Quim por imponer su voluntad era una desviación mayor de la norma, una fuga de energía que exponía la fragilidad de su poder. Élida recordaba con claridad el momento en que la transmisión del enunciado saturó los nodos de control de los doce enclaves. Aquello no había

sido solo un fallo técnico, sino la liberación de una verdad que el Cómputo ya no podía contener, una falla sistémica que ahora se manifestaba en la incapacidad de la rectora para controlar este juicio. El juicio era, en última instancia, el eco de aquel evento, la onda expansiva que terminaba de derribar las estructuras que la Academia había defendido durante décadas.

Vilaros Quim volvió a golpear el panel. Sus ojos, fijos en las pantallas que mostraban una cascada incesante de errores rojos, buscaban desesperadamente un vector que le devolviera el control. Sin embargo, su capacidad de mando se evaporaba.

—Sin disciplina no hay misión —insistió Quim, aunque el tono de su voz carecía ya de la autoridad de antaño—. Requiero la validación inmediata del proceso.

Un magistrado se levantó, su figura recortada contra la luz parpadeante. El silencio de la sala se volvió absoluto, un vacío que parecía absorber el sonido de la respiración agitada de la rectora.

—Rectora Vilaros Quim —sentenció el magistrado, su voz desprovista de cualquier matiz de clemencia—, su conducta actual contraviene los estatutos vigentes. La distorsión que usted está forzando en el grafo evidencial ha sido registrada como una interferencia grave en el proceso de auditoría. Es una falta de precisión que no podemos tolerar. Usted debe abandonar su puesto de inmediato.

Vilaros Quim se quedó inmóvil. El metal frío del estrado parecía haberla absorbido, transformando su autoridad en una simple pieza inerte de la arquitectura de la sala. No hubo respuesta, ni siquiera una protesta final que mantuviera la fachada de su rango. El vacío institucional que se abrió tras la orden del magistrado era palpable; se sentía en el ambiente.

Élida vio cómo la rectora se retiraba con pasos rígidos, los hombros caídos bajo el peso de su derrota. El desajuste era total. La estructura que había guiado su vida, la jerarquía que definía quién era y qué podía hacer, había perdido su capacidad de imponerse. Élida se puso en pie, sintiendo el peso de su propio cuerpo y la extrañeza de tener ante sí un horizonte que ya no estaba regido por la vigilancia del Cómputo. Mientras observaba a Vilaros Quim desaparecer por la salida, comprendió que el verdadero juicio no estaba sucediendo en el estrado, sino en el espacio que quedaba atrás, un hueco semántico donde las verdades ya no requerían de una validación externa para existir. La Academia, con su luz cenital y sus teclados rítmicos, se revelaba finalmente como lo que siempre había sido: una construcción frágil, una máquina de precisión que, al fallar, dejaba a sus habitantes ante la cruda realidad del silencio.

* * *

El zumbido eléctrico en la sala del consejo era un pulso constante, una vibración de baja frecuencia que se filtraba por las juntas de los paneles metálicos y se alojaba en los huesos. Era un sonido estéril, desprovisto de cualquier rastro de calidez, que parecía devorar el aire a medida que la luz cenital rebotaba en las superficies pulidas. Élida Norás permanecía inmóvil, con la espalda recta contra el respaldo rígido de la silla. Sentía una punzada persistente en la sien. Sobre la mesa, una mancha de café seco, abandonada por algún funcionario anterior, permanecía como un pequeño recordatorio de la falta de higiene en aquel entorno pretendidamente impecable.

Fijó la mirada en los registros digitales que parpadeaban frente a ella. Los datos fluían con una frialdad matemática, trazando el grafo evidencial que la incriminaba. Élida observó las líneas de código, buscando una fisura, un punto donde la lógica del Cómputo —la lengua sintética que rastreaba cada enunciado para garantizar su veracidad— se hubiera plegado sobre sí misma. Es una inconsistencia, pensó, observando cómo los nodos se entrelazaban en una estructura que, según sus cálculos, debería ser físicamente imposible de sostener. No encaja. La sentencia que se gestaba en el tribunal no era más que un error de cálculo, una desviación necesaria para que el sistema pudiera justificar su propia persistencia frente a la inminente saturación.

La memoria la arrastró al instante exacto de la transmisión del enunciado. Recordaba el calor insoportable en los servidores cuando la sobrecarga de los nodos, forzada por su intervención, había hecho colapsar la red de los doce enclaves. Había sido un acto de ingeniería pura, una reconfiguración forzosa que pretendía liberar el flujo de información del corsé autoritario de la Academia de Lasitra. La Academia, con su pretensión de orden, había intentado contener el desbordamiento, pero la estructura ya estaba comprometida. Aquel juicio no era más que la reacción de un mecanismo de defensa que intentaba purgar lo que consideraba un elemento disfuncional.

El presidente del tribunal, un hombre cuya voz carecía de cualquier modulación emocional, comenzó a articular la sentencia. Diez años de exilio en los archivos del sector sur. Diez años de aislamiento administrativo en una zona muerta de la red, donde la única interacción permitida sería la gestión de registros obsoletos. Élida endureció su postura, enterrando las uñas en la palma de la mano para evitar que el temblor de sus dedos fuera visible. Se obligó a

mantener la respiración acompasada, imitando el ritmo de una máquina que no siente el peso del desierto ni el miedo al destierro. Debía parecer una pieza más del mobiliario, un componente funcional aceptando su reubicación.

Cuando el presidente finalizó su lectura, un silencio absoluto descendió sobre la sala. No había espacio para la réplica; el protocolo era hermético. Élide se puso en pie con una parsimonia estudiada, sintiendo el metal frío del escritorio bajo sus dedos al recoger su terminal de acceso. Al deslizar el dispositivo en su bolsillo, un destello rojo en la esquina inferior de la pantalla captó su atención. Era un archivo oculto, incrustado en el directorio raíz con privilegios de administrador que ella jamás había autorizado. Su pulso se aceleró, pero su rostro permaneció impassible. La corrupción del Cómputo no era un accidente; era un diseño, un mecanismo de autodefensa recursiva que alguien, desde dentro, había programado para sobrevivir a la caída de la rectora Vilarós Quim.

Caminó hacia la salida con pasos medidos, cada uno de ellos sonando como un golpe seco contra el suelo sintético. Al cruzar el umbral de la Academia, el aire del exterior la golpeó con la brusquedad de lo real. No había luz blanca, solo una claridad cruda que se filtraba por las rendijas de los edificios en ruinas que rodeaban el enclave. Se detuvo un instante. En su terminal, los datos ocultos comenzaban a desplegarse, revelando una arquitectura de información que desafiaba todo lo que creía saber sobre su propio linaje.

Miró hacia el horizonte incierto, hacia el sur, donde el Refugio esperaba a quienes lograban entender que el Cómputo no era la medida última de la realidad. Había una fisura en el sistema, un espacio donde las verdades no necesitaban ser validadas por los nodos de control. Élide apretó el terminal contra su costado, sin-

tiendo la vibración de los datos como una corriente viva que intentaba escapar de la jaula. La arquitectura de su vida se había derrumbado, pero, entre los escombros de su carrera y su prestigio, comenzaba a vislumbrar el engranaje de una verdad mucho más grande, una que exigía ser articulada, aunque el precio fuera el exilio absoluto. Se ajustó el cuello de la chaqueta, sintiendo el roce de la tela contra su piel, y se internó en la penumbra del pasillo exterior, lista para cargar con la evidencia de una traición que apenas comenzaba a comprender.

CAPÍTULO 35

El Escritorio del Archivista

El aire en el ala de archivos de Lasitra poseía una densidad mineral que se adhería a la garganta. Al cruzar el umbral del sector restringido, un zumbido constante, proveniente de la ventilación forzada, se filtró por el conducto auditivo de Élide Norás, recordándole que el silencio en aquel lugar no era una ausencia de sonido, sino una presión atmosférica controlada. El aroma a papel envejecido se mezclaba con un rastro metálico de ozono, una mezcla que le provocaba una sequedad inmediata en la comisura de los labios. Caminó por el pasillo central, cuyas paredes estaban revestidas de estanterías de datos metálicas que se elevaban hacia un techo invisible en la penumbra. Cada paso resonaba con una frialdad matemática sobre el suelo pulido, un eco solitario que parecía medir la distancia exacta entre su libertad previa y este nuevo estado de reclusión.

La celda asignada, el habitáculo donde pasaría las horas de auditoría forzosa, era una estructura cúbica de hormigón reforzado. Carecía de ventanas o de cualquier elemento decorativo que sugiriera una intención humana. Al entrar, notó cómo la luz cenital se encendía con una cadencia retardada, revelando una mesa de trabajo soldada al suelo y una silla de respaldo rígido. No había nada fuera de lugar, ni un rastro de polvo sobre la superficie metálica, ni una arista mal perfilada. La ausencia de fricción en la disposición del mobiliario era, en sí misma, una herramienta de opresión. Élide

se detuvo en el centro del cubo, sintiendo cómo el hambre, un vacío punzante en el estómago tras la jornada de traslado, intentaba desviar su atención de la tarea inmediata. Ignoró la sensación. La rigidez de las paredes, dispuestas en ángulos de noventa grados exactos, funcionaba como un bastidor diseñado para contener cualquier intento de pensamiento divergente.

Se acercó a la terminal, cuyo monitor permanecía en blanco, esperando una entrada de datos que ella todavía no estaba dispuesta a introducir. Su mente regresó, con la velocidad de un pulso eléctrico, a la saturación lógica que había provocado al transmitir aquel mensaje a través de los nodos de control de los doce enclaves. Recordó la arquitectura del grafo evidencial —el mapa de las conexiones lógicas que otorgaban veracidad a los enunciados del Cómputo— colapsando bajo el peso de su propia redundancia. Aquella secuencia de datos no era una simple comunicación; era una grieta en la estructura de la realidad compartida. Miró la pantalla, esperando ver el rastro de su error, pero la interfaz permanecía inerte. Es una inconsistencia, murmuró para sus adentros, sintiendo el roce de una fibra suelta en el cuello de su uniforme, una pequeña molestia que se negaba a ajustar.

La distribución espacial de la celda era una pieza de ingeniería dirigida a anular la capacidad de proyección mental. La disposición de los ejes de carga, la altura del techo y la ubicación de los conductos de ventilación formaban un sistema de contención donde la autonomía individual quedaba reducida a una variable despreciable. La geometría del espacio no era neutral; era un mecanismo que obligaba a la mente a plegarse sobre sí misma, a buscar refugio en la repetición y el seguimiento de protocolos establecidos. Si la Academia de Lasitra buscaba quebrantar su resolución, lo estaba haciendo

mediante la aplicación de principios de arquitectura hostil. Observó cómo la luz, carente de cualquier centelleo, incidía sobre la mesa de trabajo sin generar sombras, un diseño calculado para eliminar la profundidad visual y, por ende, la distracción estética.

Élida sacó de su bolsa de suministros un pequeño lector de datos y un estuche de escritura. Colocó ambos objetos sobre la superficie metálica con una precisión quirúrgica, alineándolos perfectamente con el borde de la mesa, como si fueran los componentes críticos de un motor en revisión. Sus dedos, levemente entumecidos por el frío del ambiente, se movían con la soltura de quien ha pasado años trabajando bajo la supervisión constante de las Contadoras. Cada gesto estaba depurado, carente de adornos, siguiendo la lógica funcional de su entrenamiento. Sabía que cualquier desvío en su rutina, cualquier improvisación, sería interpretado como una señal de inestabilidad emocional por los supervisores que, seguramente, observaban su actividad desde algún nodo remoto.

Mientras organizaba sus pertenencias, una idea persistente le recorrió el pensamiento. La estructura de la Academia no era, en última instancia, tan rígida como pretendía parecer. Si los archivos contenían, como ella sospechaba, las claves para entender la recursividad que su propia estirpe había ayudado a cimentar, entonces este aislamiento no era más que un falso confinamiento. El error, aquel fallo en el sistema que ella misma había alimentado, debía tener una salida. No encaja, pensó, examinando la unión entre la pared y el suelo, donde la soldadura parecía haber cedido apenas un milímetro, una anomalía estructural que ningún censor del Cómputo habría considerado relevante. Esa pequeña brecha se convirtió en su punto de apoyo, el único elemento dentro del cubo que no estaba sometido a la lógica de la Academia.

Se sentó en la silla, sintiendo la dureza del metal contra sus muslos. El hambre persistía, una señal biológica que le recordaba su propia finitud, pero su atención estaba ya completamente volcada en el terminal. Debía comenzar la auditoría de los registros de Ohun, analizando las inconsistencias lógicas que, según las directrices, ella debía corregir. Sin embargo, su intención era otra. Utilizaría el protocolo de acceso para penetrar en los estratos inferiores del grafo evidencial, buscando las huellas de su linaje entre las líneas de código que sustentaban el enclave. Si el sistema poseía un mecanismo de autodefensa, tendría que ser más rápida que su lógica, operando en los márgenes donde la sintaxis del Cómputo se volvía borrosa.

El zumbido de la ventilación cambió de tono, un leve incremento en la frecuencia que le hizo apretar la mandíbula. Fue un cambio sutil, casi imperceptible, pero para alguien entrenado en el análisis de datos, resultó evidente. Era el sistema reajustándose a su presencia, cerrando los puertos de acceso tras ella. Élidea no se inmutó. Sus manos comenzaron a teclear, introduciendo secuencias de validación que, en apariencia, cumplían con los estándares de la Academia, pero que en realidad funcionaban como una llave maestra diseñada para sortear las protecciones perimetrales. Cada comando era una pieza de un engranaje mucho mayor, una maquinaria oculta que ella estaba empezando a ensamblar en medio de su propio exilio.

La frialdad del aire le provocó un escalofrío que recorrió su espalda, pero mantuvo la mirada fija en el monitor. El exilio no era una derrota, sino una relocalización estratégica. En el corazón de los archivos de Lasitra, rodeada por el peso inmenso de la información acumulada, ella tenía acceso a la única fuente de verdad que quedaba en el mundo. Si el sistema quería mantenerla aislada, ella utiliza-

ría ese aislamiento para trabajar sin interrupciones. La opresión del entorno era, a fin de cuentas, solo un contexto, un parámetro más dentro de la ecuación que estaba decidida a resolver. Sin permitirse una sola duda, Élidea Norás comenzó a vaciar los registros, preparando el camino para la siguiente fase de su resistencia, allí donde el peso del lenguaje se transformaba en el único arma capaz de fracturar la inercia del mundo.

* * *

La iluminación sintética del ala de archivos de Lasitra se filtraba a través de los emisores cenitales con una frialdad calculada, proyectando sombras alargadas que se estiraban sobre el suelo de polímero como dedos esqueléticos. El espacio estaba diseñado para la privación sensorial; cada ángulo estaba biselado para evitar la acumulación de polvo o de pensamientos ajenos a la eficiencia. El zumbido de la ventilación era el único compañero audible, una nota constante que marcaba el pulso de un sistema cerrado. Élidea recorrió con la mirada la uniformidad de las paredes, buscando un punto de apoyo, pero la arquitectura del enclave se resistía a cualquier personalización. El ambiente, cargado con el olor a tinta y papel envejecido que se filtraba de los depósitos sellados, resultaba aséptico, casi estéril.

Se acercó a uno de los paneles de carga, deslizando los dedos sobre la superficie metálica. La textura era gélida, un recordatorio de que la materia, al igual que los datos del Cómputo, estaba sujeta a protocolos de rigidez. Evaluó la integridad de los anclajes con la misma precisión con la que analizaba un grafo evidencial. Sus manos, ágiles por años de entrenamiento técnico, detectaron una ligera vibración en la placa de servicio, una frecuencia que no debería

existir en un sector considerado inerte. No encaja. La insistencia de aquel pensamiento le martilleaba la sien mientras sentía un molesto picor en la yema de los dedos, producto del roce constante con el metal cargado de electricidad estática.

El silencio del ala de archivos no era vacío; era una presión constante contra sus tímpanos. Mientras examinaba el sector, Élica comprendió que su propia presencia constituía una anomalía que el sistema aún no había logrado procesar o expulsar. Se encontraba en un punto muerto, una coordenada existencial que carecía de soporte lógico. Se detuvo ante una de las columnas de soporte y, con un movimiento firme, presionó la junta de la placa de servicio. La aleación cedió con un chasquido mecánico, revelando un espacio hueco que no figuraba en los planos oficiales.

Tras retirar el panel metálico, sus ojos se toparon con algo que no pertenecía a la estética funcional de Lasitra: un escritorio de madera maciza, incrustado en el armazón de acero como un cuerpo extraño. La madera, cálida y vetada, conservaba una textura orgánica que contrastaba violentamente con el entorno artificial. Era un hallazgo que desafiaba cualquier lógica de almacenamiento. Al pasar la mano por la superficie, sintió el rastro de una mano anterior, una huella que no era de código, sino de carpintería y memoria.

El recuerdo de su padre, Andreu Norás, la golpeó con la fuerza de un trauma latente. Él había sido el arquitecto encargado de las estructuras de soporte antes de que la corrupción del sistema lo devorara. Aquella veta de madera, oscura y profunda, era una firma silenciosa que reconocía al instante. Élica se dejó caer sobre la silla oculta tras el escritorio; la madera crujió bajo su peso, un sonido doméstico que se sintió como una interrupción en el ritmo frenético

de la Academia. Se le secó la garganta, y por un momento, el hambre que había ignorado durante horas se manifestó en un retortijón agudo en el estómago.

Esta era la base, la estructura oculta que el sistema intentó purgar. La labor de su padre como arquitecto de la corrupción no fue un error, sino una precursora de su propia misión. Ella no estaba allí por accidente; estaba en el lugar donde el lenguaje, al ser forzado a través de la recursividad, había comenzado a fracturarse. Mientras observaba el escritorio, comprendió que cada rasguño en la madera era una línea de código no escrita, un canal por el cual el conocimiento se transmitía sin pasar por los nodos de control de los doce enclaves.

Miró sus propias manos sobre la madera vieja, observando cómo la calidez del material intentaba mitigar la gelidez de sus dedos. El contraste era absoluto, una confrontación física entre la historia y el presente. Ella era la heredera de ese desajuste, la pieza que el sistema no pudo limar hasta convertirla en polvo. Sabía que cada segundo que pasaba en aquella celda, analizando los registros que su padre había ocultado, la alejaba más de la ortodoxia de la Academia. No era una traición, se dijo, sino una rectificación de un sistema que había olvidado su propio fundamento.

La luz de la pantalla de su terminal, que había llevado consigo, iluminó tenuemente el escritorio. El brillo azulado le devolvió el rostro cansado, pero con una determinación que no estaba dispuesta a sacrificar. Si el Cómputo era la ley, ella sería el paréntesis que permitía que la verdad se filtrara entre las líneas. Se inclinó sobre el escritorio, sintiendo el aroma a papel envejecido impregnar sus ropas, y comenzó a teclear. Necesitaba identificar los nodos donde el flujo de información se volvía errático, buscando esa fisura por la

cual el Cuarto Idioma —esa construcción lingüística que comunicaba verdades emocionales a través de los huecos semánticos del Cómputo— pudiera emerger.

El zumbido de la ventilación se intensificó, un cambio de frecuencia que le indicó que la Academia estaba escaneando nuevamente el sector. Élide no se inmutó. Sus dedos se movían con una cadencia hipnótica, insertando comandos que replicaban la arquitectura de su linaje. Aquella madera, ese objeto fuera de lugar, era el soporte físico de su resistencia. El dolor que le provocaba el recuerdo de su padre se transformó en una herramienta analítica; cada vez que el peso de la nostalgia amenazaba con paralizarla, se concentraba en la textura de la mesa. Era su ancla en un mundo que se estaba deshaciendo en bytes y metadatos.

Si los doce enclaves estaban saturados por la transmisión del enunciado que colapsaba sus protocolos, ella utilizaría este tiempo muerto para mapear la corrupción desde dentro. El escritorio no era solo un mueble; era el centro de mando de una resistencia que el Cómputo aún intentaba clasificar como error. Élide Norás cerró los ojos un instante, inhalando el aire viciado pero familiar del archivo, y decidió que, antes de que terminara su turno, encontraría la llave maestra que permitiría a la verdad salir de su escondite. El sistema le había dado una celda, pero ella había encontrado un laboratorio, y en el silencio de la noche, su trabajo apenas estaba comenzando.

* * *

El vaho proveniente de la ventilación se condensaba en el aire estancado del Ala de archivos de Lasitra, filtrando una luz mortecina sobre la superficie de la mesa. Aquel haz, pálido y gélido, realizaba el grano profundo de la madera antigua, una veta caprichosa que se

extendía como un plano topográfico sobre el suelo industrial de polímero gris. La mesa era un anacronismo dentro de la estructura aséptica del recinto; su calidez táctil, rugosa bajo las yemas de los dedos, contrastaba de forma agresiva con la frialdad metálica de los terminales que la rodeaban. Élida Norás observó el vaho disiparse, sintiendo cómo el leve zumbido de la ventilación se instalaba en sus sienes como un pulso mecánico. La estancia olía a tinta seca y a papel que, en su desintegración, liberaba un aroma acre, casi metálico. El silencio era total, interrumpido únicamente por el roce de su uniforme contra el borde de la mesa.

Con una precisión aprendida tras años de disciplina en la Academia de Lasitra, Élida comenzó a depositar sus herramientas de cálculo. Sus dedos, aún gélidos por el aire que bajaba de los conductos superiores, se movían con una meticulosidad deliberada. Colocó el estilete de datos a la derecha, alineado milimétricamente con el borde, y luego el escáner de frecuencia, ajustando la base hasta que el clic de enganche resonó en el vacío de la sala. Cada gesto era un intento de silenciar el temblor involuntario que le recorría las falanges; sus manos, acostumbradas a la gestión de datos abstractos, se negaban a procesar el peso físico de su nueva realidad. El protocolo exigía orden, y ella se obligaba a cumplirlo, ejecutando cada acción con la rigidez de un engranaje recién engrasado, tratando de ignorar que su pulso era una traición a su propia calma analítica.

La pantalla de su terminal se iluminó, proyectando un reflejo azulado sobre su rostro. Los campos de credenciales aparecían vacíos, desprovistos de las autorizaciones de alto nivel que antes definían su acceso a los registros centrales. Élida contempló aquel vacío con la mirada fija, sin parpadear. El sistema, en su lógica implacable, había purgado sus privilegios, pero había dejado, extra-

ñamente, una estela de metadatos en su perfil. Murmuró para sí misma, con la voz plana, despojada de cualquier emoción innecesaria: «Es una inconsistencia que me hayan dejado rastro alguno en este sector». El Cuarto Idioma, esa lengua de sombras y huecos, palpataba en el fondo de sus pensamientos, sugiriendo que aquel residuo no era un error, sino una invitación a observar el vacío que ella misma estaba ocupando.

El recuerdo del colapso de los nodos se presentó con una nitidez dolorosa. Recordó el momento exacto en que la transmisión del enunciado, aquel flujo de información que había saturado los nodos de control de los doce enclaves, provocó que el Cómputo —la lengua sintética formal con metadatos de validación— comenzara a tambalearse. Había visto cómo los servidores perdían su coherencia, cómo las luces de los centros de procesamiento parpadeaban en una secuencia caótica antes de apagarse. Aquel evento había marcado el fin definitivo de su estatus en la Academia; ya no era la protegida de la rectora Quim, sino una pieza desplazada en un mecanismo que empezaba a mostrar su propia obsolescencia. La arquitectura de su linaje le exigía una respuesta. La transmisión había dejado una brecha, una fisura en el grafo evidencial —el mapa de las conexiones lógicas que sustentaban toda comunicación— por la cual se filtraba el miedo, un miedo que ella etiquetaba como un simple desajuste en el flujo de trabajo.

Sus dedos, al buscar apoyo sobre el borde de la mesa, encontraron la ranura del cajón central. Élidea tiró de él con una lentitud impropia de su ansiedad. El mecanismo, bloqueado por el óxido y el polvo de los años, cedió con un chasquido metálico. Dentro, en un compartimento oculto por una falsa base, localizó un sello de acceso familiar. Sus dedos rozaron el relieve del metal, un símbolo que

conocía bien, cuya presencia confirmaba la herencia que ahora le tocaba gestionar en este exilio forzado. No era una simple reliquia, sino una herramienta técnica, un dispositivo de acceso que su padre había ocultado entre los pliegues de la historia institucional. Al sostenerlo, sintió una descarga de adrenalina que le devolvió la claridad; el sello encajaba perfectamente con la muesca de su terminal, una pieza que completaba el circuito. La herencia no era una carga, sino una llave. Élidea Norás cerró el cajón con un movimiento firme, aceptando finalmente que el archivo ya no era un lugar de trabajo, sino el centro de operaciones desde el cual empezaría a dismantelar lo que el Cómputo se empeñaba en ocultar. No había vuelta atrás; el desajuste era su nueva brújula.

Cartas desde el Pacífico

El silencio en el ala de archivos de la Academia de Lasitra no era absoluto; era una presencia física, pesada, que se filtraba por las estanterías de datos como un gas inerte. Apenas se escuchaba el zumbido constante de los ventiladores de los servidores. Aquel lenguaje sintético, diseñado con capas de metadatos para verificar la procedencia y la veracidad de cada enunciado, parecía cobrar vida propia en el parpadeo rítmico de los testigos luminosos. Élide Norás movió su silla, sintiendo un leve tirón en la espalda tras horas de sedentarismo forzado. El aire estaba saturado del olor a tinta seca y papel envejecido, un aroma que le resultaba familiar y, a la vez, cada vez más ajeno.

Se concentró en los terminales. Sus dedos, ágiles sobre la interfaz, escaneaban los legajos físicos con una minuciosidad clínica. Buscaba anomalías en el grafo evidencial, ese mapa complejo de relaciones que vinculaba cada idea con su fuente primaria, asegurándose de que ningún dato quedara huérfano. Para los colegas que la observaban desde la distancia, aquel era un ejercicio de mantenimiento rutinario, pero ella sabía que el sistema ocultaba una patología interna. La rectora Quim había estado limpiando los rastros, pero las grietas en el sistema eran como una viga de acero que se fatiga bajo una presión incesante; tarde o temprano, la estructura cedería.

Al desplazar un legajo de la sección de exilios, algo ocurrió. Un sobre, oculto entre dos carpetas de cuero sintético, se deslizó y cayó sobre la madera del escritorio con un sonido seco, impropio de la pulcritud del archivo. Élide se detuvo en seco. Aquel objeto estaba fuera de su ubicación lógica, una interrupción en el orden que ella misma había ayudado a sostener. Recordó entonces la tarde en que la transmisión del enunciado saturó los nodos de control de los doce enclaves; el caos había sido tal que la información física se dispersó como escombros tras una onda expansiva. La frialdad de la pantalla, con sus datos validados y su lógica implacable, contrastaba con la textura rugosa y orgánica del sobre que reposaba ahora bajo su mano. Aquel papel, a diferencia de los registros digitales, poseía una calidez que le resultaba insoportablemente real.

Observó la caligrafía irregular del remitente, alguien que conocía demasiado bien. Es una inconsistencia, pensó, mientras el peso de la duda se le instalaba en la boca del estómago como un metal frío. Esto no encaja con los protocolos de archivo de Lasitra. La letra, descuidada y urgente, parecía desafiar la precisión geométrica del entorno. Sus dedos rozaron el sello, un relieve desgastado que no pertenecía a ninguna institución oficial. Sentía un picor persistente en la palma de la mano, un rastro de polvo acumulado que le recordaba lo poco que se movía, lo mucho que se podría.

—Vosotros creéis que el Cómputo es el límite —susurró para sí misma, con una voz apenas audible que se perdió entre las sombras de las estanterías—, pero siempre hay una falla.

Al abrir el pliego, encontró un mensaje escrito en una caligrafía que se retorció sobre sí misma. Las frases no seguían la estructura lógica del Cómputo, sino que se organizaban en una cadencia extraña, una superposición de significados que recordaba peligrosamente

al Cuarto Idioma, esa construcción lingüística no traducible destinada a transmitir verdades emocionales donde el sistema fallaba. Era un mapa de intenciones, una serie de vectores que apuntaban hacia el Refugio, el asentamiento oculto en el desierto donde ochenta almas intentaban sobrevivir al margen de la vigilancia de la Academia.

En el interior, Cassen Mau no citaba datos, ni índices de veracidad, ni grafos evidenciales. Escribía sobre el vacío entre las palabras, sobre el silencio que quedaba cuando un enunciado se despojaba de su metadato y quedaba desnudo. Había una referencia explícita a la recursividad, un mecanismo de autodefensa que la corrupción del sistema había desarrollado para protegerse de sus propios creadores. Élide sintió un escalofrío. Si la carta llegaba a ser detectada, el sistema la interpretaría como una amenaza de nivel crítico; los servidores, con su lógica recursiva, activarían un proceso de purga que borraría no solo el papel, sino también a cualquiera que lo hubiera sostenido.

El mensaje era una invitación, una fisura en el muro de su realidad cotidiana. Cassen le pedía que reconociera el legado de su familia, que aceptara que el archivo que ella custodiaba no era una biblioteca de hechos, sino un cementerio de verdades enterradas bajo capas de sintaxis. La melancolía la invadió; el recuerdo de su mentoría con la rectora Quim se convirtió en una carga insostenible. Quim, que le enseñó a medir la exactitud, era ahora la guardiana de lo que ella más temía: el silencio forzado.

Élide miró a su alrededor. Las estanterías, alineadas con precisión milimétrica, parecían ahora los barrotes de una celda. Cada libro, cada legajo, cada entrada en el Cómputo era una pieza de un mecanismo que ella ya no quería accionar. Sintió hambre, una pun-

zada en la boca del estómago, recordándole que su cuerpo seguía necesitando sustento mientras su mente se perdía en las abstracciones de una guerra silenciosa. El zumbido de la ventilación cambió de tono, un chirrido metálico que la devolvió a la realidad.

Cerró la carta, ocultándola bajo su túnica. El papel se sentía como una brasa ardiente contra su piel. Ya no era solo una archivista; se había convertido en una pieza suelta, un elemento fuera de la estructura que el sistema, tarde o temprano, detectaría. La desviación era total. No había marcha atrás en el reconocimiento de esa verdad que el Cómputo intentaba borrar. Élida se puso en pie, sus rodillas crujieron por el esfuerzo, y caminó hacia la salida, sintiendo el eco de sus pasos como un aviso que resonaba en la inmensidad del archivo. El Cómputo seguiría, sí, pero ya no era el único lenguaje que ella comprendía; el Cuarto Idioma empezaba a brotar en su conciencia, una frecuencia que no podía ser auditada, un pulso que latía con la misma fuerza que su propio corazón. Abandonó la sala, sabiendo que el archivo ya no era su refugio, sino la prueba de su inminente caída.

* * *

Los indicadores de estado de los servidores parpadeaban con un ritmo errático, bañando el Ala de archivos de Lasitra en un tono azulado que acentuaba la frialdad de las hileras metálicas. Élida observó la luz: un pulso gélido que recorría las paredes como una corriente de datos sin procesar. El zumbido de la ventilación, habitualmente una constante monótona, se volvía ahora un chirrido agudo que le provocaba una ligera tensión en las sienes. Se frotó los ojos, sintiendo el grano de la arena del sueño acumulada tras horas de sedentarismo forzado. El aire de la estancia olía a papel envejeci-

do y al ozono que desprendían los procesadores, una combinación que siempre la había reconfortado, pero que esta vez le resultaba asfixiante, como un marco estructural demasiado estrecho para las manos que intentaban sostener el pliego de Cassen.

Desplegó el papel bajo la luz focalizada de su escritorio. La textura era áspera, distinta al soporte digital con el que solía trabajar, y ese detalle le provocó un picor molesto en la yema de los dedos. La propuesta de Cassen era una pieza de arquitectura lógica que desafiaba cualquier norma de la Academia de Lasitra. Élide examinó las líneas, sintiendo cómo su pensamiento técnico, forjado en años de rigor, chocaba violentamente contra la naturaleza subversiva de las coordenadas. Si aceptaba estas instrucciones, su trayectoria profesional colapsaría al igual que un puente con los pilares debilitados. Buscó en su memoria algún antecedente, pero cada intento de comparación se le cerraba con la misma contundencia: la oferta no seguía los protocolos de validación habituales, y esa era su mayor fortaleza.

La memoria de la transmisión del enunciado le golpeó con la pesadez de una auditoría pendiente. Recordaba cómo los nodos de control de los doce enclaves habían crujido bajo el peso de una información que no estaba codificada para el Cómputo. Aquel momento fue el inicio de un colapso sistémico. Mientras los servidores intentaban procesar la saturación, ella había sentido el miedo como una contracción en el diafragma, un espasmo físico que no figuraba en ningún manual de la Academia. No era un descubrimiento lo que la perseguía, sino la carga de haber sido testigo de la vulnerabilidad de la estructura. Cada vez que intentaba cerrar los ojos, revivía el

parpadeo de las pantallas de mando, la caída en cascada de los permisos y la sensación de que el lenguaje, su herramienta, se estaba fragmentando en mil pedazos irreconciliables.

Se inclinó sobre la pantalla, sus dedos moviéndose con la precisión de un operario que ajusta un engranaje. Comparó las coordenadas del pliego con el grafo evidencial —el mapa de datos que verificaba la veracidad de los hechos mediante la trazabilidad de sus autores—, buscando cualquier rastro de autoría. El sistema mostró una serie de anomalías; los metadatos estaban limpios, demasiado limpios para ser reales. Era un vacío, un hueco semántico donde debería haber una firma. Mientras el puntero recorría las rutas, Élida se topó con una nota al margen en un registro de acceso restringido, un documento que la rectora Quim debería haber purgado hace años. Allí, bajo el sello de los primeros arquitectos, aparecía su propio apellido.

La revelación era un impacto directo contra su identidad. Su linaje no solo había sido parte de la Academia, sino que había introducido la semilla de la corrupción que hoy amenazaba con deshacer la integridad del Cómputo. La Academia había intentado borrar ese origen, limando las asperezas de la historia hasta dejar una superficie engañosamente lisa. Élida se quedó inmóvil, sintiendo un sudor frío bajarle por la espalda mientras comprendía que su formación, su trabajo y su propia lealtad habían sido construidos sobre una base viciada. Aquella nota era una pieza clave, un componente que obligaba a reevaluar cada uno de sus pasos anteriores. No era solo una cuestión técnica; era la constatación de que su existencia estaba intrínsecamente ligada a la anomalía que juró vigilar.

Intentó normalizar su respiración, pero la boca le sabía a metal y sequedad. Es una inconsistencia, murmuró para sí misma, con la voz apenas audible en el silencio sepulcral de la sala. La oferta de Cassen era, a todas luces, un camino hacia el abismo. Si el Cuarto Idioma —la forma de comunicación no traducible que esquivaba la auditoría sistémica mediante huecos semánticos— era la única respuesta a la corrupción, entonces el Cómputo ya no era una herramienta de verdad, sino una jaula. Cerró el pliego, sintiendo el crujido del papel como un sonido definitivo. La propuesta era demasiado peligrosa, una desviación inaceptable de cualquier estándar de seguridad. Sin embargo, al guardar el documento, notó que no podía deshacerse de él como habría hecho con cualquier otro archivo erróneo. Se lo ocultó bajo la túnica, cerca de la piel, sintiendo el calor del papel contra su torso. No encaja, pensó, dándose cuenta de que, por primera vez, el hecho de que algo no encajara en el sistema le resultaba más valioso que la propia estabilidad que la Academia le exigía proteger. Se levantó, sus rodillas protestando con un crujido seco, y apagó la luz del escritorio. El archivo quedó sumido en la penumbra, mientras ella se disponía a abandonar el lugar que, durante toda su vida, le había dado sentido, para caminar hacia un horizonte donde las reglas que ella conocía empezaban a desmoronarse bajo el peso de su propia verdad.

* * *

El aire en el ala de archivos de Lasitra no circulaba; se mantenía estancado, cargado con el zumbido constante de los ventiladores de los terminales que apenas lograban disipar el calor residual de los servidores. Élidea Norás observaba el polvo suspendido bajo la luz focalizada de su escritorio, pequeñas partículas de papel envejecido

que danzaban en el haz como si fueran interferencias en una red de datos. Aquel aislamiento no era una elección, sino una consecuencia de su función. A su alrededor, las estanterías de datos se alzaban como muros de madera oscura, guardando siglos de registros cuya integridad ella debía garantizar. El silencio era total, interrumpido únicamente por el roce de su propia ropa al moverse y el eco seco de sus pasos previos, que todavía le parecía escuchar en las esquinas más alejadas de la estancia.

Se sentó con una lentitud calculada. Sus rodillas, rígidas por las horas de sedentarismo forzado, emitieron un crujido audible que la obligó a detenerse un instante, buscando la postura menos lesiva. Sobre la madera vieja del escritorio, dispuso el tintero de obsidiana con una precisión milimétrica. Alineó los bordes del papel oficial respecto a la veta de la mesa; cualquier desvío en la disposición física de los documentos le resultaba insoportable, una alteración en la arquitectura de su entorno de trabajo. Sumergió la pluma, sintiendo la resistencia viscosa de la tinta contra el papel, y preparó el grafo evidencial que daría curso legal a su nueva designación.

La sintaxis del Cómputo era su único referente. Al contemplar la hoja en blanco, Élide se preguntó si la estructura rígida de la lengua sintética podría soportar la carga semántica de lo que estaba a punto de formalizar. Cada enunciado debía ser trazable, verificado por los metadatos de autoría, pero ella sentía que la propia base del lenguaje estaba cediendo. Era una inconsistencia. La palabra acudió a su mente con la precisión de un engranaje mal ajustado. Si aceptaba la mediación, se convertiría en un nodo activo en una red que, como bien sabía, estaba experimentando una saturación crítica.

Recordó la transmisión del enunciado que, semanas atrás, había paralizado los nodos de control de los doce enclaves. Aquel evento había dejado una estela de metadatos corruptos que los sistemas de vigilancia de la Academia aún intentaban procesar. El eco de aquella saturación lógica todavía persistía en los servidores; una carga de información que el sistema no pudo digerir porque carecía de una base evidencial coherente. Había sido una brecha deliberada en la seguridad, una ruptura que demostraba que el Cómputo ya no era el muro inexpugnable que la rectora Quim predicaba. Élida sabía que los registros de Ohun, analizados bajo el prisma de la lógica estricta, carecían de cierre. Todo lo que el Cómputo dictaba como verdad absoluta no era más que un consenso forzado sobre una arquitectura en ruinas.

No encaja, pensó, mientras observaba la punta de la pluma temblar apenas un milímetro sobre el papel. La mediación no era un acto de servicio, sino una maniobra de contención dentro de una estructura que se desmoronaba. Al redactar el encabezado, su letra era firme, carente de cualquier trazo emocional. Debía aceptar el cargo; el sistema exigía una Contadora que pudiera validar enunciados transfronterizos, incluso si esos enunciados pretendían ocultar la fractura.

Mientras consultaba el manual de protocolos para formalizar su respuesta, sus dedos se detuvieron sobre un anexo oculto, una directriz que normalmente habría pasado por alto. La luz de la lámpara resaltaba el relieve del papel, revelando una nota al pie de página que no debería estar allí. Al leerla, su respiración se volvió más lenta, más metódica. El protocolo de mediación no solo definía sus funciones, sino que establecía una jerarquía de acceso a los núcleos del Cómputo que, hasta ese momento, ella creía reservada exclusi-

vamente a la rectora. La directriz otorgaba a los mediadores la capacidad de reescribir los metadatos de los enclaves bajo situaciones de fallo sistémico. Era una autoridad oculta, una llave maestra insertada en el código para permitir que la Academia controlara la narrativa incluso cuando la verdad del Cómputo fallaba.

Aquello no era un error de registro. Era una arquitectura diseñada para la supervivencia del mando, una confirmación de que la jerarquía de la Academia estaba dispuesta a sacrificar la integridad del lenguaje para mantener el orden. Élide sintió un sabor metálico en la parte posterior de la lengua, un residuo de la tensión acumulada. El archivo, con su olor a tinta y a tiempo perdido, se le antojó de repente una trampa. Cada estantería, cada carpeta clasificada, era un eslabón en una cadena de información que servía para enmascarar la realidad de Tarsis-Mediante.

Se obligó a retomar la pluma. Debía dejar constancia de su aceptación, aunque cada palabra que escribiera fuera un paso más hacia una complicidad que no deseaba. La sintaxis del Cómputo era implacable: sujeto, predicado, base evidencial. Si el sistema exigía su firma para legitimar la mentira que sostenía la estabilidad de los enclaves, ella la proporcionaría, pero no sin antes asegurarse de que la huella de su propia autoría quedara registrada bajo sus propios términos.

El zumbido de la ventilación se intensificó, como si el propio edificio estuviera esforzándose por mantener la temperatura constante en medio del desorden lógico que ella acababa de descubrir. Se pasó una mano por la frente, retirando un mechón de pelo que le molestaba; su piel estaba ligeramente húmeda por el esfuerzo de mantenerse inexpresiva. La mediación comenzaría en cuestión de horas. La rectora Quim esperaría los informes de validación, sin

sospechar que Élide, al aceptar el cargo, no solo estaba asumiendo una responsabilidad, sino que estaba tomando el control de la herramienta que le permitiría, finalmente, cartografiar el origen de la corrupción.

La pluma se deslizó sobre el papel, formando los caracteres estandarizados del Cómputo. La formalidad de sus palabras contrastaba con el caos de sus pensamientos. Una vez finalizada la redacción, dejó la pluma en su soporte. El documento, un folio de mediación oficial, lucía pulcro bajo el foco de luz. Lo observó como si fuera una pieza de maquinaria compleja: un componente necesario para que el engranaje de la Academia siguiera girando sin que nadie notara el desajuste. Se levantó, sintiendo el peso de la decisión en el pecho, y se dispuso a abandonar el ala de archivos. Afuera, la realidad de Lasitra la esperaba, pero dentro de su túnica, oculta contra la piel. La auditoría había terminado; el tiempo de la mediación, y de la subversión, acababa de comenzar.